



# Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*Una hija de Eva*

*El mensaje*

*La Granadière*

*La mujer abandonada*

*Honorina*

*Gobseck*

TOMO IV



Lectulandia

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*”.

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

# **Una hija de Eva y otras historias**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 04**

ePub r1.1

Piolin 28.07.15

Título original: *La Comédie humaine*  
Honoré de Balzac, 1832  
Edición: Augusto Escarpizo  
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

TOMO IV

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

*Una hija de Eva*

*Une fille d'Ève, 1835*

*El mensaje*

*Le Message, 1832*

*La Grenadière*

*La Grenadière, 1833*

*La mujer abandonada*

*La femme abandonnée, 1834*

*Honorina*

*Honorine, 1845*

*Gobseck*

*Gobseck, 1830*



# UNA HIJA DE EVA



## UNA HIJA DE EVA

A MADAME VIMERCATI,  
CONDESA DE BOLOGNINI

Si os acordáis, señora, del placer que vuestra conversación proporcionó a un viajero al recordarle París en Milán, no os sorprenderá que os demuestre su reconocimiento por tantas veladas agradables pasadas a vuestro lado, poniendo una de sus obras a vuestros pies y rogándoos que la protegáis con vuestro nombre, del mismo modo como antaño ese nombre protegió numerosos cuentos de uno de vuestros viejos autores, muy querido de los milaneses. Tenéis una Eugenia, ya hermosa, cuya sonrisa inteligente revela que heredará de vos los dones más preciosos de la mujer, y que ciertamente gozará en su infancia de toda la dicha que una triste madre negó a la Eugenia que aparece en esta obra. Como veis, si a los franceses se nos tacha de ligeros y olvidadizos, yo soy italiano por la constancia y por el recuerdo. Al escribir el nombre de Eugenia he vuelto muchas veces con el pensamiento a aquel fresco salón de estuco y a aquel jardincito del *vicolo dei Capuccini*, que fueron testigos de las risas de esta querida niña, de nuestras riñas, de nuestros relatos. Habéis dejado el *Corso* para ir a los *Tre Monasteri*, donde no sé cómo estaréis y donde me veo obligado a imaginaros, no en medio de las bellas cosas que sin duda os rodean, sino como una de esas hermosas figuras de Carlo Dolci, Rafael, Ticiano, Allori, y que parecen abstraídas, tan lejanas las vemos de nosotros.

Si este libro puede saltar por encima de los Alpes, conseguirá demostraros el vivo reconocimiento y la amistad respetuosa.

De vuestro humilde servidor,

DE BALZAC.

En una de las más bellas mansiones de la rue Neuve-des-Mathuryns, a las once y media de la noche, dos mujeres estaban sentadas ante la chimenea de un tocador con las paredes cubiertas de ese terciopelo azul de reflejos tiernos y tornasolados que la industria francesa sólo ha aprendido a fabricar en los últimos años. Uno de esos tapiceros que son unos verdaderos artistas, había adornado las puertas y las ventanas con suaves cortinajes de casimir de un azul parecido al que cubría las paredes. Una lámpara de plata, decorada con turquesas y suspendida por tres cadenas bellamente trabajadas, desciende de un lindo rosetón colocado en el centro del techo. El estilo de la decoración se encuentra hasta en los menores detalles e incluso en este techo de seda azul, constelado de casimir blanco, cuyas largas bandas plisadas caen a

distancias iguales sobre el revestimiento de las paredes, sujetas por nudos de perlas. Los pies se hunden en el cálido tejido de una alfombra belga, mullida como el césped y con fondo gris de lino, sembrado de ramilletes azules. El mobiliario, tallado en madera de palisandro, según los más bellos modelos de la antigüedad, subraya con sus ricas tonalidades lo descolorido del conjunto, excesivamente *borroso*, como diría un pintor. El respaldo de las sillas y las butacas ofrece a la vista menudas páginas de bella tela de seda blanca, con flores azules entretejidas y ampliamente encuadradas por follajes finamente tallados en la madera. A ambos lados de la ventana, dos vitrinas exhiben sus mil bagatelas preciosas, la flor de las artes mecánicas abierta bajo el fuego del pensamiento. Sobre la chimenea de mármol veteado de blanco, las más alocadas porcelanas de la vieja Sajonia, esos pastorcillos que van a unas bodas eternas con delicados ramilletes en las manos y que son una especie de chinería alemana, rodean un reloj de péndulo de platino, nielado con arabescos. Encima brilla un espejo de Venecia, de bordes biselados y encuadrado por un marco de ébano recargado de figuras en relieve y procedente de alguna antigua residencia real. Dos jardineras desplegaban a continuación el lujo enfermizo de los invernáculos, flores pálidas y divinas, las perlas de la botánica.

En aquel tocador frío, ordenado, pulcro como si estuviese en venta, no hubieseis encontrado ese desorden pícaro y caprichoso que revela la felicidad. Todo armonizaba entonces allí, pues las dos mujeres estaban llorando. Todo parecía sufrir. El nombre del propietario, Fernando du Tillet, uno de los más ricos banqueros de París, justifica el lujo desenfrenado que adornaba aquella mansión y al que este tocador puede servir de programa. Pese a ser un hombre sin familia, un advenedizo, du Tillet se casó en 1831, Dios sabe cómo, con la hija menor del conde de Granville, uno de los nombres más célebres de la Magistratura francesa, nombrado par de Francia después de la revolución de julio. Aquel matrimonio de conveniencia fue una verdadera venta, pues en el contrato se reconoció la existencia de una dote intacta, tan considerable como la de su hermana mayor, casada con el conde Félix de Vandenesse. Por su parte, los Granville obtuvieron esta alianza con los Vandenesse gracias a la enormidad de la dote. Así, la Banca reparó el entuerto hecho a la Magistratura por la Nobleza. Si el conde de Vandenesse hubiese podido verse convertido, al cabo de tres años, en cuñado de un tal *monsieur* Ferdinand, llamado du Tillet, sin duda que no se hubiera casado con su mujer, pero... ¿quién hubiera podido prever, a finales de 1828, las extrañas alteraciones que 1830 debía aportar al orden político, a las fortunas y a la moral de Francia? Hubiera pasado por loco quien le hubiese dicho al conde Félix de Vandenesse que en aquella zarabanda perdería su corona de par y que ésta iría a parar a la cabeza de su suegro.

Sentada en una de esas sillas bajas que se colocan junto a la chimenea, recogida y atenta, madame du Tillet estrechaba contra su pecho con ternura maternal, besándola de vez en cuando, la mano de su hermana, madame Félix de Vandenesse. En sociedad había costumbre de añadir al nombre de familia el nombre de pila para distinguir a la



condesa de su cuñada la marquesa, esposa del ex embajador Charles de Vandenesse, que se había casado con la rica viuda del conde de Kergarouët, una señorita de Fontaine. Medio tumbada sobre un diván, con un pañuelo en la otra mano, la respiración entrecortada por sollozos contenidos y con los ojos arrasados en llanto, la condesa acababa de hacer esas confidencias que sólo se hacen de hermana a hermana, cuando dos hermanas se aman; y aquellas dos se amaban con ternura. Vivimos en unos tiempos en que es tan posible que dos hermanas que han contraído matrimonios tan dispares no se quieran, que el historiador tiene la obligación de referir las causas de esta ternura, mantenida sin dificultades ni manchas frente al desdén mutuo de sus maridos y a las desuniones sociales. Una rápida ojeada a su infancia bastará para explicar su situación respectiva.

Educadas en una sombría mansión del Marais por una mujer devota y de inteligencia estrecha que, *imbuida de sus deberes* (la frase clásica), cumplió la tarea primordial de una madre hacia sus hijas, María-Angélica y María-Eugenia llegaron a la edad de contraer matrimonio, la primera a los veinte años y la segunda a los diecisiete, sin haber salido jamás de la zona doméstica dominada por la mirada materna. Hasta entonces no fueron a ningún espectáculo; las iglesias de París habían sido sus teatros. Su educación fue, en fin, tan rigurosa en la mansión materna como hubiera podido serlo en un claustro. Desde que tenían uso de razón se acostaron juntas en una habitación contigua a la de la condesa de Granville y cuya puerta permanecía abierta durante la noche. El tiempo que no les ocupaba el cuidado de su persona, sus deberes religiosos o los estudios indispensables para unas señoritas bien educadas y de buena familia, lo pasaban haciendo labores para los pobres y dando paseos como esos que se permiten los ingleses los domingos, cuando dicen: “No vayamos tan deprisa, parecería que nos divertimos”. Su instrucción no sobrepasó los límites impuestos por unos confesores escogidos entre los eclesiásticos menos tolerantes y más jansenistas. No hubo jamás doncellas entregadas a sus maridos más puras ni más vírgenes: su madre parecía haber considerado este punto, bastante esencial, desde luego, como la realización de todos sus deberes para con el cielo y los hombres. Aquellas dos pobres criaturas no leyeron ninguna novela antes de casarse y solamente habían dibujado unas figuras cuya anatomía hubiera parecido la obra maestra de lo imposible a Cuvier, grabadas de una manera que hubiese afeminado al propio Hércules Farnesio. Una vieja solterona les dio clases de dibujo. Un respetable sacerdote les enseñó la gramática, la lengua francesa, la historia, la geografía y la poca aritmética que necesitan saber las mujeres. Sus lecturas, escogidas en los libros autorizados, como las *Cartas edificantes* y las *Lecciones de Literatura*, de Noel, se hacían por las noches, en voz alta, en presencia del director espiritual de su madre, pues podían surgir pasajes que, sin prudentes comentarios, hubieran despertado su imaginación. El *Telémaco* de Fenelon se consideró peligroso. La condesa de Granville amaba lo bastante a sus hijas para querer convertirlas en unos ángeles como Marie Alacoque, pero sus hijas hubieran preferido una madre menos virtuosa y más

amable.

Esta educación dio sus frutos. Impuesta como un yugo y presentada bajo formas austeras, la religión cansó con sus prácticas a aquellos corazones jóvenes e inocentes, tratados como si fuesen criminales; comprimió sus sentimientos y, aunque echó profundas raíces en ellos, no se hizo de amar. Las dos Marías sólo podían convertirse en unos seres idiotizados o anhelar su independencia; por eso desearon casarse tan pronto como pudieron entrever el mundo y comparar algunas ideas; pero ignoraban sus gracias conmovedoras y su valor. ¿Cómo podían conocer la vida si ignoraban su propio candor? Sin armas contra la desdicha y sin experiencia para apreciar la felicidad, sólo encontraron consuelo en ellas mismas en el fondo de aquella mazmorra maternal. Las dulces confidencias que por la noche se hacían en voz baja, o las frases breves que cambiaban cuando su madre las dejaba un momento, contenían a veces más ideas que las que podían expresar sus palabras. Con harta frecuencia, una mirada furtiva por la que se comunicaban sus emociones fue como un poema de amarga melancolía. La vista del cielo sin nubes, el perfume de las flores o los paseos por el jardín, cogidas del brazo, les deparaban placeres inauditos. La terminación de un bordado era causa de inocentes alegrías. La compañía de su madre, en vez de ofrecer recursos a su corazón o de estimular su ingenio, únicamente ensombrecía sus ideas y contristaba sus sentimientos; pues aquella señora se rodeaba de viejas erguidas, reseca, sin gracia, cuya conversación giraba en torno a las diferencias que distinguían a los distintos predicadores o directores espirituales, sobre sus pequeñas indisposiciones o los acontecimientos religiosos que pasaban más imperceptibles para *La Cotidiana* o *El Amigo de la Religión*. En cuanto a los hombres, hubieran apagado la antorcha del amor, hasta tal punto era su semblante frío y tristemente resignado; todos tenían esa edad en que los hombres adquieren un carácter avinagrado y melancólico, en que su sensibilidad sólo se manifiesta a la mesa y únicamente ante las cosas que se refieren a su bienestar. El egoísmo religioso había agostado aquellos corazones consagrados al deber y parapetados tras de la liturgia. Pasaban toda la velada ocupados en silenciosas partidas de juego. Las dos niñas, proscritas en cierto modo de aquel sanedrín que mantenía la severidad maternal, se sorprendían al comprobar que odiaban a los lamentables personajes de ojos hundidos y rostros fruncidos y ceñudos. En las tinieblas de aquella vida se destacó vigorosamente una sola figura de hombre: la de un maestro de música. Los confesores decidieron que la música era un arte cristiano, nacido en la Iglesia Católica y por ella desarrollado. Por lo tanto, se permitió que las dos niñas tomaran lecciones de música. Una señorita con antiparras, que enseñaba solfeo y piano en un convento vecino, las abrumó de ejercicios. Pero cuando su hija mayor cumplió diez años, el conde de Granville demostró la necesidad de ponerle un profesor. Madame de Granville atribuyó todo el valor de una obediencia conyugal a esta concesión necesaria: es propio de las devotas convertir en un mérito el deber cumplido.

El maestro de música era un alemán católico, uno de esos hombres que han

nacido viejos y siempre tendrán cincuenta años, incluso cuando hayan cumplido los ochenta. Su rostro chupado, arrugado y moreno conservaba algo de infantil e ingenuo en la negrura de su tez. El azul de la inocencia animaba sus ojos y la alegre sonrisa de la primavera habitaba en sus labios. Sus viejos cabellos grises, dispuestos naturalmente como los de Jesucristo, añadían a su aire extático un no sé qué de solemne que resultaba engañoso al juzgar su carácter: hubiera hecho una tontería con la más ejemplar gravedad. Sus ropas eran una envoltura necesaria, a la que no prestaba ninguna atención, pues tenía la mirada demasiado perdida en las nubes para que los aspectos materiales de la existencia le importasen. Este gran artista ignorado pertenecía a la amable clase de los olvidadizos que entregan su tiempo y su alma a sus semejantes del mismo modo que se dejan los guantes sobre todas las mesas y el paraguas en todas las puertas. Sus manos eran de esas que permanecen sucias por más que se laven. En una palabra, su viejo cuerpo, mal encajado sobre sus viejas piernas nudosas y que demostraba hasta qué punto el hombre puede convertirse en accesorio de su alma, pertenecía a esas extrañas creaciones que sólo han sido bien descritas por un alemán, Hoffmann, el poeta de lo que parece que no puede existir y, sin embargo, existe. Así era Schmuke, antiguo maestro de capilla del margrave de Anspach, un sabio que compareció ante un consejo de devoción y a quien preguntaron si respetaba los días de ayuno. El músico sintió deseos de responder: “¡Miradme!”; pero no es prudente bromear con beatas y directores espirituales jansenistas. Aquel viejo apócrifo ocupó un lugar tan destacado en la vida de las dos Marías y ellas experimentaron tanta amistad hacia aquel cándido gran artista que se contentaba con comprender el arte, que después de su matrimonio cada una de ellas le pasó trescientos francos de renta vitalicia, suma que bastaba para su alojamiento, su cerveza, su pipa y sus ropas. Con seiscientos francos de renta y sus lecciones vivió en un Paraíso. Schmuke no tuvo el valor de confiar a nadie su miseria y sus anhelos; únicamente lo hizo a aquellas dos adorables jovencitas, a aquellos corazones que florecieron bajo la nieve de los rigores maternos y bajo el hielo de la devoción. Esto basta para explicar totalmente a Schmuke y la infancia de las dos Marías. Luego nadie supo qué abate o qué vieja beata había descubierto a aquel alemán errante por París.

Así que las madres de familia supieron que la condesa de Granville había encontrado un maestro de música para sus hijas, todos pidieron su nombre y dirección. Schmuke tuvo treinta casas en el Marais. Su éxito tardío se manifestó bajo la forma de unos zapatos con hebillas de acero bronceado, forradas con plantillas de crin, y por una ropa interior que podía mudarse con más frecuencia. Su alegría de hombre ingenuo, largamente comprimida por una noble y decente miseria, reapareció. Dejó escapar frasecitas ingeniosas como la siguiente: “Señoritas, los gatos se han comido esta noche el barro de París”, cuando, durante la noche, la escarcha había endurecido las calles, fangosas la víspera; pero las decía con un acento alemán atroz: “¡Señoguitas, los gatos se han comido esta noche el bago de Paguís!».

Satisfecho de aportar a aquellos dos ángeles esta especie de *Vergiss mein Nicht*, elegido entre las flores de su espíritu, adoptaba, al ofrecerlo, un aire fino y espiritual que desarmaba todas las burlas. Le causaba tal alegría hacer brotar la risa en los labios de sus dos alumnas, cuya desdichada vida había adivinado, que se hubiera vuelto ridículo expresamente si no lo fuese ya por naturaleza; pero su corazón hacía que pareciesen nuevas las vulgaridades más vulgares; según una bella expresión del malogrado Saint-Martin, hubiera dorado el fango con su celeste sonrisa. En cumplimiento de uno de los más nobles principios de la educación religiosa, las dos Marías acompañaban respetuosamente a su maestro hasta la puerta del piso. Una vez allí, las dos pobrecillas le decían unas cuantas frases dulces, contentas por hacer feliz a aquel santo varón; sólo ante él podían mostrarse mujeres, de modo que hasta su matrimonio la música se convirtió para ellas en otra vida dentro de la vida, lo mismo que el campesino ruso, según dicen, toma sus sueños por realidad y su vida por un mal sueño. En su deseo de defenderse de las pequeñeces que amenazaban con ahogarlas y de las devoradoras ideas ascéticas, se sumieron en las dificultades del arte musical hasta fatigarse. La melodía, la armonía y la composición, esas tres hijas del cielo cuyo coro estuvo dirigido por aquel viejo fauno católico ebrio de música, las recompensaron de sus sinsabores, y con sus danzas aéreas se convirtieron en su baluarte. Mozart, Beethoven, Haydn, Pasiello, Cimarosa, Hummel y los genios secundarios desarrollaron en ellas mil sentimientos que no rebasaron el casto recinto de sus corazones velados, pero que penetraron en la creación, por la que volaron con alas desplegadas. Cuando ejecutaban algunas piezas procurando alcanzar la perfección, se estrechaban las manos, se abrazaban, presas de vivo éxtasis, y su viejo maestro las llamaba sus Santas Cecílias.

Las dos Marías no fueron a un baile hasta que tuvieron dieciséis años cumplidos y solamente cuatro veces al año, en algunas casas escogidas. Sólo se separaban de las faldas de su madre cuando ésta les había dado instrucciones acerca de la conducta a seguir con sus parejas, y tan severas eran dichas instrucciones que únicamente podían responder que sí o que no a sus acompañantes. La mirada de la condesa no se separaba ni un momento de sus hijas y parecía adivinar las palabras por el simple movimiento de los labios. Las pobres niñas lucían unos trajes de baile irreprochables, vestidos de muselina que las tapaban hasta el mentón, con infinidad de adornos de tul excesivamente recargados, y mangas largas. Al mantener sus encantos comprimidos y su belleza velada, aquel atavío les daba cierto parecido con las momias egipcias, con la diferencia de que entre aquellos dos bloques de algodón surgían dos rostros de una deliciosa melancolía. Las jovencitas rabiaban al verse objeto de una dulce compasión. ¿Cuál es la mujer, por cándida que sea, que no desee causar envidia? Así, pues, ninguna idea peligrosa, malsana ni tan sólo equívoca enturbió la pulpa blanca de su cerebro; sus corazones eran puros y sus manos, horriblemente coloradas, reventaban de salud. Eva no salió más inocente de las manos de Dios que aquellas dos niñas de la casa materna para ir a la sacristía y a la iglesia, con la sencilla pero temible

recomendación de obedecer en todo a los hombres junto a los cuales debían dormir o pasar la noche en vela. Mas a ellas les parecía que no podrían encontrarse peor en la casa extraña adonde las deportaban que en el convento maternal. ¿Por qué el padre de estas dos niñas, el conde de Granville, aquel gran magistrado, sabio e íntegro, aunque a veces se dejase arrastrar por la política, no protegía a las dos criaturitas contra tan aplastante despotismo? ¡Ay, por una memorable transacción, a la que se llegó después de diez años de matrimonio, los esposos vivían separados en su propia casa! El padre se reservó la educación de sus hijos, dejando a su mujer la educación de las hijas. Vio mucho menos peligro para unas hembras que para unos varones en la aplicación de aquel sistema opresor. Las dos Marías, destinadas a soportar siempre la tiranía, fuese la del amor materno o la del matrimonio, perdían con ello menos que si hubiesen sido muchachos, pues la inteligencia de éstos debía permanecer libre para que sus cualidades no se deteriorasen bajo la compresión violenta de las ideas religiosas llevadas hasta el último extremo.

De cuatro víctimas, el conde salvó a dos. La condesa consideraba demasiado mal educados a sus dos hijos, el uno destinado a la magistratura estable y el otro a la magistratura amovible, para permitirles la menor intimidad con sus hermanas. Las comunicaciones entre aquellas pobres criaturas estaban severamente vigiladas. Además, cuando el conde sacaba a sus hijos del colegio, se guardaba muy bien de tenerlos en casa. Los dos muchachos iban sólo a almorzar con su madre y sus hermanas y después el magistrado los llevaba a que se divirtiesen fuera de casa: al restaurante, al teatro, a visitar museos, al campo durante la temporada estival; estos eran sus placeres. Con la sola excepción de los días solemnes en la vida de familia, como el santo de la condesa o el del padre, los días primeros de año y los de distribución de premios, en que los dos mozalbetes comían y dormían en la casa paterna, muy embarazados, sin atreverse a abrazar a sus hermanas, vigiladas por la condesa, que no los dejaba juntos ni un momento, las dos pobres niñas vieron tan raramente a sus hermanos que no pudo existir ningún lazo entre ellos. Aquellos días se escuchaban constantemente las preguntas de “¿Dónde está Angélica?”. “¿Qué hace Eugenia?”. “¿Dónde están mis niñas?”. Cuando se trataba de sus dos hijos, la condesa alzaba al cielo sus ojos fríos y macerados, como para pedir perdón a Dios por no haberlos arrancado de la impiedad. Sus exclamaciones, sus reticencias al hablar de ellos, equivalían a los más lamentables versículos de Jeremías y engañaban a las dos hermanas, que consideraban a sus hermanos como unos seres pervertidos, perdidos sin remedio.

Cuando sus hijos tuvieron dieciocho años, el conde les cedió dos habitaciones en su piso y les hizo estudiar Derecho, poniéndolos bajo la tutela de un abogado, secretario suyo, encargado de iniciarlos en los secretos de su porvenir. Las dos Marías, pues, sólo conocieron la fraternidad de una manera abstracta. Cuando sus hermanas contrajeron matrimonio, uno de ellos ejercía como abogado ante un tribunal lejano y el otro empezaba la carrera en provincias. Ambos se vieron

imposibilitados de asistir a la boda por sendos graves procesos. Así es la vida interior de muchas familias, aunque exteriormente parezca íntima, coherente y unida: los hermanos viven lejos, ocupados en hacer fortuna y en su provecho personal, o retenidos por el servicio a la patria; las hermanas se ven envueltas en un torbellino de intereses familiares ajenos a los suyos. Todos los miembros viven en la desunión, en el mutuo olvido, ligados solamente por los débiles lazos del recuerdo, hasta el momento en que el orgullo los llama, en que el interés los reúne y a veces los separa de corazón como lo están de hecho. Una familia que viva unida en cuerpo y alma es una rara excepción. La ley moderna, al multiplicar la familia por la familia, ha creado el más horrible de todos los males: el individualismo.

En medio de la profunda soledad en que transcurrió su juventud, Angélica y Eugenia vieron raramente a su padre que, por otra parte, comparecía siempre con semblante entristecido en las amplias habitaciones que su mujer ocupaba en la planta baja de la mansión. Conservaba en su casa la fisonomía grave y solemne del magistrado en el tribunal. Cuando a las dos niñas les pasó la edad de los juguetes y las muñecas y empezaron a tener uso de razón, es decir, alrededor de los doce años, en la época en que ya no se reían del viejo Schmuke, adivinaron el secreto de las preocupaciones que arrugaban la frente del conde y reconocieron bajo su máscara severa los vestigios de una bondad natural y un carácter encantador. Comprendieron que había cedido el paso a la religión en su matrimonio, engañado en sus esperanzas de esposo, del mismo modo que fue herido en las fibras más delicadas de la paternidad: el amor de los padres hacia sus hijos. Semejantes dolores conmueven singularmente a las jovencitas faltas de ternura. Cuando, a veces, paseaban por el jardín las dos solas, enlazadas por su fino talle y con paso infantil, el padre las detenía en un bosque y las besaba una tras otra en la frente. Sus ojos, su boca y su fisonomía expresaban entonces la más profunda compasión.

—No sois muy felices, hijitas mías —les decía—; pero pronto os casaré y me sentiré muy contento el día en que os vea dejar esta casa.

—Papá —decía Eugenia— estamos decididas a tomar por marido al primero que llegue.

—¡He ahí el fruto amargo de semejante sistema! —exclamaba él—. Se pretende hacer santas y se obtienen...

No terminaba la frase. Con mucha frecuencia, las dos niñas notaban una vivísima ternura en las despedidas de su padre o en sus miradas cuando, por casualidad, comía en casa. Aquel padre, visto tan raramente, les inspiraba lástima, y lo que inspira lástima inspira también amor.

Aquella educación severa y religiosa fue la causa de los matrimonios de las dos hermanas, unidas por la desdicha, como Rita y Cristina por naturaleza. Muchos hombres, al verse impulsados al matrimonio, prefieren una joven recién salida del convento y saturada de devoción a una joven educada en las doctrinas mundanas. No existe término medio. Hay que casarse con una joven cultísima, que lee los anuncios

de los periódicos y los comenta, que baila el vals y el galop con una nube de pisaverdes, que va a todos los espectáculos, que devora novelones, y a quien un maestro de baile fatiga las rodillas al apoyarlas sobre las suyas, que no se preocupa en absoluto por la religión y se ha hecho una moral a su medida, o con una joven ignorante y pura, como lo eran María-Angélica y María-Eugenia. Quizás haya tanto peligro en un caso como en otro. Sin embargo, la inmensa mayoría de hombres que aún no tienen la edad de Arnolfo, prefieren una Inés religiosa a una Celimena en agraz.

Las dos Marías, menudas y delgadas, tenían la misma talla, el mismo pie y la misma mano. Eugenia, la más joven, era rubia como su madre. Angélica era morena como su padre. Pero ambas tenían la misma tez: una piel de ese color blanco nacarado que revela la riqueza y pureza de la sangre, jaspeada por tonalidades que se destacaban vivamente sobre un fondo lozano como el jazmín y como el jazmín liso y blando al tacto. Los ojos azules de Eugenia y los ojos castaños de Angélica tenían una expresión de despreocupación ingenua, de asombro no premeditado, expresado a la perfección por la manera vaga con que sus pupilas flotaban sobre el blanco fluido del ojo. Estaban bien hechas: sus hombros, un poco flacos, se tornearían más tarde. Sus gargantas, veladas tanto tiempo, sorprendieron a todas las miradas por su perfección cuando sus maridos les pidieron que se pusiesen un traje descotado para asistir a un sarao: ambas gozaron entonces de la encantadora vergüenza que hizo ruborizar primero en su casa y después durante toda una velada a aquellas dos ignorantes criaturas. En la escena que da principio a esta obra, mientras la mayor lloraba y se dejaba consolar por la menor, las manos y los brazos de ambas habían adquirido una blancura láctea. Ambas habían criado, una un niño y la otra una niña.

Su madre consideraba muy traviesa a Eugenia, y esto le hizo redoblar su atención y su severidad. A los ojos de aquella madre temible, Angélica, noble y altiva, parecía tener un alma llena de exaltación que sabría guardarse a sí misma, mientras que la traviesa Eugenia parecía tener necesidad de que la contuviesen. Hay encantadoras criaturas, menospreciadas por la suerte, a quienes todo debería sonreír en la vida, pero que viven y mueren desdichadas, atormentadas por un genio malo, víctimas de circunstancias imprevistas. Así la inocente, la alegre Eugenia cayó bajo el malicioso despotismo de un advenedizo al salir de la prisión maternal. Angélica, dispuesta para las grandes luchas del sentimiento, fue lanzada a las más altas esferas de la sociedad parisién, con la brida al cuello.

Madame de Vandenesse, que sin duda sucumbía abrumada por el peso de penas demasiado grandes para su alma, todavía ingenua al cabo de seis años de matrimonio, estaba tendida, con las piernas replegadas a medias, el cuerpo encogido, la cabeza abandonada sobre el respaldo del diván. Había ido a casa de su hermana después de una breve aparición en los Italianos, y aun tenía algunas flores entre sus trenzas; pero otras se veían esparcidas por la alfombra con sus guantes, su chaquetón de seda, adornado con pieles, su manguito y su capuchón. Sobre su blanco pecho, las

brillantes lágrimas se mezclaban con las perlas y sus ojos húmedos revelaban extrañas confidencias. ¿No era algo horrible en medio de tanto lujo? La condesa no se sentía con valor para hablar.

—Pobrecilla mía —dijo madame du Tillet—, ¿qué falsa idea debes de tener de mi matrimonio cuando has pensado en venir a pedirme ayuda!

Al oír esta frase, arrancada al fondo del corazón de su hermana por la violencia de la tempestad que ella había suscitado, del mismo modo que la fusión de las nieves levanta las piedras más hundidas en el lecho de los torrentes, la condesa miró con estupor a la mujer del banquero, el fuero del terror secó sus lágrimas y sus ojos permanecieron fijos.

—Entonces, ¿tú también estás en un abismo, ángel mío? —dijo en voz baja.

—Mis males no calmarán tus dolores.

—Dímelos, mi querida niña. ¿Aún no soy lo bastante egoísta para no escucharte! ¿No seguimos sufriendo juntas como en nuestra juventud?

—No, ahora sufrimos separadas —respondió con melancolía la mujer del banquero—. Vivimos en dos sociedades enemigas. Yo voy a las Tullerías cuando tú no vas. Nuestros maridos pertenecen a dos partidos contrarios. Yo soy la esposa de un banquero ambicioso, de un mal hombre; tú, mi querido tesoro, lo eres de un ser bueno, noble, generoso...

—¡Oh, nada de reproches! —dijo la condesa—. La mujer que quisiera hacérmelos debería haber soportado el hastío de una vida gris y descolorida, de la que hubiese salido para entrar en el paraíso del amor; tendría que conocer la felicidad que se experimenta al sentir toda nuestra vida en otro, al compartir las emociones infinitas de un alma de poeta, al llevar una vida doble: ir y venir con él en sus viajes a través del espacio, en el mundo de la ambición; compartir sus penas, montar sobre las alas de sus inmensos placeres, desplegar sobre un vasto teatro, y todo esto sin perjuicio de permanecer tranquila, fría y serena ante el mundo que nos observa. Sí, querida mía, hay que tener a menudo todo un océano en el corazón al encontrarse, como nosotras, al amor de la lumbre, en nuestra casa y en un diván. ¡Qué dicha, sin embargo, la de sentir en todo momento un interés enorme que multiplica las fibras del corazón y las extiende, no ser fría ante nada, tener la vida pendiente de un paseo para descubrir entre la multitud una mirada radiante que hace palidecer el sol, sentir congoja ante un retraso, sentir deseos de matar al importuno que nos roba uno de esos raros momentos en que la felicidad palpita hasta en las venas más insignificantes! ¡Qué embriaguez la de vivir, en una palabra! ¡Ah, querida mía, vivir cuando tantas mujeres imploran de rodillas a las emociones que no las abandonen! Piensa, hija mía, que para estos poemas sólo existe una época: la juventud. A los pocos años viene el invierno, el frío. ¡Ah, si tú poseyeses esas riquezas vivas del corazón y te amenazase el riesgo de perderlas!...

Madame du Tillet, asustada, se veló el rostro con las manos al oír aquella horrible antífona.



—Ni siquiera ha cruzado por mi mente la idea de hacerte el menor reproche, hermana mía querida —dijo, al ver el rostro de su hermana bañado en ardientes lágrimas—. Acabas de arrojar en mi alma, en un momento, más pavesas de las que han podido apagar mis lágrimas. Sí, la vida que llevo legitimaría en mi corazón un amor como el que tú acabas de pintarme. Déjame creer que si nos hubiésemos visto más a menudo no hubiéramos llegado a este extremo. Si tú hubieses conocido mis sufrimientos, hubieras apreciado tu felicidad, quizá me hubieras alentado a la resistencia y yo sería dichosa. Tu infortunio es un accidente que resolverá el azar, mientras que mi desdicha es de todos los momentos. Para mi marido, yo soy el pedestal de su lujo, la enseña de sus ambiciones, una de sus vanidosas satisfacciones. Para mí no hay verdadero afecto ni confianza. Fernando es seco y pulido como este mármol —dijo, golpeando la repisa de la chimenea—. Desconfía de mí. Me niega de antemano todo cuanto le pido para mí; pero, en lo que se refiere a cuanto halaga y revela su fortuna, no tengo siquiera que desearlo: decora mis habitaciones y gasta sumas exorbitantes en abastecer mi mesa. El servicio, mis palcos del teatro, todo lo exterior es de última moda. Su vanidad no escatima nada; será capaz de poner encajes en los pañales de sus hijos, pero no los oír llorar ni adivinará sus deseos. ¿Me comprendes? Estoy cubierta de diamantes cuando voy a la corte; en la ciudad llevo las bagatelas más ricas, pero no dispongo de un céntimo. Madame du Tillet, que quizá despierta envidia, que parece nadar en oro, no tiene cien francos para ella. Si el padre no se preocupa de sus hijos, mucho menos se preocupa de su madre. ¡Ah, me hace sentir muy rudamente que me ha comprado, y que mi fortuna personal, de la que no dispongo, le fue arrancada! Si mi única tarea consistiese en hacerme dueña de él, quizá conseguiría seducirlo; pero sufro una influencia extraña, la de una mujer de más de cincuenta años, llena de pretensiones, que lo domina: la viuda de un notario. Tengo el presentimiento de que sólo seré libre el día de su muerte. Aquí mi vida está regulada como la de una reina: mi almuerzo y mi cena se anuncian a toque de campanillas, como en palacio. Todos los días, a una hora fija, salgo para ir al Bosque de Bolonia. Me acompañan siempre dos criados de librea y debo regresar a la misma hora. En vez de dar órdenes, las recibo. En el baile, en el teatro, un lacayo viene a decirme: “El coche de la señora está preparado”, y debo irme, a menudo cuando más me divierto. Fernando se enfadaría si no obedeciese a la etiqueta que ha creado para uso exclusivo de su mujer, y ese hombre me da miedo. En medio de esta opulencia maldita, experimento nostalgias y nuestra madre me parece una buena madre: al menos nos dejaba las noches libres y podía hablar contigo. Entonces vivía cerca de una criatura que me amaba y que sufría conmigo; mientras que ahora, en esta suntuosa mansión, estoy en medio de un desierto.

Ante esta terrible revelación, la condesa tomó a su vez la mano de su hermana y se la besó llorando.

—¿Cómo puedo ayudarte? —dijo Eugenia en voz baja a Angélica—. Si él nos sorprendiese desconfiaría y querría saber de qué hemos hablado durante una hora;

tendría que mentirle, cosa difícil con un hombre ladino y traicionero: me tendería añagazas. Pero dejemos mis desdichas y pensemos en ti. Tus cuarenta mil francos, querida, no serían nada para Fernando, que maneja millones con otro opulento banquero, el barón de Nucingen. A veces asisto a banquetes donde dicen cosas que hacen temblar. Du Tillet conoce mi discreción y hablan ante mí sin empacho, pues están seguros de mi silencio. Pues bien, los asesinatos que cometen los salteadores de caminos me parecen actos de caridad comparados con ciertas combinaciones financieras. Nucingen y él se preocupan de arruinar a las personas, como yo me preocupo de sus despilfarros. A veces recibo a pobres incautos de quienes he oído hablar la víspera y que se lanzan de cabeza a unos negocios donde naufragará su fortuna; entonces siendo deseos, como Leonardo en la cueva de los bandidos, de decirles que tengan cuidado. Pero, ¿qué sería de mí? Prefiero callarme. Esta suntuosa mansión es un lugar poco seguro. Y du Tillet y Nucingen tiran los billetes de mil francos a puñados para satisfacer sus caprichos. Fernando ha comprado en el Tillet el solar del antiguo palacio para reconstruirlo y quiere añadirle un bosque y magníficos dominios. Pretende que su hijo sea conde y está seguro de ser noble a la tercera generación. Nucingen, cansado de su casa de la rué Saint-Lazare, construye un palacio. Su mujer es una de mis amigas... ¡Ah! —exclamó—. Puede sernos útil, pues se atreve a plantar cara a su marido y dispone de su fortuna personal. Ella te salvará.

—Mi querida gatita, sólo dispongo de unas horas; vamos a verla esta noche, ahora mismo —dijo madame de Vandenesse arrojándose en brazos de madame du Tillet, deshecha en llanto.

—Pero, ¿puedo salir a las once de la noche?

—Tengo mi coche.

—¿Qué estáis tramando aquí? —dijo du Tillet empujando la puerta del tocador.

Mostró a las dos hermanas un rostro anodino, iluminado por un aire de falsa amabilidad. Las alfombras amortiguaron sus pasos y las dos mujeres, dominadas por sus preocupaciones, no oyeron el ruido que hizo el coche de du Tillet al entrar. La condesa, a quien las costumbres mundanas y la libertad en que la dejaba Félix habían desarrollado el ingenio y la finura, comprimidos aún en su hermana por un despotismo marital que continuaba el de la madre, observó en Eugenia un terror casi manifiesto y la salvó mediante una respuesta franca.

—Creí que mi hermana era más rica —respondió la condesa, mirando a su cuñado—. Las mujeres se encuentran a veces en apuros que no quieren revelar a sus maridos, como le ocurría a Josefina con Napoleón, y venía a pedirle un favor.

—Puede hacérselo muy fácilmente, cuñada. Eugenia es muy rica —respondió du Tillet con melosa acritud.

—Sólo para vos, cuñado —replicó la condesa, sonriendo con amargura.

—¿Qué os hace falta? —dijo du Tillet que, si estaba enfadado, no por eso dejó de abrazar a su cuñada.

—No seáis bobo. ¿No os he dicho que hay cosas que no podemos revelar a

nuestros maridos? —respondió prudentemente madame de Vandenesse, comprendiendo que se ponía a merced del hombre cuyo retrato acababa de trazar su hermana con tanta fortuna—. Mañana vendré a buscar a Eugenia.

—Mañana, no —respondió fríamente el banquero—. Madame du Tillet cena mañana en casa de un futuro par de Francia, el barón de Nucingen, que me cede su puesto en la Cámara de Diputados.

—¿No le permitiréis que acepte mi palco de la Ópera? —dijo la condesa sin cambiar siquiera una mirada con su hermana, tanto temía que traicionase su secreto.

—Tiene ya el suyo, señora —dijo du Tillet, picado.

—Pues bien, iré a visitarla a ese palco —replicó la condesa.

—Será la primera vez que nos hacéis este honor —dijo du Tillet.

Ante ese reproche, la condesa se echó a reír.

—Estad tranquilo, esta vez no os haremos pagar nada —dijo—. Adiós, querida.

—¡Habrase visto impertinencia! —exclamó du Tillet, recogiendo las flores caídas del peinado de la condesa—. Deberíais estudiar a madame de Vandenesse —dijo a su mujer—. Querría veros impertinente en sociedad como vuestra hermana lo ha sido aquí. Tenéis un aspecto burgués y bobalicón desolador.

Eugenia levantó los ojos al cielo por toda respuesta.

—¿Queréis decirme, señora, qué habéis hecho aquí las dos? —dijo el banquero tras una pausa, indicándole las flores—. ¿Qué pasa para que mañana vuestra hermana tenga que ir a visitaros a vuestro palco?

La pobre ilota pretextó tener mucho sueño y salió para que la doncella la ayudase a desnudarse, temerosa de un interrogatorio. Du Tillet tomó entonces a su mujer por el brazo, la atrajo hacia sí bajo la luz de las bujías que llameaban en candelabros de plata sobredorada, entre dos deliciosos ramos de flores, y hundió su mirada en los ojos de su mujer.

—Vuestra hermana ha venido a pedirnos cuarenta mil francos que debe un hombre por quien ella se interesa y que dentro de tres días estará a buen recaudo, como un objeto precioso, en la rue de Clichy —dijo fríamente.

La pobre mujer experimentó un temblor nervioso, que trató de reprimir.

—Me habéis asustado —dijo—. Mi hermana está demasiado bien educada y quiere demasiado a su marido para interesarse hasta este punto por otro hombre.

—Al contrario —respondió secamente el banquero—. Las jóvenes educadas, como vosotras, en la moderación y las prácticas religiosas, tienen sed de libertad, desean la dicha, y la felicidad de que gozan nunca es tan grande ni tan hermosa como la que han soñado. Esa clase de jóvenes nunca da buenas esposas.

—¿Habláis por mí? —dijo la pobre Eugenia con un tono de amarga burla—. Sea, pero respetad a mi hermana. La condesa de Vandenesse es demasiado feliz, su marido la deja en una libertad demasiado completa para que ella no le sea fiel. Además, si vuestra suposición fuese cierta, ella me lo hubiera dicho.

—Pues lo es —dijo du Tillet—. Os prohíbo intervenir en este asunto. Me

conviene que ese hombre vaya a la cárcel. Espero no tener que decirlo más.

Madame du Tillet salió.

—Me desobedecerá, sin duda, y podré saber todo lo que hacen vigilándolas —se dijo du Tillet cuando se quedó solo en el tocador—. ¡Esas bobas quieren luchar con nosotros! ¡Pobrecillas!

Se encogió de hombros y se reunió con su mujer o, para hablar con propiedad, con su esclava.

La confianza hecha a madame du Tillet por madame de Vandenesse tenía una relación tan estrecha con su propia historia durante los últimos seis años, que sería ininteligible sin un relato sucinto de los principales acontecimientos de su vida.

Entre los hombres notables que debieron su destino a la Restauración y que, por desgracia para ella, puso con Martignac al margen de los secretos del gobierno, se contaba Félix de Vandenesse, deportado, como tantos otros, a la Cámara de los Pares durante los últimos días de Carlos X. Esta desgracia, si bien momentánea a sus ojos, le hizo pensar en el matrimonio, al que fue llevado, como muchos otros hombres, por una especie de hastío de las aventuras galantes, esas alocadas flores de la juventud. Llega un momento supremo en que la vida social aparece en toda su gravedad. Félix de Vandenesse fue tan pronto feliz como desgraciado, con más frecuencia desgraciado que feliz, como los hombres que, desde el comienzo de su vida mundana, han conocido el amor bajo su más bella forma. Estos privilegiados van escaseando. Luego, tras de haber experimentado la vida y comparado los caracteres, llegan a contentarse con algo aproximado y se refugian en una indulgencia absoluta. Ya no se dejan engañar, pues han dejado de desengañarse; pero saben resignarse con gracia: esperándolo todo, sufren menos.

Sin embargo, Félix aun podía pasar por uno de los hombres más apuestos y agradables de París. A los ojos de las mujeres gozaba de una gran consideración, pues una de las criaturas más nobles de este siglo murió, según se decía, de dolor y de amor por él; la verdad es que la bella lady Dudley lo formó especialmente. Para muchas parisienses, Félix, semejante a un héroe de novela, debió muchas de sus conquistas a todo lo malo que se contaba de él. Madame de Manerville fue el broche que cerró sus aventuras galantes. Sin ser un Don Juan, salió del mundo galante tan desencantado como del mundo político. Desesperaba de poder encontrar ese ideal de la mujer y de la pasión cuyo prototipo, para desgracia suya, iluminó su juventud. Al cumplir los treinta años, el conde Félix resolvió acabar con el hastío que le producían sus lances amorosos por medio del matrimonio. Sobre este particular era inflexible: quería una joven educada según los principios más severos del catolicismo. Le bastó con saber cómo educaba a sus hijas la condesa de Granville para pedir la mano de la mayor. Él también había tenido que soportar la tiranía de una madre; todavía se acordaba de su cruel juventud para no reconocer, a través del disimulo del pudor femenino, en qué estado aquel yugo debió de dejar el corazón de la joven: adivinar si aquel corazón estaba agriado, dolorido y abrigaba un espíritu de rebeldía, o si había

permanecido apacible, amable, dispuesto a abrirse a los bellos sentimientos. La tiranía produce dos efectos contrarios, simbolizados por dos grandes figuras de la esclavitud antigua: Espartaco y Epicteto, el odio y sus malos sentimientos, la resignación y su ternura cristiana.

El conde de Vandenesse se reconoció a sí mismo en María-Angélica de Granville. Al tomar por esposa a una joven ingenua, inocente y pura, resolvió de antemano, ya que era un joven-viejo, mezclar el amor paternal con el amor conyugal. Sentía su corazón agostado por el mundo, por la política, y sabía que a cambio de una vida aún adolescente daría él los restos de una vida gastada. Junto a las flores de la primavera pondría la escarcha del invierno, la experiencia canosa junto a la rozagante y despreocupada imprudencia. Después de juzgar así, prudentemente, su posición, se encerró en sus cuarteles conyugales con amplias provisiones. La indulgencia y la confianza fueron las dos anclas con que se sujetó. Las madres de familia deberían buscar hombres así para sus hijas: el ingenio es protector, como la dignidad; el desencanto es perspicaz como un cirujano y la experiencia es previsoras como una madre. Estos tres sentimientos son las virtudes teologales del matrimonio.

El refinamiento, las delicias que sus costumbres de hombre de fortuna y de hombre elegante enseñaron a Félix de Vandenesse, la experiencia que obtuvo de la alta política, las observaciones que hizo durante su vida, tan pronto activa como especulativa y literaria, todas sus fuerzas se dedicaron a la tarea de hacer feliz a su esposa y a ello aplicó su ingenio. Al salir del purgatorio maternal, María-Angélica subió sin transición al paraíso conyugal que le había creado Félix en la rue du Rocher, en un hotelito donde los menores detalles exhalaban un perfume aristocrático, pero en el que el barniz de la buena crianza no obstaculizaba esa armoniosa libertad que desean los corazones amantes y jóvenes.

María-Angélica empezó por saborear en su totalidad los goces de la vida material; su marido se convirtió durante dos años en su intendente. Félix explicó sin prisas y con mucho arte a su mujer las cosas de la vida, la inició gradualmente en los misterios de la alta sociedad, le enseñó las genealogías de todas las casas nobles, le abrió las puertas del mundo, fue su mentor en el arte de la elegancia y la conversación, la llevó de teatro en teatro, le hizo seguir un curso de literatura y de historia. Completó esta educación con cuidados de amante, de padre, de maestro y de marido, pero, con una sobriedad bien entendida, administraba los goces y las lecciones sin destruir las ideas religiosas de su esposa. En una palabra: consiguió dar cima a su empresa como un maestro consumado. Al cabo de cuatro años tuvo la dicha de convertir a la condesa de Vandenesse en una de las mujeres más amables y más notables de la época actual.

María-Angélica experimentó hacia Félix los sentimientos que éste deseaba inspirarle: una amistad sincera, un reconocimiento profundo, un amor fraternal que se mezclaba deliberadamente con la ternura noble y digna que debe existir entre marido y mujer. Fue madre, y buena madre. Félix se unía a su esposa por medio de todos los

vínculos posibles, pero sin que pareciese atarla, contando, para gozar de una felicidad sin nubes, con el atractivo del hábito. Solamente los hombres bregados en los avatares de la vida y que han recorrido el círculo de las desilusiones políticas y amorosas son capaces de poseer esta ciencia y de conducirse así. Por otra parte, su obra procuraba a Félix el placer que sus creaciones producen a los pintores, a los escritores y a los arquitectos; disfrutaba doblemente al ocuparse de su obra y al presenciar su triunfo y admirar a su mujer, instruida e ingenua, discreta y natural, amable y casta, joven y madre, perfectamente libre y encadenada. La historia de los buenos matrimonios es como la de los pueblos felices: se escribe en dos líneas y no tiene nada de literaria, y como la felicidad sólo se explica por sí misma, aquellos cuatro años nada pudieron proporcionar que no fuese monótono como el gris lino de los amores eternos, insípido como el maná y tan saporífero como la novela *Astrea*.

En 1833 el edificio de dicha que levantó Félix estuvo a punto de derrumbarse, minado en sus cimientos sin que él mismo lo advirtiese. El corazón de una mujer de veinticinco años no es ya el de una joven de dieciocho, del mismo modo que el de la mujer de cuarenta no es ya el de la mujer de treinta años. Hay cuatro edades en la vida de la mujer. Cada edad crea una mujer distinta. Vandenesse conocía, sin duda, las leyes de estas transformaciones debidas a nuestras modernas costumbres, pero las olvidó cuando trató de aplicárselas a sí mismo, del mismo modo como el gramático más consumado puede olvidarse de las reglas al componer un libro o, en el campo de batalla, en medio del fuego enemigo y dominado por los accidentes del lugar, el más grande general olvida una regla elemental del arte militar. El hombre capaz de marcar perpetuamente los hechos con su pensamiento es un genio, pero el hombre más genial no muestra su genio a cada momento porque se parecería demasiado a Dios. Al cabo de cuatro años de esta vida sin choques anímicos, sin una sola palabra que produjese la menor discordancia en aquel suave concierto de sentimientos, al sentirse perfectamente desarrollada como una bella planta en un buen terreno, bajo las caricias de un hermoso sol que brillase en el centro de un éter constantemente azul, la condesa efectuó una especie de examen de conciencia. Aquella crisis de su vida, objeto de este relato, sería incomprensible sin unas explicaciones que tal vez atenuarán ante los ojos femeninos los errores cometidos por la joven condesa, dichosa como esposa y como madre y que, de momento, parece no tener excusa.

La vida resulta del equilibrio de dos principios opuestos: cuando falta uno de ellos, el ser sufre. Vandenesse, al satisfacer en todo, había suprimido el deseo, ese rey de la creación que ocupa una cantidad enorme de fuerzas morales. El calor extremado, la extrema desdicha, la felicidad completa, todos los principios absolutos reinan sobre espacios desprovistos de producción: quieren ser solos, ahogan todo lo que no es ellos. Vandenesse no era mujer y sólo las mujeres conocen el arte de variar la felicidad: de ahí proceden su coquetería, sus negativas, sus temores, sus querellas y las sabias e ingeniosas nimiedades por medio de las cuales ponen hoy en duda lo que ayer no ofrecía la menor dificultad. Los hombres pueden fatigar con su constancia,

las mujeres nunca. Vandenesse era de una condición demasiado buena para atormentar deliberadamente a la mujer amada y la lanzó al infinito más bello y con menos nubes, del amor. El problema de la beatitud eterna es uno de aquellos cuya solución sólo Dios conoce, y para eso en la otra vida. En este valle de lágrimas, ha habido poetas sublimes que han aburrido eternamente a sus lectores al abordar la pintura del paraíso. El escollo donde tropezó Dante fue también el escollo de Vandenesse: ¡loor al valor desgraciado!

Su mujer terminó por hallar cierta monotonía en un Edén tan bien arreglado y la misma perfecta felicidad que experimentó nuestra primera madre en el Paraíso Terrenal le provocó esas náuseas que a la larga produce el abuso de los manjares dulces, y le hizo desear a la condesa, como a Rivarol cuando leyó a Florián, que hubiese algún lobo entre las ovejas. Este parece ser el sentido inmemorial de la serpiente simbólica a la que Eva se dirigió, probablemente, por aburrimiento. Esta moral quizá parezca atrevida a los protestantes que toman el Génesis mucho más en serio que los propios judíos, pero la situación de madame de Vandenesse se puede explicar sin necesidad de metáforas bíblicas: sentía en su alma una fuerza inmensa por utilizar, su felicidad no la hacía sufrir, no le aportaba cuidados ni zozobras, no temblaba ante el temor de perderla, surgía todas las mañanas con el mismo color azul, con la misma sonrisa y con las mismas palabras cariñosas. La superficie tersa de aquel lago no se veía rizada por ningún hálito, ni siquiera por el céfiro, y ella hubiera querido ver ondular aquel espejo. Su deseo traía aparejado un algo de infantil que debería excusarla; pero la sociedad no es más indulgente que el propio Dios del Génesis. Al aumentar su agudeza, la condesa comprendió admirablemente lo ofensivo de este sentimiento y encontraba horrible confiárselo a su *querido maridito*. En su simplicidad, no había sabido inventar otro apelativo amoroso, pues no se forja en frío el delicioso lenguaje, formado de exageraciones, que el amor enseña a sus víctimas en medio de las llamas. Vandenesse, feliz ante aquella adorable reserva, mantenía con sabio cálculo a su mujer en la zona templada del amor conyugal. Además, aquel marido modelo encontraba indignos de un alma noble los recursos del charlatanismo que lo hubieran engrandecido, que le hubieran valido recompensas del corazón; quería agradar por sí mismo, sin deber nada a los artificios de la fortuna.

La condesa María sonreía al ver en el Bosque de Bolonia un tronco de caballos incompleto o mal enjaezado; posaba entonces la mirada en el suyo, cuyos caballos de porte inglés, casi libres pese al arnés, se mantenían perfectamente equidistantes. Félix no se rebajaba a recoger los beneficios de las fatigas que se tomaba; su mujer hallaba este lujo y este buen gusto perfectamente naturales; no le agradecía una casa que no le producía el menor sufrimientos en su amor propio. Y todo era así. La bondad también tiene sus escollos: se la atribuye al carácter y raramente se reconoce en ella los esfuerzos secretos de un alma hermosa, mientras que se recompensa a las malas personas por el mal que dejan de hacer.

En esta época madame de Vandenesse llegó a un grado de instrucción mundana

que le permitió abandonar el papel, harto insignificante, de comparsa tímida, observadora y atenta que representó durante algún tiempo Giulia Grisi, según se dice, en los coros del teatro de la Scala. La joven condesa se sentía capaz de representar el papel de *prima donna* y se atrevió a ello varias veces. Con gran contento de Félix se mezcló en las conversaciones. Sus réplicas prontas y agudas y las finas observaciones de que el trato con su marido había sembrado su espíritu la hicieron destacar, el éxito la animó y se hizo cada vez más osada. Vandenesse, a quien todos decían que su mujer era muy linda, se sentía encantado cuando también se mostraba aguda. Al volver de un baile, de un concierto o de un sarao, donde María\* había brillado, cuando ella se despojaba de sus atavíos, adoptaba un aire gozoso y deliberado al decir a Félix:

—¿Habéis estado contento de mí esta noche?

La condesa provocó algunos celos, entre otros los de la hermana de su marido, la marquesa de Listomere, que hasta entonces le había dispensado su protección, creyendo proteger a una sombra destinada a realzar su presencia. ¡Una condesa llamada María, bella, aguda y virtuosa, música y un poco coqueta, qué presa para el mundo! Félix de Vandenesse podía señalar entre la buena sociedad a varias mujeres con las que había roto o que habían roto con él, pero que no se mostraron indiferentes ante su matrimonio. Cuando aquellas mujeres vieron en madame de Vandenesse una muchachita de manos coloradas y bastante cohibida, que hablaba poco y no parecía pensar mucho, se consideraron suficientemente vengadas. Los desastres de julio de 1830 se abatieron sobre Francia, la vida de sociedad se hizo imposible durante dos años, las personas de posición capearon la tormenta en sus tierras o de viaje por Europa y los salones mundanos no volvieron a abrirse hasta 1833. El barrio de Saint-Germain le puso mala cara al buen tiempo, pero consideró algunas casas, entre otras la del embajador de Austria, como terreno neutral: en ellas se reunieron la sociedad legitimista y la nueva sociedad, representadas por sus eminencias más elegantes.

Unido por mil vínculos de corazón y agradecimiento a la familia exilada, pero de convicciones inquebrantables, Vandenesse no se creyó obligado a imitar las estúpidas exageraciones de su partido. En pleno peligro cumplió su deber y arriesgó la vida al atravesar las filas populares para proponer transacciones: así, condujo a su esposa al mundo donde su fidelidad no podía quedar comprometida. Las antiguas amigas de Vandenesse apenas reconocieron a la recién casada en aquella condesa elegante, dulce, discreta, dotada de los modales más exquisitos de la aristocracia femenina. Las señoras d'Espard, de Manerville, lady Dudley, junto con otras menos conocidas, sintieron que en el fondo de su corazón se alzaban serpientes; oyeron los silbidos aflautados del orgullo herido, sintieron celos de la felicidad de Félix y hubieran dado de buena gana sus más lindas chinelas con tal de que la desgracia se abatiese sobre él. En vez de mostrar hostilidad hacia la condesa, aquellas mujeres malvadas la rodearon, le demostraron una amistad excesiva y la alabaron ante los caballeros. Convenientemente precavido acerca de sus intenciones, Félix vigiló sus tratos con



María y le aconsejó que desconfiase de ellas. Todas adivinaron las inquietudes que aquellas relaciones causaban al conde; no le perdonaron su desconfianza y renovaron sus atenciones y miramientos hacia su rival, a la que hicieron alcanzar un éxito enorme, con gran disgusto de la marquesa de Listomere, que no entendía nada. Se citaba a la condesa de Vandenesse como la más encantadora y discreta dama de París. La otra cuñada de María, la marquesa Carlos de Vandenesse, experimentaba mil chascos y decepciones a causa de la confusión que el mismo nombre que ambas llevaban producía algunas veces y de las comparaciones que suscitaba. Y aunque la marquesa era también una mujer muy bella y discreta, sus rivales le oponían con ventaja su cuñada, que tenía doce años menos. Aquellas mujeres sabían de qué modo el éxito alcanzado por la condesa debía de agriar las relaciones con sus dos cuñadas, y adoptaron una actitud fría y descortés hacia la triunfante María-Angélica.

De este modo se convirtieron en peligrosas parientas y enemigas íntimas. Como sabe el lector, la literatura se defendía entonces contra el desinterés general, engendrado por el drama político, creando obras más o menos byronianas en las que sólo se trataba de delitos conyugales. Por aquella época, las infracciones a las leyes del matrimonio infestaban las revistas, los libros y el teatro. Nunca estuvo más de moda este tema eterno. El amante, esa pesadilla de los maridos, surgía por doquier, salvo, si acaso, los matrimonios, en los que, durante aquella época burguesa, andaba muy de capa caída. Sabido es que cuando todo el mundo sale a la ventana para gritar "¡Guardias!", despejando las calles con este grito, los ladrones no se atreven a salir. Si durante aquellos años fértiles en agitaciones urbanas, políticas y morales, hubo catástrofes matrimoniales, éstas constituyeron excepciones que se hicieron notar menor que durante la Restauración. Sin embargo, las mujeres hablaban mucho entre ellas del tema que entonces ocupaba las dos formas de la poesía: el libro y el teatro. El amante, un ser tan raro como deseado, salía con frecuencia a colación. Las aventuras conocidas daban pasto a las conversaciones y estos coloquios, como siempre, eran mantenidos por mujeres de conducta irreprochable. Es digna de observar la repugnancia que sienten por esta clase de conversaciones las mujeres que disfrutan de una felicidad ilegítima, las cuales mantienen en sociedad una actitud gazmoña, recatada y casi tímida; parece como si pidiesen silencio a todos o quisieran perdonar los placeres ajenos. Por el contrario, cuando a una mujer le complace oír hablar de catástrofes y permite que le expliquen las voluptuosidades que justifican esos deslices, debemos pensar que está en la encrucijada de la indecisión y no sabe qué camino tomar.

Durante aquel invierno la condesa de Vandenesse oyó murmurar en su oído la gran voz del mundo y el viento de las tempestades silbó en su derredor. Sus pretendidas amigas, que protegían su reputación con el aparato de su alcuña, de sus nombres y de sus posiciones, le dibujaron repetidas veces la seductora figura del amante y destilaron en su alma palabras ardientes sobre el amor, la palabra del enigma que la vida presenta a las mujeres, la gran pasión, según madame de Staël,

que predicó con el ejemplo. Cuando la condesa preguntaba ingenuamente, en una reunión íntima, la diferencia que había entre un amante y un marido, invariablemente alguna de las mujeres que deseaban hundir a Vandenesse, se apresuraba a responder de una manera que picase su curiosidad, inflamase su imaginación, llamase a su corazón o interesase su alma.

—Con el marido se convive, querida, pero sólo se vive con el amante —le decía su cuñada, la marquesa de Vandenesse.

—El matrimonio, hijita, es nuestro purgatorio; el amor es el paraíso —le decía lady Dudley.

—¡No la creáis —exclamaba mademoiselle des Touches—, es el infierno!

—Pero es un infierno en el que se ama —observaba la marquesa de Rochefide—. Suele haber más placer en el sufrimiento que en la felicidad, y si no, ved a los mártires.

—Con el marido, tontuela, vivimos nuestra vida, por decirlo así, pero amar es vivir la vida de otro ser —le aseguraba la marquesa de Espard.

—Un amante es el fruto prohibido, palabra que para mí lo resume todo —decía, riendo, la bonita Moina de Saint-Héren.

Cuando no acudía a fiestas diplomáticas o a los saraos que daban algunos extranjeros opulentos, como lady Dudley o la princesa Galathinne, la condesa salía casi todas las noches para ir a los Italianos o la Ópera, a casa de la marquesa de Espard, de madame de Listomere, de mademoiselle des Touches, de la condesa de Montcornet o de la vizcondesa de Grandlieu, únicas mansiones aristocráticas abiertas, y nunca salía de ellas sin que en su corazón hubiese sembrado alguien la mala semilla. Le hablaban de completar su vida, frase de moda a la sazón; de ser comprendida, otra expresión que las mujeres llenan de extraños significados.

Volvía a su casa inquieta, emocionada, curiosa y pensativa. Encontraba a faltar algo, un no sé qué en su vida, pero no llegaba al extremo de considerarla vacía.

La sociedad más amena, pero también la más mezclada, de los salones que frecuentaba madame de Vandenesse era la que recibía la condesa de Montcornet, encantadora damisela que congregaba a los artistas ilustres, a las grandes figuras de las finanzas y a los escritores más distinguidos, pero después de someterlos a un examen tan severo que los más exigentes en materia de buenas compañías no debían temer encontrar allí personajes secundarios. Allí se podían considerar seguras las mayores vanidades. Durante el invierno, cuando se reanudaba la vida de sociedad, algunos salones, entre los cuales se contaban los de las señoras d'Espard y de Listomere, el de mademoiselle des Touches y el de la duquesa de Grandlieu, buscaron refuerzos entre las nuevas celebridades del arte, de la ciencia, de la literatura y de la política. La sociedad no renuncia nunca a sus derechos y siempre quiere que la diviertan. Durante un concierto que dio la condesa a fines del invierno hizo su aparición una de las notabilidades contemporáneas de la literatura y la política, Raúl Nathan, que fue presentado por uno de los escritores más inteligentes, aunque

también más perezosos de su época. Emilio Blondet, otro hombre célebre “a puerta cerrada”; elogiado por los periodistas pero desconocido más allá de los límites de París. Blondet lo sabía y como no se hacía ninguna ilusión, entre otras frases desdeñosas solía decir que la gloria es un veneno bueno para tomar en pequeñas dosis.

Desde el día en que alcanzó la notoriedad después de una larga lucha, Raúl Nathan se aprovechó del súbito apasionamiento por la forma que manifestaron aquellos elegantes sectarios de la Edad Media a quienes se dio el nombre asaz irónico de *joven Francia*. Se permitió el capricho, propio de un hombre genial, de enrolarse en las filas de estos adoradores del arte animados, desde luego, de excelentes intenciones, pues nada más ridículo que el traje de los franceses del siglo XIX y se requería valor para renovarlo. Hay que hacer justicia a Raúl, que ofrecía en su persona algo de grande, de fantástico y extraordinario, digno de un marco. Tanto sus enemigos como sus amigos, que venían a pesar lo mismo, convenían en que no podía haber nada en este mundo que armonizase mejor con su espíritu que su forma exterior. Raúl Nathan sería, quizá, más singular al natural que con sus aditamentos. Su estampa desolada, consumida, le daba el aspecto de un hombre que ha luchado con los ángeles o con los demonios; se parecía ese aspecto al que los pintores alemanes le suelen dar a los Cristos yacentes; se leen en él mil signos de una lucha constante entre la débil naturaleza humana y las potencias celestiales. Pero las profundas arrugas de sus mejillas, los recovecos de su cráneo tortuoso, cruzado por profundos surcos, las ojeras que marcaban sus ojos y sus sienas salientes no indicaban debilidad alguna en su constitución. Sus duras membranas, su fuerte osamenta tenían notable solidez; y aunque la piel, curtida por sus excesos, se adhiriese a los huesos como si un fuego interior la hubiese secado, no por ello dejaba de cubrir un formidable armazón. Era un hombre alto y flaco. Su cabellera, larga y siempre desordenada, quería producir efecto. Este Byron despeinado, mal construido, tenía unas piernas como patas de garza, rodillas hinchadas, una figura excesivamente encorvada, y manos nudosas, firmes, como las patas de un cangrejo, de dedos flacos y nerviosos. Raúl tenía unos ojos napoleónicos, unos ojos azules cuya mirada atravesaba el alma; una nariz atormentada, aunque muy fina; una boca encantadora, embellecida por los dientes más blancos que pueda desear una mujer. Había movimiento y fuego en aquella cabeza y genio en aquella frente.

Raúl pertenecía a ese pequeño número de hombres que impresionan al pasar, que en un salón constituyen al instante un punto luminoso hacia el cual convergen todas las miradas. Llamaba la atención por su desaliño y descuido en el vestir, y le podríamos aplicar las palabras que Moliere pone en boca de Eliante para pintar al desaseado. Sus ropas parecían haber sido deliberadamente retorcidas, arrugadas y estrujadas para que armonizaran con su fisonomía. Acostumbraba a mantener una mano metida en el chaleco entreabierto, en una actitud que el retrato de Chateaubriand por Girodet ha hecho célebre; pero él no lo adoptaba para imitarlo,

pues no quería parecerse a nadie, sino para arrugar los pliegues regulares de su camisa. La corbata se le enrollaba a cada momento a causa de los movimientos convulsivos de su cabeza, extraordinariamente bruscos y vivos, como los de esos caballos de raza que se impacientan bajo su arnés y alzan constantemente la cabeza para desembarazarse del bocado del freno. Su barba, larga y puntiaguda, no estaba peinada, perfumada, cepillada y alisada como la de esos elegantes que llevan la barba en abanico o en punta; la dejaba tal cual. Sus cabellos, revueltos entre el cuello de su traje y la corbata, lujuriantes sobre los hombros, dejaban una capa de grasa en los lugares que acariciaban. Sus manos, secas y correosas, no habían conocido jamás los cuidados del cepillo para las uñas ni el lujo del limón, e incluso algunos libelistas pretenden que las aguas lustrales no refrescaban con la conveniente frecuencia su piel calcinada. Por último, el terrible Raúl era grotesco. Sus movimientos resultaban convulsivos, como si los produjese una mecánica imperfecta. Su manera de andar desafiaba todas las ideas de orden a causa de los *zigzags* entusiastas y las detenciones inesperadas que solían asombrar a los pacíficos burgueses que se pasean por los bulevares de París. Su conversación, rebotante de humor cáustico y de ásperos epigramas, imitaba el porte de su persona: Abandonaba de pronto el tono vengativo para hacerse suave, poética, consoladora y dulce sin que, en realidad, viniese a cuenta; tenía silencios inexplicables, sobresaltos de ingenio que a veces fatigaban. Afectaba en sociedad un abandono atrevido, un desdén por los convencionalismos, un aire de crítica contra todo lo que en ella es más respetado que lo malquistaba con los espíritus pequeños y con los que se esfuerzan por observar las normas de antigua cortesía; pero resultaba original, como las creaciones chinas, y las mujeres lo odiaban. Además, mostraba a menudo ante ellas una amabilidad rebuscada, parecía complacerse en hacer olvidar sus modales extravagantes, en alcanzar una victoria sobre las antipatías, todo lo cual halagaba su vanidad, su amor propio y su orgullo.

—¿Por qué sois así? —le preguntó un día la marquesa de Vandenesse.

—¿Acaso no se encuentran las perlas dentro de las ostras? —respondió él fastuosamente.

A otro que le hizo la misma pregunta, le respondió:

—Si todo el mundo me encontrase bien, ¿cómo podría parecerle mejor a una persona elegida entre todas las demás?

Raúl Nathan llevaba a su vida intelectual el desorden que enarbolaba como enseña. Lo que anunciaba no resultaba falso: su talento se parecía al de esas pobres chicas que se ofrecen *para todo* en las casas burguesas. Empezó por ser crítico, y gran crítico, pero halló este oficio demasiado lleno de engaños. Sus artículos, según decía, valían por libros enteros. Los ingresos que procura el teatro le sedujeron; pero, incapaz del trabajo lento y sostenido que requiere la preparación de una obra, se vio obligado a asociarse con un autor de vodeviles llamado du Bruel, que ponía en práctica sus ideas, reduciéndolas al tamaño de pequeñas piezas productivas, llenas de ingenio, escritas para actores o actrices determinados. Entre los dos inventaron a

Florinda, una actriz de receta.

Humillado por esta asociación, parecida a la de los hermanos siameses, Nathan estrenó solo, en el Teatro Francés, un gran drama que cayó con todos los honores de guerra, entre salvas de artículos relampagueantes. En su juventud había intentado ya penetrar en el noble y gran teatro francés con una magnífica pieza romántica al estilo de *Pinto*, en una época en que el teatro clásico reinaba como amo y señor. El Odeón conoció una agitación tan espantosa durante tres noches que la obra fue prohibida. En opinión de muchos, aquella segunda obra era, como la primera, una obra maestra y le valió mayor reputación que todas aquellas otras piezas, tan remuneradoras, que escribían sus colaboradores; pero en el mundo que goza de poco predicamento: el de los entendidos y el de las personas de auténtico buen gusto.

—Otro fracaso como éste —le dijo Emile Blondet— y te convertirás en un inmortal.

Pero, en vez de seguir este difícil camino, la necesidad hizo caer a Nathan entre el polvo y las moscas del vodevil dieciochesco, en la obra de costumbres y en la que lleva a las tablas los libros de éxito. Sin embargo, lo consideraba como un gran espíritu que aún no había pronunciado su última palabra. Abordó la alta literatura y publicó tres novelas, sin contar las que tenía “en prensa” como peces en un vivero. Uno de estos tres libros, el primero, como sucede con muchos escritores que no han sido capaces de escribir más que una sola obra, obtuvo el éxito más brillante. Aquella obra, sacada a primer término con imprudencia, esta obra de artista, la llamaba deliberadamente el libro más bello de la época”, “la única novela del siglo”. Lo cual no le impedía quejarse mucho de las exigencias del arte; era uno de los que más contribuyeron a alinear todas las obras: el cuadro, la estatua, el libro y el edificio, bajo la bandera única del arte. Empezó por publicar un libro de poesías que le valió un puesto entre la pléyade de los poetas actuales, sobre todo por un poema nebuloso que fue bastante admirado. Obligado a producir por su falta de fortuna, iba del teatro a la prensa y de la prensa al teatro, dispersando sus esfuerzos, prodigándose en exceso, seguro siempre de su inspiración. Su gloria, pues, no era inédita como la de tantas celebridades agonizantes, fundada en los títulos de las obras que harán y cuyas reducidas ediciones les permiten prescindir del mercado. Nathan parecía un genio y, si lo hubiesen enviado al patíbulo —como hubieran hecho los envidiosos— habría podido golpearse la frente, a la manera de Andrés Chénier. Dominado por la ambición política al ver irrumpir en el poder una docena de autores, profesores, metafísicos e historiadores que se incrustaron en la máquina del Estado durante las tormentas de 1830 a 1833, lamentó no haber escrito artículos políticos en vez de artículos literarios. Se creía superior a todos aquellos advenedizos, cuya suerte le inspiraba a la sazón unos celos devoradores. Pertenecía a esa clase de espíritus celosos de todo, capaces de todo, a quienes les roban todos los éxitos y que van chocando con mil puntos luminosos sin fijarse en uno solo de ellos, agotando siempre la voluntad del prójimo. En aquellos momentos iba del saintsimonismo al

republicanismo para revertir, quizás, al ministerialismo. Buscaba un hueso que roer en todos los rincones y trataba de alcanzar un puesto seguro, desde el cual pudiese ladrar a resguardo de los golpes, haciéndose así temible; pero pasaba por la vergüenza de no verse tomado en serio por el ilustre de Marsay, que dirigía entonces el Gobierno y no tenía ninguna consideración hacia unos autores en los que no encontraba eso que llamaba Richelieu espíritu de continuidad o, mejor dicho, continuidad en las ideas. Además, cualquier ministerio hubiera contado con el desorden perpetuo de los asuntos de Raúl: tarde o temprano, la necesidad debía obligarle a soportar condiciones en vez de imponerlas.

El carácter real y cuidadosamente oculto de Raúl concordaba con su carácter público. Era un comediante de buena fe, personalísimo como si el Estado fuese él, y muy hábil declamador. Nadie sabía representar mejor los sentimientos, adornarse con falsas grandezas, rodearse de bellezas morales, hacerse respetar de palabra y presentarse como un Alcestes, aunque actuara como un Filinto. Su egoísmo se cubría con esta armadura de cartón pintado y alcanzaba a menudo el oculto objetivo que se proponía. Perezoso en grado superlativo, sólo actuaba cuando le picaban las alabardas de la necesidad. Desconocía la continuidad en el trabajo para crear una gran obra; pero, en el paroxismo de rabia que le producía su vanidad herida, o en los momentos de crisis provocados por un acreedor, saltaba el Eurotas y triunfaba en las más difíciles empresas del espíritu. Después, fatigado, sorprendido de haber creado algo, volvía a caer en el marasmo de los placeres parisienses. Si la necesidad se le mostraba formidable, carecía de fuerzas, caía y se veía en un compromiso. Movido por una falsa idea de su grandeza y su porvenir, que comparaba con la fuerza extraordinaria de alguno de sus antiguos camaradas, alguno de los raros talentos ministeriales alumbrados por la revolución de julio, para salir de apuros se permitía, con las personas que le querían bien, unos “barbarismos de conciencia” enterrados en los misterios de la vida privada, de los que nunca habla nadie ni se queja. La trivialidad de su corazón, el impudor de su puño, que sujetaba todos los vicios, todas las desdichas, todas las traiciones y todas las opiniones, lo hicieron tan inviolable como un rey constitucional. El pecado venial, que suscitaba clamores de indignación contra un hombre de gran carácter, no era nada en su caso; un acto poco delicado no pasaba de mera bagatela y todo el mundo se disculpaba a sí mismo al disculparlo a él. El que debiera sentirse tentado a despreciarle le tendía la mano, temiendo necesitarlo. Tenía tantos amigos que hasta deseaba tener enemigos. Esa bondad aparente que seduce a los recién llegados y no impide ninguna traición, que lo permite y lo justifica todo, que pone el grito en el cielo ante una herida, pero la perdona, es uno de los caracteres distintivos del periodista. Esta *camaradería*, palabra creada por un hombre ingenioso, corroe las almas más bellas: oxida su altivez, aniquila el principio de las grandes obras y consagra la cobardía del espíritu. Al exigir esta blandura de conciencia a todo el mundo, algunas personas buscan la absolución de sus traiciones y de sus cambios de partido, y así es como la parte más ilustrada de una nación se

convierte en la menos estimable. Desde el punto de vista literario, a Nathan le faltaban el estilo y la cultura. Como la mayoría de jóvenes ambiciosos de la literatura, vomitaba hoy lo que aprendió ayer. No tenía tiempo ni paciencia para escribir; no observaba, escuchaba sólo. Incapaz de construir un plan de sólida armazón, acaso se salvaba por lo fogoso de su dibujo. *Hacía pasión*, según una frase del *argot* literario, porque en el terreno de la pasión todo es verdad; mientras que el genio tiene por misión la de buscar, a través de los riesgos de la verdad, lo que pueda parecer probable a todo el mundo. En vez de despertar ideas, sus héroes eran individualidades agrandadas que sólo excitaban simpatías fugitivas; no se relacionaban con los grandes intereses de la vida y, por lo tanto, nada representaban; pero se sostenían por la rapidez de su ingenio, por esos encuentros afortunados que los jugadores de billar llaman carambolas. Era el más hábil tirador al vuelo contra las ideas que se abaten sobre París, o que París hace levantar. Su fecundidad no era suya, sino de la época: vivía las circunstancias y, para dominarlas, exageraba su alcance.

En una palabra, no era auténtico, sus frases eran mentirosas; había en él, como decía el conde Félix, algo de jugador de dados. Se notaba que su pluma estaba mojada en el camerino de una actriz. Nathan ofrecía una perfecta imagen de la juventud literaria de hoy, de sus falsas grandezas y de sus miserias reales; la representaba con sus bellezas incorrectas y sus caídas profundas, con su vida de hirvientes cascadas, de súbitos reveses, de triunfos inesperados. Era el hijo de este siglo devorado por los celos, en el que mil rivalidades, ocultas bajo los sistemas, alimentan en su propio y exclusivo beneficio la hidra de la anarquía, de todos sus errores de cálculo, que desea la fortuna sin trabajo, la gloria sin talento y el éxito sin esfuerzo; pero que, después de muchas rebeliones y de numerosas escaramuzas, se ve conducido por sus vicios a mordisquear el presupuesto con el beneplácito del Poder.

Cuando tantas ambiciones jóvenes parten a pie para citarse todas en el mismo punto, hay competencia de voluntades, miserias inauditas, luchas encarnizadas. En esta horrible batalla, el egoísmo más violento o el más hábil se llevan la victoria. El ejemplo es envidiado, justificado pese a todos los clamores, como diría Moliere: y los demás lo siguen.

Cuando en su calidad de enemigo de la nueva dinastía fue introducido Raúl en el salón de madame de Montcornet, su grandeza aparente estaba en todo su esplendor. Lo consideraban como el crítico político de los de Marsay, de los Rastignac, de los la Roche-Hugon llegados al poder. Víctima de sus fatales vacilaciones, de su repugnancia por la acción cuando ésta no le afectaba, Emilio Blondet, el introductor de Nathan, continuó su tarea de burlón, sin tomar partido por nadie, pero de acuerdo con todo el mundo. Era amigo de Raúl, amigo de Rastignac y amigo de Montcornet.

—Eres un triángulo político —le decía riendo de Marsay cuando se encontraban en la Opera—. Esta forma geométrica sólo pertenece a Dios, que no tiene que hacer carrera; pero los ambiciosos deben seguir la línea curva, que es el camino más corto en política.

Visto desde lejos, Raúl Nathan era un bellissimo meteoro. La moda sancionaba sus modales y su presencia. Su republicanismo prestado le confería momentáneamente aquella aspereza jansenista que adoptan los adalides de la causa popular, de los cuales se burlaba interiormente, y que no deja de resultar atractiva a los ojos femeninos. A las mujeres les gusta hacer prodigios, romper las rocas, fundir los caracteres que parecen ser de bronce. El atavío moral estaba en Raúl en armonía con sus vestiduras. Debía ser, y fue para la Eva hastiada de su paraíso de la rue du Rocher, la serpiente tornasolada, multicolor, de bella labia, ojos magnéticos y movimientos armoniosos que perdió a nuestra primera madre.

Tan pronto como la condesa María vio a Raúl, experimentó ese movimiento interior cuya violencia causa una especie de espanto. Aquel pretendido grande hombre ejerció sobre ella, gracias a su mirada, una influencia física que irradió hasta su corazón, conturbándolo. Este trastorno le causó placer. El manto de púrpura que la celebridad puso por un instante sobre los hombros de Nathan deslumbró a aquella joven ingenua. A la hora del té, María abandonó el lugar donde había quedado en silencio de pronto, entre varias señoras ocupadas en hablar, al ver a aquel ser extraordinario. Sus falsas amigas observaron aquel silencio. La condesa se aproximó al diván cuadrado, situado en medio del salón y en el cual peroraba Raúl. Permaneció de pie, dando el brazo a la esposa de Octavio de Camps, mujer excelente que supo guardar el secreto de los temblores involuntarios que traicionaban sus violentas emociones. Aunque la mirada de una mujer enamorada o sorprendida deje escapar increíbles dulzuras, Raúl encendía en aquellos momentos un verdadero castillo de fuegos de artificio; estaba demasiado absorbido por los epigramas que elevaba como cohetes, por sus acusaciones, que rodaban como ruedas catalinas, por los llameantes retratos que dibujaba con trazos de fuego, para fijarse en la ingenua admiración de una pobrecilla Eva, oculta entre el grupo de señoras que lo rodeaban. Esta curiosidad, parecida a la que empujaría a todo París hacia el Jardín Botánico para ver un unicornio, si se descubriese alguno de estos animales en las célebres montañas de la luna, todavía no holladas por la planta de ningún europeo, embriaga los espíritus secundarios en la misma proporción en que entristece a las almas verdaderamente elevadas; pero encantaba a Raúl, que pertenecía demasiado a todas las mujeres para poder ser de una sola.

—Tened cuidado, querida —dijo al oído de María su graciosa y adorable compañera—. Marchaos.

La condesa miró a su marido para pedirle su brazo con una de esas ojeadas que los maridos no siempre comprenden, y Félix se la llevó.

—Mi querido amigo —dijo madame de Espard al oído de Raúl—, sois un pícaro muy afortunado. Esta noche habéis hecho más de una conquista; y, entre otras, la de esa encantadora dama qué acaba de abandonarnos con tanta brusquedad.

—¿Sabes a quién se refería la marquesa de Espard? —preguntó Raúl a Blondet, después de repetirle las palabras de aquella gran dama cuando estuvieron solos, entre



una y dos de la madrugada.

—Sí, acabo de enterarme de que la condesa de Vandenesse está locamente enamorada de ti. No tienes por qué quejarte.

—No la he visto —dijo Raúl.

—¡Oh, ya la verás, bandido! —dijo Emilio Blondet, soltando una carcajada—. Lady Dudley te ha invitado a su gran baile precisamente para presentártela.

Raúl y Blondet partieron juntos con Rastignac, que les ofreció su coche. Los tres se echaron a reír ante aquella reunión de un subsecretario de Estado ecléctico, un republicano feroz y un ateo político.

—¿Y si cenásemos a expensas del actual “orden de cosas”? —dijo Blondet, que quería volver a poner de moda las cenas.

Rastignac los llevó al restaurante Véry, despidió su coche, se sentaron los tres a la mesa y se pusieron a analizar la sociedad actual, riendo con risa rabelesiana. En el curso de aquella cena, Rastignac y Blondet aconsejaron a su enemigo postizo que no dejase escapar una suerte tan grande como la que se le ofrecía. Aquellos dos pillos relataron con tono burlón la historia de la condesa María de Vandenesse; hundieron el escarpelo del epigrama y la punta aguda de la frase maliciosa en aquella infancia cándida, en aquel matrimonio feliz. Blondet felicitó a Raúl por haber encontrado una mujer que, de momento, sólo era culpable de haber hecho malos dibujos con lápiz rojo y mediocres paisajes a la acuarela, zapatillas bordadas para su marido y sonatas ejecutadas con la más casta intención; pegada durante dieciocho años a las faldas maternas, mantenida en las prácticas religiosas como una fruta en conserva, educada por Vandenesse y cocida en su punto por el matrimonio para que el amor pudiese saborearla. A la tercera botella de vino de Champaña, Raúl Nathan se confió de un modo como nunca había hecho con nadie.

—Amigos míos —les dijo—, ya conocéis mis relaciones con Florinda, estáis al corriente de mi vida y, por lo tanto, no os sorprenderá oírme decir que ignoro absolutamente el color que tiene el amor de una condesa. ¡Me he sentido humillado a menudo al pensar que no podía permitirme una Beatriz o una Laura, como no fuese en poesía! Una mujer noble y pura es como una conciencia sin tacha, que nos representa a nosotros mismos bajo una bella forma. En cualquier otro lugar podemos mancharnos, pero allí permanecemos grandes, altivos, inmaculados. En otra parte llevamos una vida furiosa, pero allí se respiran la calma, la frescura, el verdor del oasis.

—Vamos, vamos, hombre —le dijo Rastignac—, ponte a tocar ahora la plegaria de *Moisés* sobre la cuarta cuerda, como Paganini.

Raúl permaneció mudo, con la mirada fija y perdida en el vacío.

—Este vil aprendiz de ministro no me comprende —dijo tras de un momentáneo silencio.

Así, mientras la pobre Eva de la rue du Rocher se acostaba entre las sábanas de la vergüenza, asustada por el placer con que había escuchado a aquel pretendido gran

poeta, y flotaba entre la voz severa del reconocimiento que sentía por Vandenesse y las palabras doradas de la serpiente, aquellos tres espíritus desvergonzados pisoteaban las tiernas y blancas flores de su amor naciente. ¡Ah, si las mujeres conociesen el porte cínico que esos hombres tan pacientes, tan embaucadores cuando están a su lado, adquieren lejos de ellas, el modo como se burlan de lo que adoran! ¡Cómo la mofa y la burla desnuda y analiza a esas frescas, graciosas y púdicas criaturas! ¡Pero qué triunfo, también! ¡Cuanto más velos pierden, más encantos muestran!

María, en aquellos momentos, comparaba a Raúl con Félix, sin darse cuenta del peligro que corre el corazón al hacer semejantes paralelos. No había nada en el mundo que ofreciese mayor contraste que el desordenado y vigoroso Raúl y Félix de Vandenesse, atildado como una damisela, de trajes ceñidos y apretados, dotado de una encantadora desenvoltura, seguidor de la elegancia inglesa a que le acostumbró Lay Dudley. Estos contrastes agradan a la imaginación femenina, que gusta en exceso de pasar de un extremo a otro. La condesa, mujer prudente y piadosa, se prohibió a sí misma volver a pensar en Raúl y se tildó de infame e ingrata al día siguiente, al verse en el centro de su paraíso.

—¿Qué opináis de Raúl Nathan? —le preguntó a su marido mientras desayunaban.

—Un jugador de dados —respondió el conde—, uno de esos volcanes que se calman con un poco de polvo de oro. La condesa de Montcornet hace mal al recibirlo en su casa.

Esta respuesta hirió tanto más a María cuanto que Félix, conocedor del mundillo literario, apoyó su aserto con pruebas, refiriendo lo que sabía de la vida de Raúl Nathan, vida precaria, mezclada con la de Florinda, una actriz de moda.

—Admitiendo que este hombre tenga genio —dijo para terminar—, no posee la constancia y la paciencia que son su consagración y lo convierten en algo divino. Quiere imponerse al mundo remontándose a una altura en la que no se puede sostener. Los verdaderos talentos, los hombres estudiosos y honorables, actúan de otro modo: siguen animosamente su camino y aceptan sus miserias sin cubrirlas de falso oropel.

El pensamiento femenino está dotado de una increíble elasticidad: cuando recibe un golpe de maza, se repliega y parece aplastado para readquirir su forma positiva al cabo de cierto tiempo.

—Félix tiene razón, sin duda —se dijo la condesa al principio.

Pero tres días después pensaba de nuevo en la serpiente, impulsada por aquella emoción, dulce y cruel a la vez, que le produjo Raúl, y que Vandenesse hizo mal en no hacerle conocer. El conde y la condesa fueron al gran sarao de lady Dudley, donde de Marsay hizo su última aparición en sociedad, pues murió dos meses después, dejando la reputación de un hombre de Estado inmenso, cuyo alcance, según decía Blondet, nadie podía abarcar.

Vandenesse y su esposa volvieron a encontrar a Raúl Nathan en aquella asamblea,

notable por la presencia de numerosos personajes del drama político, muy sorprendidos de encontrarse juntos. Fue una de las primeras solemnidades del gran mundo. Los salones ofrecían un espectáculo mágico a la mirada: flores, diamantes, cabelleras resplandecientes, todos los joyeros vacíos, todos los recursos del arte de engalanarse puestos a contribución. El salón podía compararse a uno de esos coquetones invernaderos en que un rico horticultor reúne las rarezas más magníficas. El mismo brillo, la misma finura de tejidos. La industria humana parecía querer competir de este modo con las creaciones animadas. Por doquier se veían gasas blancas o pintadas como las alas de las más bellas libélulas, crespones, encajes, blondas, tules variados como las fantasías de la naturaleza entomológica, cortados, ondeados, dentados, hilos de arácnido de oro, de plata, nieblas de seda, flores bordadas por las hadas o que hicieron florecer unos genios aprisionados, plumas coloreadas por los fuegos del trópico que se inclinaban como sauces llorones sobre altivas cabezas, perlas retorcidas en trenzas, telas laminadas, asargadas, desgarradas, como si el genio de los arabescos hubiese aconsejado a la industria francesa. Aquel lujo armonizaba con las bellezas allí reunidas como si realizaran un *keepsake*, uno de esos álbumes ilustrados que se regalan. La mirada resbalaba sobre hombros blancos o de color de ámbar, unos con tanto lustre que parecían torneados, otros satinados, otros, en fin, mates y opulentos como si el propio Rubens hubiese preparado la pasta que los formaba; todos los matices, en fin, que el hombre encuentra en el blanco. Había ojos rutilantes como ónices o turquesas engastadas en terciopelo negro o en franjas rubias; los tipos más variados de facciones recordaban las caras más graciosas de los diferentes países, frentes sublimes y majestuosas o dulcemente abombadas, como si el pensamiento abundase en ellas, o bien planas como si señoreasen, invencibles, la resistencia; y luego lo que presta más atractivo a estos festines de la mirada: senos replegados, como los quería Jorge IV, o separados, según la moda del siglo XVIII, o que sólo tendían a acercarse, como le gustaban a Luis XV; pero exhibidos con audacia, sin velos o bajo esas lindas valonas fruncidas propias de los retratos de Rafael, que son el triunfo de sus pacientes alumnos.

Los más lindos pies dispuestos para la danza, los talles cimbreantes abandonados en brazos del vals, estimulaban la atención de los indiferentes. Los susurros de las voces más dulces, el roce de los vestidos, los murmullos del baile, los choques del vals, eran un fantástico acompañamiento para la música. La varita mágica de un hada parecía haber conjurado aquel hechizo sofocante, aquella melodía de perfumes, aquellas luces irisadas de los cristales donde chisporroteaban las bujías, aquellos cuadros multiplicados por los espejos. La asamblea de las mujeres más bellas y los atavíos más hermosos se destacaban sobre la masa negra de los caballeros en la que llamaban la atención los perfiles elegantes, finos, correctos de los nobles; los bigotes rubios y los rostros graves de los ingleses, los semblantes graciosos de la aristocracia francesa. Todas las órdenes de Europa rutilaban sobre los pechos, colgadas al cuello o al costado. Este mundo elegante no ofrecía únicamente a la mirada los brillantes

colores de sus atavíos, sino que tenía un alma, vivía, pensaba, sentía. Las pasiones ocultas le daban una fisonomía propia; podían sorprenderse miradas maliciosas, que se cruzaban; jovencitas de tez pálida, aturcidas y curiosas, incapaces de ocultar un deseo; mujeres celosas que se confiaban maledicencias al amparo del abanico, o que se hacían cumplidos exagerados. La sociedad adornada, rizada, almizclada, se entregaba a una locura festiva, que se subía a la cabeza como los vapores del alcohol. Dijérase que de todas las frentes y de todos los corazones se escapaban unos sentimientos e ideas que luego se condensaban y cuya masa reaccionaba sobre las personas más frías para exaltarlas.

Durante los momentos más animados de aquella embriagadora velada, en un rincón del salón dorado donde jugaban un par de banqueros, varios embajadores, antiguos ministros y el viejo e inmoral Lord Dudley, que había acudido por casualidad, madame de Vandenesse se vio irresistiblemente arrastrada a hablar con Nathan. Es posible que cediese a la embriaguez del baile, que con frecuencia ha arrancado confesiones a las más discretas.

Ante el aspecto de aquella fiesta y los esplendores de un mundo en el que aún no había penetrado, una redoblada ambición mordió el corazón de Nathan. Al ver a Rastignac, cuyo hermano menor acababa de ser nombrado obispo a los veintisiete años y cuyo cuñado, Marcial de la Roche-Hugon, era ya ministro, aquel Rastignac que, personalmente, era subsecretario de Estado e iba a casarse, según los rumores que corrían, con la hija única del barón de Nucingen; al descubrir entre el Cuerpo Diplomático a un escritor desconocido que traducía los diarios extranjeros para un periódico que se hizo dinástico en 1830, a redactores de artículos que habían entrado en el Consejo de Estado, a profesores que eran pares de Francia, sintió dolor al verse metido en un mal camino, el de predicar la caída de aquella aristocracia donde brillaban los talentos felices, la habilidad coronada por el éxito, la superioridad auténtica. Blondet, tan desdichado, tan explotado en el periodismo, pero que gozaba allí de tan buena acogida y que aún podía, si lo deseaba, entrar en la senda de la fortuna a causa de sus relaciones con madame de Montcornet, se convirtió a los ojos de Nathan en un sorprendente ejemplo del poder de las relaciones sociales. En el fondo de su corazón resolvió burlarse de las opiniones, a la manera en que lo hacían los de Marsay, Rastignac, Blondet y Talleyrand —el jefe de esta secta— para no aceptar más que los hechos, deformándolos en su provecho, haciendo un arma de todo sistema, renunciando a destruir una sociedad tan bien constituida, tan bella, tan natural.

—Mi porvenir —se dijo— depende de una mujer que pertenezca a este mundo.

Dominado por este pensamiento, concebido entre el fuego de un deseo frenético, se lanzó sobre la condesa de Vandenesse como un milano sobre su presa. La encantadora criatura, tan bella con su atavío de cintas de gasa fina, el cual producía el mismo efecto delicado y vaporoso de las pinturas de Lawrence y armonizaba con la dulzura de su carácter, quedó transida por la hirviente energía de aquel poeta rabioso

de ambición. Lady Dudley, a quien no se le escapaba nada, protegió su aparte al poner al conde de Vandenesse al cuidado de madame de Manerville. Como se sentía fuerte a causa de su antiguo ascendiente sobre él, aquella dama cogió a Félix entre los lazos de una querrela llena de melindres, de confidencias embellecidas por el rubor, de lamentaciones finamente lanzadas como flores, de recriminaciones en las que se daba la razón para hacerse echar la culpa. Era la primera vez que aquellos dos amantes reñidos se hablaban al oído.

Mientras la antigua amiga de su marido removía las cenizas de unos placeres extinguidos para buscar algunas brasas, madame de Vandenesse experimentaba esas violentas palpitaciones que la certidumbre de cometer una falta y caminar por terreno prohibido causan a una mujer: emociones que no dejan de tener su encanto y despiertan tantas potencias adormecidas. En nuestros días, como en el cuento de *Barba Azul*, a las mujeres les gusta utilizar la llave manchada de sangre; magnífica idea mitológica, una de las glorias de Perrault.

El dramaturgo, que conocía a Shakespeare al dedillo, desplegó sus miserias, contó su lucha con los hombres y las cosas, hizo entrever sus grandezas sin base, su genio político ignorado, su vida sin un noble efecto. Sin decirlo claramente, sugirió a aquella mujer encantadora la idea de representar para él el papel sublime que representa Rebeca en *Ivanhoe*, amándolo y protegiéndolo. Todo transcurrió en las regiones etéreas del sentimiento. Las miosotis no son más azules, los lirios no son más cándidos ni las alas de los serafines más blancas que las imágenes, las palabras y la frente iluminada y radiante de aquel artista, que podía haber enviado esta conversación a su editor. Representó a la perfección su papel de reptil e hizo brillar ante los ojos de la condesa los radiantes colores de la manzana fatal. María abandonó el sarao presa de unos remordimientos que parecían esperanzas, halagada por unos cumplidos que lisonjeaban su vanidad, emocionada hasta los más íntimos pliegues del corazón, dominada por sus virtudes, seducida por la piedad que le inspiraba la desdicha.

Quizás madame de Manerville condujo a Vandenesse hasta el salón donde su esposa conversaba con Nathan; acaso fue él allí por sí mismo, en busca de María para partir; tal vez su conversación removió unos pesares dormidos. Fuese lo que fuese, cuando ella acudió a pedirle que le ofreciera el brazo, lo encontró con semblante entristecido y aire soñador. La condesa temió que la hubiese visto. Cuando estuvo a solas con Félix, en el coche, le dirigió una de sus más bellas sonrisas y le dijo:

—¿No es cierto, amigo mío, que hablabais con madame de Manerville?

Félix aún no había salido de la enmarañada espesura en que lo metió su mujer al reñirlo cariñosamente, cuando el coche entró en el patio de la casa. Fue la primera argucia que le dictó el amor. María se sintió gozosa por haber triunfado de un hombre que hasta entonces siempre le pareció tan superior. Saboreó la primera alegría que proporciona un éxito necesario.

En un pasaje situado entre la rue Basse-du-Rempart y la rue Neuve-des-

Mathurins, tenía Raúl, en el tercer piso de una casa desconchada y fea, un zaquizamí desierto, desnudo y frío, donde vivía para el público de los indiferentes, los neófitos literarios, los acreedores, los importunos y todos esos pelmazos que debemos mantener a raya en el umbral de la vida íntima. Su verdadero domicilio, su auténtica existencia, su “representación”, transcurrían en casa de la señorita Florinda, comediente de segundo orden a quien, desde hacía diez años, los amigos de Nathan, los diarios y algunos autores habían entronizado entre las actrices ilustres. Desde hacía diez años, Raúl se había ligado tan estrechamente con aquella mujer que pasaba la mitad de su vida en su casa; allí comía cuando ningún amigo lo invitaba ni tenía una cena en la ciudad. Florinda unía a la más completa corrupción un espíritu exquisito, que el trato con los artistas había desarrollado y que el uso agudizaba todos los días. El ingenio se considera una cualidad rara entre los cómicos. ¡Es tan natural suponer que los seres que se pasan la vida exhibiéndolo todo no tengan nada por dentro! Pero si se piensa en el pequeño número de actores y de actrices que hay en cada siglo, y en la cantidad de autores dramáticos y hembras seductoras que dicho período proporciona, se nos permitirá refutar esa opinión, que descansa sobre la eterna crítica que se formula a los artistas dramáticos, a quienes se acusa de perder sus sentimientos personales al fingir todas las pasiones, aunque la verdad es que sólo se valen de las fuerzas del ingenio, de la memoria y de la imaginación. Los grandes artistas son unos seres que, según una frase de Napoleón, interceptan a voluntad la comunicación establecida por la naturaleza entre los sentidos y el pensamiento. Milière y Taima fueron mucho más enamoradizos en su vejez que los hombres ordinarios.

Obligada a escuchar a periodistas que lo adivinan y lo calculan todo, a escritores que todo lo prevén y todo lo dicen, a observar a determinados políticos que en su casa se aprovechaban de las ocurrencias de los demás, Florinda ofrecía en su persona una mezcla de demonio y de ángel que la hacía digna de recibir a todos aquellos pícaros, a quienes encantaba con su sangre fría. Sus monstruosidades de espíritu y corazón los complacían infinitamente. Su morada, enriquecida por tributos galantes, presentaba la magnificencia exagerada de las mujeres que se preocupan poco del precio de las cosas, pues sólo les interesan las cosas en sí, a las que otorgan el valor de sus caprichos; de las mujeres que en un arrebatado de cólera rompen un abanico o un pebetero dignos de una reina, pero ponen el grito en el cielo si alguien rompe el burdo plato de loza donde beben sus perritos. Su comedor, abarrotado de los regalos más distinguidos, permitía comprender la mezcolanza de este lujo real y desdeñoso. En el techo podían verse artesonados de roble tallado, adornados con filetes de oro mate y con los paneles enmarcados por niños que jugaban con quimeras. La luz aleteaba, iluminando aquí un croquis de Decamps y allá un ángel de escayola, que sostenía una pila de agua bendita, regalo de Antonin Moine; más lejos, un coquetón cuadrado de Eugenio Devéria, una sombría figura de alquimista español trazada por Luis Boulanger, un autógrafo de Lord Byron a Carolina en un marco de ébano, esculpido

por Elschœt; y, enfrente, una carta de Napoleón a Josefina. Todo dispuesto sin la menor simetría, pero con un arte original. El espíritu experimentaba allí sorpresa y pasmo al descubrir la coquetería y el abandono, dos cualidades que se encuentran reunidas únicamente entre los artistas. Sobre la chimenea de madera, deliciosamente tallada, había solamente una extraña estatuilla florentina de marfil, atribuida a Miguel Ángel, que representaba a un sátiro descubriendo una mujer bajo el aspecto de un pastorcillo, cuyo original se guarda en el Tesoro Imperial de Viena; y a cada lado una pareja de candelabros, obra de un cincel del Renacimiento. Un reloj de Boule, sobre un pedestal de nácar con arabescos de cuero incrustado de cobre, relucía en el centro de un panel, entre dos estatuillas salvadas del derribo de alguna abadía. En los ángulos de la pieza brillaban, sobre sendos pedestales, unas lámparas de magnificencia regia, con las que un fabricante había pagado algunos sonoros anuncios acerca de la necesidad de tener lámparas ricamente adaptadas a los jarrones del Japón. Sobre un estante mirífico se exhibía una maravillosa vajilla de plata bien ganada en algún combate en el que un lord hubo de reconocer la supremacía de la nación francesa; junto a ella, varias porcelanas en relieve y, en suma, todo el lujo exquisito del artista que no tiene más capital que su mobiliario. La alcoba, de color violeta, era como el sueño de una danzarina en día de estreno: cortinas de terciopelo, forradas de seda blanca, tendidas sobre un velo de tul; un techo de casimir blanco, realzado por raso violeta; a los pies de la cama una alfombra de armiño; en el lecho, cuyos cortinajes representaban un lirio vuelto al revés, había una linterna para poder leer los periódicos antes de que apareciesen. Un salón amarillo, animado con adornos de color bronce florentino, armonizaba con todas aquellas magnificencias, cuya descripción exacta haría que estas páginas se pareciesen al anuncio de una subasta pública. Para encontrar algo comparable a todas aquellas bellas cosas, hubiera sido necesario ir, a dos pasos de allí, a casa de Rotschild.

Sofía Grignoult, que adoptó el seudónimo de Florinda por obra de un nuevo bautizo, muy común en el teatro, debutó en escenarios inferiores, a pesar de su belleza. Debía su éxito y su fortuna a Raúl Nathan. La asociación de aquellos dos seres predestinados, hecho frecuente en el mundillo dramático y literario, no perjudicaba en absoluto a Raúl, que mantenía las apariencias como hombre de altos destinos. Sin embargo, la fortuna de Florinda distaba mucho de ser estable. Sus rentas aleatorias procedían de sus contratos, de sus despedidas y apenas subvenían a los gastos de vestido y casa. Nathan le hacía algunas contribuciones, procedentes de las nuevas empresas de la industria; pero aunque siempre se mostraba galante y protector con ella, su protección no tenía nada de regular ni de sólido. Aquella incertidumbre, aquella vida en el aire no asustaban en absoluto a Florinda, que creía en su talento y en su belleza.

Esta fe robusta tenía algo de cómico para quienes la oían hipotecar su porvenir, confiada en sus dones, cuando le hacían advertencias.

—Poseeré rentas cuando me plazca —decía—. Ya tengo cincuenta francos en la

Renta Nacional.

Nadie comprendía cómo pudo permanecer siete años olvidada, siendo tan bella; más, a decir verdad, Florinda se enroló como comparsa a los trece años y debutó, dos años después, en un oscuro teatro de los bulevares. A los quince años no existen la belleza ni el talento: una mujer es todo promesa. Tenía ahora veintiocho años, el momento en que la belleza de la mujer francesa alcanza su máximo esplendor. Los pintores veían ante todo en Florinda unos hombros de blancura lustrosa, teñidos de tonos oliváceos cerca de la nuca, pero firmes y pulidos; la luz resbalaba por ellos como sobre una tela con aguas o visos. Cuando volvía la cabeza, en su cuello se formaban pliegues magníficos, que constituían la admiración de los escultores. Sobre aquel cuello triunfal se erguía una cabecita de emperatriz romana, la cabeza elegante y fina, redonda y voluntariosa, de Popea, con rasgos de una corrección espiritual, y la frente lisa de las mujeres que ahuyentan las preocupaciones y las reflexiones, que ceden fácilmente, pero que saben ser tercas como mulas y entonces no escuchan nada. Aquella frente, tallada como de un solo golpe de cincel, realzaba unos cabellos cenicientos, levantados casi siempre por delante en dos mazas iguales, a la romana, y reunidos en un moño detrás de la cabeza para prolongarla y realzar con su color la blancura del cuello. Unas cejas negras y finas, como dibujadas por un pintor chino, encuadraban dos párpados suaves, cruzados por una red de fibrillas color de rosas. Sus pupilas, encendidas por una viva luz, pero atigradas por rayas pardas, prestaban a su mirada la cruel fijeza de las bestias fieras y revelaban la fría malicia de la cortesana. Sus adorables ojos de gacela eran de un bello color gris, ribeteados por largas pestañas negras, contraste encantador que hacía todavía más sensible su expresión de voluptuosidad atenta y tranquila; su aspecto ofrecía tonos fatigados, pero la artística manera en que sabía mover las pupilas hacia un lado o hacia arriba para observar o simular que meditaba, la manera como las fijaba, haciéndolas lanzar todo su brillo sin variar la posición de la cabeza, sin quitar a su rostro la inmovilidad, en una maniobra aprendida en la escena, la vivacidad de sus miradas cuando abrazaba toda una sala, buscando en ella a alguien, convertían sus ojos en los más terribles, los más dulces y los más extraordinarios del mundo.

El colorete había destruido los deliciosos tintes diáfanos de sus mejillas, cuya carne era delicada; pero si ya no podía ruborizarse ni palidecer, tenía una naricilla de aletas sonrosadas y apasionadas, propia para expresar la ironía, el espíritu zumbón de las criadas de Moliere. Su boca sensual y pródiga, tan indicada para el sarcasmo como para el amor, estaba embellecida por las dos aristas del surco que unía al labio superior a la nariz. Su blanco mentón, algo grueso, denunciaba cierta violencia amorosa. Tenía unas manos y unos brazos dignos de una soberana, pero sus pies eran gruesos y cortos, señal imborrable de su oscuro nacimiento. No hubo jamás una herencia que causara mayores preocupaciones. Florinda lo había intentado todo, salvo la amputación, para cambiarlos. Pero aquellos pies se mostraron tan obstinados como los bretones que la trajeron al mundo; se resistieron a todos los sabios y a todos los



tratamientos. Florinda llevaba borceguíes largos, forrados de algodón en el interior, para dar una falsa curvatura al pie.

Era de una talla media, amenazada por la obesidad, pero cimbreante y bien formada. En lo moral, dominaba a fondo los melindres y las querellas, la sal y las zalamerías de su profesión, aunque les imprimía un sabor particular al hacerse la niña y al deslizarse entre sus risas ingenuas frases maliciosas y filosóficas. Ignorante en apariencia y alocada, estaba muy fuerte en contabilidad y en la jurisprudencia comercial. ¡Había pasado por tantas miserias antes de llegar el día de su dudoso éxito! ¡Descendió tantas veces de piso en piso a través de sus aventuras! Conocía todas las formas de vida, desde la que amanece con un poco de queso de Brie hasta la que arroja desdeñosamente los buñuelos de piña de América; desde la que guisa y se enjabona en el rincón de una chimenea de buhardilla, junto a un fogón de barro, hasta la que reúne la flor y nata de los *chefs* de gruesa panza y los pinches más desvergonzados. Mantuvo su crédito sin destruirlo. Florinda no ignoraba nada de eso que las mujeres honradas ignoran; hablaba todos los lenguajes; era pueblo por la experiencia y noble por su belleza distinguida. Difícil de sorprender, siempre lo imaginaba todo como un espía, como un juez o como un viejo hombre de Estado. Conocía las artes y mañas que debía emplear con los proveedores y sus astucias, conocía el precio de las cosas como un perito tasador. Cuando estaba tendida en su *chaise longue*, como una recién casada blanca y fresca, sosteniendo un papel para estudiarlo, se hubiera dicho que era una niña de dieciséis años, ingenua, ignorante, débil, sin más artificio que su inocencia. Pero si llegaba entonces un acreedor inoportuno, se levantaba como un cervatillo sorprendido y lanzaba el más sonoro juramento.

—¡Eh, mi querido amigo, vuestras insolencias constituyen un interés demasiado elevado por el dinero que os debo! —le decía—. Estoy cansada de veros; enviadme a los alguaciles del Juzgado, los prefiero a vuestra estúpida jeta.

Florinda daba unas cenas encantadoras, conciertos y veladas muy frecuentadas, en las que todos jugaban a un juego infernal. Sus amigas eran todas bellas. Jamás vieja alguna traspuso el umbral de su casa: ignoraba los celos y en aquel trato encontraba a sobrar el reconocimiento de cualquier inferioridad. Conoció a Coral, a “*la Torpedo*”, a las Tullias, a Eufrasia, a las Aquilinas, a madame du Val-Noble, a Marieta, a todas esas mujeres que pasan a través de París como las telas de araña flotan en la atmósfera, sin que se sepa adónde van ni de dónde vienen, reinas hoy, esclavas mañana; luego, las actrices, sus rivales, las cantantes, toda esa sociedad femenina excepcional, tan liberal, tan graciosa en su despreocupación, cuya vida bohemia absorbe a quienes se dejan arrastrar por la danza desmelenada de su ímpetu, de su inspiración, de su desdén por el futuro. Aunque la vida de la bohemia se desplegase en su casa en todo su desorden, entre las risas de los artistas, la reina de la mansión tenía diez dedos y sabía contar mejor que todos sus invitados juntos. Allí se celebraban las saturnales secretas de la literatura y del arte mezclados con la política

y las finanzas. Allí remaba el deseo como soberano indiscutible; allí, el *espleen* y la fantasía se consideraban sagradas, como una burguesa considera sagrados al honor y la virtud. Allí acudían Blondet, Finot, Esteban Lousteau, su séptimo amante, aunque se creía el primero, Feliciano Vernou, el folletinista, Couture, Bixiou, Rastignac, antiguamente, Claudio Bignon, el crítico, Nucingen, el banquero, du Tillet, Conti, el compositor; en suma, toda esa legión endiablada de los más feroces calculadores de todas clases; y, además, los amigos de las cantantes, de las bailarinas y de las actrices conocidas de Florinda. Toda aquella gente se odiaba o se amaba, según las circunstancias. Aquella casa trivial, donde bastaba ser célebre para ser recibido, era como un lugar de mala fama para el espíritu como el presidio para la inteligencia: no se entraba en ella sin haber conquistado legalmente una fortuna, sin haber pasado diez años de miseria, decapitado a dos o tres pasiones, adquirido una celebridad cualquiera por medio de libros o por medio de elegantes chalecos, merced a un drama o merced a un bello tronco de caballos; allí se tramaban las malas pasadas, se indagaban los medios de fortuna, se hacía burla de los motines que desde allí se fomentaron la víspera, se sopesaba la alza y la baja. Todos los contertulios, al salir volvían a ponerse la libreta de sus opiniones; podían criticar sin comprometerse a su propio partido, reconocer la sabiduría y la habilidad de sus adversarios, formular los pensamientos que nadie manifiesta; decirlo todo, en fin, como propio de personas que podían hacerlo todo. París es el único lugar del mundo donde existen esas casas eclécticas en donde todos los gustos, todos los vicios y todas las opiniones se reciban con tal de que vayan cubiertos por un vestido decente.

Pero no hemos dicho todavía que Florinda, a pesar de todo lo anterior, era una comediente de segundo orden. Sin embargo, la vida de Florinda no era una vida ociosa ni digna de envidia. Son muchos los que, seducidos por el magnífico pedestal que el teatro crea a una mujer, imaginan a las actrices en un perpetuo carnaval. En el fondo de muchas garitas de portero, bajo las tejas de más de una buhardilla, hay pobres criaturas que, al volver del espectáculo, sueñan con perlas y diamantes, con vestidos bordados de oro y cordones suntuosos; imaginan su cabellera iluminada, se suponen aplaudidas, compradas, adoradas, raptadas; pero todas ignoran las realidades de la vida de caballo de picadero en que la actriz se ve sometida a constantes ensayos so pena de multa, a lecturas de obras teatrales, a estudios constantes de nuevos papeles, en una época en que se representan de dos a trescientas piezas por año en París. Durante cada representación, Florinda cambiaba dos o tres veces de traje y regresaba a menudo a su camerino agotada y medio muerta, obligada a quitarse entonces con gran refuerzo de cosmético el colorete o el blanco, a desempolvarse si había representado un papel del siglo XVIII. Apenas tenía tiempo para cenar. Cuando trabaja, una actriz no puede apretarse, comer ni hablar. Al volver de esas representaciones que, en nuestros días, terminan a la madrugada, tiene que arreglarse para la noche y dar órdenes para el día siguiente. Después de acostarse a la una o a las dos de la madrugada, debe levantarse temprano para repasar los papeles, ordenar

su vestuario, probarse trajes y desayunar, leer billetes tiernos, contestarlos, preparar la actuación de los jefes de *claque* para que aplaudan sus entradas y salidas, saldar la cuenta de los triunfos del mes anterior y comprar al por mayor los del mes en curso. En la época de San Genest, cómico canonizado, que cumplía sus deberes religiosos y llevaba un cilicio, debemos suponer que el teatro no exigía esta feroz actividad. Con frecuencia, para poder ir a coger como una burguesita flores al campo, Florinda se veía obligada a fingirse enferma.

Estas ocupaciones puramente mecánicas no son nada en comparación con las intrigas que hay que desarrollar, con los dolores que causa la vanidad herida, con las preferencias otorgadas por los autores, con los papeles arrebatados o por arrebatar, con la actitud maliciosa de una rival, los conflictos con los directores o con los periodistas, que exigen un día dentro de otro día. Hasta ahora todavía no hemos tratado del arte, de la expresión de las pasiones, de los detalles de la mímica, de las exigencias de la escena en que mil gemelos descubren las manchas que empañan todos los esplendores y absorbieron la vida y el pensamiento de Taima, de Lekain, de Baron, de Contat, la de Clairon y de la Champmeslé. Entre aquellos infernales bastidores, el amor propio no tiene sexo: el artista que triunfa, sea hombre o mujer, tiene en contra suya a los hombres y a las mujeres.

En cuanto a la fortuna, por considerables que fueran los contratos de Florinda, no cubrían los gastos de su guardarropa teatral que, sin contar los trajes, exigía un número enorme de guantes y de zapatos y no olvidaba los trajes de noche o de calle. Una tercera parte de esta vida transcurre mendigando, la otra, sosteniéndose y la última, defendiéndose: en ella todo es trabajo. Si la dicha se saborea con ardor, se debe a que resulta algo secreto, raro, esperado mucho tiempo, hallado por casualidad en medio de detestables impuestos y sonrisas a la parte posterior de la platea. Para Florinda, el poder de Raúl era como un cetro protector que le ahorraba muchos disgustos y muchas preocupaciones, igual que sucedía antes con los grandes señores y sus amantes, como ocurre hoy con algunos viejos que van a implorar a los periodistas cuando una frase publicada en un periodicucho ha asustado a su ídolo; Florinda lo consideraba, más que un amante, como un sostén, lo cuidaba como a un padre y lo engañaba como a un marido; pero se lo habría sacrificado todo porque Raúl lo podía todo para su vanidad de artista, para tranquilizar su amor propio, para su porvenir teatral. Sin la intervención de un gran autor no hay gran actriz posible: debemos la Champmeslé a Racine, del mismo modo que Mars a Monvel y a Andrieux. Florinda no podía hacer nada por Raúl, a pesar de que hubiera deseado serle útil o necesaria. Contaba con los atractivos del hábito, estaba siempre dispuesta a abrir las puertas de sus salones, a desplegar el lujo de su mesa para sus proyectos, para sus amigos. Finalmente, aspiraba a ser para él lo que fue madame de Pompadour para Luis XV. Las actrices envidiaban la posición de Florinda, lo mismo que algunos periodistas envidiaban la de Raúl. Así, los que conceden la inclinación del espíritu humano hacia las oposiciones y los contrastes, comprenderán perfectamente que,

después de diez años de esta vida desaliñada, bohemia, llena de altibajos, de fiestas y de embargos, de sobriedades y de orgías, Raúl se sintiese arrastrado hacia un amor casto y puro, hacia la mansión dulce y armoniosa de una gran dama, lo mismo que la condesa Félix deseaba introducir las tormentas de la pasión en su vida, monótona a fuerza de felicidad. Esta ley de la vida es propia de todas las artes, que sólo existen por medio de los contrastes. La obra hecha sin estos recursos es la última expresión del genio, del mismo modo que el claustro es el mayor esfuerzo del cristiano.

Al volver a su casa, Raúl encontró una nota de Florinda, que le había enviado la doncella, pero el sueño invencible que se apoderó de él no le permitió leerla; se acostó entre las frescas delicias del suave amor que faltaba en su vida. Unas horas después leyó en aquel billete unas noticias importantes que ni Rastignac ni de Marsal habían dejado traslucir. Gracias a una indiscreción, la actriz se enteró de la disolución de la Cámara al final de la sesión. Raúl fue inmediatamente a casa de Florinda y mandó llamar a Blondet. En el tocador de la actriz, Emilio y Raúl analizaron, con los pies sobre el morillo de la chimenea, la situación política de Francia en 1834. ¿De qué lado se encontraban las mayores probabilidades de triunfo? Pasaron revista a los republicanos puros, a los republicanos presidencialistas, a los republicanos sin república, a los constitucionales sin dinastía, a los constitucionales dinásticos, a los ministeriales conservadores y los ministeriales absolutistas; luego a las derechas dispuestas a hacer concesiones, a las derechas aristocráticas, a las derechas legitimistas, partidarias de Enrique V, y a las derechas carlistas. En cuanto al partido de la resistencia y al del movimiento, no había que dudar: lo mismo hubiera sido discutir la vida o la muerte.

En aquella época una nube de periódicos, creados para cada matiz, ponía de manifiesto la espantosa mezcolanza política llamada *rancho* por un soldado. Blondet, el espíritu más juicioso de la época, pero juicioso para los demás, nunca para él, parecido a esos abogados que llevan mal sus propios asuntos, estaba sublime en las discusiones privadas. Por consiguiente, aconsejó a Nathan que no apostatase bruscamente.

—Napoleón lo dijo: no se hacen jóvenes repúblicas con viejas monarquías. Así es que, querido, conviértete en el héroe, el soporte, el creador del centro izquierda de la futura Cámara, y llegarás muy lejos en política. ¡Una vez admitido, una vez en el gobierno, uno es todo lo que se propone, profesa todas las opiniones que triunfan!

Nathan decidió fundar un diario político del que sería amo absoluto, fundiéndolo con uno de esos periodicuchos que pululan en la presa diaria y estableciendo al propio tiempo ramificaciones en una revista. La prensa fue el medio de amasar numerosas fortunas, según había visto suceder tantas veces a su alrededor, y no escuchó los consejos de Blondet que recomendaba no fiarse. Blondet le presentó aquella especulación a unas luces desfavorables, según era entonces de grande el número de periódicos que se disputaban los suscriptores, y hasta tal punto la prensa le parecía gastada. Raúl, animado por sus pretendidas amistades y por su valor, se

mostró lleno de audacia; alzándose en un movimiento orgulloso, dijo:

—¡Triunfaré!

—¡No tienes blanca!

—¡Escribiré un drama!

—Fracasará.

—Pues que fracase —dijo Nathan.

Recorrió, seguido por Blondet, que lo creía loco, los aposentos de Florinda y se puso a contemplar con mirada ávida las riquezas allí acumuladas. Blondet le comprendió entonces.

—Hay aquí más de cien mil francos —dijo Emilio.

—Sí —dijo Raúl, suspirando ante el lecho suntuoso de Florinda—, pero preferiría pasarme el resto de mis días vendiendo cadenas de seguridad en los bulevares y comiendo patatas fritas antes de vender un solo colgador de este piso.

—¡Un colgador, no —dijo Blondet— sino todo! La ambición es como la muerte: debe apoderarse de todo, pues sabe que la vida anda a sus alcances.

—¡No y mil veces no! De la condesa de ayer lo aceptaría todo, pero... ¿despojar a Florinda de su nido?...

—Derribar la casa de la moneda —dijo Blondet con aire trágico—, romper el volante para acuñar y destruir el troquel, es algo muy grave.

—Según tengo entendido te vas a dedicar a la política en vez del teatro —le dijo Florinda apareciendo de pronto.

—Sí, hijita, sí —dijo Raúl con tono campechano, tomándola por el cuello para besarla en la frente—. ¿Pones mala cara? ¿Qué vas a perder? ¿No conseguirá un mejor contrato para la reina de las tablas el ministro que el periodista? ¿No tendréis igualmente papeles y funciones de despedida?

—¿De dónde sacarás el dinero?

—Me lo dará mi tío —respondió Raúl.

Florinda ya conocía al tío de Raúl. Esta palabra simbolizaba la usura, del mismo modo que en el lenguaje popular, *mi tía* significa un anticipo a cuenta del salario.

—No te inquietes, gatita mía —dijo Blondet a Florinda, dándole unos golpecitos cariñosos en el hombro—, le procuraré la ayuda de Nassol, un abogado que, como todos los de su profesión, aspira a ser ministro de Justicia, y también la de du Tillet, que quiere ser diputado, la de Plantin, que quiere obtener un alto cargo en el gobierno y que se pudre en una revista. Sí, yo lo salvaré de sí mismo: convocaremos aquí a Esteban Lousteau, que escribirá los folletines, a Claudio Vignon, que hará la crítica de altura; a Feliciano Vernou será la *criada para todo* del periódico, el abogado trabajará, du Tillet se ocupará de la Bolsa y de la industria, y veremos a donde llegarán todas estas voluntades y estos esclavos reunidos.

—Al hospital o al ministerio, que es a donde van a parar los seres arruinados de cuerpo o de espíritu —dijo Raúl.

—¿Cuándo los invitarás?

—Dentro de cinco días —dijo Raúl— y aquí.

—Ya me dirás la suma que se necesita —dijo simplemente Florinda.

—Pero el abogado, du Tillet y Raúl no pueden embarcarse sin cien mil francos cada uno, por lo menos —dijo Blondet—. Así aseguraremos la vida del periódico durante dieciocho meses, que es el tiempo necesario para elevarse o para hundirse en París.

Florinda hizo un pequeño mohín de aprobación. Los dos amigos subieron a un cabriolé para reclutar los invitados, las plumas, las ideas y los intereses. La bella actriz, por su parte, llamó a cuatro ricos comerciantes en muebles, en curiosidades, en cuadros y joyas. Aquellos hombres entraron en su santuario e hicieron inventario de todo, como si Florinda hubiese muerto. Ella los amenazó con sacarlo todo a pública subasta si decidían guardar su conciencia para mejor ocasión. Les explicó que había gustado mucho a un lord inglés en un papel de la Edad Media y quería liquidar todos sus bienes muebles para parecer pobre y hacerse regalar así un magnífico hotel, que amueblaría de una manera capaz de empalidecer de envidia al propio Rotschild. Pese a todas sus argucias, sólo consiguió arrancarles setenta mil francos por todo aquel mobiliario, que valía ciento cincuenta mil. Florinda que no quería dar su brazo a torcer, les prometió entregárselo todo dentro de siete días, por ochenta mil francos.

—Lo tomáis o lo dejáis —les dijo.

Así quedó cerrado el trato. Cuando los comerciantes se hubieron marchado, la actriz se puso a brincar de alegría, como las colinas del rey David. Cometió mil locuras, pues no podía creer que fuese tan rica. Cuando vino Raúl, se hizo la enfadada con él. Dijo que se sentía abandonada, que había reflexionado: los hombres no cambiaban de partido ni pasaban del teatro a la Cámara sin tener sus motivos: ¡ella tenía una rival! ¡Lo que es el instinto! Se hizo jurar amor eterno. Cinco días después, dio el banquete más espléndido del mundo. El periódico se bautizó en su casa entre ríos de vino y bromas, juramentos de fidelidad, de compañerismo y de la más profunda camaradería. El hombre, olvidado ya como lo fueron *El Liberal*, *El Comunal*, *El Departamental*, *La Guardia Nacional*, *El Federal* y *El Imparcial*, fue algo acabado en *al* para rimar con lo que acaba mal.

Después de las numerosas descripciones de orgías que señalan esta fase literaria, de las que tan pocas se celebraron en las buhardillas donde fueron descritas, resulta difícil pintar la de Florinda. Sólo diremos una cosa. A las tres de la madrugada, Florinda pudo desnudarse y acostarse como si estuviese sola, aunque nadie se había ido. Aquellas lumbreras de la época dormían como troncos. Cuando, entrada ya la mañana, los embaladores, mozos de cuerda y transportistas vinieron a llevarse todo el lujo de la célebre actriz, ella se echó a reír al ver la forma en que los faquines tomaban a aquellos ilustres personajes, igual que si fuesen pesados muebles, para tenderlos sobre el entarimado. Así se fueron aquellas bellas cosas. Florinda entregó todos sus recuerdos a los comerciantes de antigüedades, en cuyas tiendas nadie, al pasar, podía adivinar por su aspecto cómo ni dónde habían sido pagadas aquellas

flores del lujo. Como muestra de respeto, dejaron a Florinda hasta la noche sus objetos de uso particular: la cama, la mesa, la vajilla para servir el almuerzo a sus invitados. Después de quedarse dormidos bajo los elegantes cortinajes, aquellos distinguidos espíritus se despertaron entre los muros fríos, desamueblados por la miseria, llenos de señales de clavos, deshonorados por las cosas extrañas y discordantes que ocultan las telas con que se cubren las paredes, como la tramoya de las decoraciones de ópera.

—¡Pobre Florinda! ¡La han embargado! —gritó Bixiou, uno de los invitados—. ¡A ver! ¡Organicemos una colecta!

Al oír estas palabras, la asamblea se puso en pie. Después de vaciar todos los bolsillos, reunieron treinta y siete francos que Raúl ofreció, riendo, a la risueña señora de la casa. La feliz cortesana alzó la cabeza, que tenía sobre la almohada, y mostró sobre el cobertor un mazo de billetes de Banco, grueso como en la época en que el lecho de las cortesanas podía producir otro tanto, fuese como fuese el año. Raúl llamó a Blondet.

—Comprendo —dijo Blondet—. Esa bribona se ha decidido a venderlo todo sin decírnoslo. ¡Bien, angelito mío!

Este rasgo obligó a llevar triunfalmente a la actriz, en *desabillé*, hasta él comedor por los pocos amigos que quedaban. El abogado y los banqueros se habían ido. Aquella noche Florinda tuvo un éxito clamoroso en el teatro. El rumor de su sacrificio había circulado ya por la sala.

—Preferiría que me aplaudiesen por mi talento —le dijo su rival en el salón de descanso.

—Es un deseo muy natural en una artista que hasta ahora sólo ha sido aplaudida por sus favores —le respondió ella.

Durante la tarde, la doncella de Florinda le preparó unos aposentos en el pasaje Sandrié, en el piso de Raúl. El periodista vivaquearía en la casa donde se instaló la redacción del periódico.

Así era la rival de la cándida madame de Vandenesse. La fantasía de Raúl unía como por medio de un anillo a la actriz y a la condesa; horrible nudo que una duquesa cortó, en tiempos de Luis XV, haciendo envenenar a la Lecouvreur, venganza muy comprensible si se piensa en la magnitud de la ofensa.

Florinda no obstaculizó los comienzos de la pasión de Raúl. La actriz previo errores de cálculo en la difícil empresa que abordaba y quiso unas vacaciones de seis meses. Raúl llevó con energía las negociaciones y las hizo triunfar, haciéndose aún más querido de Florinda. Con el sentido común del campesino de la fábula de la Fontaine, que se asegura la cena mientras los patricios platican, la actriz se fue a hacer bolos por provincias y por el extranjero a fin de mantener al hombre célebre mientras éste se lanzaba en pos del poder.

Hasta el presente son pocos los pintores que se han propuesto trazar el cuadro del amor, tal como aparece en las altas esferas sociales, rebosante de grandeza y de

secretas miserias, terrible en sus deseos, reprimido por los incidentes más necios y más vulgares, destrozado a menudo por la laxitud. Quizá lo veamos aquí fugazmente. A partir del día que siguió al baile de lady Dudley, sin haber hecho ni recibido la más íntima declaración, María se creía amada por Raúl, según el programa de sus sueños, y Raúl se sabía elegido como amante por María. Aunque ni uno ni otra hubiesen llegado a esa decadencia en que los hombres y las mujeres abrevian los preliminares, ambos fueron rápidamente al grano. Raúl, saciado de goces, tendía hacia el mundo ideal; mientras que María, que distaba mucho de imaginar que pudiera cometer una falta, no pensaba que pudiese seguir adelante. Así, ningún amor fue, en realidad, más inocente ni más puro que el amor de Raúl y de María; pero ninguno fue tampoco más arrebatado ni más delicioso en pensamiento. La condesa se sintió dominada por ideas dignas de los tiempos de la caballería andante, aunque completamente modernizadas. Estaba en la esencia de su papel que la repugnancia que experimentaba su marido hacia Nathan no fuese un obstáculo para su amor. Cuanto menos digno de estima hubiese sido Raúl, más grande se hubiera mostrado ella. La conversación inflamada del poeta halló más eco en su seno que en su corazón. La caridad se despertó al oír la voz del deseo. Esta reina de las virtudes casi sancionó a los ojos de la condesa las emociones, el placer, la acción violenta del amor. Encontró hermoso convertirse en una Providencia humana para Raúl. ¡Qué dulce pensamiento! Sostener con su mano blanca y débil la vida donde la vida faltaba, ser en secreto la creadora de una gran fortuna, ayudar a un hombre de genio a luchar con la suerte y domarla, bordarle su pañuelo para el torneo, procurarle armas, darle un amuleto contra los sortilegios y un bálsamo para las heridas...

En una mujer educada como lo fue María, religiosa y noble como ella, el amor debía ser una voluptuosa caridad. Esto explica su osadía. Los sentimientos puros comprometen con un soberbio desdén que se parece al impudor de las cortesanas. Cuando estuvo segura de no comprometer la le conyugal, por una capciosa distinción la condesa se entregó plenamente al placer de amar a Raúl. Las cosas más insignificantes de la vida le parecieron entonces encantadoras. Convirtió en un santuario su tocador, lugar destinado a pensar en él. Su lindo secreter despertó en su alma la idea de los mil placeres de la correspondencia; leería y ocultaría billetes, respondería a ellos. El arreglo de su persona, esa magnífica poesía de la vida femenina, agotada o menospreciada por ella, reapareció, dotada de una magia ignorada hasta entonces. El aseo y la compostura se convirtieron de repente para ella en lo que son para todas las mujeres: una manifestación constante del pensamiento íntimo, un lenguaje, un símbolo. ¡Cuánto placer hallaba en un atavío preparado para agradarle, para honrarlo! Se entregó con gran ingenuidad a esas adorables gentilezas que tanto ocupan la vida de las parisienses y que prestan amplio significado a todo cuanto se ve en ellas, sobre ellas y en su casa. Son muy pocas las mujeres que acuden a los comerciantes de sedas, a las modistas y a los buenos sastres en su solo interés. Cuando son viejas, ya no piensan en acicalarse. Cuando, paseando, veáis una figura



parada un instante ante el vidrio de un escaparate, examinadla bien. "¿Le gustaré más con esto?", es una frase escrita en las frentes iluminadas, en los ojos brillantes de esperanza, en la sonrisa que juguetea en los labios.

El baile de lady Dudley tuvo lugar un sábado por la noche; el lunes, la condesa fue a la Ópera, impulsada por la certidumbre de encontrar allí a Raúl. Nathan estaba en efecto, de pie en una de las escalerillas que descienden hasta las butacas del anfiteatro. Bajó los ojos cuando la condesa entró en su palco. ¡Con que delicioso estremecimiento observó madame de Vandenesse el insólito cuidado que el objeto de su amor había puesto en su atavío! Aquel hombre, que desdeñaba las leyes de la elegancia, lucía una cabellera cuidadosamente peinada en la que los perfumes relucían en los mil contornos de los rizos; el chaleco obedecía a la moda, llevaba la corbata bien anudada y la camisa mostraba pliegues irreprochables. Las manos ocultas bajo los guantes amarillos, según entonces se estilaba, le parecieron blanquísimas. Raúl tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si posase para su retrato, magnífico de indiferencia para toda la sala, lleno de impaciencia mal reprimida. Aunque estuviesen bajos, sus ojos parecían vueltos hacia la barandilla de terciopelo rojo sobre la cual descansaba el brazo de María. Félix, sentado en el otro extremo del palco, volvía entonces la espalda a Nathan. La espiritual condesa se colocó de manera que su mirada se dirigiese de arriba abajo sobre la columna en que se apoyaba Raúl. En un momento, María había hecho abjurar a aquel hombre de talento su cinismo en la manera de vestir. Desde la mujer más vulgar a la más elevada se embriagan al ver la primera prueba de su poder en cualquiera de estas metamorfosis. Cualquier cambio es una declaración de servidumbre.

—Tenían razón, verse comprendida produce una gran felicidad —se dijo, pensando en sus detestables mentoras.

Cuando los dos amantes acabaron de abarcar la sala con una de esas rápidas ojeadas que lo ven todo, cruzaron una mirada de inteligencia. Fue para ambos como si un rocío celeste hubiese refrescado sus corazones abrasados por la espera. "Estoy desde hace una hora en el infierno y ahora los cielos se entreabren", decían los ojos de Raúl. "Sabía que estabas aquí, pero... ¿puedo considerarme libre?" decían los ojos de la condesa. Los ladrones, los espías, los amantes, los diplomáticos, todos los esclavos, en fin, son los únicos que conocen los recursos y los goces de la mirada. Solamente ellos saben todo lo que ésta tiene de inteligencia, de dulzura, de ingenio, de cólera y de maldad, las modificaciones de esa luz cargada de alma. Raúl sintió que su amor se rebelaba y se encabritaba bajo las espuelas de la necesidad, pero se engrandecía en presencia de los obstáculos. Entre su escalón y el palco de la condesa de Vandenesse había apenas treinta pies, y le era imposible anular aquella distancia. Aquel abismo infranqueable inspiraba a un hombre lleno de fogosidad y que hasta entonces había hallado muy poco espacio entre un deseo y el placer, el afán de saltar hasta la condesa en un brinco de tigre. En un paroxismo de pasión quiso tantear el terreno. Saludó ostensiblemente a la condesa, que le respondió con una de esas leves

inclinaciones de cabeza llenas de desdén con que las mujeres quitan a sus adoradores el deseo de probar de nuevo. El conde Félix se volvió para ver quien se dirigía a su esposo. Distinguió a Nathan y, sin saludarlo, pareció pedirle cuentas de su audacia; luego se volvió lentamente, diciendo algo, sin duda, para aprobar el falso desdén de la condesa. Era evidente que la puerta del palco estaba cerrada para Nathan, que dirigió a Félix una mirada terrible, que cualquiera hubiese interpretado a la luz de una de las frases preferidas de Florinda: ¡Pronto no podrás ponerte el sombrero! " Madame de Espard, una de las mujeres más impertinentes de la época, lo vio todo desde su palco y alzó la voz para pronunciar un "bravo" insignificante.

Raúl, que estaba debajo de ella, acabó por volverse; la saludó y ella le dirigió una graciosa sonrisa, con la que parecía decirle: "¡Si os echan de allí, venid aquí!". Raúl interpretó la mirada al pie de la letra, abandonó la columna y fue a hacer una visita a madame de Espard. Necesitaba mostrarse allí para enseñar a aquel insignificante monsieur de Vandenesse que la celebridad valía tanto como la nobleza, y que ante Nathan todas las puertas blasonadas giraban sobre sus goznes. La marquesa le obligó a sentarse frente a ella, en la delantera del palco. Quería tirarle de la lengua.

—Madame de Vandenesse está encantadora esta noche —le dijo, felicitándolo por aquella "toilette" como si se tratase de un libro que hubiera publicado la víspera.

—Sí —dijo Raúl con indiferencia—, las cintas de gasa le sientan maravillosamente, pero les tiene demasiado apego pues ya las llevaba anteayer —agregó con aire ausente, como si quisiera rechazar mediante aquella crítica la encantadora complicidad de que lo acusaba la marquesa.

—¿Conocéis el proverbio? —respondió ella—. Todos los santos tienen octava.

Las celebridades literarias no son tan hábiles como las marquesas, por lo general, en el juego de las réplicas prontas y agudas. Raúl adoptó el recurso de hacerse el bobo, que es el último que emplean los hombres de talento.

—Ese proverbio es bueno para mí —dijo mirando a la marquesa con aire galante.

—Mi querido amigo, vuestro cumplido llega demasiado tarde para que yo lo acepte —replicó ella, riendo—. No seáis tan hipocritón; vamos, ayer por la madrugada, en el baile, encontrasteis a madame de Vandenesse encantadora con sus cintas de gasa; ella sabe que así os gustó y ha vuelto a ponérselas para vos. Ella os ama y vos la adoráis; ha sido un flechazo, pero yo sólo veo en todo eso una cosa naturalísima. Si me equivocase, no retorceríais uno de vuestros guantes, rabioso por tener que estar a mi lado en vez de encontraros en el palco de vuestro ídolo, de donde acabáis de ser rechazado por un desdén oficial... y también os enfurece oír que os digo en voz baja lo que queríais que os dijese en tono muy alto.

Raúl, en efecto, retorció uno de sus guantes, mostrando una mano de blancura sorprendente.

—Ella ha obtenido de vos —dijo la marquesa, mirando con fijeza aquella mano de la forma más impertinente— unos sacrificios que no soléis hacer a la sociedad. Debe de estar encantada por su éxito, que sin duda la hará sentirse vanidosilla; pero,

en su lugar, yo quizá me envanecería todavía más. Hasta ahí, no era más que una mujer inteligente, pero va camino de convertirse en una mujer genial. Vos nos la pintaréis en uno de esos libros deliciosos que sabéis hacer. Querido, no olvidéis a Vandenesse, hacedlo por mí. Desde luego, está demasiado seguro de sí mismo. Yo no le soportaría ese aire radiante ni siquiera al propio Júpiter Olímpico, el único dios mitológico que está libre de todo accidente, según dicen.

—Señora —exclamó Raúl—, me atribuí un alma muy baja si me suponéis capaz de traficar con mis sensaciones, con mi amor. A esta cobardía literaria preferiría la costumbre inglesa de pasar una cuerda en tomo al cuello de una mujer para llevarla al mercado.

—Pero yo conozco a María y ella os lo pedirá.

—Es incapaz de hacerlo —repuso Raúl con calor.

—Eso significa que la conocéis bien.

Nathan se rio de sí mismo, del autor dramático que se había dejado atrapar en un juego de palabras.

—La comedia no se representa detrás de las candilejas —dijo señalando la escena—, sino aquí, por vos.

Tomó sus gemelos y se puso a examinar la sala para guardar las apariencias.

—¿Me lo reprocháis, acaso? —dijo la marquesa, mirándolo de soslayo—. ¿No me confiáis siempre vuestros secretos? Haremos fácilmente las paces. Venid a mi casa, recibo todos los miércoles; nuestra querida condesa no se perderá una velada a la que vos asistiréis. Con esto, yo saldré ganando. A veces la veo entre cuatro y cinco; seré buena y os admitiré entre el pequeño número de favoritos a quienes recibo a esa hora.

—Bien —dijo Raúl—, ya veis como es el mundo. ¡Y pensar que os tildaban de malvada!

—¿A mí? —dijo ella—. Lo soy cuando hace falta. Hay que defenderse, ¿verdad? ¿Cómo va el idilio?

—Se aman con locura. Nathan acaba de decírmelo.

—Yo lo hubiera preferido más feo —respondió lady Dudley, dirigiendo al conde Félix una mirada de víbora—. Además, es tal como yo lo quería: hijo de un chamarilero judío, muerto en estado de bancarrota durante los primeros días de su matrimonio; pero su madre era católica y, por desgracia, hizo de él un cristiano.

Este origen, que Nathan ocultaba con mucho cuidado, acababa de descubrirlo lady Dudley y gozaba de antemano con el placer que le produciría aprovecharlo para lanzar algún terrible epigrama contra Vandenesse.

—¡Y yo que acabo de invitarlo a venir a mi casa! —dijo la marquesa.

—¿Acaso no lo recibí yo ayer? —respondió lady Dedley—. Ángel mío, hay placeres que nos cuestan muy caros.

La noticia de la pasión mutua de Raúl y madame de Vandenesse circuló entre la sociedad durante aquella noche, no sin despertar protestas y exclamaciones de

incredulidad; pero la condesa fue defendida por sus amigas, por lady Dudley, por las señoras de Espard y de Manerville, con un acaloramiento inhábil que todavía daba mayores visos de verosimilitud al rumor. Dominado por la necesidad, Raúl fue el miércoles por la noche a casa de la marquesa de Espard, donde encontró la selecta concurrencia que frecuentaba aquella casa. Como Félix no acompañó a su esposa, Raúl pudo cambiar con María algunas frases más expresivas por su acento que por las ideas que encerraba. La condesa, a quien había puesto en guardia contra la maledicencia madame de Camps, comprendió la importancia de su situación ante el mundo y la sociedad y se la hizo comprender a Raúl.

En medio de aquella hermosa asamblea, ambos experimentaron como único placer esas sensaciones, tan profundamente saboreadas, que producen las ideas, la voz, los gestos y la actitud de la persona amada. El alma se adhiere con violencia a simples naderías. A veces las miradas de ambos se fijaban en el mismo objeto para incrustar en él, por decirlo así un pensamiento tomado y retomado. Durante una conversación se admira el pie ligeramente adelantado, la mano palpitante, los dedos ocupados en golpear una alhaja, en dejarla y en atormentarla de manera significativa. Ya no hablan las ideas ni el lenguaje, sino las cosas; hablan tanto que a menudo un hombre enamorado deja a los demás el cuidado de traer una taza, de azucararla para el té, el *yo no sé qué* que exige la mujer amada, por miedo a revelar su turbación a unos ojos que parecen no ver nada pero lo ven todo. Por las miradas pasan con disimulo miríadas de deseos, de anhelos insensatos, de pensamientos violentos. Los apretones de manos hurtados a los mil ojos de Argos adquieren la elocuencia de una larga carta y la voluptuosidad de un beso. El amor aumenta entonces con todo lo que no puede tener, se apoya en todos los obstáculos para engrandecerse. Por último, estas barreras, con más frecuencia maldecidas que franqueadas, se derriban a hachazos y se arrojan al fuego para alimentarlo. Entonces las mujeres pueden medir la extensión de su poder en la pequeñez a que se reduce un amor inmenso que se repliega sobre sí mismo, se oculta en una mirada alterada, en una contracción nerviosa, tras de una fórmula trivial de cortesía. ¡Cuántas veces, en el último peldaño de una escalera, se han recompensado con una sola palabra los tormentos ignorados, el lenguaje insignificante de toda una velada! Raúl, hombre que se preocupaba poco de la sociedad, dio rienda suelta a su furia en su discurso y se mostró rutilante. Todos oyeron los rugidos inspirados por la contrariedad, que los artistas soportan con tan poca paciencia. Este furor al estilo de Rolando, este espíritu que todo lo rompía y lo destrozaba, sirviéndose del epigrama como de una maza, embriagó a María y deleitó a los demás contertulios, como si viesan a un toro cubierto de banderillas resoplar de furor en un coso español.

—Aunque lo derribes todo, no crearás la soledad a tu alrededor —le dijo Blondet.

Esta frase devolvió a Raúl su presencia de espíritu y dejó de ofrecer su irritación como espectáculo. La marquesa fue a servirle una taza de té y le dijo en voz lo bastante alta para que madame de Vandenesse la oyese:

—Verdaderamente, sois muy divertido; venid a verme algún día a las cuatro.

Raúl se ofendió por el término *divertido*, aunque la marquesa lo hubiese utilizado para que sirviese de pasaporte a la invitación. Se puso a escuchar, como esos actores que miran a la sala en vez de permanecer en escena. Blondet se apiadó de él.

—Querido —le dijo llevándoselo a un rincón—, te portas en sociedad como si estuvieses en casa de Florinda. Aquí nadie se deja llevar por ningún arrebató, ni se hacen peroratas largas; sólo se dice de vez en cuando, una frase ingeniosa, se adopta un aire tranquilo en el momento en que más se desea tirar a alguien por la ventana, se hacen bromas discretas, se finge distinguir a la mujer adorada y nadie se planta como un burro en el centro del camino principal. Aquí, querido amigo, se ama respetando las fórmulas. De modo que, o raptas a madame de Vandenesse, o te portas como un caballero. Te pareces demasiado a los amantes de tus libros.

Nathan escuchaba con la cabeza baja, como león prendido en una red.

—No volveré a poner los pies en esta casa —dijo—. Esta marquesa de papel masticado me cobra demasiado caro el té que me sirve. ¡Dice que me encuentra divertido! Ahora comprendo por qué guillotina Saint-Just a toda esta gente.

—Mañana volverás.

Blondet tenía razón. Las pasiones son tan cobardes como crueles. Al día siguiente, después de vacilar largo rato entre el “iré” y el “no iré”, Raúl abandonó a sus asociados durante una discusión importante y corrió al arrabal de Saint-Honoré, a casa de madame de Espard. Al ver entrar el brillante cabriolé de Rastignac, mientras pagaba su coche de alquiler a la puerta, la vanidad de Nathan se sintió herida; resolvió tener un elegante cabriolé y el tronco de caballos obligatorio.

El coche de la condesa estaba ya en el patio. Al verlo, el corazón de Raúl se dilató de gozo. María marchaba bajo la presión de sus deseos con la regularidad de la manecilla de un reloj movida por su resorte. Estaba a un lado de la chimenea, en el saloncito, recostada en un sillón. En vez de mirar a Nathan cuando lo anunciaron, lo contempló en el espejo, segura de que la señora de la casa se volvería hacia él. El amor, al verse acosado, como sucede en los ambientes mundanos, tiene que recurrir a estas pequeñas astucias: infunde vida a los espejos, a los manguitos, a los abanicos, a una multitud de cosas cuya utilidad no se demuestra de momento y que muchas mujeres utilizan sin servirse de ellas.

—El señor ministro —dijo madame de Espard dirigiéndose a Nathan e indicando a de Marsay con una mirada— sostenía, en el momento en que habéis entrado, que los realistas y los republicanos están de acuerdo. Vos debéis de saber algo de esto, ¿no?

—Y aunque así fuera —repuso Raúl—, ¿qué mal habría en ello? Ambos odiamos el mismo objeto, nos entendemos en nuestro odio pero diferimos en nuestro amor. Esto es lodo.

—Lo menor que se puede decir de tal alianza es que resulta curiosa —observó de Marsay, abarcando con una misma mirada a la condesa de Vandenesse y a Raúl.

—No durará —dijo Rastignac, que pensaba con cierto exceso en la política, como todos los advenedizos.

—¿Qué decís a eso, mi querida amiga? —preguntó madame de Espard a la condesa.

—Yo no entiendo nada de política.

—Si os metéis en ella, señora —dijo de Marsay—, os convertiréis en nuestra enemiga por partida doble. Nathan y María sólo comprendieron el oculto sentido de esta frase cuando de Marsay se había ya alejado. Rastignac lo siguió y madame de Espard los acompañó hasta la puerta de su primer salón. Los dos enamorados dejaron de pensar en las frases intencionadas del ministro al gozar de la riqueza que representaban aquellos pocos minutos. María desenguantó vivamente la mano y se la tendió a Raúl, quien la tomó y la besó como si no tuviese más que dieciocho años. Los ojos de la condesa expresaban una ternura tan noble y tan entera que Raúl notó que de sus ojos brotaban esas lágrimas que los hombres de temperamento nervioso encuentran siempre dispuestas.

—¿Dónde puedo veros? ¿Dónde puedo hablaros? —dijo—. Moriría si tuviese que disfrazar siempre mi voz, mis miradas, mi corazón, mi amor.

Conmovida por aquellas lágrimas, María prometió a su adorador que iría a pasear por el Bosque siempre que el tiempo no fuese detestable. Esta promesa causó más felicidad a Raúl que toda la que había podido obtener de Florinda durante cinco años.

—¡Tengo tantas cosas que deciros! ¡Me hace sufrir tanto el silencio a que estamos condenados!

La condesa lo miraba embriagada, incapaz de responder, cuando la marquesa volvió.

—¡Cómo! ¿No habéis sabido responder nada a de Marsay? —dijo al entrar.

—Hay que respetar a los muertos —respondió Raúl—. ¿No veis que agoniza? Rastignac lo vela, confiando en que se acuerde de él en su testamento.

La condesa fingió tener que irse a atender a sus invitados y quiso salir para no comprometerse. Por aquel cuarto de hora había sacrificado Raúl su tiempo más precioso y sus intereses más palpitantes. María ignoraba aún los detalles de aquella vida de pájaro en la enramada, mezclada en los asuntos más complicados y con el trabajo más agotador. Cuando dos seres unidos por un amor eterno llevan una vida estrechada todos los días por los lazos de la convivencia, por el examen en común de las dificultades surgidas; cuando dos corazones intercambian durante la noche o por la mañana sus pesares, como las bocas intercambian los suspiros, se acompañan en las mismas ansiedades, palpitan juntos a la vista de un obstáculo, entonces todo cuenta: una mujer sabe cuanto amor hay en una mirada evitada, cuantos esfuerzos existen en una rápida carrera; se ocupa, va, viene, espera, se agita con el hombre ocupado, atormentado; si murmura, lo hace contra las cosas; ya no duda, conoce y aprecia los detalles de la vida.

Pero al principio de una pasión en la que se despliegan tanto ardor, tantos celos

y tantas exigencias, en la que ambos se ignoran, junto a mujeres ociosas, a cuya puerta el amor debe ser siempre parcial, junto a las que exageran su dignidad y quieren ser obedecidas en todo, incluso cuando ordenan algo que arruinará a un hombre, el amor lleva aparejados, en París y en nuestra época, unos esfuerzos imposibles. Las mujeres del gran mundo continúan dominadas por las tradiciones del siglo XVIII, cuando en la sociedad tenían todos una posición segura y definida. Muy pocas mujeres se dan cuenta de los apuros y de la penuria en que transcurre la existencia de la mayoría de los hombres, los cuales tienen que alcanzar una posición, conseguir la gloria o consolidar una fortuna. Hoy en día las personas de sólida fortuna se cuentan con los dedos de la mano y sólo los ancianos tienen tiempo para amar, pues los jóvenes reman en las galeras de la ambición, como remaba Nathan. Las mujeres, todavía poco resignadas a este cambio de las costumbres, prestan el tiempo que les sobra a quienes no tienen bastante; no conciben más ocupaciones ni más objetivos que los suyos. No tendría el menor mérito que el amante venciese a la propia hidra de Lerna para conquistarse una posición; todo desaparece ante la dicha de verlo; ellas sólo le agradecen sus emociones sin informarse de lo que le cuestan. Si en sus horas de ocio alguna de ellas inventa cualquier estratagema de esas que tienen por mandatos, la hacen brillar como una joya. Mientras vosotros torcéis las barras de hierro de la necesidad, ellas se calzan los mitones y se cubren con la capa de una astucia: se llevan la palma y nadie se la puede disputar. Además, tienen razón: ¿cómo no romperlo todo por una mujer que lo rompe todo por nosotros? Exigen tanto como dan. Al volver, Raúl comprendió lo difícil que le sería sostener aquel amor en el gran mundo y llevar al mismo tiempo las riendas del carro de diez caballos del periodismo, sus obras teatrales y sus enmarañados asuntos.

—El diario será detestable esta noche —dijo, al irse—. No publicará, un artículo mío, ni siquiera en el segundo número.

Madame de Vandenesse fue tres veces al Bosque de Bolonia sin ver a Raúl. Regresaba inquieta, desesperada. Nathan sólo quería mostrarse allí en todo el esplendor de un príncipe de la prensa. Pasó toda la semana buscando dos caballos, un cabriolé y unos arreos convenientes, convenciendo a sus asociados de la necesidad de prescindir de un tiempo tan precioso como el suyo, y haciendo que el dinero que le costó aquel lujo se cargase en la cuenta de los gastos generales del periódico. Sus asociados, Massol y du Tillet, accedieron con tanta complacencia a su demanda que los encontró las mejores personas de este mundo. Sin aquella ayuda la vida se hubiera hecho imposible para Raúl; sin embargo, se convirtió en algo tan rudo, aunque endulzado por los placeres más delicados del amor ideal, que muchas personas, incluso las de constitución más fuerte, no hubieran podido resistir semejantes disipaciones. Una visión violenta y feliz ocupa ya mucho sitio en una existencia ordinaria; pero cuando su víctima es una mujer de alcurnia como madame de Vandenesse, debe consumir la vida de un hombre ocupado como Raúl. He aquí la lista de las obligaciones que su pasión anteponía a todas las demás: tenía que estar

casi todos los días a caballo en el Bosque de Bolonia, entre dos y tres de la tarde, con el atuendo del *gentleman* más ocioso. Allí se enteraba de la casa o el teatro en que por la noche volvería a ver a madame de Vandenesse. Siempre abandonaba los salones alrededor de la medianoche, después de haber atrapado al vuelo algunas frases largamente esperadas, algunas migajas de ternura arrojadas bajo la mesa, entre dos puertas o al subir al coche. María, que le había abierto las puertas del gran mundo, hacía que lo invitasen a cenar en algunas de las casas a que ella iba. ¿No era todo muy sencillo? Por orgullo, arrebatado por su pasión, Raúl no se atrevía a hablar de sus penalidades. Debía obedecer a las voluntades más caprichosas de aquella inocente soberana, y seguir los debates parlamentarios, el torrente de la política, velar por la dirección del periódico y poner en escena dos obras, cuyos ingresos le resultaban indispensables. Bastaba con que madame de Vandenesse hiciese un ligero mohín cuando él quería librarse de asistir a un baile, a un concierto o a un paseo, para que sacrificase sus intereses a su placer.

Al abandonar los salones del gran mundo entre la una y las dos de la madrugada, trabajaba hasta las ocho o las nueve, descabezaba un sueñecito, se despertaba para cambiar impresiones sobre el periódico con los personajes influyentes de quienes dependía, para fijar su política y debatir las mil y una cuestiones internas. En nuestra época el periodismo lo abarca todo: la industria, los intereses públicos y privados, las nuevas empresas, todos los amores propios de la literatura y sus productos.

Después de correr abrumado y fatigado de la redacción al teatro, del teatro a la Cámara, de la Cámara a visitar a unos acreedores, Nathan tenía que presentarse tranquilo y risueño ante María, galopar junto a la portezuela de su coche con la indiferencia de un hombre despreocupado y que no tiene más fatigas que las que proporciona la felicidad. Al ver que, como premio a tanta abnegación oculta, no recibía más que palabras dulces, la bella promesa de un amor eterno, ardientes apretones de manos durante unos segundos de soledad, palabras apasionadas a cambio de las suyas, le pareció que sería llamarse a engaño dejar que permaneciese ignorado el enorme precio que tenía que pagar por aquellos *menudos sufragios*, como hubieran dicho nuestros padres. La ocasión de explicarse no se hizo esperar. Un hermoso día del mes de abril, la condesa aceptó el brazo de Nathan en un rincón apartado del Bosque de Bolonia; quería hacerle una de esas lindas escenitas sin ningún motivo concreto, sobre las cuales saben las mujeres levantar montañas. En vez de acogerlo con la sonrisa en los labios, con la frente iluminada por la dicha y los ojos animados por un pensamiento fino y alegre, se mostró grave y seria.

—¿Qué tenéis? —le dijo Nathan.

—No os preocupéis por estas fruslerías —contestó ella—. Ya sabéis que las mujeres somos como criaturas.

—¿Os habré desagradado?

—¿Estaría aquí, si fuera así?

—Pero no me sonreís, no parecéis contenta al verme.



—Os pongo mala cara, ¿verdad? —dijo ella mirándolo con ese aire sumido que permite a las mujeres adoptar aspecto de víctimas.

Nathan dio algunos pasos, dominado por una aprensión que le oprimía el corazón y lo entristecía.

—Será sin duda —dijo, tras de un momentáneo silencio— uno de esos temores frívolos, una de esas sospechas nebulosas que ponéis por encima de las cosas más grandes de la vida; poseéis el arte de hacer que el mundo se incline al arrojar sobre él una brizna de paja...

—¿Os mostráis irónico?... Ya lo esperaba —dijo ella, bajando la cabeza.

—María, ángel mío, ¿no ves que si he dicho esas palabras ha sido para arrancarte tu secreto?

—Mi secreto será siempre un secreto, incluso después de confiároslo.

—Pues bien, dime...

—No me amáis —respondió ella, dirigiéndole una de esas penetrantes miradas de soslayo con que las mujeres interrogan tan maliciosamente al hombre que quieren atormentar.

—¿No os amo, decís?... —exclamó Nathan.

—Sí, tenéis demasiadas ocupaciones. ¿Qué soy yo en medio de todo ese movimiento? Me olvidáis a cada instante. Ayer vine al Bosque, os esperé.

—Pero...

—Me había puesto un vestido nuevo para vos y vos no vinisteis. ¿Dónde estabais?

—Pero...

—No lo sé. Voy a casa de madame de Espard y ya no os encuentro en ella.

—Pero...

—Por la noche, en la Ópera, no aparté los ojos ni un momento del anfiteatro. Cada vez que la puerta se abría, notaba que unas palpitaciones me partían el corazón.

—Pero...

—¡Qué noche! No podéis saber lo que son esas tempestades del corazón.

—Pero...

—Estas emociones agotan la vida...

—Pero...

—¿Pero, qué? —dijo ella.

—Sí, la vida se agota —dijo Nathan—, y vos consumiréis en pocos meses la mía. Vuestros reproches insensatos arrancan también mi secreto... ¡Ah! ¿Decís que no os amo?... Lo que ocurre es que os amo demasiado.

Entonces pintó vivamente su situación, le refirió sus noches en vela, detalló sus obligaciones a hora fija, la necesidad de triunfar, las insaciables exigencias de un período que tenía que prever antes que todo el mundo el curso de los acontecimientos, sin equivocarse, so pena de perder su poder; el rápido estudio que tenía que efectuar, en fin, de las cuestiones que pasaban rápidas como nubes en

aquella época que todo lo devoraba.

Raúl se equivocó de medio a medio. La marquesa de Espard ya se lo había dicho: no hay nada más ingenuo que un primer amor. El pecado de la condesa fue pronto el de amar demasiado. Una mujer enamorada responde a todo con un goce, con una confesión o con un placer. Al ver extenderse ante ella aquella vida inmensa, la condesa se sintió dominada por la admiración. A sus ojos, Nathan había sido hasta entonces algo muy grande; de pronto le pareció sublime. Se acusó de quererlo demasiado, le suplicó que acudiese cuando pudiera; empujó aquellos esfuerzos de ambicioso levantando la mirada al cielo. ¡Ella esperaría! De allí en adelante sacrificaría su placer. ¡Al no querer ser más que un peldaño se convirtió en un obstáculo!...

La desesperación la hizo llorar.

—Las mujeres —dijo con lágrimas en los ojos— únicamente podemos amar. En cambio, los hombres tenéis mil medios de actuar. Nosotras sólo podemos pensar, rezar y adorar.

Tanto amor merecía una recompensa. Ella miró, como un ruiseñor que quiere saltar de su rama a la fuente, si estaba sola en la soledad, si el silencio ocultaba algún testigo; después levantó la cabeza hacia Raúl, que inclinó la suya; dejó que le robase un beso, el primero, el único que tuvo que dar de una manera fraudulenta, y se sintió más dichosa en aquel instante que en cualquier momento de los cinco años anteriores. Aquello pagó a Raúl de todas sus fatigas. Ambos iban sin saber adonde, por el camino de Auteuil a Bolonia; se vieron obligados a regresar a sus coches con ese paso medido y cadencioso que conocen los amantes. Raúl tenía fe en aquel beso, dado con esa facilidad decente que es hija de la santidad de sentimientos. Todo el mal provenía del mundo y no de aquella mujer, tan totalmente suya. Raúl dejó de lamentar los tormentos de su vida enfebrecida, que María había de olvidar bajo el fuego de su primer deseo, como todas las mujeres incapaces de ver constantemente los terribles combates de esas existencias excepcionales. Presa de la admiración agradecida que distingue a la pasión femenina, María corría con paso deliberado y veloz por la fina arena de una avenida, diciendo, como Raúl, muy pocas cosas, pero llenas de sentimiento. El cielo era puro, en los corpulentos árboles brotaban las yemas y algunas puntas verdes animaban ya sus millares de ramitas pardas. Los arbustos, los abedules, los sauces y los álamos mostraban su primer follaje, tierno aún y diáfano. No hay alma capaz de resistir a semejantes armonías. El amor le explicaba la naturaleza a la condesa, como le había explicado la sociedad.

—¡Querría que sólo me hubieseis amado a mí! —dijo ella.

—Vuestro deseo es ya realidad —respondió Raúl—. Nos hemos revelado mutuamente el verdadero amor.

Decía verdad. Al presentarse ante aquel corazón joven como un hombre puro, Raúl quedó prendido en sus propias frases, empenachadas de bellos sentimientos. Puramente especuladora y vanidosa al principio, su pasión se hizo sincera. Había

comenzado por mentir y terminó diciendo la verdad. Por otra parte, en todo escritor hay un sentimiento difícilmente ahogado que le lleva a admirar la belleza moral. A fuerza de realizar sacrificios, un hombre termina por interesarse por el ser que se los exige. Las mujeres del gran mundo, lo mismo que las cortesanas.

tienen el instinto de esta verdad; y hasta es posible que la practiquen sin conocerla. La condesa, después de su primer impulso de reconocimiento y sorpresa, se sintió encantada por haber inspirado tantos sacrificios, por ser la causa de que se superasen tantas dificultades. La amaba un hombre digno de ella. Raúl ignoraba a qué le obligaría su falsa grandeza, pues las mujeres no les permiten a los hombres que aman que se apeen de su pedestal. A un dios no se le perdonan las menores flaquezas. María no sabía la solución del enigma que Raúl planteó a sus amigos durante la cena del restaurante Véry. La lucha para subir ocupó a aquel escritor, salido de las clases inferiores, durante los diez primeros años de su juventud; quería conquistar el amor de una de las reinas del gran mundo. La vanidad, sin la cual el amor es bien poca cosa —según dijo Chamfort— sostenía su pasión y la aumentaría de día en día.

—¿Podéis jurarme —le dijo María— que no sois ni seréis jamás de ninguna otra mujer?

—Tengo tan poco tiempo en mi vida para otra mujer como sitio para ella en mi corazón —respondió él, convencido de que no mentía, pues hasta tal punto despreciaba a Florinda.

—Os creo —repuso ella.

Cuando llegaron a la avenida donde esperaban los coches, María soltó el brazo de Nathan, que adoptó una actitud respetuosa, como si acabase de encontrarse con ella; la acompañó con el sombrero en la mano hasta su coche y después la siguió por la avenida de Carlos X, aspirando la polvareda que levantaba la calesa y contemplando las plumas, semejantes a las ramas de un sauce llorón, que el viento agitaba al exterior. Pese a las nobles renunciaciones de María, Raúl, excitado por su pasión, se encontraba en todos los lugares a donde ella iba; adoraba el aire, descontento y feliz a la vez, que adoptaba la condesa al tratar en vano de reñirle cuando le veía disipar aquel tiempo que le era tan necesario. María tomó la dirección del trabajo de Raúl, dándole órdenes rigurosas sobre el empleo de sus horas, y se quedó en casa para quitarle cualquier pretexto de perder el tiempo. Leía todas las mañanas el periódico y se convirtió en el pregonero de la gloria de Esteban Lousteau, el folletinista, que encontraba delicioso, de Feliciano Vernou, de Claudio Vignon, de todos los redactores. Aconsejó a Raúl que hiciese justicia a de Marsay cuando muriese y leyó con embriaguez el grandioso y magnífico elogio póstumo que Raúl hizo del ministro muerto, censurando al propio tiempo su maquiavelismo y su odio hacia las masas. Asistió, naturalmente, desde el palco proscenio del Gimnasio al estreno de la obra con la que contaba Nathan para sostener su empresa y cuyo éxito pareció inmenso. Se dejó engañar por los aplausos de pago.

—¿No fuisteis a la función de despedida de los Italianos? —le preguntó lady

Dudley, a quien fue a visitar después de aquella representación.

—No, he ido al Gimnasio. Estrenaban una obra.

—Yo no puedo sufrir el vodevil. En esto soy como Luis XIV con los Téniers — dijo lady Dudley.

—En cuanto a mí —terció madame de Espard—, encuentro que los autores han hecho progresos. Los vodeviles actuales son comedias encantadoras, rebosantes de ingenio, que exigen mucho talento. Las encuentro muy divertidas.

—Además, los actores son excelentes —dijo María—. Los del Gimnasio han trabajado muy bien esta noche; la pieza les agradaba y el diálogo es fino, ingenioso.

—Como el de Beaumarchais —dijo lady Dudley.

—M. Nathan no es todavía un Moliere, pero... —dijo madame de Espard, mirando a la condesa.

—Hace vodeviles —dijo madame de Vandenesse.

—A falta de ministerios —observó madame de Manerville.

La condesa guardó silencio; trataba de responder con epigramas acerados pues sentía su corazón agitado por la ira; pero sólo supo decir:

—Tal vez los haga algún día.

Todas las damas cambiaron una mirada de misteriosa inteligencia. Cuando María de Vandenesse se fue, Moina de Saint-Héren exclamó:

—¡Pero ella adora a Nathan!

—María no anda con tapujos —dijo madame de Espard.

Llegó el mes de mayo y Vandenesse se llevó a su mujer a sus tierras, donde sólo halló consuelo en las cartas apasionadas de Raúl, a quien ella escribía todos los días.

La ausencia de la condesa hubiera podido salvar a Raúl del abismo en que se precipitaba si Florinda hubiese estado a su lado; pero estaba solo, rodeado de amigos que se habían convertido en sus enemigos secretos desde el momento en que manifestó la intención de dominarlos. Sus colaboradores lo odiaban de momento, dispuestos a tenderle la mano y consolarlo en caso de caída y a adorarlo en caso de éxito. Así va el mundo literario. Los que viven en él sólo aman a sus inferiores. Todos son enemigos del que aspira a elevarse. Esta envidia general multiplica las posibilidades de triunfo de las medianías, que no despiertan envidias ni sospechas, se abren camino a la manera de los topos y, por estúpidos que sean, aparecen en el *Monitor* para ocupar tres o cuatro cargos, mientras los hombres de talento se pelean a la puerta para impedirse mutuamente la entrada.

La sorda enemistad de aquellos supuestos amigos, que Florinda habría adivinado con el arte innato que poseen las cortesanas para descubrir la verdad entre mil hipótesis, no era el mayor peligro que se cernía sobre Raúl. Sus dos asociados, el abogado Massol y el banquero du Tillet, se habían propuesto uncir su ardor al carro donde ellos se arrellanaban para despedirlo cuando ya no pudiese mantener el periódico, o despojarlo de aquel gran poder cuando quisiesen aprovecharse de él en su exclusivo beneficio. Para ellos, Nathan representaba una inversión afortunada, una

fuerza literaria con el poder de diez plumas que se empleaba a su servicio. Massol, uno de esos abogados que confunden la facultad de hablar indefinidamente con la elocuencia, que poseen el secreto de aburrir, traten de lo que traten, que son la peste de las asambleas, donde empequeñecen todos los temas, y que quieren convertirse en personajes a toda costa, ya no aspiraba a ser ministro de Justicia; había visto pasar a cinco o seis de ellos por el ministerio en cuatro años y la toga no le atraía ya. Para redondear sus ingresos, aspiraba a una cátedra en la Instrucción Pública, o un puesto en el Consejo de Estado, realzado por la cruz de la Legión de Honor. Du Tillet y el barón de Nucingen le garantizaron la cruz y su nombramiento para un alto cargo gubernamental si abrazaba sus opiniones; los encontró más dispuestos a realizar sus promesas que Nathan, de modo que los obedecía ciegamente. A fin de engañar mejor a Raúl, estos taimados sujetos le dejaban ejercer un poder absoluto. Du Tillet sólo utilizaba el diario para favorecer sus intereses de agiotista, de los que Raúl no entendía nada; pero ya había comunicado a Rastignac, por intermedio del barón de Nucingen, que el periódico se mostraría tácitamente complaciente con el poder, con la única condición de que apoyase su candidatura en vez de la de M. de Nucingen, futuro par de Francia y que fue elegido en una especie de “burgo podrido”, un colegio con pocos electores donde el periódico se distribuía gratuitamente con profusión.

De este modo, Raúl se dejaba engañar por el banquero y por el leguleyo, que lo veían reinar en el periódico con placer infinito, aprovechándose de todas las ventajas y cosechando todos los frutos del amor propio o de otra clase. Nathan, encantado, los consideraba unas buenísimas personas, como sucedió cuando les pidió fondos para equipar un carruaje, y creía tenerlos en sus manos. Los hombres de imaginación, para quienes la esperanza es el fondo de la vida, nunca se avienen a reconocer que en los negocios el momento más peligroso es aquel en que todo marcha de acuerdo con sus deseos. Fue aquél un momento de triunfo en el mundo político y financiero, del que supo aprovecharse Nathan; du Tillet lo introdujo en casa del barón de Nucingen. La baronesa dispensó una amable acogida a Raúl, más por madame de Vandenesse que por él, pero cuando aludió discretamente a la condesa, él se consideró un maestro de la diplomacia al escudarse tras de Florinda; disertó con una generosa fatuidad acerca de sus relaciones con la actriz, imposibles de romper. ¿Quién abandonaría una felicidad segura por las coqueterías del arrabal de Saint-Germain?

Nathan, engañado por Nucingen y por Rastignac, por du Tillet y por Blondet, prestó fastuosamente su apoyo a los doctrinarios para la formación de uno de sus efímeros gabinetes. Después, a fin de conservar su pureza, renunció a aprovecharse de algunas de las empresas que se formaron a la sombra de su diario, a pesar de que no le importaba comprometer a sus amigos y comportarse de manera poco delicada con algunos industriales en determinados momentos críticos. Estos contrastes, engendrados por su vanidad y por su ambición, se encuentran en muchas existencias parecidas. El manto que el público contempla debe ser espléndido y sus agujeros se tapan con los trozos de tela que se pueden arrancar a los amigos. Sin embargo, dos

meses después de la partida de la condesa, Raúl pasó un cuarto de hora digno de Rabelais, que le causó algunas inquietudes en medio de su triunfo. Du Tillet le había anticipado cien mil francos. El dinero cedido por Florinda, la tercera parte de su primera inversión de fondos, había sido devorado por el fisco y por los gastos de instalación, que fueron enormes. Había que pensar en el futuro. El banquero favoreció al escritor al girarle letras de cambio por cincuenta mil francos a cuatro meses vista. Así du Tillet tenía a Raúl sujeto por el cabestro de la letra de cambio. Por medio de este suplemento, se cubrieron los fondos del periódico durante seis meses. En opinión de muchos escritores, seis meses son una eternidad. Además, a fuerza de anuncios, por medio de corredores, ofreciendo ventajas ilusorias a los suscriptores, se reclutaron dos mil. Semejante éxito a medias alentaba a quemar los billetes de Banco en aquel brasero. Añádase a esto un poco de talento, un proceso político, una aparente persecución y habremos convertido a Raúl en uno de esos *condottieri* modernos cuya tinta vale tanto hoy como la pólvora de artillería de antaño.

Por desgracia las letras estaban ya aceptadas cuando Florinda volvió con cincuenta mil francos aproximadamente. En vez de crearse un fondo de reserva, Raúl, seguro de un éxito que consideraba inevitable, humillado por haber aceptado dinero de la actriz, interiormente engrandecido por su amor y deslumbrado por los falaces elogios de sus aduladores, engañó a Florinda sobre su posición y la obligó a emplear aquella suma en el arreglo de su casa. En aquellas circunstancias un decorado magnífico se convertía en una necesidad. La actriz, que no deseaba otra cosa, se cargó de deudas por valor de treinta mil francos, pero tuvo una casa deliciosa, completamente suya, en la rue Pigalle, donde volvió a reunir a su antigua camarilla. La casa de una joven de la situación de Florinda era un terreno neutral, muy favorable para los ambiciosos políticos que trataban, como Luis XIV entre los holandeses, sin Raúl en casa de Raúl, Nathan reservó a la actriz, para su reaparición en escena, una obra cuyo papel principal le iba admirablemente. Aquel drama vodevillesco había de ser la despedida teatral de Raúl. Los diarios, a quienes nada costaba mostrarse complacientes con él, dedicaron tal ovación a Florinda que la Comedia Francesa habló de ofrecerle un contrato. Los folletines mostraban a Florinda como la heredera de mademoiselle Mars.

Aquel triunfo dejó tan aturdida a la actriz que le impidió estudiar el terreno que pisaba Nathan; vivía constantemente en un mundo de fiestas y festines. Reina de aquella corte, asediada de solícitos admiradores que se apretujaban a su alrededor, uno para ofrecerle su libro, otro para mostrarle su comedia, el de más allá por su bailarina, quien por su teatro, quien para su empresa, quien para un anuncio, se entregaba a todos esos placeres que procura el poder de la prensa, al ver en ellos la aurora del crédito ministerial. Si hubiese que creer a los que frecuentaban su casa, Nathan era un político de gran talla. Nathan demostró una gran clarividencia en su empresa: sería diputado y sin duda ministro durante algún tiempo, como tantos otros. Las actrices raramente dicen que no a quien las lisonjea. Florinda tenía demasiado

talento en el folletín para desconfiar del periódico y de los que lo hacían. Conocía de manera harto insuficiente el mecanismo de la prensa para inquietarse por los medios. Las jóvenes del carácter de Florinda únicamente ven los resultados. En cuanto a Nathan, creyó desde entonces que en la próxima legislatura conseguiría su objetivo con ayuda de los antiguos periodistas, uno de los cuales, a la sazón ministro, trataba de apartar con malas artes a sus colegas para consolidarse.

Después de seis meses de ausencia, Nathan volvió a ver a Florinda con placer y volvió a hundirse despreocupadamente en sus antiguos hábitos. Bordó en secreto la pesada trama de aquella vida con las más bellas flores de su pasión ideal y de los placeres que en ella sembraba Florinda. Sus cartas a María eran obras maestras de amor, de gracia y de estilo. Nathan la había convertido en el faro de su vida y no emprendía nada sin consultar su genio bueno. Desolado por hallarse en el bando popular, se sintió tentado por un momento de abrazar la causa de la aristocracia; pero, a pesar de su habilidad y de su costumbre para los cambios de frente, reconocía que era absolutamente imposible saltar de la izquierda a la derecha; era más fácil llegar a ser ministro. Guardaba las preciosas cartas de María en una de esas carteras provistas de compartimientos secretos, creación de Huret o de Fichet, los dos mecánicos que peleaban a golpes de anuncios y carteles en París para ver quien hacía las cerraduras más impenetrables y más discretas. Raúl dejaba esta cartera en el nuevo tocador de Florinda, donde él trabajaba. Nadie es más fácil de engañar que una mujer a quien su amante tiene la costumbre de contárselo todo; no desconfía de nada, cree verlo todo y saberlo todo. Además, desde su regreso la actriz no veía ni hallaba ninguna irregularidad en la vida de Nathan. Jamás hubiera imaginado que aquella cartera, en la que apenas se fijaba y que él sostenía sin afectación, contuviese tesoros de amor, las misivas de una rival que, por consejo de Raúl, dirigía la condesa a la redacción del periódico. La situación de Nathan parecía, pues, extraordinariamente brillante. Tenía numerosos amigos. Las dos obras teatrales escritas en colaboración y que acaban de alcanzar un gran éxito le proporcionaban los medios de mantener su lujo y le quitaban toda preocupación por el futuro. Además, su deuda con du Tillet, que era su amigo, no le preocupaba en absoluto.

—¿Cómo puedo desconfiar de un amigo? —decía cuando en algunos momentos Blondet manifestaba ciertas dudas, dominado por su costumbre de analizarlo todo.

—Pero no es necesario que desconfiemos de nuestros enemigos —observaba Florinda.

Nathan defendía a du Tillet. Éste era el mejor, el más amable y más probo de los hombres. Esta existencia de equilibrista en la cuerda floja sin balancín hubiera asustado a todo el mundo, incluso a un indiferente, si hubiese podido sondear su misterio; pero du Tillet la contemplaba con el estoicismo y los ojos secos de un advenedizo. En la amistosa campechanía de su trato con Nathan había bromas atroces. Un día le estrechó la mano al salir de casa de Florinda y luego vio como subía a su cabriolé.

—Ahora se va al Bosque de Bolonia con su magnífico tronco de caballos —dijo a Lousteau, el envidioso por excelencia— y quien sabe si dentro de seis meses estará a la sombra en Clichy.

—¿Quién, él? ¡Jamás! —exclamó Lousteau—. Tiene a Florinda.

—¿Y quién te dice, amiguito, que la conservará? En cuanto a ti, que vales mil veces más que él, ten por seguro que serás nuestro redactor-jefe dentro de seis meses.

En octubre las letras de cambio vencieron y du Tillet las renovó graciosamente, pero girándolas a dos meses y aumentándolas con el descuento y un nuevo préstamo. Seguro de la victoria, Raúl exprimía todos sus recursos. Madame de Vandenesse debía regresar al cabo de pocos días, un mes antes de lo acostumbrado, impulsada por el deseo acuciante de ver a Nathan, quien no quiso hallarse falto de dinero en el momento de reanudar su vida militante. La correspondencia, en que la pluma se muestra siempre más atrevida que la palabra, en que el pensamiento revestido de sus flores lo aborda todo y puede decirlo todo, hizo alcanzar a la condesa el grado más elevado de exaltación; veía en Raúl a uno de los genios más bellos de la época, un corazón exquisito y menospreciado, sin tacha y digno de adoración; le veía tender una mano atrevida hacia el banquete del poder. Aquella lengua que tan bellas frases de amor sabía decir pronto atronaría la tribuna.

María sólo vivía ya para aquella vida de círculos entrelazados como los de una esfera en cuyo centro está el mundo. La tranquila felicidad del matrimonio ya no la atraía; prefería la agitación de la vida tumultuosa que le transmitía una pluma amorosa y diestra; besaba aquellas cartas escritas en medio de las batallas desencadenadas por la prensa, arrancadas a las horas de estudio; las valoraba inmensamente y estaba segura de que era su única amada y de que sólo tenía por rivales a la gloria y la ambición; empleaba todas sus fuerzas en el fondo de su soledad y se sentía dichosa por su elección: Nathan era un ángel. Afortunadamente, su ausencia momentánea y las barreras que existiera entre ella y Raúl acallaron la maledicencia mundana.

Durante los últimos días de otoño, María y Raúl reanudaron sus paseos por el Bosque de Bolonia, único lugar donde podían verse en espera de que los salones abriesen de nuevo sus puertas. Raúl pudo saborear más desahogadamente los puros y exquisitos goces de su vida ideal, que ocultaba a Florinda: trabajaba un poco menos, las cosas se habían encarrilado en el periódico y todos los redactores cumplían su cometido a la perfección. Hizo involuntarias comparaciones, todas ventajosas para la actriz, sin que a pesar de ello la condesa saliese perdiendo. Agotado nuevamente por las maniobras a que le condenaba su pasión del corazón y la cabeza por una mujer del gran mundo, Raúl sacó fuerzas de flaqueza para atender simultáneamente a tres frentes: la sociedad, el periódico y el teatro. En el momento en que Florinda, que le estaba agradecida por todo, que llegaba casi a compartir sus trabajos e inquietudes, se mostraba o desaparecía según conviniese derramando sobre él una felicidad real, sin frases, sin ninguna escolta de remordimientos, la condesa, de ojos insaciables y casto



corsé, arrojaba al olvido aquellos trabajos de Hércules, los que a veces se tomaba él para verla solo un instante. En vez de dominar, Florinda se dejaba tomar, abandonar y tomar de nuevo, con la complacencia de un gato que cae siempre de pie y mueve las orejas. Esta facilidad de costumbres concuerda admirablemente con el carácter de los hombres de letras; y cualquier artista se hubiera aprovechado de ella, como hizo Nathan, sin abandonar la búsqueda de aquel amor ideal, de aquella espléndida pasión que deleitaba su alma de poeta, sus grandezas secretas, sus vanidades sociales. Convencido de la catástrofe que acarrearía una indiscreción, se decía: “¡Ni la condesa ni Florinda sabrán nada!”. ¡Estaban tan lejos la una de la otra!

Al comenzar la temporada invernal reapareció Raúl en sociedad en pleno apogeo: era casi un personaje. Rastignac, caído con el Ministerio, desbaratado por la muerte de de Marsay, se apoyaba en Raúl y lo apoyaba, a su vez, con sus elogios. Madame de Vandenesse quiso saber entonces si su marido había cambiado de opinión sobre Nathan. Al cabo de un año, lo interrogó de nuevo, creyendo que se tomaría uno de aquellos resonantes desquites que agradan a todas las mujeres, incluso a las más nobles, a las menos terrenales; pues puede apostarse, sin temor a equivocarse, que incluso los ángeles tienen su amor propio cuando se alinean en torno al Santo de los Santos.

—Sólo le faltaba convertirse en cabeza de turco de los intrigantes —respondió el conde.

Félix, a quien su experiencia del mundo y de la política permitía ver claro, adivinó cuál era la situación de Raúl. Explicó tranquilamente a su esposa que la tentativa de Fieschi tuvo por resultado ligar a muchas personas tibias en torno a los intereses amenazados en la persona del rey Luis Felipe. Los periódicos cuyo color resultara equívoco perderían sus suscriptores, pues el periodismo y la política iban a simplificarse. Si Nathan había invertido su fortuna en el periódico, no tardaría en perderla. Esta visión tan justa y tan clara y, al mismo tiempo, tan sucinta, esta ojeada lanzada con la intención de profundizar en una cuestión sin interés, por un hombre que sabía calcular las posibilidades de todos los partidos, asustó a madame de Vandenesse.

—¿Acaso os interesáis por este hombre? —preguntó Félix a su mujer.

—Me interesa como me interesaría cualquier hombre cuyo ingenio me divirtiese y cuya conversación me agradase.

Esta respuesta fue pronunciada con tanta naturalidad que el conde no abrigó la menor sospecha.

Al día siguiente, a las cuatro, María y Raúl sostuvieron una larga conversación, en voz baja, en casa de madame de Espard. La condesa manifestó unos temores que Raúl se apresuró a disipar, sumamente satisfecho al poder derribar con los acerados dardos de su ingenio la grandeza conyugal de Félix. Nathan tenía que tomarse el desquite. Presentó al conde como un espíritu mezquino, como un hombre atrasado, que quería medir la revolución de Julio con el rasero de la Restauración, que se

negaba a admitir el triunfo de la clase media, nueva fuerza de las sociedades, temporal o duradera, pero real. Ya no podían existir grandes señores, había llegado el reinado de las auténticas superioridades. En vez de prestar oídos a los consejos indirectos e imparciales de un hombre político, interrogado sin pasión, Raúl se pavoneó subido a sus zancos y envuelto en la púrpura de su éxito. ¿Quién es la mujer que no cree más en su amante que en su marido? Madame de Vandenesse, ya tranquilizada, principió entonces aquella misma vida de irritaciones reprimidas, de pequeños goces a escondidas, de apretones de mano clandestinos, que había sido su alimento durante el invierno anterior, pero que acaba siempre por arrastrar a una mujer más allá de todo límite cuando el hombre a quien ama es resuelto y se impacienta ante las trabas. Afortunadamente para ella, Raúl, moderado por Florinda, no resultaba peligroso. Además, se hallaba embargado por unos intereses que no le permitían aprovecharse de su felicidad. Sin embargo, cualquier súbita desdicha que cayese sobre Nathan, cualquier obstáculo nuevo, una impaciencia cualquiera podían precipitar a la condesa en un abismo. Raúl entreveía estas disposiciones de ánimo en María cuando, a fines de diciembre, du Tillet le exigió que saldase su deuda. El opulento banquero, que pretextó hallarse en apuros, aconsejó a Raúl que pidiese aquella suma prestada por un plazo de quince días a un usurero, un tal Gigonnet, la providencia al veinticinco por ciento de todos los jóvenes insolventes. Al cabo de pocos días el periódico efectuaba su gran recaudación de enero, habría dinero en caja y du Tillet lo arreglaría todo. Además, ¿por qué no escribía Nathan una obra para el teatro?

Por orgullo, Nathan quiso pagar a toda costa. Du Tillet le dio a Raúl una carta de presentación para el usurero, y Gigonnet le adelantó la suma contra unas letras de cambio a veinte días. En vez de buscar el motivo de tantas facilidades, Raúl sintió no haber pedido más. Así suelen portarse los hombres de inteligencia más notable; encuentran cosa digna de reírse en un hecho grave y parecen reservar todo su ingenio para sus obras. Temerosos de malgastarlo, no lo aplican a los lances cotidianos de la vida. Raúl refirió la visita de aquella mañana a Florinda y a Blondet; les hizo un retrato de cuerpo entero de Gigonnet, su insignificante papel de Réveillon, su escalera, su campanilla asmática, su pequeño y gastado rodillo para apoyar los pies, su chimenea sin fuego, lo mismo que su mirada: les hizo reír al hablarles de aquel nuevo tío y no se inquietaron por du Tillet, que decía hallarse sin blanca, ni por un usurero que aflojaba tan tontamente los cordones de su bolsa. ¡Simples caprichos!

—Sólo te ha prestado al quince por ciento —dijo Blondet—. Deberías darle las gracias. Al veinticinco por ciento sólo se les retira el saludo; la usura comienza al cincuenta por ciento: a ese interés, se les desprecia.

—¡Despreciarlos! —dijo Florinda—. ¿Cuántos de entre vuestros amigos os prestarían dinero a ese interés sin adoptar el aire de bienhechores vuestros?

—Florinda tiene razón; estoy muy contento por no deber ya nada a du Tillet —dijo Raúl.

¿A qué se debe esa falta de penetración para sus propios asuntos en hombres acostumbrados a penetrarlo todo? Quizá la inteligencia no puede ser completa en todo, tal vez los artistas vivan demasiado el momento presente para sondear el futuro, acaso vean demasiado el lado ridículo de las cosas para distinguir una trampa, y crean que nadie se atreva a burlarse de ellos...

El futuro no se hizo esperar. Veinte días después, las letras de cambio fueron al protesto, pero Florinda se presentó ante el Tribunal de Comercio para solicitar un aplazamiento de veinticinco días en el pago, que le fue concedido. Raúl estudió su situación y quiso examinar las cuentas: se deducía de ellas que los ingresos del periódico cubrían las dos terceras partes de los gastos y que las suscripciones flojeaban. El grande hombre se sintió inquieto y sombrío, pero solamente se lo confió a Florinda, la cual le aconsejó que pidiese anticipos a cuenta de futuras obras de teatro, vendiéndolas en bloque y enajenando todos los ingresos de su repertorio. Nathan reunió por este procedimiento veinte mil francos y dejó su deuda reducida a cuarenta mil. El 10 de febrero expiraron los veinticinco días. Du Tillet, que no quería tener a Nathan como competidor en el distrito electoral donde pensaba presentarse, dejando a Massol otro distrito devoto al Ministerio, hizo que Gigonnet persiguiese implacablemente a Raúl. Un hombre abrumado de deudas no puede presentarse como candidato. La prisión de Clichy podía devorar al futuro ministro. Florinda, por su parte, también tenía tratos frecuentes con la gente del juzgado a causas de sus deudas personales y, en esta crisis, no le quedaba más recurso que el ¡Yo! de Medea, pues sus muebles estaban embargados. El ambicioso oía crujir por todas partes a su flamante edificio, construido sin cimientos y que amenazaba con desmoronarse. Sin fuerzas ya para sostener una empresa tan vasta, se sentía incapaz de recomenzarla; iba a perecer bajo los escombros de su fantasía. Su amor por la condesa le infundía todavía algunos destellos de vida; sonreía su máscara, pero por dentro la esperanza estaba muerta. No sospechaba de Du Tillet y todo se lo atribuía al usurero. Rastignac, Blondet, Lousteau, Vernou, Finot y Massol se guardaban muy bien de informar a aquel hombre, de una actividad tan peligrosa. Rastignac, que quería recobrar el poder, hacía causa común con Nucingen y Du Tillet. Los demás experimentaban goces infinitos al contemplar la agonía de uno de sus iguales, culpable de haber intentado convertirse en su dueño. Ninguno de ellos le quiso decir ni una sola palabra a Florinda; al contrario, delante de ella elogiaban a Raúl:

—¡Nathan tiene unos hombros capaces de sostener el mundo! Saldrá de este mal paso y todo irá como una seda.

—Ayer conseguimos dos suscripciones —decía Blondet con aire grave—. Raúl será diputado. Una vez votado el presupuesto, no tardará en publicarse el decreto de disolución.

Nathan, acosado, ya no podía esperar nada de la usura. Florinda, embargada, sólo podía contar con el azar de la pasión de algún necio, de esos que nunca aparecen cuando hacen falta. Nathan sólo tenía como amigos a personas insolventes y sin

dinero. El encarcelamiento mataría sus esperanzas de hacer fortuna en el palenque político. Para colmo de males, se había comprometido a escribir unas obras enormes, pagadas de antemano; no veía fondo del abismo de miserias en que iba a despeñarse. En presencia de tantas amenazas, su audacia le abandonó. ¿Seguiría a su lado la condesa de Vandenesse o lo abandonaría? Las mujeres nunca se dejan conducir a ese abismo, a menos que amen totalmente, y su pasión no los había unido todavía con los vínculos misteriosos de la felicidad. Mas aunque la condesa le siguiese al extranjero, sería sin dinero, desnuda, despojada, y constituiría un estorbo más. Un espíritu de segundo orden, un orgulloso como Nathan, debía ver, y vio, en el suicidio la única espada que podía cortar aquellos nudos gordianos. La idea de hundirse ante los ojos de aquel mundo que había pretendido dominar, y de dejar en él a la condesa triunfante, mientras él volvía a convertirse en un mugriento soldado raso, le resultaba insoportable. La locura danzaba y hacía tintinear sus cascabeles a la puerta del palacio fantástico habitado por el poeta. En semejante extremidad, Nathan esperaba un azar cualquiera y decidió no matarse hasta el último momento.

Durante los últimos días empleados en la notificación judicial, los mandamientos y la denuncia por apremio a la agencia ejecutiva, Raúl exhibió en todas partes, a pesar suyo, ese aire fríamente siniestro que se puede observar en todas las personas destinadas al suicidio o que piensan en él. Las fúnebres ideas que acarician imprimen a su frente tintes grises y nebulosos; su sonrisa tiene algo de fatal, sus movimientos resultan solemnes. Éstos desgraciados parece como si quisieran exprimir enteramente los frutos dorados de la vida; su mirada apunta al corazón a cada instante, escuchan en el aire su propio toque de muerto, no le prestan atención a nada. Una noche, en casa de lady Dudley, María advirtió estos síntomas inquietantes: Raúl se quedó solo en un diván, en el tocador, mientras todo el mundo conversaba en el salón; la condesa se acercó a la puerta, pero él no levantó la cabeza, no oyó la respiración entrecortada de María ni el crujir de su traje de seda; tenía la vista fija en una flor de la alfombra, con expresión apagada y dolorida en los ojos. Antes que abdicar prefería morir. No todo el mundo puede contar con el pedestal de Santa Elena. Además, el suicidio hacía entonces estragos en París: ¡sin duda es la última palabra de las sociedades incrédulas! Raúl acababa de decidirse a morir. La desesperación está en relación directa con las esperanzas, y la de Raúl no tenía más salida que la tumba.

—¿Qué tienes? —le preguntó María, corriendo a su lado.

—Nada —le respondió él.

Hay una manera de pronunciar entre amantes la palabra *nada* que significa todo lo contrario. María se encogió de hombros.

—¡Sois un niño! —le dijo—. ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—A mí, no. Además, siempre lo sabréis demasiado pronto, María —respondió afectuosamente.

—¿En qué pensabas cuando entré? —le preguntó con acento autoritario.

—¿Quieres saber la verdad?

Ella inclinó la cabeza.

—Pensaba en ti y me decía que, en mi lugar, muchos hombres hubieran querido ser amados sin reserva: yo lo soy, ¿no es cierto?

—Sí —repuso ella.

—Y —prosiguió Raúl, enlazándole el talle y atrayéndola hacia sí para besarla en la frente, con peligro de ser descubiertos— yo te dejo pura y sin remordimientos. Podría arrastrarte al abismo, pero tú quedas en toda tu gloria al borde del precipicio, con tu honor intacto. Sin embargo, un solo pensamiento me importuna...

—¿Cuál es?

—El de que pudieras llegar a despreciarme.

Ella sonrió magníficamente.

—Sí, tú no creerás nunca que te he amado santamente; además, infamarán mi nombre, lo sé. Las mujeres sois incapaces de imaginar que podamos levantar los ojos, desde el fondo de nuestro fango, hacia lo alto del cielo para adorar exclusivamente a una María. Mezcláis ese amor santo con tristes preguntas, no comprendéis que unos hombres de gran inteligencia y profunda poesía puedan apartar su alma de los goces para dedicarla a un altar querido. Pero yo te digo, María, que el culto del ideal es más ferviente en nosotros que en vosotras: nosotros lo encontramos en la mujer que ni siquiera lo busca en nosotros.

—¿A qué viene ese discurso? —dijo ella con ironía, como mujer segura de sí misma.

—Abandono Francia; mañana sabrás por qué y de qué manera por una carta que te entregará mi ayuda de cámara. Adiós, María.

Raúl salió después de estrechar a la condesa contra su corazón, en un horrible abrazo, y la dejó anonadada de dolor.

—¿Qué os sucede, querida? —le dijo la marquesa Espard saliendo en su busca—. ¿Qué os ha dicho M. Nathan? Nos ha abandonado con aire melodramático. Quizás habéis sido demasiado razonable o demasiado poco razonable.

La condesa tomó el brazo de madame de Espard para volver al salón, de donde salió instantes después.

—Quizá se dirige a su primera cita —dijo lady Dudley a la marquesa.

—Lo sabré —replicó madame de Espard, saliendo también para seguir el coche de la condesa.

Pero el cupé de madame de Vandenesse se dirigió al arrabal de Saint-Honoré. Cuando madame de Espard llegó frente a su casa, vio que la condesa continuaba por el arrabal en dirección a la rue du Rocher. María se acostó, pero no pudo conciliar el sueño y pasó la noche leyendo un viaje al Polo Norte sin entender palabra. A las ocho y media recibió una carta de Raúl y la abrió precipitadamente. La misiva empezaba con estas palabras clásicas:

“Amor mío, cuando leas estas líneas, ya no existiré...”.

No terminó la lectura. Arrugó el papel con una contracción nerviosa, tocó la

campanilla para llamar a su doncella, se puso apresuradamente un peinador, se calzó los primeros zapatos que encontró, se envolvió en un chal y tomó un sombrero; después salió, tras de ordenar a su doncella que dijese al conde que había ido a casa de su hermana, madame du Tillet.

—¿Dónde habéis dejado a vuestro señor? —preguntó al criado de Raúl.

—En la redacción del diario.

—Vamos allá —dijo ella.

Con gran asombro por parte del servicio doméstico de su casa, salió a pie, antes de las nueve y visiblemente descompuesta. Afortunadamente para ella, la doncella fue a decir al conde que la señora acababa de recibir una carta de madame du Tillet que la había puesto fuera de sí y que había salido corriendo para casa de su hermana, acompañada del doméstico que le trajo la misiva. Vandenesse esperó el regreso de su esposa para que ésta le diese explicaciones.

La condesa subió en un coche de alquiler que la condujo rápidamente a la redacción del periódico. A aquella hora los enormes aposentos de la vieja mansión de la rue Feydeau aparecían desiertos; no estaba allí más que un mozo de oficina, que se quedó muy sorprendido al ver entrar, corriendo, a una mujer joven y agraciada, de aspecto trastornado, que se acercó a él para preguntarle dónde estaba M. Nathan.

—Estará, sin duda, en casa de mademoiselle Florinda —respondió el mozo, tomando a la condesa por una rival que quería representar una escena de celos.

—¿Y aquí, dónde trabaja? —preguntó.

—En un despacho cuya llave lleva siempre en el bolsillo.

•—Decidme dónde es.

El mozo la condujo a una pequeña estancia sombría que daba a un patio interior y había sido antes el tocador anexo a un gran dormitorio, cuya alcoba no fue derribada. El despacho formaba ángulo. La condesa, al abrir la ventana de la habitación, pudo ver por la del despacho lo que ocurría en su interior: Nathan, sentado en su butaca de redactor jefe, parecía dominado por los estertores de la agonía.

—¡Derribad esta puerta y callaos! Pagaré vuestro silencio —dijo María—. ¿No veis que M. Nathan se muere?

El mozo fue a buscar a la imprenta un bastidor de hierro con el que pudo hundir la puerta. Raúl se asfixiaba, como una simple costurera, con las emanaciones de un brasero. Acababa de escribir una carta a Blondet, en la cual le rogaba que atribuyese el suicidio a un ataque de apoplejía fulminante. La condesa llegó a tiempo: hizo transportar a Raúl al *fiacre* y, sin saber adonde llevarlo para cuidar de él, entró en un hotel y tomó una habitación. Después envió al mozo de oficina en busca de un médico.

A las pocas horas Raúl estaba fuera de peligro, pero la condesa no se apartó de su cabecera sin haber obtenido una confesión general. Cuando el ambicioso postrado hubo vertido en su corazón las espantosas elegías de su dolor, ella regresó a su casa presa de todos los tormentos imaginables, de todas las ideas que la víspera asediaban

el alma de Nathan.

—Yo lo arreglaré todo —le dijo para infundirle ánimos.

—Bueno, dime, ¿qué tiene tu hermana? —preguntó Félix a su mujer al verla entrar—. Te encuentro muy alterada.

—Es una horrible historia sobre la cual debo guardar el más profundo secreto —respondió ella, apelando a todas sus fuerzas para aparentar calma.

A fin de estar sola y pensar con comodidad, fue por la noche a los Italianos y después se dirigió a descargar su corazón en el de madame du Tillet, a referirle la horrible escena de la mañana y pedirle consejo y ayuda. Ninguna de las dos podía imaginar entonces que era du Tillet quien había encendido el fuego del vulgar brasero cuya vista tanto asustó a la condesa de Vandenesse.

—Sólo me tiene a mí en el mundo —le dijo María a su hermana— y no lo abandonaré.

Esta frase encierra el secreto de todas las mujeres que son heroínas cuando tienen la certidumbre de suponerlo todo para un hombre grande e irreprochable.

Du Tillet había oído hablar de la pasión, más o menos platónica, de su cuñada por Nathan; mas era de aquellos que la negaban, o la juzgaban incompatible con las relaciones amorosas de Raúl con Florinda. La actriz debía suplantar a la condesa y viceversa. Pero cuando, al regresar a su casa aquella noche, encontró allí a su cuñada, cuyo semblante le había revelado ya un gran trastorno en los Italianos, adivinó que Raúl le había confiado sus cuitas a la condesa: por consiguiente, ésta lo amaba y había ido a pedirle a María-Eugenia la suma que adeudaba al viejo Gigonnet. Madame du Tillet, a quien escapaban los secretos de aquella penetración, que le parecía sobrenatural, mostró tanta estupefacción que las sospechas de du Tillet se convirtieron en certidumbre. El banquero creyó poder agarrar el hilo de las intrigas de Nathan. Nadie sabía que el infeliz estaba encamado en la rue du Mail, en un hotel *meublé*, inscrito con el nombre de su mozo de oficina, a quien la condesa había prometido quinientos francos si guardaba el secreto de los acontecimientos de la noche y la mañana. De modo que Francisco Quillet tuvo buen cuidado de decir a la portera que Nathan se había sentido indispuesto a causa de un exceso de trabajo.

Du Tillet no se sorprendió al no ver a Nathan. Era natural que el periodista se escondiese para eludir a los esbirros encargados de detenerlo. Cuando los espías fueron a informarse, supieron que aquella misma mañana, muy temprano, una dama había ido a buscar al redactor jefe. Tardaron dos días en averiguar el número del *fiacre*, en interrogar al cochero, en reconocer y registrar el hotel donde se reponía el deudor. De este modo las prudentes medidas adoptadas por María procuraron a Nathan un plazo suplementario de tres días.

A consecuencia de todo esto ambas hermanas pasaron una noche malísima. Una catástrofe de tanta magnitud arroja sus lívidos resplandores sobre toda una vida e ilumina todas sus profundidades, sus escollos y arrecifes, todavía más que las cumbres que hasta entonces han atraído la mirada. Impresionada por el horrible

espectáculo de un joven moribundo en su butaca, ante su diario, escribiendo como un romano sus últimos pensamientos, la pobre madame du Tillet no podía pensar en otra cosa como no fuese en socorrerle, en devolver la vida a aquella alma por la cual vivía su hermana. Es propio de nuestro espíritu considerar los efectos antes de analizar las causas. Eugenia se confirmó en la idea que había tenido de dirigirse a la baronesa de Nucingen, en cuya casa estaba invitada a cenar, y no dudó del éxito. Generosa como todas las personas que no han sido estrujadas por los engranajes de acero bruñido de la sociedad moderna, madame du Tillet resolvió encargarse de todo.

Por su parte, la condesa, feliz por haber salvado la vida de Nathan, empleó la noche en imaginar diversas estrategias para procurarse cuarenta mil francos. En estas crisis las mujeres son sublimes. Guiadas por el sentimiento, imaginan combinaciones que sorprenderían a los ladrones, a los hombres de negocios y a los usureros si estas tres clases de caballeros de industria, más o menos patentados, fuesen capaces de sorprenderse de algo. La condesa vendería sus diamantes y los cambiaría por otros iguales, pero falsos. Se decidió a pedir aquella suma a Vandenesse diciéndole que era para su hermana, a quien ya se lo había prometido; pero era demasiado noble para no retroceder ante medios tan deshonorosos; los rechazaba tan pronto como los concebía. ¡El dinero de Vandenesse para Nathan! Se sobresaltó en el lecho asustada de su maldad. ¡Hacer engastar falsos diamantes! Su marido acabaría por descubrirlo. Pensó en ir a pedir aquella cantidad a los Rotschild, que tenían tanto oro, al arzobispo de París, que tenía obligación de socorrer a los pobres, corriendo así de una religión a otra, implorando por doquier. Se lamentó de estar al margen del gobierno; en otro tiempo hubiera podido pedir aquel dinero prestado a alguna persona allegada al trono. Pensó en recurrir a su padre. Pero el viejo magistrado sentía horror hacia las ilegalidades; sus hijas acabaron por saber hasta qué punto odiaba las desdichas del amor; no quería oír hablar de ellas, se convirtió en un misántropo y las intrigas le horrorizaban.

En cuanto a la condesa de Granville, vivía retirada en Normandía en una de sus propiedades, haciendo economías y rezando, dispuesta a acabar sus días entre curas y talegas de oro, fría hasta el último instante. Suponiendo que María tuviese tiempo de ir a Bayeux, ¿le daría su madre tanto dinero sin saber a qué pensaba destinarlo? ¿Y si fingiese tener deudas? Sí, quizá se dejara enternecer por su hija favorita. Pues bien, si fracasaba, la condesa se iría a Normandía. El conde de Granville no se negaría a proporcionarle un pretexto para su viaje, a darle falsas noticias sobre una grave dolencia de su mujer. El desolador espectáculo que tal espanto le causó por la mañana, los cuidados prodigados a Nathan, las horas que pasó a la cabecera de su lecho, su relato entrecortado, aquella agonía de un gran espíritu, aquel vuelo del genio detenido por un obstáculo vulgar e innoble, todo volvió a su memoria para estimular su amor. Repasó sus emociones y se sintió más cautivada aún por las miserias que por las grandezas. ¿Hubiera besado aquella frente coronada por el éxito? No. Encontró de una nobleza infinita las últimas palabras que le dijo Nathan en el



tocador de lady Dudley. ¡Qué santidad la de aquel adiós! ¡Qué nobleza en el holocausto de una felicidad que se hubiera convertido en el tormento de María! La condesa había deseado emociones a lo largo de su vida; allí las tenía, abundantes, terribles, crueles, pero amadas. Vivía más para el dolor que para el placer. Con qué delicia se decía: “¡Ya lo he salvado y volveré a salvarlo!”. Le oía exclamar: “¡Sólo los desgraciados saben hasta dónde llega el amor!”, cuando notase los labios de su María posados en su frente.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó su marido, que fue a buscarla a su habitación para desayunar.

—Me atormenta horriblemente el drama que se representa en casa de mi hermana —contestó ella, sin mentir.

—La pobrecilla ha caído en muy malas manos; es una vergüenza para la familia tener en ella a un du Tillet, un hombre sin nobleza; si a vuestra hermana le sucediese alguna desgracia, no encontraría la menor piedad en él.

—¿Qué mujer se contenta con la piedad? —dijo la condesa con un movimiento convulsivo—. Implacables, vuestro rigor es una merced para nosotras.

—No he descubierto hoy la nobleza de vuestro corazón —dijo Félix besando la mano de su mujer, emocionado ante aquella altivez—. Una mujer que piensa así no tiene necesidad de ser guardada.

—¿Guardada? —repitió ella—. Otra vergüenza que cae sobre vuestras cabezas.

Félix sonrió, pero el rubor tiñó las mejillas de María. Cuando una mujer es secretamente culpable muestra ostensiblemente el orgullo femenino en su más alto grado. Hay que saber agradecerles este inteligente disimulo. Entonces el engaño está lleno de dignidad, cuando no de grandeza. María escribió una breve esquila a Nathan, a quien daba el nombre de M. Quillet, para decirle que todo iba bien, y se la envió por medio de un recadero al hotel de la rue du Mail. Por la noche, en la Ópera, la condesa recogió los beneficios de sus mentiras, pues su marido encontró muy natural que abandonase su palco para ir a ver a su hermana. Para ofrecerle el brazo, Félix esperó a que du Tillet hubiese dejado sola a su esposa. Cuántas emociones agitaron a María al atravesar el corredor, al entrar en el palco de su hermana y al aparecer en él con expresión tranquila y serena ante la sociedad, sorprendida de verlas juntas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

El semblante de María-Eugenia era una respuesta suficiente: brillaba en él una alegría ingenua, que muchos de los presentes atribuyeron a vanidosa satisfacción.

—Lo salvaremos, querida, pero sólo por tres meses, durante los cuales hallaremos el medio de ayudarlo de una manera más eficaz. Madame de Nucingen quiere cuatro letras de cambio de diez mil francos cada una, aceptadas y firmadas por quien sea, a fin de no comprometerse. Me ha explicado cómo hay que extenderlas; yo no he entendido nada pero M. Nathan te las preparará. Yo solamente he pensado que M. Schmuke, nuestro viejo maestro de música, puede sernos muy útil en estas

circunstancias: él las aceptará. Añadiendo a estos cuatro efectos una carta por la que garantizará su pago a madame de Nucingen, ella te entregará mañana mismo el dinero. Hazlo todo por ti misma, no te fíes de nadie. Creo que Schmuke no tendrá nada que objetar. A fin de alejar toda sospecha, he dicho que querías ayudar a nuestro antiguo maestro de música, un alemán que se encuentra en difíciles circunstancias. Esto me ha permitido rogar que se guarde el más profundo secreto.

—¡Qué lista eres, ángel mío! ¡Después de dar el dinero, la baronesa de Nucingen puede decir lo que le plazca! —dijo la condesa alzando los ojos al cielo, como para implorar a Dios, pese a hallarse en la Ópera.

—Schmuke vive en la pequeña rue de Nevers, que da al quai Conti; no lo olvides, porque tienes que ir tú misma.

—Gracias —dijo la condesa, estrechando la mano de su hermana—. ¡Ah, te daría diez años de mi vida!...

—Para tomarlos en tu vejez...

—Para hacer cesar eternamente semejantes angustias —dijo la condesa, sonriendo de la interrupción.

Todas las personas que escrutaban en aquellos instantes con sus gemelos a las dos hermanas, hubieran podido (creerlas ocupadas en sus frivolidades, al ver sus risas ingenuas; pero uno de esos ociosos que van a la Ópera, más para admirar los vestidos y las figuras que por gusto, hubiera podido adivinar el secreto de la condesa al observar la violenta emoción que apagó la alegría de aquellas dos encantadoras fisonomías. Raúl, que durante la noche no temía ser detenido, pálido y macilento, con mirada inquieta y semblante entristecido, apareció en el peldaño de la escalera donde solía situarse. Buscó a la condesa en su palco, vio que estaba vacío y se apretó entonces la frente entre las manos, apoyando el codo en la cintura.

—¿No estará en la Ópera? —se dijo.

—Míranos, pobre grande hombre —dijo en voz baja madame du Tillet.

En cuanto a María, a riesgo incluso de comprometerse, fijó en él esa mirada violenta y fija por medio de la cual la voluntad brota por los ojos, como del sol surgen las ondas luminosas y penetra, según los magnetizadores, en el alma de la persona a quien se dirige. Raúl pareció notar el contacto de una varita mágica; levantó la cabeza y su mirada se cruzó de pronto con las de las dos hermanas. Con esa adorable discreción que nunca abandona a las mujeres, madame de Vandenesse tomó una crucecita que pendía sobre su garganta y se la mostró con una sonrisa breve y significativa. La alhaja lanzó sus rayos hasta la frente de Raúl, que respondió con una expresión jubilosa: había comprendido.

—¿No te parece algo grande, Eugenia —dijo la condesa a su hermana—, devolver así la vida a los muertos?

—Ya puedes ingresar en la Sociedad de salvamento de náufragos —respondió Eugenia sonriendo.

¡Qué triste y abatido ha venido! ¡Pero qué contento se irá!

—Bien, ¿qué tal, querido? —dijo du Tillet, estrechando la mano de Raúl y abordándolo con grandes muestras de amistad—. ¿Cómo estás?

—Como un hombre que acaba de recibir los mejores informes sobre las elecciones. Me nombrarán candidato —respondió el radiante Raúl.

—Magnífico —replicó du Tillet—. Nos hará falta dinero para el diario.

—Ya lo encontraremos —repuso Raúl.

—¡Las mujeres son el diablo! —dijo du Tillet, sin creer todavía las palabras de Raúl, a quien para su fuero interno llamaba *Charnathan*.

—¿Por qué? —quiso saber Raúl.

—Mi cuñada está con mi mujer —dijo el banquero—, y traen alguna intriga entre manos. Yo diría que la condesa te adora; te ha saludado por encima de toda la sala.

—Mira —dijo madame du Tillet a su hermana—, y aun habrá quien nos llama falsas. Mi marido no puede estar más amable con M. Nathan, a pesar de ser quien quiere llevarlo a la cárcel.

—¡Y los hombres nos acusan! —exclamó la condesa—. Ya se lo advertí.

Se levantó, se colgó del brazo de Vandenesse, que la esperaba en el corredor y volvió radiante a su palco; después salió de la Opera, encargó su coche para el día siguiente por la mañana, antes de las ocho, y a las ocho y media estaba en el quai Conti, después de pasar por la rue du Mail.

El carruaje no podía entrar en la callejuela de Nevers, pero como Schmuke habitaba en una casa situada en la esquina del quai, la condesa no tuvo que andar por el barro, pues casi saltó del estribo del coche a la acera fangosa y deteriorada de aquella vieja mansión negra, recompuesta como los cacharros de un portero, con abrazaderas de hierro y de tal manera salediza que llegaba a inquietar a los transeúntes. El viejo maestro de capilla vivía en el cuarto piso, donde disfrutaba de un bello panorama sobre el Sena, desde el puente Nuevo hasta la colina de Chaillot.

El bueno de Schmuke se quedó tan sorprendido cuando el lacayo le anunció la visita de su antigua alumna que, en su estupefacción, la dejó entrar en su casa. La condesa nunca hubiera podido sospechar la forma de existencia que se reveló de pronto a sus ojos, por más que supiese desde hacía mucho tiempo el profundo desdén con que Schmuke consideraba su aseo personal y el poco interés que sentía por las cosas de este mundo. ¿Quién hubiera podido creer en un estado de semejante abandono, en una despreocupación tan absoluta? Schmuke era un Diógenes músico y no se avergonzaba de su desorden; incluso lo hubiera negado, tan acostumbrado se hallaba a él. El empleo incesante de su buena y gruesa pipa alemana había extendido por el techo y sobre el miserable papel que cubría las paredes, desgarrado en mil lugares por el gato, una tonalidad rubia que daba a los objetos el aspecto de las mieses doradas por Ceres. El gato, dotado de un magnífico pelaje sedoso, largo y desgreñado hasta tal punto que hubiera causado la envidia de una portera, parecía ser el verdadero amo y señor de la morada, grave bajo sus hirsutos pelos, sin mostrar la menor inquietud. Desde lo alto de un excelente piano de Viena, en el que se hallaba

instalado como un maestro en su cátedra, dirigió a la condesa, cuando ésta entró, la misma mirada, melosa y fría, con que cualquier mujer sorprendida de su belleza la hubiera saludado. No se inmutó, limitándose a mover los dos hilos plateados de sus erguidos bigotes y a volver hacia Schmuke sus dos ojos de oro. El piano, decrepito y de buena madera pintada de negro y oro, pero sucio, con las cuerdas flojas y la superficie desconchada, mostraba unas teclas gastadas como los dientes de un viejo jamelgo y amarillentas por las sustancias fuliginosas desprendidas por la pipa. Sobre el anaquel, unos montoncitos de ceniza indicaban que la víspera Schmuke había cabalgado en el viejo instrumento para dirigirse a un aquelarre musical. Las baldosas del piso, llenas de barro seco, cubiertas de papeles rotos, de ceniza de la pipa y de restos indefinibles, parecía el suelo de un pensionado que hubiese estado ocho días sin barrer y donde tuvieran que limpiar luego los criados montones de cosas repartidas entre el estercolero y los harapos. Una mirada más ejercitada que la de la condesa hubiera encontrado allí varios atisbos de la vida de Schmuke, al ver cáscaras de castañas, mondas de manzana, cáscaras de huevos, en platos resquebrajados por inadvertencia y que aún mostraban restos de *sauerkraut*.

Aquellos detritos germánicos formaban una alfombra de polvorientas inmundicias que crujía bajo los pies, entremezclada con un amontonamiento de cenizas que descendían majestuosamente desde una chimenea de piedra pintada, en la que se destacaba ostentosamente un leño de carbón vegetal ante el cual dos tizones parecían consumirse. Sobre la chimenea había un entrepaño ocupado por un espejo, con unas figuras que bailaban la zarabanda; a un lado estaba colgada la gloriosa pipa; al otro se alzaba un jarrón chino en el que guardaba el profesor su tabaco. Dos sillones comprados a un ropavejero, lo mismo que el jergón delgado y liso, la cómoda carcomida y sin mármol y la mesa coja, donde aún se veían los restos de una frugal colación, formaban el mobiliario de la pieza, tan sencillo como el de un *wigiam* de mohicanos. Un espejo de barbero colgado de la falleba de una ventana sin cortinas y coronado por un pingajo listado por las muchas veces que había servido para limpiar la navaja, indicaba el único sacrificio que Schmuke hacía a las Gracias y a la sociedad.

El gato, criatura débil y protegida, era el más favorecido por la fortuna, pues disfrutaba de un viejo cojín, junto al cual se veían una taza y un plato de porcelana blanca. Pero lo que ningún estilo sería capaz de describir era el estado en que Schmuke, el gato y la pipa, especie de trinidad viviente, habían dejado los muebles. La pipa había quemado la mesa en diversos lugares. El felino y la cabeza de Schmuke habían engrasado el terciopelo verde de los dos sillones, y de no haber sido por el espléndido rabo de aquel gato, que hacía parte de la limpieza de la casa, los lugares libres que quedaban encima de la cómoda o del piano no se hubieran visto nunca desempolvados. En un rincón estaban los zapatos, que necesitarían un poeta épico para describirlos. Encima de la cómoda y del piano se amontonaban libros de música, con el lomo raído, despanzurrados, de ángulos blanqueados y gastados, por donde el

cartón mostraba sus mil hojas. Por las paredes aparecían pegadas con lacre las direcciones de las alumnas. El número de sellos sin papel indicaba las ex alumnas. Sobre el papel de la pared podían leerse cálculos hechos con tiza. La cómoda estaba decorada con cantarillos de cerveza que el músico había bebido el día anterior y que parecían nuevos y brillantes en medio de aquel ajado mobiliario y de aquellos papelotes. La higiene estaba representada por una jofaina y una jarra, tapadas con una toalla, y por un pedazo de jabón ordinario, blanco con listas azules, que había dejado numerosas manchas de humedad sobre la madera rosada. Dos sombreros igualmente viejos estaban colgados de una percha de la cual pendía el mismo *carrick* azul, de tres cuellos, que la condesa había visto llevar siempre a Schmuke. Sobre el alféizar de la ventana había tres macetas con flores, flores alemanas sin duda, y a su lado un bastón de acebo.

Aunque la vista y el olfato de la condesa se sintieron desagradablemente afectados, la sonrisa y la mirada de Schmuke le ocultaron tantas miserias bajo unos rayos celestes que hicieron resplandecer las rubias tonalidades y vivificaron aquel caos. El alma de aquel hombre maravilloso, que conocía y revelaba tantas cosas divinas, relumbraba como un sol. Su risa tan franca y tan ingenua ante la aparición de una de sus santas Cecílias, derramaba a su alrededor el brillo de la juventud, de la alegría, de la inocencia. Vertió los tesoros más queridos a los hombres y con ellos se hizo un manto para ocultar su pobreza. El advenedizo más desdeñoso quizás hubiera encontrado innoble pensar en el marco dentro del cual se agitaba aquel magnífico apóstol de la religión musical.

—¿Qué casualidad la trae por aquí, mi querrida madame contesa? —dijo con su espantoso acento alemán—. ¿Quierre ella que yo le sirrva de galán a mi edad?

Esta idea le hizo reír a mandíbula batiente.

—¿A qué debo esta suerte? —prosiguió con aire fino.

Después volvió a reír como un niño.

—Vos venís por la música, y no por este pobre hombre. Lo sé —agregó con aire melancólico—. Perro, vengáis por lo que vengáis, sabed que aquí todo es vuestro, en cuerpo y alma.

Tomó la mano de la condesa, la besó y dejó en ella una lágrima, pues el pobre viejo se acordaba siempre de la buena acción. Su alegría le impidió recordarla por un momento, pero después el recuerdo volvió a él con todas sus fuerzas. Tomó inmediatamente la tiza y saltó sobre el sillón colocado frente al piano; luego, con una rapidez propia de un joven, escribió en el papel, con grandes letras: 17 DE FEBRERO DE 1835. Este impulso tan bello, tan ingenuo, lo realizó con tal furioso agradecimiento que la condesa se sintió muy emocionada.

—Mi hermana también vendrá —le dijo.

—¿La otra también! ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¡Que sea antes de que yo me muera! —exclamó el músico.

—Vendrá para agradeceros el gran favor que yo vengo a pedir de su parte —

dijo María.

—Prronto, prrronto, prrronto, prrronto —exclamó Schmuke—, ¿qué hay que hacer? ¿Hay que ir al diablo?

—Únicamente poner: *Acepto por la suma de diez mil francos* en cada uno de estos papeles —dijo la joven, sacando de su manguito cuatro letras de cambio, debidamente preparadas por Nathan.

—¡Ah, dadlo ya por hecho! —respondió el alemán con la dulzura de un corderito—. Aunque no sé dónde están mis plumas y mi tintero. Sal de aquí, *meinherr Mirr* —ordenó al gato, que le miró fríamente—. Es mi gato —dijo indicándoselo a la condesa—. ¡Es el pobre animal que vive con el pobre Schmuke! ¡Tiene miedo!

—Sí —dijo la condesa.

—¿Quieres irte? —dijo.

—¿Cómo no va a hacerlo? —observó ella—. Es vuestro amigo.

El gato, que ocultaba el tintero, adivinó que Schmuke lo necesitaba y saltó sobre la cama.

—Es más pillo que un mono —prosiguió el maestro, señalando al gato, acurrucado sobre su cama—. Yo lo llamo *Mirr* para glorrificarr a nuestro grran Hoffmann, de Berrlín, que yo ojalá hubiese podido conocerr.

El buen anciano firmaba con la inocencia de un niño que hace lo que su madre le ordena sin comprender nada, pero seguro de que hace bien. Le preocupaba mucho más presentar el gato a la condesa que unos papeles por medio de los cuales su libertad podía quedar comprometida para siempre, de acuerdo con las leyes sobre los extranjeros.

—Vos me aseguráis que estos papelitos impresos...

—No os preocupéis en absoluto —dijo la condesa.

—No me inquieto nada —repuso el viejo con brusquedad—. Lo que yo prregunto es si estos papelitos impresos harrán contenta a madame du Tillet...

—¡Oh, sí! Le hacéis un favor como si fueseis su propio padre.

—Estoy tan contento de poder serle útil en algo... ¡Ahora hagamos un poco de música! —dijo dejando los documentos sobre la mesa y sentándose al piano con vivacidad.

Las manos de aquel ángel volaban ya sobre las viejas teclas, su mirada penetraba ya en los cielos a través de las techumbres y el más delicioso de todos los cantos florecía en el aire y penetraba en el alma, pero la condesa sólo dejó que aquel ingenuo intérprete de las cosas celestes hiciese hablar las maderas y las cuerdas, como hace la *Santa Cecilia* de Rafael para los ángeles que la escuchan, durante el tiempo que tardó la escritura en secarse; después deslizó las letras de cambio en su manguito e hizo regresar a su radiante maestro de los espacios etéreos en los que se cernía, dándole unos golpecitos en el hombro.

—Mi buen Schmuke —dijo.

—¿Ya os vais? —exclamó con una absoluta sumisión—. ¿Entonces, por qué

habéis venido?

Se levantó sin murmurar, como un perro fiel, para escuchar a la condesa.

—Mi buen Schmuke —prosiguió ella—, se trata de una cuestión de vida o muerte y cada minuto ganado economiza sangre y lágrimas.

—Siempre la misma —dijo él—. ¡Id, ángel! ¡Id a enjugar las lágrimas ajenas! ¡Sabed que el pobre Schmuke desearía mucho poderr imitarros!

—Volveremos a vemos; vendréis a hacer música y a comer conmigo todos los domingos. Si no lo hacéis, me disgustaré. Os espero el domingo próximo.

—¿De veras?

—Os lo ruego, y mi hermana os indicará sin duda otro día.

—Entonces, mi felicidad será completa —dijo el músico—, pues apenas os veía en los Campos Elíseos cuando pasabais en coche.

Esta idea le secó las lágrimas que aún brotaban de sus ojos y ofreció el brazo a su bella alumna, quien sintió latir desmesuradamente el corazón del anciano.

—¿Así, pensabais en nosotras? —le dijo.

—¡Siempre que como mi pan pienso en vosotras! —repuso—. ¡Os considero mis bienhechoras y también como las dos primerrras jóvenes dignas de amor que he visto en mi vida!

La condesa no se atrevió a decir más: había en aquella frase una solemnidad increíble y respetuosa, fiel y religiosa. Aquella habitación ahumada y llena de basura era un templo habitado por dos divinidades. El sentimiento crecía de hora en hora, a escondidas de quienes lo habían inspirado.

—Aquí sí que hay alguien que nos quiere, y que nos quiere mucho —pensó María.

La emoción con que el viejo Schmuke vio como la condesa subía al coche fue compartida por ella que, con las yemas de los dedos, le envió uno de esos besos delicados que las mujeres se dan de lejos para saludarse. Al ver este gesto, Schmuke permaneció plantado mucho rato sobre sus piernas, después de que el carruaje hubo desaparecido. Instantes más tarde la condesa entraba en el patio de la mansión de madame de Nucingen. La baronesa no se había levantado, mas, para no hacer esperar a una dama de tanta alcurnia, se envolvió en un chal y un peinador.

—Se trata de una buena acción, señora —dijo la condesa—, y en estos casos, la prontitud es una gracia; de no haber sido por esto, no os hubiera molestado tan temprano.

—¿Cómo decís? ¡Si no me podéis producir mayor contento! —dijo la mujer del banquero, tomando los cuatro documentos y el aval de la condesa.

Acto seguido tocó la campanilla para llamar a la doncella.

—Teresa, decid al cajero que me suba ahora mismo, personalmente, cuarenta mil francos.

Después encerró en un compartimiento secreto de su mesa el escrito de madame de Vandenesse, que previamente había sellado.

—Tenéis una habitación deliciosa —dijo la condesa.

—M. de Nucingen va a privarme de ella, pues hace construir una nueva casa.

—Y ésta se la daréis, sin duda, a vuestra hija. He oído decir que se casará con M. de Rastignac.

El cajero se presentó cuando madame de Nucingen iba a contestar. Tomó los billetes y entregó las cuatro letras de cambio.

—Aquí está el equivalente —dijo la baronesa al cajero.

—Salvo el descuento —repuso el cajero—. Este Schmuke es un músico de Ansbach —añadió, imitando el francés chapurreado del alemán, al ver su firma, lo cual provocó un estremecimiento en la condesa.

—¿Creéis que hago negocios? —dijo madame de Nucingen reprendiendo al cajero con una severa mirada—. Este asunto es de mi única incumbencia.

El cajero miró de soslayo a la condesa y después a la baronesa, pero encontró los rostros de ambas serios y graves.

—Por favor, marchaos. Y vos, tened la bondad de quedaros unos momentos para no hacer creer a ese sujeto que intervenís en esta negociación —dijo la baronesa a madame de Vandenesse.

—Abusando de vuestra amabilidad —contestó la condesa—, os ruego que guardéis el secreto de todo esto.

—Para una buena acción no hay que pedirlo —repuso la baronesa, sonriendo—. Haré enviar vuestro coche al fondo del jardín y partirá sin vos; después, lo atravesaremos juntas y nadie nos verá salir de aquí: resultará perfectamente inexplicable.

—Sois misericordiosa como una persona que ha sufrido —dijo la condesa.

—No sé si soy misericordiosa, pero he sufrido mucho —dijo la baronesa—. Espero que vuestra misericordia os resulte más barata.

Después de dar las órdenes oportunas, la baronesa tomó unas zapatillas forradas y una chaqueta a fin de acompañar a la condesa hasta la puerta excusada del jardín.

Cuando un hombre ha urdido un plan como el que había tramado du Tillet contra Nathan, no lo confía a nadie. Nucingen sabía algo de ello, pero su mujer estaba completamente al margen de sus cálculos maquiavélicos. Sin embargo, la baronesa, que sabía lo apurado que se encontraba Raúl, no se dejó engañar por las dos hermanas; había adivinado perfectamente las manos a que iría a parar aquel dinero y estaba encantada de servir a la condesa, pues, por su parte, sentía una profunda compasión hacia los seres afligidos. Rastignac, que estaba al acecho para descubrir las maniobras de los dos banqueros, fue a almorzar con madame de Nucingen. Delfina y Rastignac no tenían secretos el uno para el otro y ella le refirió su escena con la condesa. Rastignac, incapaz de suponer que la baronesa hubiese podido mezclarse en aquel asunto —que por otra parte resultaba accesorio a sus ojos, un recurso entre mil recursos—, se lo explicó. Era posible que Delfina hubiese destruido las esperanzas electorales de du Tillet, al hacer inútiles los engaños y los sacrificios



de todo un año. Rastignac puso al corriente de todo a la baronesa, pidiéndole que guardase completo secreto sobre la falta que acababa de cometer.

—A condición —dijo ella— de que el cajero no se lo cuente a Nucingen.

Pocos minutos antes de mediodía, cuando du Tillet estaba almorzando, le anunciaron la visita de M. Gigonnet.

—Que pase —dijo el banquero, aunque su mujer estaba sentada con él a la mesa—. Bien, mi viejo Shylock, ¿está ya a la sombra nuestro hombre?

—No.

—¡Cómo! ¿No os dije que se alojaba en la rue du Mail, hotel...?

—Ha pagado —dijo Gigonnet, sacando cuarenta billetes de Banco de su cartera.

El rostro de du Tillet adquirió una expresión desesperada.

—No debemos ponerle nunca mala cara al dinero —dijo el impasible compinche de du Tillet—. Puede traer mala suerte.

—¿De dónde habéis sacado ese dinero, señora? —bramó el banquero, dirigiendo a su mujer una mirada que la hizo enrojecer hasta la raíz de los cabellos.

—No sé lo que significa esta pregunta —dijo ella.

—Descubriré este misterio —respondió él, alzándose furioso—. Habéis aniquilado mis proyectos más queridos.

—Y ahora vais a derribar vuestro almuerzo —advirtió Gigonnet, sujetando el mantel que se había enredado en el faldón de la bata de du Tillet.

Madame du Tillet se levantó fríamente para salir, pues aquellas palabras la habían asustado. Tocó la campanilla y acudió un ayuda de cámara.

—Mis caballos —dijo al servidor—. Llamad a Virginia, pues quiero vestirme.

—¿Adónde vais? —le preguntó du Tillet.

—Los maridos bien educados no interrogan a sus mujeres —respondió ella—, y vos tenéis la pretensión de portaros como un gentilhomme.

—No os reconozco desde las dos entrevistas que habéis sostenido en estos últimos días con vuestra impertinente hermana.

—Vos me ordenasteis que fuese impertinente —dijo ella— y ensayo con vos.

—A vuestros pies, señora —dijo Gigonnet, que sentía muy poca curiosidad por asistir a esta escena conyugal.

Du Tillet miró de hito en hito a su mujer, que le devolvió la mirada sin bajar los ojos.

—¿Qué significa esto? —dijo el banquero.

—Que no soy ya una niña a la que podáis intimidar —repuso ella—. Soy y seré toda mi vida una esposa buena y leal para vos; podéis ser mi amo si lo queréis, pero un tirano, no.

Du Tillet salió. María-Eugenia regresó a sus habitaciones, completamente abatida después de aquel esfuerzo.

—Sin el peligro que corre mi hermana —se dijo— nunca me hubiera atrevido a desafiarlo de este modo, pero, como dice el proverbio, no hay mal que por bien no

venga.

Durante aquella noche, madame du Tillet repasó en su memoria las confidencias de su hermana. Segura de la salvación de Raúl, su razón ya no se estaba dominada por el pensamiento de aquel peligro inminente. Recordó la energía terrible con que la condesa le había hablado de huir con Nathan para consolarlo de su desastre si no conseguía impedirlo. Comprendió que aquel hombre podría arrastrar a su hermana, en un transporte de reconocimiento y amor, a que hiciese lo que la prudente Eugenia consideraba una locura. Entre las clases altas había algunos ejemplos recientes de esta clase de fugas, que proporcionan remordimientos duraderos a cambio de inciertos placeres, que rodean a sus protagonistas de la falta de consideración que provocan siempre las situaciones falsas. Eugenia recordaba muy bien sus terribles resultados y las palabras de du Tillet la hicieron llegar al colmo del terror; temió que todo se descubriese; le pareció ver la firma de la condesa de Vandenesse en la cartera de la casa de Banca Nucingen; quiso suplicar a su hermana que se lo confesase todo a Félix.

Madame du Tillet no encontró a la condesa, pero Félix estaba en casa. Una voz interior aconsejó a Eugenia que intentase salvar a su hermana. Quizá al día siguiente sería demasiado tarde. Era una gran responsabilidad, pero resolvió decírselo todo al conde. ¿No se mostraría indulgente al saber que su honor estaba todavía a salvo? La condesa se hallaba más desorientada que pervertida. Eugenia, desde luego, sintió miedo de que la considerasen cobarde y traidora al divulgar unos secretos que la sociedad entera guardaba; pero sólo pensaba en el porvenir de su hermana y tembló ante la idea de verla un día sola, arruinada por Nathan, pobre, afligida, desgraciada, presa de la desesperación: sin vacilar más, hizo rogar al conde que la recibiese. Félix, sorprendido por aquella visita, sostuvo con su cuñada una larga conversación, durante la cual se mostró tan tranquilo y tan dueño de sí mismo, que ella llegó a temblar, temerosa de que adoptara alguna terrible resolución.

—Podéis estar tranquila —le dijo Vandenesse—. Me portaré de tal modo que un día la condesa pueda bendeciros. Aunque comprendo vuestra repugnancia a guardar silencio ante ella después de haberme advertido, os ruego que me concedáis algunos días. Los necesito para aclarar tinos misterios que vos no podéis advertir y, sobre todo, para obrar con prudencia. ¡Quizá lo sepa todo en un momento! El único culpable soy yo, hermana mía. Todos los amantes hacen su juego, pero no todas las mujeres tienen la dicha de ver la vida tal cual es.

Madame du Tillet salió ya mucho más tranquila. Félix de Vandenesse lo hizo a continuación para retirar cuarenta mil francos del Banco de Francia y corrió en busca de madame de Nucingen: la encontró en casa, le dio las gracias por la confianza que había depositado en su esposa y le devolvió el dinero. El conde explicó aquel misterioso préstamo atribuyéndolo a unas locuras de beneficencia a las que se había propuesto poner límites.

—No me deis ninguna explicación, señor mío, puesto que, al parecer, madame de

Vandenesse os lo ha confesado todo —dijo la baronesa de Nucingen.

—Lo sabe todo —pensó Vandenesse.

La baronesa le devolvió el aval de la condesa e hizo traer las cuatro letras de cambio. Vandenesse, mientras ambos esperaban, dirigió a la baronesa esa penetrante mirada propia de los hombres de Estado; llegó casi a inquietarle y, creyendo llegado el momento de una negociación, le dijo:

—Vivimos en una época, señora, en que nada está seguro. Los tronos se levantan y se hunden en Francia con una rapidez terrible. Bastan quince años para liquidar un gran imperio, una monarquía y una revolución. Nadie sería capaz de atreverse a predecir el futuro. Sabéis hasta qué punto soy partidario de la legitimidad. Estas palabras no tienen nada de extraordinario en mi boca. Pues suponed que ocurre una catástrofe: ¿No os agradecería tener un amigo en el partido triunfador?

—Ciertamente —repuso ella, sonriendo.

—Pues bien, ¿queréis tener en mí, secretamente, a un amigo agradecido que podría conseguir para M. de Nucingen, llegado el caso, el título de par al que aspira?

—¿Qué deseáis de mí?

—Muy poca cosa. Que me expliquéis cuanto sepáis sobre Nathan.

La baronesa le repitió su conversación de aquella mañana con Rastignac y le dijo al ex par de Francia, entregándole las cuatro letras de cambio que le llevó el cajero:

—No olvidéis vuestra promesa.

—Vandenesse, lejos de olvidar aquella promesa, la hizo brillar ante los ojos del barón de Rastignac para obtener de él otros informes suplementarios.

Al salir de la casa del barón, dictó a un memorialista la siguiente carta para Florinda:

“Si mademoiselle Florinda desea saber cuál es el primer papel que representará debe tener la bondad de asistir al próximo baile de la Ópera, acompañada por M. Nathan”.

Después de echar esta carta al correo, fue en busca de su gestor administrativo, un joven muy hábil y sutil, pero honrado a carta cabal, para rogarle que representase el papel de un amigo a quien Schmuke hubiese confiado el secreto de la visita de madame de Vandenesse, inquieto, aunque algo tarde, por la significación de las palabras: *Acepto por diez mil francos*, repetidas cuatro veces, el cual iría a pedir a M. Nathan que aceptase una letra de cambio de cuarenta mil francos como garantía. Aquello era jugar fuerte. Nathan podía estar ya enterado de cómo se habían arreglado las cosas, pero había que arriesgarse un poco para ganar mucho. En su turbación, María podía haberse olvidado de pedir a su Raúl un título para Schmuke. El gestor administrativo fue inmediatamente a la redacción del periódico y regresó con aire triunfal a casa del conde, alrededor de las cinco de la tarde, con un contravalor por la suma de cuarenta mil francos. Desde el momento en que cruzó con Nathan las primeras palabras, se pudo presentar a él como enviado de la condesa.

El éxito de su plan obligó a Félix a impedir que su mujer se viera con Raúl antes

de que comenzase el baile de la Ópera, al que pensaba llevarla para que viese con sus propios ojos la clase de relaciones que existían entre Nathan y Florinda. Conocedor de la celosa altivez de la condesa, quería que fuese ella misma quien renunciase a su amor, sin darle motivo para sonrojarse a sus ojos, y mostrarle al mismo tiempo sus cartas a Nathan, vendidas por Florinda, a la que pensaba comprárselas. Este plan tan hábil, concebido con tanta rapidez y ejecutado en parte, debía frustrarse por obra de la casualidad, que todo lo modifica en este mundo. Después de cenar, Félix llevó la conversación hacia el baile de la Ópera, hizo la observación de que María no había asistido nunca a él, y le propuso acudir a aquella diversión el día siguiente.

—Os facilitaré a alguien para que lo embroméis —le dijo.

—¡Ah, me gustará mucho!

—Para que la broma sea completa, la víctima de las frases intencionadas de una mujer debe ser una celebridad, un hombre de talento, que acabará por darse a todos los demonios. ¿Queréis embromar a Nathan? Uno que conoce a Florinda me ha contado secretos suyos que lo volverán loco de furor.

—¿Os referís a Florinda, la actriz? —dijo la condesa.

María había oído ya aquel nombre de boca de Quillet, el mozo de oficina del periódico: un relámpago cruzó su alma.

—Sí, la misma que viste y calza; su amante —repuso el conde—. ¿Tiene esto algo de sorprendente?

—Creía que M. Nathan estaba demasiado ocupado para tener una amante. ¿Es posible que a los autores les quede tiempo para amar?

—Yo no digo que amen, querida, pero forzosamente tienen que *vivir* en alguna parte, como todos los demás hombres; y, cuando no tienen casa, cuando los persiguen los agentes del Juzgado, tienen que *vivir* en casa de sus amantes, lo que tal vez os parezca un poco atrevido, pero que resulta infinitamente más agradable que *vivir* entre rejas.

El fuego es menos rojo que las mejillas de la condesa.

—¿Queréis convertirlo en vuestra víctima? Lo asustaréis de verdad —prosiguió el conde, haciendo como que no veía la cara de su esposa—. Con lo que os explicaré, podréis demostrarle que vuestro cuñado du Tillet se burla descaradamente de él. Ese miserable quiere encarcelarlo para que no pueda hacerle la competencia en el distrito electoral donde se presenta como candidato Nucingen. Sé por un amigo de Florinda la suma que ha producido la venta de su mobiliario, que ella le entregó para fundar su periódico; y sé también que le ha enviado todos los fondos recaudados por ella durante la gira que ha hecho este año por provincias y por Bélgica, aunque este dinero, en definitiva, sólo aprovechará a du Tillet, a Nucingen y a Massol. Los tres han vendido ya el periódico al ministerio, tan seguros están de apartar con sus malas artes a ese grande hombre.

—M. Nathan es incapaz de aceptar dinero de una actriz.

—Vos no conocéis a esa gente, querida —dijo el conde—. No podrá negarlo.

—Desde luego, iré al baile —dijo la condesa.

—Os vais a divertir —prosiguió Vandenesse—. Con semejantes armas fustigaréis rudamente el amor propio de Nathan y le haréis un gran favor. ¡Veréis como monta en cólera, como se calma, como salta bajo el aguijón de vuestras frases punzantes! Entre bromas y veras, iluminaréis la mente de ese hombre de talento, haciéndole ver el peligro en que está, y tendréis la alegría de verle seguir el camino de la moderación... Pero no me escuchas, mi querida niña.

—Al contrario, os escucho demasiado —replicó ella—. Más tarde os diré el motivo de que me importe tanto el estar segura de todo eso.

—¿Segura? —repuso Vandenesse—. No te quites la máscara y te haré cenar con Nathan y Florinda: una mujer de tu categoría hallará suma complacencia en embromar a una actriz después de haber hecho centellear el espíritu de un hombre célebre en torno a secretos tan importantes; así los uncirás a los dos al mismo engaño. Me propongo seguir la pista de las infidelidades de Nathan. Si puedo conseguir los detalles de una de sus recientes aventuras, podrás gozar de la cólera de una cortesana, que debe ser algo magnífico y a la que Florinda se entregará hirviente y tumultuosa como un torrente alpino: adora a Nathan, que lo es todo para ella; son carne y uña y está celosa como una leona de sus cachorros. Recuerdo haber visto en mi juventud a una célebre actriz que escribía como una cocinera, el día en que fue a pedir sus cartas a uno de mis amigos; nunca he podido volver a contemplar semejante espectáculo, aquel furor tranquilo, aquella impertinente majestad, aquella actitud de salvaje... ¿Sufres, María?

—No; es que hay demasiado fuego en la chimenea.

La condesa fue a echarse en un canapé. De pronto, con uno de esos movimientos imposibles de reprimir y que le fue provocado por los atroces sufrimientos de los celos, se levantó sobre sus piernas temblorosas, cruzó los brazos y se acercó lentamente a su marido.

—¿Qué sabes? —le preguntó—. Tú no eres hombre capaz de torturarme; me aplastarías sin hacerme sufrir en el caso de que fuese culpable.

—¿Qué quieres que sepa, María?

—Algo sobre Nathan...

—Tú crees amarlo —repuso Félix—, pero sólo amas a un fantasma hecho de frases altisonantes.

—Entonces, ¿lo sabes...?

—Todo.

Esta palabra cayó sobre la cabeza de María como un mazazo.

—Si lo deseas, nunca sabré nada —prosiguió él—. Estás en un abismo, criatura, y tengo que sacarte de él. Ya he empezado a hacerlo. Toma.

Sacó del bolsillo el aval de María y las cuatro letras de cambio de Schmuke, que la condesa reconoció y tiró al fuego.

—¿Qué sería de ti, mi pobre María, dentro de tres meses? Te habrías visto

arrastrada por los alguaciles ante los Tribunales. No bajas la cabeza, no te humilles: te has dejado engañar por los más bellos sentimientos, has coqueteado con la poesía y no con un hombre. Todas las mujeres, todas, ¿me oyes, María?, se hubieran dejado seducir en tu lugar. ¿No sería absurdo que nosotros, los hombres, que hemos hecho mil locuras durante veinte años, pretendiésemos que vosotras no cometieseis una sola imprudencia en toda vuestra vida? Dios me guarde de adoptar aires de triunfador o de abrumarte con una piedad que hace pocos días rechazabas tú tan vivamente. Quizás ese desgraciado era sincero en lo que te escribía, sincero al pretender quitarse la vida y sincero al volver todas las noches a casa de Florinda. Nosotros valemos menos que vosotras. No hablo por mí en este momento, sino por ti. Soy indulgente, pero la sociedad no lo es: repudia a la mujer que ha cometido un desliz y no admite que la felicidad completa conviva con la consideración. Yo no sabría decirte si esto es justo. El mundo es cruel, eso es todo. Quizás es más envidioso en masa que si lo tomamos en detalle. Sentado en el fondo de la platea, un ladrón aplaude el triunfo de la inocencia para hurtarle luego sus joyas a la salida. La sociedad se niega a calmar los males que ella misma engendra; colma de honores a los embaucadores hábiles y, en cambio, no recompensa la abnegación ignorada. Todo esto lo sé y lo veo, pero si bien soy incapaz de reformar el mundo, al menos está en mi mano protegerte contra ti misma. Se trata de un hombre que sólo te proporciona desdichas y no de uno de esos amores santos y sagrados que a veces exigen nuestra abnegación y llevan en sí mismos su propia excusa. Es posible que yo haya cometido el error de no dar más variedad a tu dicha, de no alternar los placeres tranquilos con placeres tumultuosos, con viajes, con distracciones. Además, puedo explicarme el deseo que te ha impulsado hacia un hombre célebre por la envidia que has despertado en determinadas mujeres. Lady Dudley, madame de Espard, madame de Manerville y mi cuñada Emilia, sin duda, se verían en la imposibilidad de negarme que tienen alguna parte en todo esto. Esas mujeres, contra las cuales ya te había prevenido, debieron estimular tu curiosidad, más como un arma contra mí que para meterte a ti en unas tempestades que, según espero, habrán desatado su furor sobre tu cabeza sin llegar a alcanzarte.

Al escuchar estas palabras, tan llenas de bondad, la condesa se sintió agitada por mil sentimientos encontrados, pero aquel huracán se vio pronto dominado por una viva admiración hacia Félix. Las almas nobles y altivas reconocen inmediatamente la delicadeza con que se las trata. Este tacto es para los sentimientos lo que la gracia para el cuerpo. María apreció aquella grandeza, que se apresuraba a ponerse a los pies de una mujer culpable para evitar que sonrojarse. Huyó enloquecida, pero regresó pronto, impulsada por el temor a la inquietud que su acción podía causar a su marido.

—Esperad —le dijo antes de desaparecer.

Félix le había preparado hábilmente la excusa y no tardó en ver recompensada su destreza, porque su mujer volvió con todas las cartas de Nathan en la mano y se las

entregó.

—Juzgadme —le dijo, postrándose de hinojos.

—¿Es que se puede juzgar bien cuando se ama? —respondió él.

Tomó las cartas y las echó al fuego, convencido de que más adelante su mujer no le perdonaría por haberlas leído. María, con la cabeza sobre las rodillas del conde, se deshacía en llanto.

—¿Dónde están las tuyas, criatura? —le preguntó él, levantándole la cabeza.

Ante esta interrogación, la condesa dejó de sentir el calor intolerable que le abrasaba las mejillas y tuvo frío.

—Para que no sospeches que tu marido calumnia al hombre que creíste digno de ti, haré que la misma Florinda te devuelva tus cartas.

—¡Oh! ¿Por qué no podría devolvérmelas él, si yo se lo pidiese?

—¿Y si se negase?

—El mundo me da asco —repuso—. Deseo renunciar a la vida mundana para vivir sólo junto a ti, si me perdonas.

—Subsistiría el peligro de que te aburrieses. Además, ¿qué diría el mundo si lo abandonabas bruscamente? En primavera emprenderemos un viaje, iremos a Italia, recorreremos Europa, en espera de que llegue el día en que tengas más de un niño que educar. No podemos excusarnos de asistir mañana al baile de la Ópera, pues no tenemos otro medio de obtener tus cartas sin comprometernos. Además, al traértelas, ¿no demostrará Florinda el poder que tiene?

—¿Tendré que ver yo eso? —dijo la condesa, espantada.

—Mañana por la noche.

Al día siguiente, alrededor de medianoche y en el baile de la Ópera, Nathan paseaba por el *foyer* del brazo a una máscara con aire conyugal. Cuando habían dado dos o tres vueltas, un par de mujeres enmascaradas los abordaron.

—¡Pobre incauto, te pierdes! María está aquí y te ve —dijo Vandenesse que se había disfrazado de mujer— a Nathan.

—Si quieres escucharme sabrás secretos que Nathan te ha ocultado y que te harán ver los peligros que corre el amor que sientes hacia *él* —le dijo la condesa, con voz temblorosa, a Florinda.

Nathan soltó bruscamente el brazo de Florinda para seguir al conde, que se había ocultado entre el gentío. Florinda fue a sentarse junto a la condesa, que la había llevado hacia un sofá al lado de Vandenesse, que regresó para proteger a su esposa.

—Explícate, querida —dijo Florinda—, y no creas que puedes hacerme perder mucho tiempo. No hay nadie en el mundo capaz de arrancarme a Raúl, ¿sabes? Es mío por costumbre, lo que equivale sobradamente al amor.

—En primer lugar, ¿eres Florinda? —dijo Félix hablando nuevamente con su voz natural.

—¡Bonita pregunta! Si empiezas por no saberlo, ¿cómo quieres que te crea, farsante?

—¡Ve a preguntárselo a Nathan, ocupado ahora en buscar a la amante a que me refiero, dónde pasó la noche hace tres días! Trató de intoxicarse, pequeña, sin que tú lo supieses, porque estaba sin blanca. ¿Es así como estás al corriente de los asuntos de un hombre al que dices amar? Lo dejas sin un céntimo y él se mata o, mejor dicho, intenta matarse. Un suicidio frustrado es tan ridículo como un duelo sin rasguños.

—Mientes —dijo Florinda—. Ese día cenó en mi casa, después de la puesta del sol. El pobrecillo estaba perseguido por la Justicia y se escondió, eso es todo.

—¿Ah, sí? Pues pregunta en la rue du Mail, en el hotel del mismo nombre, si no lo condujo allí, moribundo, la bella dama con quien sostiene relaciones desde hace un año. Es más: guarda las cartas de su rival en tu casa, bajo tus propias narices. Si quieres dar a Nathan su merecido, iremos los tres a tu casa y allí te demostraré, con las pruebas en la mano, cómo puedes impedir que vaya a la cárcel dentro de poco, si deseas ser magnánima.

—Trata de embaucar a otra que no sea Florinda, precioso. Estoy segura de que Nathan no puede estar enamorado de nadie.

—Podrás hacerme creer que desde hace poco tiempo ha redoblado sus atenciones hacia ti; pero eso es precisamente lo que demuestra que está muy enamorado...

—¿Él, enamorado de una mujer del gran mundo? —dijo Florinda—. No me inquieto por tan poca cosa.

—Pues bien, ¿quieres ver como viene pronto a decirte que esta madrugada no te acompañará a su casa?

—Si consigues que me diga eso —repuso Florinda— te llevaré a mi casa y buscaremos esas cartas, en las que creeré cuando las vea.

—No te muevas de aquí —le ordenó Félix— y mira.

Tomó el brazo de su mujer y se colocó a dos pasos de Florinda, Nathan, que iba y venía por la sala, buscando por todas partes la máscara misteriosa como un perro busca a su amo, no tardó en volver al lugar donde recibió la confidencia. Al leer en su frente una preocupación fácil de observar, Florinda se plantó frente al escritor y le dijo con tono imperioso:

—No quiero que me dejes; tengo mis motivos para pedírtelo.

—¡Soy María!... —dijo entonces la condesa, por consejo de su marido, al oído de Raúl—. ¿Quién es esa mujer? Dejadla inmediatamente, salid y esperadme al pie de la escalera.

En aquella horrible incertidumbre, Raúl dio un violento tirón al brazo de Florinda, que no esperaba semejante maniobra, y, aunque lo sujetó con fuerza, se vio obligada a soltarlo. Nathan se perdió al instante entre la multitud.

—¿Qué te decía? —exclamó Félix al oído de Florinda, estupefacta, y dándole el brazo.

—Vamos —dijo ella—, quienquiera que seas, ven. ¿Tienes coche?

Por toda respuesta, Vandenesse se llevó precipitadamente a Florinda y corrió a reunirse con su mujer en un lugar convenido, bajo el peristilo. A los pocos instantes,



los tres enmascarados, conducidos vivamente por el cochero de Vandenesse, llegaban a casa de la actriz, donde ésta se desenmascaró. Madame de Vandenesse no pudo contener un estremecimiento de sorpresa al ver el aspecto de Florinda, espumeante de rabia, soberbia de cólera y de celos.

—Existe —le dijo Vandenesse— cierta cartera cuya llave nunca te ha sido confiada; en ella deben de estar las cartas.

—De momento, estoy intrigada; tú sabes algo que me inquietaba desde hace bastantes días —dijo Florinda precipitándose al tocador para buscar la cartera.

Vandenesse adivinó que su mujer palidecía bajo su máscara. La habitación de Florinda decía más cosas sobre la intimidad de la actriz y de Nathan de cuanto hubiera deseado saber una amante ideal. La mirada femenina sabe descubrir estas verdades en un momento y la condesa halló en la promiscuidad que allí reinaba una confirmación de lo que había dicho Vandenesse.

Florinda volvió con la cartera.

—¿Cómo abrirla? —dijo.

La actriz hizo traer el gran cuchillo de su cocinera y, cuando la doncella se lo llevó lo blandió mientras decía con aire de mofa.

—Con esto se les rebana el gaznate a los *pollos*.

Estas palabras, que hicieron temblar a la condesa, le explicaron mejor, incluso, de lo que había hecho su marido la víspera, la profundidad del abismo a que había estado a punto de arrojarle.

—¡Estúpida de mí! —dijo Florinda—. Su navaja es mejor.

Fue en busca de la navaja con que Nathan acababa de afeitarse y cortó los pliegues del tafilete, que se abrió y dejó escapar las cartas de María. Florinda tomó una de ellas al azar.

—¡Sí, son de una mujer de postín! Me parece que ni siquiera tienen faltas de ortografía.

Vandenesse tomó las cartas y las entregó a su mujer, que fue a comprobar sobre una mesa si estaban todas.

—¿Quieres cedérmelas a cambio de esto? —dijo Vandenesse, tendiéndole a Florinda la letra de cambio por valor de cuarenta mil francos.

—¡Es una tontería firmar estos papelotes!... Prefiero billetes —dijo Florinda, al leer la letra de cambio—. ¡Ah, ya te daré a ti condesa! ¡Y yo reventándome en cuerpo y alma por provincias para reunir el dinero que necesitaba, yo que hubiera sido capaz de aguantar a un agente de cambio y bolsa, que son los peores pelmazos, para salvarle! ¡Así son los hombres: una se mata por ellos, y ellos la pisotean a una! Me las pagará.

Madame de Vandenesse había huido con las cartas.

—¡Eh, tú, mascarita! Déjame al menos una para restregársela por las narices.

—Lo siento, pero no puede ser —dijo Vandenesse.

—¿Por qué?

—Porque esa máscara es tu antigua rival.

—¡Vaya! Cuando menos hubiera podido darme las gracias —exclamó Florinda.

—¿Por qué aceptas, entonces, los cuarenta mil francos? —dijo Vandenesse, despidiéndose de ella con una inclinación de cabeza.

Es extremadamente raro que los jóvenes que se han visto impulsados al suicidio lo vuelvan a intentar después de pasar por este amargo trance. Cuando el suicidio no cura de la vida, cura de la muerte voluntaria. Raúl no sintió ya deseos de matarse cuando se vio en una situación mucho más espantosa que aquella de que quiso librarse, al ver la letra aceptada por Schmuke en manos de Florinda, quien sin duda la había recibido del conde de Vandenesse. Intentó ver de nuevo a la condesa para explicarle la verdadera naturaleza de su amor, que ardía en su corazón con más fuerza que nunca. Pero la primera vez que la condesa vio a Raúl en sociedad le dirigió una de esas miradas fijas y desdeñosas que abren mi abismo infranqueable entre una mujer y un hombre. A pesar de su aplomo, Nathan no se atrevió, durante el resto de aquel invierno, a hablar a la condesa ni a abordarla.

En cambio se confió a Blondet: le habló de Laura y de Beatriz, comparándolas con madame de Vandenesse. Parafraseó un bello pasaje, debido a la pluma de uno de los más notables poetas de la época: “¡Ideal, flor azul con botón de oro, cuyas raíces fibrosas, mil veces más sutiles que las trenzas de seda de las hadas, se hunden en el fondo de nuestra alma para beber su más pura substancia; flor dulce y amarga, que no se puede arrancar sin hacer sangrar el corazón, sin que de tu tallo rojo rezumen rojas gotas! ¡Ah, flor maldita, cómo has brotado en mi alma!”.

—Desvarías, querido —le dijo Blondet—. De acuerdo en que era una linda flor, pero no tenía nada de ideal. En vez de cantar como un ciego ante un nicho vacío, deberías pensar en lavarte las manos, hacer acatamiento al poder y situarte. Eres demasiado artista para resultar un buen político; te has dejado engañar por una gente que vale mucho menos que tú. Piensa en seguir dejándote engañar, pero en otra parte.

—María no podrá impedir que la ame —dijo Nathan—. La convertiré en mi Beatriz.

—Querido amigo, Beatriz era una niña de doce años que Dante no volvió a ver jamás. Sin esto no hubiera sido Beatriz. Para convertir a una mujer en una divinidad no debemos verla hoy con una manteleta, mañana con un vestido escotado y pasado mañana en el bulevar, comprando juguetes para sus niños. Cuando se tiene a una Florinda, que puede ser sucesivamente duquesa de vodevil, burguesa de drama, negra, marquesa, coronel, campesina suiza, y virgen del Sol en el Perú —su única manera de ser virgen—, no sé cómo puede haber todavía quien se atreva a enredarse con las mujeres del gran mundo.

Du Tillet *ejecutó* a Nathan, según se dice en la Bolsa. El escritor, falto de dinero, renunció a su parte en el periódico. El hombre célebre apenas tuvo cinco votos en el distrito donde el banquero fue elegido.

Cuando, después de un largo y feliz viaje por Italia, la condesa de Vandenesse

volvió a París, al invierno siguiente, Nathan había justificado todas las previsiones de Félix: siguiendo los consejos de Blondet, parlamentaba con el poder. En cuanto a los asuntos personales del escritor, se hallaban en tal estado que un día, en los Campos Elíseos, la condesa María vio a su antiguo adorador a pie, con el aspecto más desastrado, del brazo de Florinda. Un hombre indiferente puede parecer pasablemente feo a los ojos de una mujer; pero cuando ya no lo ama, le resulta horrible, sobre todo si es como Nathan. Madame Vandenesse se sintió avergonzada al pensar que hubiera podido interesarse en un tiempo por Raúl. Si no hubiera estado curada ya de toda pasión extraconyugal, el contraste que ofrecía entonces el conde, comparado con aquel hombre que ya no era tan digno del favor público, hubiese bastado para hacerle preferir su marido a un ángel.

Hoy aquel ambicioso, tan rico en tinta como pobre en voluntad, ha acabado por capitular y aceptar una sinecura como cualquier medianía. Después de apoyar todas las tentativas revolucionarias y disolventes, vive en paz, a la sombra de un periódico ministerial. La cruz de la Legión de Honor, pasto fecundo de sus bromas, adorna su ojal. La *paz a cualquier precio*, lema que había servido de blanco a sus iras en la redacción de un periódico revolucionario, es ahora objeto de sus artículos encomiásticos. La herencia, tan atacada por sus frases saintsimonianas, se ve hoy apoyada por él con la autoridad de la razón. Esta conducta ilógica tiene su origen y su causa en el cambio de frente de todos los que, durante nuestras últimas evoluciones políticas, actuaron como Raúl.

En Les Jardies, diciembre de 1838.



## **EL MENSAJE**



## EL MENSAJE

Siempre he sentido el deseo de contar una historia sencilla y verídica, al relato de la cual un joven y su amante se sintieran aterrados y se refugiaban el uno en el corazón del otro, como dos niños que se abrazan estrechamente al encontrar una serpiente al borde del camino.

Aun corriendo el riesgo de disminuir el interés de mi narración o de pasar por un fatuo, comienzo por anunciaros la finalidad de mi relato. Yo he desempeñado un papel en este drama casi vulgar; si no os interesa, la culpa será mía y de la verdad histórica. Muchas cosas verdaderas son soberanamente aburridas. Así, la mitad del talento consiste en escoger, dentro de lo verdadero aquello que puede convertirse en poético.

En 181..., yo iba de París a Moulins. El estado de mi bolsa me obligaba a viajar en la imperial de la diligencia. Los ingleses, como sabéis, consideran las plazas situadas en esa parte aérea del coche como las mejores. Durante las primeras leguas de la ruta, encontré mil excelentes razones para justificar la opinión de nuestros vecinos.

Un joven, que me pareció un poco más rico que yo, subió, por gusto, a la banqueta, cerca de mí. Acogió mis argumentos con sonrisas inofensivas. Pronto cierta conformidad de edad, pensamiento, nuestro mutuo amor por el aire libre, por los múltiples aspectos de los paisajes que descubríamos a medida que nuestra pesada diligencia avanzaba, incluso cierta atracción magnética, imposible de explicar, hicieron nacer en nosotros esa especie de intimidad momentánea a la que los viajeros se entregaban con tanta mayor complacencia cuanto que este sentimiento efímero parecía haber de cesar prontamente y a no comprometer en nada para el futuro.

Aún no habíamos recorrido treinta leguas, que ya estábamos hablando de las mujeres y del amor. Con todas las precauciones oratorias necesarias en tales casos, hablamos, naturalmente, de nuestras amadas. Jóvenes los dos, tanto él como yo nos encontrábamos aún en *la mujer de cierta edad*, es decir, en la mujer cuya edad oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta años.

¡Oh!, un poeta que nos hubiese escuchado, desde Montargis a no sé ya qué posta, habría recogido expresiones muy encendidas, retratos seductores y dulces confidencias. Nuestros púdicos temores, nuestras silenciosas interjecciones y nuestras miradas aún tímidas estaban impresos de una elocuencia cuyo encanto candoroso no he vuelto jamás a encontrar. Sin duda hay que seguir siendo joven para comprender a la juventud. Así, nos comprendimos a maravilla sobre todos los puntos relativos a la pasión.

Y, ante todo, habíamos empezado por establecer que nada había en el mundo más estúpido que una partida de nacimiento; que muchas mujeres de cuarenta años eran

más jóvenes que ciertas mujeres de veinte, y que, en definitiva, las mujeres sólo tenían realmente la edad que aparentaban. Este sistema no ponía término a nuestro amor, y nadábamos, de buena fe, en un océano sin límites.

En fin, después de haber hecho a nuestras amantes jóvenes, encantadoras, desinteresadas, condesas, llenas de buen gusto, inteligentes, graciosas; después de haberles dado lindos pies, una piel satinada e incluso suavemente perfumada, nos confesamos, él, que *la señora fulana de tal* tenía treinta años, y yo, por mi parte, que adoraba a una cuádragenaria.

Luego, entregados uno y otro a una especie de vago temor, reanudamos nuestras confidencias con mayor ardor que antes, hallando que éramos hermanos en lances de amor. Luego, tratamos de ver cuál de los dos revelaría mayores dosis de sentimiento. El uno, había recorrido una vez más de doscientas leguas para ver a su amante durante una hora. El otro, habíase expuesto a pasar por un lobo y a ser fusilado en un parque con objeto de acudir a una cita nocturna. ¡En fin, todas nuestras locuras! Si hay placer en recordar los peligros pasados, ¿no hay también muchas delicias en recordar los placeres ya desaparecidos? Ello equivale a gozar dos veces. Los peligros, las grandes y pequeñas dichas, todo nos lo contábamos, incluso las bromas. La condesa de mi amigo había fumado un cigarro para complacerlo; la mía me hacía chocolate y no transcurría un día sin que me escribiera o me viera; la suya había ido a vivir en su casa durante tres días, exponiéndose a perderse; la mía había hecho aún mejor, o peor, si queréis.

Por lo demás, nuestros maridos adoraban a nuestras condesas; vivían esclavos bajo el encanto que poseen todas las mujeres amantes; y más necios de lo normal, sólo nos ofrecían el peligro necesario para aumentar nuestros placeres. ¡Oh, de qué forma el viento se llevaba de prisa nuestras palabras y nuestras risas!

Al llegar a Pouilly, examiné con mucha atención la persona de mi nuevo amigo. En verdad, creí fácilmente que debía ser amado de veras.

Imaginad a un joven de estatura mediana, pero bien proporcionada, con un rostro feliz y lleno de expresión. Sus cabellos eran negros y sus ojos azules; sus labios eran ligeramente sonrosados; sus dientes, blancos y bien dispuestos; una palidez agradable adornaba sus rasgos delicados, un cerco grisáceo rodeaba sus ojos, como si estuviera convaleciente de una enfermedad. Añadid a esto que poseía unas manos blancas, bien modeladas, cuidadas como deben serlo las de una linda mujer, que parecía muy instruido, era inteligente, y no os costará trabajo en convenir conmigo en que mi compañero podía hacer honor a una condesa. En fin, más de una joven lo habría deseado por marido, porque era vizconde, y poseía alrededor de doce a quince mil libras de renta, *sin contar las esperanzas*.

A una legua de Pouilly, la diligencia volcó. Mi desgraciado compañero consideró necesario, para su seguridad, arrojar al borde de un campo recientemente labrado, en lugar de aferrarse, como hice yo, a la banqueta, y de seguir el movimiento de la diligencia. Tomó mal el impulso o resbaló, no sé cómo ocurrió el accidente, pero el

caso es que fue aplastado por el coche, que cayó encima de él. Lo trasladamos a una casa de campo.

En medio de los gemidos que le arrancaban los atroces dolores que padecía, pudo confiarme uno de aquellos deberes a cumplir a los que los últimos deseos de un moribundo confieren un carácter sagrado. En medio de su agonía, el pobre muchacho se atormentaba, con todo el candor de que a menudo uno es víctima a tal edad, por la pena que sentiría su amante si se enteraba bruscamente de su muerte por la noticia publicada en un periódico. Me rogó que fuese yo mismo a ponerla al corriente. Luego me pidió que buscara una llave que llevaba suspendida del cuello por medio de una cinta. La encontré medio hundida en sus carnes. El moribundo no profirió el menor gemido cuando yo la retiré, con la mayor suavidad que me fue posible, de la llaga que había causado. En el momento en que acababa de darme todas las instrucciones necesarias para coger en su casa, en la Charité-sur-Loire, las cartas de amor que su amante le había enviado, y que me conjuró le devolviese, perdió el habla en mitad de una frase; pero su último gesto me dio a comprender que la llave fatal sería una prenda de mi misión cerca de su madre.

Afligido al no poder pronunciar una sola palabra de agradecimiento, puesto que no dudaba de mi celo, me miró con ojos suplicantes durante un instante, me dijo adiós, saludándome con un movimiento de sus pestañas, luego inclinó la cabeza y murió. Su muerte fue el único accidente funesto que causó la caída del coche.

—En parte, ha tenido él la culpa —me decía el conductor.

En la Charité yo cumplí con el testamento verbal de aquel pobre viajero. Su madre se hallaba ausente; fue una especie de dicha para mí. Sin embargo, tuve que soportar el dolor de una vieja sirvienta, que se tambaleó cuando le conté la muerte de su joven señor; cayó medio muerta sobre una silla, al ver aquella llave todavía teñida en sangre; pero, como yo estaba preocupado por un sufrimiento más elevado, el de una mujer a quien el destino arrancaba su último amor, dejé a la anciana ama de llaves que prosiguiera el curso de sus prosopopeyas y me llevé la preciosa correspondencia, cuidadosamente sellada por mi amigo de un día.

El castillo en que vivía la condesa se encontraba a ocho leguas de Moulins, y para llegar hasta allá era preciso recorrer aún algunas leguas en aquellas tierras. Me resultaba entonces bastante difícil dar el mensaje. Por un concurso de circunstancias inútiles de explicar, yo no disponía más que del dinero preciso para llegar hasta Moulins. Sin embargo, con el entusiasmo de la juventud, decidí hacer el camino a pie, y andar bastante de prisa para adelantarme al rumor de las malas noticias, que se extiende rápidamente.

Me informé de cuál era el camino más corto, y fui por los senderos del Bourbonnais, llevando, por así decirlo, un muerto sobre mis espaldas. A medida que avanzaba hacia el castillo de Montpersan, me sentía cada vez más asustado por el singular viaje que había emprendido. Mi imaginación inventaba mil fantasías novelescas. Me representaba todas las situaciones en las que podía encontrar a la

señora condesa de Montpersan, o, para obedecer a la poesía de las novelas, a la *Julieta* tan amada del joven viajero. Forjaba contestaciones ingeniosas a las preguntas que suponía se me harían. A cada recodo del bosque, en cada hondonada, era una repetición de la escena de Sosias y de su linterna, a la cual da cuenta en su batalla. Para vergüenza de mi corazón, de momento no pensaba más que en mí, en mi ingenio, en la habilidad que pensaba desplegar; pero cuando estuve en el lugar, una reflexión siniestra cruzó por mi alma como un rayo que surca y desgarrar un velo de grises nubarrones. ¡Qué terrible nueva para una mujer que, ocupada en aquellos momentos por el pensamiento de su joven amigo, esperaba hora tras hora goces sin cuento, después de haber procurado por todos los medios traerlo legalmente a su casa!

En fin, había aún una caridad cruel en el hecho de ser el mensajero de la muerte. Así, yo aceleré el paso, ensuciándome de barro por los caminos del Bourbonnais. Pronto llegué a una gran avenida de castaños, al extremo de la cual la mole del castillo de Montpersan se dibujó en el cielo como una nube parda de contornos claros y fantásticos.

Al llegar a la puerta del castillo, la encontré abierta. Esta circunstancia imprevista destruía mis planes y mis suposiciones. Sin embargo, entré osadamente y pronto tuve a mi lado dos perros que ladraron como verdaderos perros del campo. Al oír este ruido, acudió una gruesa sirvienta, y cuando le hube dicho que quería hablar con, la señora condesa, me mostró con un gesto los macizos de un parque a la inglesa que serpenteaba alrededor del castillo y me respondió:

—La señora está por allí...

—Gracias —le dije con acento irónico.

Su *por allí* podía hacer que yo vagase durante dos horas por el parque.

Una linda niña de cabello rizado, de cinturón de color de rosa, vestido blanco, llegó entre tanto, oyó o comprendió mi pregunta y la respuesta. Al verme, desapareció gritando.

—Mamá, hay aquí un caballero que quiere hablaros.

Y yo la seguí a través de los recodos de las avenidas.

Hay que decirlo todo: al llegar al último arbusto de la avenida, yo había levantado el cuello de mi traje, cepillado mi mal sombrero y mi pantalón encima de mis botas, artísticamente restregadas contra la hierba.

De pronto, en el momento en que arreglaba mi aspecto, en el recodo de una verde sinuosidad, en medio de mil flores iluminadas por un cálido rayo de sol, vi a Julieta y a su marido. La linda niña tenía cogida a su madre de la mano, y era fácil advertir que la condesa había acelerado el paso al oír la frase ambigua de su hija.

Asombrada ante el aspecto de un desconocido que la saludaba en forma algo extraña, se detuvo, me hizo un gesto fríamente cortés y un adorable mohín que, para mí, revelaba todas sus esperanzas frustradas. Busqué, pero en vano, algunas de mis bellas frases tan laboriosamente preparadas. Durante estos instantes de vacilación



mutua, el marido pudo entrar entonces en escena. Miríadas de ideas cruzaron en aquel momento por mi mente. Yo pronuncié, por mera fórmula, algunas palabras bastante insignificantes, preguntando si las personas presentes eran realmente el señor conde y la señora condesa de Montpersan. Estas necedades me permitieron juzgar de una sola ojeada y analizar con una perspicacia rara en la edad que yo entonces tenía a los dos esposos, cuya soledad iba a verse tan violentamente turbada.

El marido parecía ser el tipo característico de gentil hombre que actualmente constituyen el más bello ornato de las provincias. Llevaba grandes zapatos con gruesas suelas: los pongo en primer lugar porque me llamaron la atención más vivamente que el traje raído, su pantalón gastado, su corbata desordenada. Había en aquel hombre un poco de magistrado, mucho más de consejero de prefectura, toda la importancia de un alcalde de cantón al que nada resiste, y la acritud de un candidato elegible periódicamente y rehusado desde el año 1816; una increíble mezcla de buen sentido campesino y de estupidez; ausencia absoluta de buenas maneras, pero la fatuidad de la riqueza; mucha sumisión hacia su mujer, pero creyéndose el amo, y dispuesto a perder el tiempo en cosas pequeñas, sin preocuparse de los asuntos importantes; por lo demás, un rostro marchito, muy arrugado; unos cabellos grises, largos y lacios, he ahí el hombre.

Pero la condesa, ¡ah, qué vivo contraste formaba con su marido! Era una linda mujer esbelta y graciosa, tan delicada, que habríais tenido miedo de romperle los huesos al tocarla. Llevaba un vestido de muselina blanca; en la cabeza, un lindo gorro de cintas de color de rosa, un cinturón del mismo color; un camisolín tan deliciosamente cubierto por los hombros y por los más bellos contornos, que al verlos, nacía en el fondo del corazón el irresistible deseo de poseerlos. Sus ojos eran vivos, negros, expresivos, sus movimientos suaves, lindo su pie. Un hombre experto en aventuras no le habría echado más de treinta años, tanta juventud había en su frente y en los detalles más frágiles de su cabeza. En cuanto a su carácter, pareciome que tenía a la vez el de la condesa de Lignolles y de la marquesa de B..., dos tipos de mujeres siempre frescos en la memoria de un joven cuando ha leído la novela de Louvet.

Penetré en seguida en todos los secretos de aquella familia y adopté una resolución diplomática digna de un viejo embajador. Fue quizá la primera vez en mi vida que tuve tacto y comprendí en qué consistía la habilidad de los cortesanos o de las personas de mundo.

Desde aquellos días de despreocupación, he tenido que librar numerosas batallas para destilar los menores detalles de la vida y no hacer nada más que cumplir las cadencias de la etiqueta y del buen tono que secan las emociones más generosas.

—Señor conde, quisiera hablaros en particular —dije con aire misterioso y dando unos pasos hacia atrás.

Él me siguió. Julieta nos dejó solos y se alejó con negligencia, como una mujer que está segura de enterarse de los secretos de su marido en el momento en que desee

conocerlos.

Le conté brevemente al conde la muerte de mi compañero de viaje. El efecto que esta noticia produjo en su ánimo me demostró que profesaba un afecto bastante intenso a su joven colaborador y este descubrimiento me confirió la audacia de responder así en el diálogo que se entabló entre los dos.

—Mi mujer va a desesperarse —exclamó— y me veré obligado a tomar precauciones para ponerla al corriente de este infausto acontecimiento.

—Caballero —le dije—, al dirigirme primero a vos, he cumplido con un deber. Yo no quería realizar esta misión dada por un desconocida cerca de la señora condesa sin preveniros; pero me ha confiado una especie de fideicomiso honroso, un secreto del que yo no tenía derecho a disponer. Según la elevada idea que me ha dado de vuestro carácter, he pensado que vos no os opondríais a que cumpliese con sus últimos deseos. La señora condesa quedará libre de romper el silencio que me ha sido impuesto.

Al oír el elogio que yo hacía de él, el gentilhombre movió complacido la cabeza. Respondió con un cumplido bastante alambicado y acabó dejándome el campo libre. Volvimos sobre nuestros pasos.

En aquel momento, la campana anunció la comida; fui invitado a compartirla. Al encontramos graves y silenciosos, Julieta nos examinó furtivamente. Extrañamente sorprendida de ver a su marido que adoptaba un pretexto frívolo para procurarnos una entrevista a solas, se detuvo lanzándome una de esas ojeadas que sólo saben lanzar las mujeres. Había en su mirada toda la curiosidad permitida a un ama de casa que recibe a un extraño que le cae como llovido del cielo; había todas las interrogaciones que merecían mi aspecto, mi juventud y mi fisonomía, ¡contrastos singulares!, luego todo el desdén de una amante idolatrada a los ojos de la cual los hombres no son nada, salvo uno solo; había temores involuntarios, miedo, y el tedio de tener un huésped inesperado, cuando ella acababa de reservar para su amor todas las dichas de la soledad.

Comprendí aquella elocuencia muda y respondí a ella con una sonrisa llena de piedad, de compasión. Entonces la contemplé durante un instante con todo el esplendor de la belleza, en día claro de sol, en medio de una angosta avenida bordeada de flores. Al ver aquel admirable cuadro, no pude contener un suspiro.

—¡Ay, señora! Acabo de hacer un viaje muy penoso, emprendido... sólo para vos.

—¡Caballero! —me dijo.

—¡Oh! —repuse—. Vengo en nombre de aquel que os llama Julieta.

Palideció.

—Hoy no le veréis.

—¡Está enfermo! —dijo en voz baja.

—Sí —le respondí—. Pero, por favor, tranquilizaos... Traigo el encargo de parte de él de confiaros algunos secretos que os afectan, y creed que jamás habrá mensajero

más discreto ni más abnegado.

—¿Qué ocurre?

—¿Y si no os amase?

—¡Oh, es imposible! —exclamó con una leve sonrisa nerviosa.

De pronto tuvo una especie de estremecimiento, dirigiome una rápida mirada y me preguntó:

—¿Vive?

¡Santo Dios, qué terrible palabra! Yo era demasiado joven para sostener el acento de ella, no respondí y miré a aquella desventurada mujer con aire estupefacto.

—¡Caballero, caballero, una respuesta! —exclamó.

—Sí, señora.

—¿Es cierto? ¡Oh, decidme la verdad, puedo oírla. Decid! Todo el dolor me será más soportable que la incertidumbre.

Yo respondí por medio de dos lágrimas que me arrancaron los extraños acentos con que fueron pronunciadas las anteriores palabras.

Apoyose en un árbol lanzando un débil grito.

—Señora —le dije—, ahí está vuestro marido.

—¿Acaso tengo un marido?

Dichas estas palabras, desapareció.

—Bueno, la comida se está enfriando —gritó el conde—. Venid, caballero.

Entonces yo seguí al dueño de la casa, que me condujo a un comedor donde vi una comida servida con todo el lujo a que las mesas parisienses nos tienen acostumbrados. Había cinco cubiertos; los de los dos esposos y el de la niña; el *mío*, que debía ser el *suyo*; el último era el de un canónigo de San Dionisio que, después de dar gracias, preguntó:

—¿Dónde está nuestra querida condesa?

—¡Oh! ya viene —respondió el conde, el cual, después de habernos servido el caldo, llenó para sí un buen plato y lo despachó rápidamente.

—¡Oh, sobrino! —exclamó el canónigo—, si vuestra mujer estuviese aquí, os mostraríais más razonable.

—Papá se hará daño —dijo la niña con aire malicioso.

Un instante después de este singular episodio gastronómico, y en el momento en que el conde cortaba con prisa no sé qué pedazo de carne, una camarera entró y dijo:

—¡Señor, no encontramos a la señora!

Al oír estas palabras, yo me levanté con un movimiento brusco, temiendo alguna desgracia, y mi fisionomía expresó tan vivamente mis temores, que el anciano canónigo me siguió al jardín. El marido vino por cortesía hasta el umbral de la puerta.

—¡Quedaos!, ¡quedaos!, ¡no estéis intranquilos! —nos gritó.

Pero no nos acompañó. El canónigo, la camarera y yo recorrimos los senderos del parque, llamando, escuchando, tanto más inquietos, cuanto que yo les comuniqué la muerte del joven vizconde. Mientras corríamos, les referí las circunstancias de aquel

fatal acontecimiento, y me di cuenta de que la camarera sentía un gran afecto por su señora, porque penetró mucho mejor que el canónigo en los secretos de mi terror.

Íbamos a los lugares donde había agua, sin encontrar a la condesa, ni el menor vestigio de su paso. En fin, al regresar a lo largo de una pared, oí unos gemidos sordos y profundamente sofocados que parecían salir de una especie de granero. Para probar suerte, entré. Descubrimos allí a Julieta, que, movida por el instinto de la desesperación, habíase sepultado en el heno. Escondió la cabeza, para ahogar sus terribles gritos, obedeciendo a un invencible pudor: eran unos sollozos, el llanto de una niña, pero más penetrantes, más quejumbrosos. Para ella, ya no había nada en el mundo. La camarera levantó a su dueña, que se dejaba manejar con la insensibilidad de un animal moribundo. Aquella doncella sólo sabía decir:

—Vamos, señora, vamos...

El viejo canónigo preguntaba:

—Pero, ¿qué tiene? ¿Qué tenéis, sobrina?

Finalmente ayudado por la camarera, yo transporté a Julieta a su habitación; recomendé que velaran por ella y dijeran a todo el mundo que la condesa tenía jaqueca. Luego, el canónigo y yo descendimos de nuevo al comedor.

Hacía ya algún rato que habíamos dejado al conde, yo apenas me acordaba de él hasta que lo encontré en el peristilo; su indiferencia me sorprendió, pero mi asombro fue en aumento cuando lo encontré filosóficamente sentado a la mesa: había comido casi todo lo que estaba en la mesa, con gran alegría por parte de su hija, que sonreía al ver a su padre en flagrante desobediencia a las órdenes de la condesa.

La singular despreocupación de aquel marido me fue explicada por el ligero altercado que se suscitó de pronto entre el canónigo y él. El conde estaba sujeto a una dieta severa que los médicos le habían impuesto para curarlo de una grave enfermedad de cuyo nombre no me acuerdo, e impulsado por esa gula bastante frecuente en los convalecientes, el apetito de la bestia había triunfado de todas las sensibilidades del hombre. En un instante yo había visto la naturaleza en toda su verdad, bajo dos aspectos bien diferentes que ponían una nota cómica en el seno mismo del más horrible dolor.

La velada fue triste. Yo estaba fatigado. El canónigo empleaba toda su inteligencia en adivinar la causa del llanto de su sobrina. El marido digería en silencio, después de haberse contentado con una explicación bastante vaga que la condesa le hizo dar de su malestar por su doncella y que creo fue atribuido a las indisposiciones naturales en la mujer. Nos acostamos temprano.

Al pasar delante de la habitación de la condesa para ir al aposento al que me condujo un criado, pregunté tímidamente por ella. Al reconocer mi voz, la condesa me hizo entrar, quiso hablar conmigo; pero, no pudiendo articular una palabra, inclinó la cabeza y yo me retiré.

A pesar de las crueles emociones que yo acababa de compartir con la buena fe de un joven, me dormí, abrumado por la fatiga de una marcha forzada. A una hora

avanzada de la noche, fui despertado por el ruido desagradable que produjeron las anillas de mis cortinas al ser retiradas bruscamente. Vi a la condesa sentada al pie de mi lecho. Su rostro recibía toda la luz de una lámpara colocada encima de mi mesa.

—¿Es verdad, señor? —me dijo—. No sé cómo puedo vivir después del horrible golpe que acabo de recibir; pero en este momento, estoy tranquila. Quiero saberlo todo.

—¡Dice que está tranquila! —pensé, viendo la horrible palidez de su semblante, que contrastaba con el color castaño de su cabellera, al oír los sonidos guturales de su voz, quedando estupefacto ante los estragos de que daban fe sus rasgos alterados.

Estaba marchita como una mujer despojada de los últimos matices que en ella imprime el otoño de la vida. Sus ojos, enrojecidos e hinchados, desprovistos de toda su belleza, no reflejaban más que un amargo y profundo dolor: habríais dicho que se trataba de una nube gris, allí donde antes centelleaba el sol.

Le referí sencillamente, sin recalcar demasiado ciertas circunstancias excesivamente dolorosas para ella, el rápido acontecimiento que la había privado de su amigo. Le conté la primera jornada de nuestro viaje, tan henchida de los recuerdos de su amor.

La condesa no lloró, escuchaba con avidez, con la cabeza inclinada hacia mí, como un médico lleno de celo que espía el curso de una enfermedad. Aprovechando un instante en que me pareció que había abierto por completo su corazón a los sufrimientos y querer sumergirse en su desgracia con todo el ardor que produce la primera fiebre de la desesperación, le hablé de los temores que agitaron al pobre moribundo y le dije cómo y por qué él me había encargado de transmitir aquel fatal mensaje. Sus ojos se secaron entonces bajo el fuego sombrío que se escapó de las más profundas regiones del alma. Fue capaz de palidecer aún más. Cuando le tendí las cartas que yo conservaba bajo mi almohada, ella las cogió maquinalmente; luego se estremeció violentamente y me dijo con voz cavernosa:

—¡Yo que quemaba las tuyas! ¡No tengo nada de él!, ¡nada!, ¡nada!

Y se golpeó fuertemente la frente.

—Señora... —le dije.

Me miró con un movimiento convulsivo.

—Yo corté de su cabeza —proseguí diciendo—, este mechón de sus cabellos.

Y le ofrecí aquel último, aquel incorruptible fragmento del hombre que ella amaba.

¡Ah!, si hubieseis recibido como yo las lágrimas ardientes que cayeron entonces sobre mis manos, sabríais lo que es la gratitud cuando es tan vecina de la bondad. Me estrechó las manos, y con voz sofocada, con una mirada en la que brillaba la fiebre, una mirada en la que su frágil felicidad irradiaba a través de horribles sufrimientos:

—¡Ah, vos amáis! —dijo—. ¡Sed siempre dichoso!, ¡no perdáis aquella a quien amáis!

No pudo continuar y se alejó presurosa, con el tesoro que yo acababa de

entregarle.

Al día siguiente, esta escena nocturna, confundida con mis sueños, parecióme una ficción. Fue preciso, para convencerme de la dolorosa verdad, que buscara infructuosamente las cartas bajo mi cabecera.

Sería inútil referiros los acontecimientos del día siguiente. Permanecí varias horas con la Julieta que tanto me había alabado mi compañero de viaje. Las menores palabras, los gestos, las acciones de aquella mujer me probaron la nobleza de alma, la delicadeza de sentimiento, que hacían de ella una de esas adorables criaturas de amor y de abnegación tan raras en la tierra.

Por la tarde, el conde de Montpersan me condujo él mismo hasta Moulins. Al llegar allí, me dijo algo cohibido:

—Caballero, si no es abusar de vuestra complacencia y obrar indiscretamente con un desconocido al que estamos ya obligados, ¿tendríais la bondad de entregar, en París, puesto que vais allá, al señor de... (he olvidado el apellido), en la calle Du Sentier, una suma que le debo, y que me ha rogado que le devolviese cuanto antes?

—Con mucho gusto —le dije.

Y con toda la inocencia de mi alma, tomé los veinticinco luis, que me sirvieron para regresar a París, y que yo devolví fielmente al pretendido acreedor del señor de Montpersan.

Pero una vez estuve en París, al llevar la suma a la casa indicada, comprendí la ingeniosa habilidad con que Julieta había querido ayudarme. El modo como me fue prestado aquel oro, la discreción guardada sobre una pobreza fácil de adivinar, ¿no revelan acaso todo el talento de una mujer que ama?

Qué delicia haber podido contar esta aventura a una mujer que, llena de miedo, os ha estrechado en sus brazos, diciendo:

—¡Oh, querido!, ¡no quiero que tú te mueras!

París, enero de 1832.



# LA GRANADIÈRE



## LA GRANADIÈRE

Las primeras ediciones de esta novela llevaban como dedicatoria

A CAROLINA

*A la poesía de los viajes*

El viajero agradecido

La Granadière es una vivienda pequeña situada en la margen derecha del Loira, aproximadamente a una milla de distancia del puente de Tours. En ese lugar, el río, ancho como un lago, está sembrado de islas verdes y bordeado por una roca en la que se encuentran varias casas de campo, todas ellas construidas con piedra blanca, rodeadas de un seto y de huertos en los que los frutos más hermosos del mundo maduran bajo los rayos del sol del mediodía. Las partes huecas de la roca reflejan los rayos del sol y permiten cultivar en plena tierra, al abrigo de una temperatura artificial, los productos que son propios de los países más cálidos. En una de las sinuosidades menos profundas que cortan esta colina se eleva la aguda flecha de Saint-Cyr, pequeña aldea de la que dependen todas estas casas diseminadas. Luego, algo más lejos, la Choisille se arroja al Loira por un valle que interrumpe ese largo cerro. La Granadière, situada cerca de la roca, a un centenar de pasos de la iglesia, es uno de esos viejos edificios de dos o tres siglos de edad que se encuentran en Turena. Una quebradura de la roca ha favorecido la construcción de una rampa que llega en pendiente suave a la *levée*, nombre dado en la región al dique construido en la parte baja de la cuesta para mantener al Loira en su lecho, y por el que pasa la gran carretera de París a Nantes. En lo alto de la rampa hay una puerta, donde comienza un sendero pedregoso, entre dos bancales, especie de fortificaciones provistas de parras y espaldares destinadas a impedir el desmoronamiento de las tierras. Este sendero, practicado al pie del bancal superior, y casi oculto por los árboles de aquel otro bancal al que corona, conduce a la casa por una rápida pendiente, dejando ver el río, cuya extensión aumenta a cada paso. Este camino tiene al final una segunda puerta de estilo gótico, con algunos sencillos adornos, pero en ruinas, cubierta de alhelíes silvestres, de yedra, de musgo, de parietarias. Estas plantas indestructibles decoran los muros de todos los bancales, de donde salen por las hendiduras, dibujando a cada nueva estación, nuevas guirnaldas de flores.

Al cruzar esa puerta carcomida, un pequeño jardín, conquistado a la roca por un



último bancal cuya vieja balaustrada negra domina todas las demás, ofrece a la vista un césped adornado por unos árboles verdes y un gran número de rosales y de flores. Luego, frente a la puerta, al otro extremo del bancal, se encuentra un pabellón de madera apoyado en el muro vecino, y cuyos postes están escondidos por los jazmines, las madreselvas, la vid y las clemátides. En medio de este último jardín se levanta la casa, sobre una escalinata abovedada, cubierta de pámpanos y en la que se encuentra la puerta de una gran cueva excavada en la roca. La casa está rodeada de parras y de granados: de ahí le viene el nombre. La fachada se compone de una puerta muy rústica y de tres buhardillas construidas en un techo de una elevación prodigiosa comparada con la escasa altura de la planta baja. Este tejado está cubierto de pizarras. Los muros del edificio principal están pintados de amarillo; y la puerta, las contraventanas de la parte baja y las persianas de las buhardillas son verdes.

Al entrar, encontraréis una plataforma donde comienza una escalera tortuosa, cuyo sistema cambia a cada vuelta; es de madera casi podrida; su rampa, en forma de tornillo, tiene un color pardo debido al prolongado uso. A la derecha hay un espacioso comedor enmaderado a la antigua, con ladrillos blancos fabricados en Château-Regnault; luego, a la izquierda, un salón de parecidas dimensiones, sin madera, pero tapizado con papel aurora de borde verde. Ninguna de estas piezas tiene cielo raso; las vigas son de madera de nogal y los intersticios están rellenos con una argamasa blanca. En el primer piso se encuentran dos grandes habitaciones cuyas paredes han sido blanqueadas con cal; las chimeneas de piedra están menos esculpidas que las de la planta baja. Todas las aberturas dan al sur. Al norte no hay más que una sola puerta, que da a los viñedos y practicada detrás de la escalera. Adosada a la izquierda de la casa se halla una construcción cuyas maderas están resguardadas al exterior contra la lluvia y el sol por medio de pizarras que dibujan sobre los muros unas largas líneas azules, verticales o transversales. La cocina, situada en esa especie de cabaña, comunica interiormente con la casa, pero, sin embargo, tiene entrada propia, levantada sobre unos peldaños, en la parte baja de los cuales se encuentra un pozo profundo, coronado por una bomba campestre rodeada de sabinas, plantas acuáticas y altas hierbas. Esta construcción reciente demuestra que la Granadière era en otro tiempo un lugar de vendimia. Los dueños iban allá desde la ciudad, de la cual está separada por el ancho cauce del Loira, sólo para hacer su cosecha o para celebrar alguna fiesta campestre. Por la mañana enviaban sus provisiones y apenas dormían allí más que el tiempo que duraba la vendimia. Pero los ingleses cayeron sobre la Turena como una nube de langosta y fue preciso completar la Granadière para poderla alquilar. Afortunadamente, este moderno apéndice está disimulado bajo los primeros tilos de una avenida plantada en un barranco en la parte baja de las viñas. El viñedo, que quizá tenga dos arpendes, se eleva encima de la casa y la domina por completo por una pendiente rápida, que es muy difícil de subir. Entre la casa y esta colina cubierta de pámpanos apenas habrá un espacio de cinco pies, siempre húmedo y frío, especie de foso lleno de vegetaciones vigorosas en las que

cae, en las épocas de lluvia, el abono de la viña que va a enriquecer el suelo de los huertos sostenidos por la terraza de la balaustrada. La casa del hortelano tiene la techumbre de paja y en cierto modo hace juego con la cocina. La propiedad está rodeada de muros y espaldares y la viña, plantada de árboles frutales de toda especie; en fin, ni una sola pulgada de este terreno precioso se ha perdido para el cultivo. Si el hombre descuida una árida parcela de roca, la naturaleza arroja en ella ya sea una higuera, ya sean flores campestres o algunos fresales resguardados por las piedras.

En ningún lugar del mundo encontraríais una vivienda a la vez tan modesta y tan grande, tan abundante en frutos, en perfumes, en panoramas. Es, en el corazón de la Turena, una Turena en miniatura en la que todas las flores, todos los frutos, todas las bellezas de la región se hallan representadas. Son las uvas de cada comarca, los higos, los melocotones, las peras de todas clases, y los melones en pleno campo, así como el regaliz, la retama de España, el laurel rosa de Italia y los jazmines de las Azores. El Loira está a vuestros pies. Lo domináis desde una terraza elevada treinta toesas por encima de sus aguas caprichosas; por la tarde respiráis sus brisas, que os llegan frescas del mar y perfumadas en su ruta por las flores. Una nube errante, que a cada paso en el espacio cambia de color y de forma, bajo un cielo completamente azul, da mil aspectos nuevos a cada detalle de los paisajes magníficos que se ofrecen a las miradas, dondequiera que las dirijáis. De allí los ojos abarcan primero la orilla izquierda del Loira desde Amboise; la fértil llanura donde se eleva Tours, sus arrabales, sus fábricas, el Plessis; luego una parte de la orilla derecha, que, desde Vourray hasta Saint-Symphorien, describe un semicírculo de rocas llenas de alegres viñedos. La vida sólo queda limitada por las ricas colinas del Cher, horizonte azulado, cargado de parques y de castillos. En fin, al oeste, el alma se pierde en el río inmenso sobre el cual navegan a todas horas los barcos de velas blancas hinchadas por los vientos que reinan casi siempre en esta vasta extensión de agua. Un príncipe hará o no hará su *quinta* de la Granadière, pero ciertamente, un poeta, siempre hará de ella su rincón; dos amantes verán en ella su refugio más dulce, es la vivienda de un buen burgués de Tours; tiene poesía para todas las imaginaciones, para las más humildes y para las más frías, como para las más elevadas y las más apasionadas; nadie permanece allí sin percibir la atmósfera de felicidad, sin comprender toda una vida tranquila, despojada de ambición, de cuidados. El ensueño se encuentra en el aire y en el murmullo de las olas; las arenas hablan, son tristes o alegres, doradas o turbias; todo es movimiento alrededor del dueño de esta vida, inmóvil en medio de sus flores vivaces y de sus frutos apetitosos. Un inglés da mil francos para habitar durante seis meses esa humilde casa; pero se compromete a respetar las cosechas: si quiere los frutos, dobla el alquiler; si el vino le apetece, dobla otra vez la suma. ¿Qué vale pues la Granadière, con su rampa, su sendero, su triple terraza, sus dos arpendes de viña, sus balaustradas de rosales floridos, su vieja escalinata, su bomba, sus clemátides desordenadas y sus árboles cosmopolitas? ¡No ofrezcáis precio alguno! la Granadière no estará nunca en venta. Comprada una vez en 1690 y dejada por cuarenta mil

francos, como un caballo favorito abandonado por el árabe del desierto, ha permanecido en la misma familia, constituye su orgullo, el joyel patrimonial, el Regente. Ver es poseer, ha dicho un poeta. Desde allí divisáis tres valles de Turena y su catedral suspendida en los aires como una obra de filigrana. ¿Pueden pagarse tales tesoros? ¿Podréis alguna vez pagar la salud que recobráis allá, bajo los tilos?

En la primavera de uno de los más bellos años de la Restauración, una dama, acompañada de su ama de llaves y de dos niños, el menor de los cuales parecía tener ocho años y el otro unos trece, vino a Tours en busca de un alojamiento. Vio la Granadière y la alquiló. Quizá la distancia que la separaba de la ciudad la decidió a alojarse allí. El salón le sirvió de dormitorio, puso a cada niño en una de las piezas del primer piso y el ama de llaves se acostó en un pequeño gabinete arreglado encima de la cocina. El comedor convirtióse en el salón común de la pequeña familia y en el recibidor. La casa fue amueblada con luda sencillez, pero con gusto; no hubo nada inútil ni nada que denotase el lujo. Los muebles escogidos por la desconocida eran de nogal, sin adorno alguno. La limpieza, la armonía que reinaba entre el interior y el exterior de la vivienda constituyeron todo su atractivo.

a la cintura por una cinta de muaré, y por encima, a modo de chal, una pañoleta de batista de ancha orilla, cuyos dos extremos pasaban negligentemente por su cintura. Calzada con un cuidado que revelaba el hábito de la elegancia, llevaba unas medias de seda gris que completaban el tono de luto esparcido por este modo de vestir convencional. Finalmente su sombrero, de forma inglesa e invariable, era de tela gris y adornada con un velo negro. Parecía de una debilidad extrema y muy doliente. Su único paseo consistía en ir de la Granadière al puente de Tours, o, cuando la tarde era tranquila, iba con los dos niños a respirar el aire fresco del Loira y admirar los efectos producidos por el sol poniente en aquel paisaje tan vasto como el de la bahía de Nápoles o el del lago de Ginebra. Durante el tiempo que permaneció en la Granadière, sólo dos veces fue a Tours: la primera, para pedirle al director del colegio que le indicase los mejores maestros de latín, de matemáticas y de dibujo; la segunda para determinar con las personas que le fueron indicadas el precio de sus lecciones, o bien las horas en que podrían darse tales lecciones a sus hijos. Pero era suficiente que apareciera una o dos veces a la semana, por la noche, en el puente, para excitar el interés de casi todos los habitantes de la ciudad, que se paseaban por él habitualmente. Sin embargo, a pesar de la especie de espionaje inocente que crean en provincias la ociosidad y la inquieta curiosidad de las buenas sociedades, nadie pudo obtener informes ciertos acerca del rango que la desconocida ocupaba en el mundo, ni sobre su fortuna, ni siquiera sobre su verdadero estado. Únicamente la dueña de la Granadière dijo a algunos de sus amigos el apellido, sin duda verdadero, bajo el cual la desconocida había hecho su contrato de arriendo. Llamábase Augusta Willemsens, condesa de Brandon. Este nombre debía de ser el de su marido. Más tarde, los últimos acontecimientos de esta historia confirmaron la veracidad de esta revelación; pero sólo tuvo publicidad en el mundo de los comerciantes frecuentado por el

propietario. Así, la señora Willemsens continuó siendo un misterio para las personas de la buena sociedad, y todo cuanto les permitió adivinar en ella fue un carácter distinguido, unas maneras sencillas, deliciosamente naturales, y un so-+++

Fue, pues, muy difícil saber si la señora Willemsens (apellido que adoptó la forastera) pertenecía a la rica burguesía, a la alta aristocracia o a ciertas clases equívocas de la especie femenina. Su sencillez daba pie para las conjeturas más contradictorias, pero sus maneras podían confirmar las que le eran favorables. Así, poco después de su llegada a Saint-Cyr, su conducta reservada suscitó el interés de las personas ociosas, acostumbradas a observar en la provincia todo lo que parece ha de animar la estrecha esfera provinciana en que viven. La señora Willemsens era una mujer de estatura bastante alta, delgada, pero de delicadas proporciones. Poseía lindos pies, más notables por la elegancia con que se unían a la pierna que por el hecho de su escaso tamaño, mérito vulgar; luego, unas manos que parecían hermosas bajo el guante. Algunas manchas rojas y movibles aparecían en su blanca piel, en otro tiempo lozana y sonrosada. Unas arrugas precoces surcaban una frente de forma elegante, coronada por hermosos cabellos castaños, bien implantados y siempre dispuestos en dos trenzas circulares, peinado de virgen que armonizaba con su rostro de aire melancólico. Sus ojos negros, hundidos, llenos de un ardor febril, fingían una falsa serenidad; y en ciertos momentos, si olvidaba la expresión que se había impuesto, reflejábanse en ellos secretas angustias. Su rostro ovalado era un poco alargado; pero quizás en otro tiempo la felicidad y la salud le conferían justas proporciones. Una sonrisa fingida, marcada por una dulce tristeza, vagaba habitualmente sobre sus labios pálidos; sin embargo, su boca se animaba y su sonrisa expresaba las delicias del sentimiento maternal cuando los dos niños, que siempre la acompañaban, la miraban o le hacían una de aquellas preguntas inagotables y ociosas que no carecen de sentido para una madre. Su paso era lento y noble. Conservó el mismo modo de vestir y de arreglarse con una constancia que anunciaba la intención formal de no volver a ocuparse de su “toilette” y de olvidarse de la gente, de la cual también quería sin duda verse olvidada. Llevaba un vestido negro muy largo, sujeto +++ nido de voz de una dulzura angelical. Su profunda soledad, su melancolía y su belleza tan apasionadamente oscurecida, incluso medio marchita, poseían tantos encantos, que varios jóvenes se enamoraron de ella; este amor como más sincero, fue menos osado: además, era una mujer impresionante, y resultaba difícil hablar con ella. En fin, si algunos hombres atrevidos le escribieron, sus cartas hubieron de ser quemadas sin haber sido abiertas. La señora Willemsens arrojaba al fuego todas las que recibía, como si hubiera querido pasar el tiempo que duró su estancia en Turena sin la más ligera preocupación. Parecía haber venido a este encantador refugio para entregarse por entero a la dicha de vivir. Los tres maestros a los que fue permitido entrar en la Granadière hablaron con una especie de admiración respetuosa del cuadro conmovedor que ofrecía la unión íntima y sin nubes de aquellos niños y de aquella mujer.

Los dos niños suscitaron igualmente mucho interés, y las madres no podían contemplarlos sin envidia. Los dos se parecían a la señora Willemsens, que era, en efecto, su madre. Poseían tanto el uno como el otro esa tez transparente y aquellos vivos colores, aquellos ojos puros y húmedos, aquellas largas pestañas, aquella lozanía de formas que imprimen tanta belleza a la infancia. El mayor, llamado Luis-Gastón tenía negros los cabellos y una mirada llena de energía. Todo en él denotaba una salud robusta, al igual que su frente ancha y despejada, que parecía revelar un carácter enérgico. Era ágil, natural, no se asombraba de nada, y parecía reflexionar sobre todo lo que veía. El otro, llamado Mario-Gastón era casi rubio, aunque entre sus cabellos hubiese algunos mechones ya cenicientos como el color de su madre. Mario tenía una complexión delgada, la elegancia que tanto cautivaba en la persona de su madre. Parecía enfermizo: sus ojos grises lanzaban una mirada dulce, su color era pálido. Había en él algo femenino. Su madre le hacía llevar aún su cuello bordado, los largos bucles rizados y la pequeña chaqueta adornada con alamares y olivas que reviste al jovencito de una gracia indecible y revela ese afán de adorno tan femenino en el que se complace tanto la madre como, quizás, el niño mismo. Ese lindo vestido formaba contraste con la chaqueta sencilla del mayor, de la cual sobresalía el cuello de la camisa. Los pantalones, los borceguíes, el color de los vestidos eran parecidos y anunciaban tanto a dos hermanos como el parecido que existía entre ambos. Al verlos, era imposible no sentir emoción ante los cuidados que Luis prodigaba a Mario. El mayor tenía para el menor algo de paternal en la mirada; y Mario, a pesar de la despreocupación de la infancia, parecía sentir una extraordinaria gratitud para con Luis. Eran dos florecillas apenas separadas por el pedúnculo, agitadas por la misma brisa, iluminadas por el mismo rayo de sol, la una coloreada, la otra medio marchita. Una palabra, una mirada, una inflexión de voz en su madre, bastaba para hacer que estuvieran atentos, para que volvieran la cabeza, escucharan, oyeran una orden, un ruego, una recomendación y obedeciesen. La señora Willemsens les hacía comprender siempre sus deseos, su voluntad, como si hubiera entre ellos un pensamiento común. Cuando estaban, durante el paseo, ocupados jugando delante de ella, cogiendo una flor, examinando un insecto, ella los contemplaba con una ternura tan profunda, que el transeúnte más indiferente sentíase emocionado, deteníase para ver a los niños, sonreír y saludar a su madre con una mirada amiga. ¿Quién no habría admirado la exquisita pulcritud de sus vestidos, el lindo sonido de su voz, la gracia de sus movimientos, su rostro feliz y la instintiva nobleza que revelaba en ellos una educación esmerada desde la cuna? Aquellos niños parecían no haber gritado ni llorado jamás. Su madre poseía una especie de previsión eléctrica de sus deseos, de sus dolores, previniéndolos, calmándolos sin cesar. Parecía temer más una de sus quejas que su condenación eterna. Todo en aquellos niños era un elogio para su madre; y el cuadro de su triple vida, que parecía una misma vida, hacía nacer unos pensamientos vagos y acariciadores, imágenes de aquella felicidad que soñamos con gozar en un mundo mejor. La vida interior de aquellas tres criaturas

tan armoniosas iba a la par con las ideas que uno concebía al verlas: era la vida de orden regular y sencillo, que conviene a la educación de los niños. Los dos se levantaban una hora después de haber amanecido, rezaban ante todo una breve oración, costumbre de su infancia, palabras sinceras, pronunciadas durante siete años en la cama de su madre, empezadas y terminadas entre dos besos. Luego, los dos hermanos, acostumbrados sin duda a aquellos cuidados minuciosos de la persona, tan necesarios para la salud del cuerpo, para la pureza del alma, y que en cierto modo dan la conciencia del bienestar, se arreglaban con tanto esmero como podría hacerlo una linda mujer. No cometían la menor falta, tanto miedo tenían el uno y el otro de un reproche, por muy dulcemente que se lo hiciera su madre, cuando, besándolos, decíales, a la hora de la comida, según las circunstancias: “Angelitos míos, ¿qué habéis hecho para tener tan negras las uñas?”. Los dos bajaban entonces al jardín, sacudían allí las impresiones de la noche en medio del rocío y del fresco aguardando a que el ama hubiera arreglado el salón común, adonde iban a estudiar sus lecciones hasta que su madre se levantaba. Pero ellos espiaban su despertar, aunque no les estuviera permitido entrar en su habitación más que a una hora convenida. Esta irrupción matinal, siempre realizada en contravención al pacto primitivo, era siempre una escena deliciosa tanto para ellos como para la señora Willemsens. Mario saltaba a la cama para rodear con sus brazos el cuerpo de su ídolo, en tanto que Luis, arrodillado a la cabecera, tomaba la mano de su madre. Venían entonces las preguntas inquietas, como las que un amante encuentra para su querida, luego risas de ángeles, caricias a la vez apasionadas y puras, pausas elocuentes, historias infantiles interrumpidas y reanudadas con besos, raramente acabadas, escuchadas siempre...

—¿Habéis trabajado mucho? —preguntaba la madre, pero con una voz dulce y amiga, dispuesta a lamentar la holgazanería como una desgracia, dispuesta a dirigir una mirada humedecida por las lágrimas a aquel que estaba satisfecho de sí mismo.

Sabía que sus hijos estaban animados por el deseo de complacerla; ellos sabían que su madre sólo vivía para ellos, los guiaba por la vida con toda la inteligencia del amor, y les daba todos sus pensamientos, todas sus horas. Un sentido maravilloso, que aún no es ni egoísmo ni razón, que tal vez sea el sentimiento en su candor primero, enseña a los niños si son o no son el objeto de cuidados exclusivos, y si se ocupan de ellos con felicidad. Si los amáis, estas tiernas criaturas, todo franqueza y justicia, son entonces admirablemente agradecidas. Aman con pasión, con celos, poseen las delicadezas más graciosas, hallan las palabras más cariñosas; son confiadas, creen en vosotros a pies juntillas. Así, quizá, no hay malos hijos sin malas madres; ya que el afecto que sienten está siempre en proporción con el que ellos han experimentado, de los primeros cuidados que han recibido, de las primeras palabras que han oído, de las primeras miradas en las que han buscado el amor y la vida. Todo es entonces atractivo o todo es repulsión. Dios ha puesto a los hijos en el seno de la madre para hacerle comprender que han de permanecer en él mucho tiempo. Sin embargo, hay madres cruelmente desconocidas: tiernas y sublimes cariños

constantemente desdeñados, horribles ingratitudes que demuestran cuán difícil es establecer principios absolutos en lo que a sentimientos se refiere. No faltaba en el corazón de aquella madre y en los de sus hijos ninguno de los mil lazos que debían unirlos entre sí. Solos en el mundo, vivían la misma vida y se comprendían bien. Cuando, por la mañana, la señora Willemsens permanecía silenciosa, Luis y Mario se callaban respetándolo todo en ella, incluso las ideas que no comprendían. Pero el mayor, dotado de un pensamiento ya muy desarrollado, no se contentaba nunca con que su madre le asegurase que se encontraba bien de salud: estudiaba su rostro con una sombría inquietud, ignorando el peligro, pero presintiéndolo cuando veía alrededor de sus ojos unos tonos violeta, y las rojeces de su rostro más inflamadas aún. Con una sensibilidad verdadera, adivinaba cuando los juegos de Mario empezaban a cansarle, y sabía entonces decirle a su hermano:

—Ven, Mario, vamos a comer, tengo hambre.

Pero al llegar a la puerta, volvía para captar la expresión del rostro de su madre, que para él encontraba aún una sonrisa; e incluso a menudo corrían las lágrimas por sus mejillas, cuando un gesto de su hijo le revelaba un sentimiento delicado, una precoz comprensión del sufrimiento.

El rato destinado al desayuno de sus hijos y a su recreo lo empleaba la señora Willemsens en su “toilette”; porque tenía coquetería para con sus hijos queridos, quería agradarles, alegrarlos en todo, ser para ellos atractiva como un perfume del que uno nunca se cansaría. Sentíase siempre dispuesta para los repasos de las lecciones, que tenían efecto entre las diez y las tres, pero que eran interrumpidos a mediodía por un segundo desayuno en común en el pabellón del jardín. Después de esta comida, concedíase una hora a los juegos, durante la cual la feliz madre, la pobre mujer permanecía acostada en un largo diván colocado en ese pabellón, desde el cual se descubría aquella dulce Turena incesantemente cambiante, sin cesar rejuvenecida por los mil accidentes del día, del cielo, de la estación. Sus dos hijos trotaban por el huerto, trepaban a las terrazas, corrían tras las lagartijas, ellos mismos agrupados y ágiles como la lagartija; admiraban las semillas, las flores, estudiaban los insectos y de todo querían preguntarle la razón a su madre. Producíanse entonces idas y venidas perpetuas en el pabellón. En el campo, los niños no tienen necesidad de juguetes, todo es para ellos ocupación. La señora Willemsens asistía a las lecciones haciendo tapicería. Permanecía en silencio, sin mirar a los maestros ni a los niños; escuchaba con atención, como tratando de captar el sentido de las palabras y saber de un modo vago si Luis iba aprendiendo; si ponía en un apuro al maestro con una pregunta, ello indicaba un progreso, los ojos de la madre se animaban entonces, sonreía, le dirigía una mirada llena de ilusión. A Mario le exigía poco. Sus esperanzas eran para el mayor, al que atestiguaba una especie de respeto, empleando todo su tacto de mujer y de madre para educarle el alma, para darle una elevada idea de sí mismo. Esta conducta ocultaba un pensamiento secreto que el niño había de comprender un día, y que él comprendió. Después de cada lección, acompañaba a los maestros hasta la

primera puerta, y allí les preguntaba concienzudamente cómo iban los estudios de Luis. Era tan afectuosa, que los profesores le decían la verdad, para ayudarla a que hiciese trabajar a Luis en los puntos en que parecía flojear. Llegaba la hora de la comida; luego el juego, el paseo; finalmente, por la tarde, estudiábanse las lecciones.

Tal era su vida, vida uniforme, pero llena, en la que el trabajo y las distracciones felizmente combinadas no dejaban lugar al aburrimiento. El desaliento y las querellas eran imposibles. El amor sin límite de la madre lo hacía todo fácil. Había dado discreción a sus dos hijos no negándoles nunca nada, valor al elogiarles en todo momento, resignación haciendo que advirtieran la necesidad en todas sus formas; había desarrollado, fortalecido su naturaleza angélica con una solicitud de hada. A veces, algunas lágrimas humedecían sus ojos ardientes, cuando, al verlos jugar, pensaba que no le habían dado ningún motivo de pena. Una dicha completa sólo nos hace llorar así porque es una imagen del cielo, del cual todos tenemos vagas percepciones. Pasaba horas deliciosas recostada en su canapé campestre, viendo un día hermoso, una gran extensión de agua, un paisaje pintoresco, oyendo las voces de sus hijos, sus risas constantes, y sus pequeñas riñas en las que se reflejaba su unión, el sentimiento paternal de Luis por Mario y el amor de los dos para con ella. Los dos niños, que durante su primera infancia habían tenido un aya inglesa, hablaban igualmente el francés y el inglés. Así, su madre se servía alternativamente de estas dos lenguas en la conversación. Dirigía admirablemente bien sus almas jóvenes, no dejando penetrar en su entendimiento ninguna idea errónea, en su corazón ningún principio malo. Los gobernaba por medio de la dulzura, sin ocultarles nada, explicándoselo todo. Cuando Luis deseaba leer, ella procuraba darle libros interesantes, pero exactos. Era la vida de los marinos célebres, las biografías de los grandes hombres, de los capitanes ilustres, hallando en los menores detalles de tales libros mil ocasiones para explicarle prematuramente el mundo y la vida; insistiendo en los medios de que se habían valido las personas oscuras, pero realmente grandes, que habían surgido, sin protectores, de las últimas filas de la sociedad, para llegar a nobles destinos. Estas lecciones, que no eran las menos útiles, se daban por la noche cuando el pequeño Mario se dormía sobre las rodillas de su madre, en el silencio profundo, cuando el Loira reflejaba los cielos; pero siempre redoblaban la melancolía de aquella mujer adorable, que acababa por callarse y permanecer inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Madre, por qué lloráis? —preguntóle Luis una hermosa tarde del mes de junio, en el momento en que el claroscuro de un atardecer sucedía a un caluroso día.

—Hijo mío —respondió, atrayendo hacia sí por el cuello al niño, cuya emoción oculta la conmovió profundamente—, porque la pobreza de Jameray Duval, que alcanzó fama sin contar con recursos, es la suerte que yo te he dado a ti y a tu hermano. Pronto, querido hijo, estaréis solos en el mundo, sin amparo, sin protección. Os dejaré pequeños aún, y sin embargo quisiera verte bastante instruido para servir de guía a Mario. Y no tendré el tiempo necesario para ello. Os amo demasiado para no



sentirme muy desdichada por estas ideas. Queridos, ¡con tal de que no me maldigáis un día!...

—¿Y por qué habría de maldeciros yo, madre?

—Un día, pobre pequeño —le dijo besándole la frente—, te darás cuenta de que cometí errores para con vosotros. Os abandonaré aquí, sin fortuna, sin...

Vaciló.

—Sin padre —añadió.

Al decir estas palabras rompió a llorar, rechazó suavemente a su hijo, que, por una especie de intuición, adivinó que su madre quería quedarse sola y llevóse de allí a Mario medio dormido. Luego, una hora más tarde, cuando su hermano estuvo acostado, Luis volvió con paso discreto hacia el pabellón, donde se hallaba su madre. Oyó entonces estas palabras pronunciadas por una voz que sonaba de un modo delicioso en su corazón:

—¿Vienes, Luis?

El niño se arrojó en brazos de su madre, y se abrazaron casi convulsivamente.

—Querida —le dijo al fin, porque a menudo le daba este nombre, hallando incluso las palabras amorosas demasiado débiles para expresar lo que sentía—; querida, ¿por qué temes morir?

—Estoy enferma, pobre ángel mío; cada día mis fuerzas van menguando, y mi mal no tiene remedio, lo sé bien.

—¿Cuál es, pues, vuestro mal?

—Debo olvidarlo; y tú no debes saber nunca la causa de mi muerte.

El niño permaneció silencioso un instante, lanzando disimuladamente miradas a su madre, que, con los ojos levantados hacia el cielo, contemplaba las nubes. ¡Momento de dulce melancolía! Luis no creía en la muerte inminente de su madre, pero experimentaba la tristeza de la misma sin adivinarla. Respetó aquella larga meditación. De haber sido menos joven, habría leído en aquel rostro sublime algunos pensamientos de arrepentimiento mezclados con recuerdos felices, toda una vida de mujer: una infancia despreocupada, un matrimonio frío, una pasión terrible, flores nacidas en una tormenta, destruidas por el rayo, en un abismo del que nada podía volver.

—Madre querida —dijo finalmente Luis—, ¿por qué me ocultáis vuestros sufrimientos?

—Hijo mío —respondió—, hemos de sepultar nuestras penas a los ojos de los extraños, mostrarles un semblante risueño, nunca hablarles de nosotros, ni ocupamos de ellos: estas máximas practicadas en familia constituyen una de las causas de la felicidad. ¡Llegará un día en que habrás de sufrir mucho! Bien, acuérdate de tu pobre madre, que se moría delante de ti sonriendo continuamente y te ocultaba sus dolores: entonces encontrarás valor para soportar los males de la vida.

En aquel momento, devorando sus lágrimas, trató de revelar a su hijo el mecanismo de la existencia, el valor, la consistencia de las fortunas, las relaciones

sociales, los medios honrados de acumular el dinero necesario para la vida y la necesidad de la instrucción. Luego le comunicó una de las causas de su habitual tristeza y de sus lágrimas, diciéndole que al día siguiente de su muerte, él y Mario quedarían en la mayor miseria, sin poseer nada más que una pequeña suma, no teniendo a otro protector más que a Dios.

—¡Cuánto debo esforzarme en aprender! —exclamó el niño, lanzando a su madre una mirada triste y profunda.

—¡Ah, qué dichosa soy! —dijo cubriendo de besos y de lágrimas a su hijo—. ¡Me comprende! Luis —añadió—, tú serás el tutor de tu hermano, ¿verdad?, ¿me lo prometes? ¡Tú ya no eres un niño!

—Sí —respondió—: pero vos no moriréis aún.

—Pobres pequeños —respondió la madre—, ¡el amor que siento por vosotros me sostiene!, además, esta región es tan hermosa, el aire es tan bienhechor, quizá...

—Vos hacéis que aún ame más a Turena —dijo el niño, conmovido.

A partir de aquel día en que la señora Willemsens, previendo su muerte próxima, había hablado a su hijo mayor de lo que iba a ser de ellos, Luis, que había cumplido los catorce años, convirtiose en un niño menos distraído, más aplicado, menos dispuesto que antes a jugar. Sea que supiese persuadir a Mario para que leyese en vez de entregarse a distracciones ruidosas, los dos niños hicieron menos ruido por los senderos, los jardines, las terrazas de la Granadière. Conformaron su vida al pensamiento melancólico de su madre, cuyo semblante palidecía de día en día, cuya frente iba hundiéndose en las sienes, cuyas arrugas iban haciéndose cada noche más profundas.

En el mes de agosto, cinco meses después de haber llegado la pequeña familia a la Granadière, todo había cambiado allí. Observando los síntomas aún ligeros de la lenta enfermedad que minaba el cuerpo de su señora, sostenida solamente por un alma apasionada y un excesivo amor hacia sus hijos, la anciana criada habíase vuelto triste y taciturna: parecía poseer el secreto de aquella muerte prematura. A menudo, cuando su señora, hermosa aún, más coqueta que nunca, se paseaba por la alta terraza, acompañada de sus dos hijos, la vieja Anita pasaba la cabeza por entre las dos sabinas de la bomba, olvidándose de la labor que había comenzado y apenas podía contener las lágrimas al ver a una señora Willemsens tan poco parecida a la encantadora mujer que había conocido.

Aquella linda casa, al principio tan alegre, tan animada, parecía haberse vuelto triste; estaba silenciosa, los habitantes salían raras veces de ella; la señora Willemsens no podía ya ir a pasear al puente de Tours sin realizar grandes esfuerzos. Luis, cuya imaginación habíase desarrollado de pronto, y que se había identificado, por así decirlo, con su madre, habiendo adivinado la fatiga y los dolores bajo el carmín de sus mejillas, inventaba siempre pretextos para no dar un paseo que se había hecho demasiado largo para su madre. Las parejas alegres que entonces iban a Saint-Cyr, la pequeña Courtille de Tours, y los grupos de paseantes veían por la tarde a aquella

mujer pálida y demacrada, enlutada, medio consumida, pero aún hermosa, que pasaba como un fantasma a lo largo de las terrazas. Los grandes sufrimientos se adivinan. La casa del hortelano habíase vuelto silenciosa. A veces el campesino, su mujer y sus dos hijos se hallaban formando grupo a la puerta de la cabaña: Anita lavaba en el pozo; la señora y sus niños estaban bajo el pabellón; pero no se oía el menor ruido en aquellos amenos jardines; y sin que la señora Willemsens se diera cuenta de ello, todos los ojos enternecidos la contemplaban. ¡Era tan buena, tan previsora, tan impresionante para aquellos que se le acercaban! En cuanto a ella, desde que había empezado el otoño, tan bello, tan brillante en Turena, y cuyas bienhechoras influencias, las uvas, los buenos frutos habían de prolongar la vida más allá del plazo fijado por los estragos de una enfermedad desconocida, no veía más que a sus hijos, y gozaba a cada instante de ellos como si hubiera sido el último.

Desde el mes de junio hasta fines de septiembre, Luis trabajó durante la noche sin que su madre lo supiese, y realizó enormes progresos; había llegado a las ecuaciones de segundo grado en álgebra, había aprendido la geometría descriptiva, dibujaba maravillosamente bien: en fin, habría podido salir airoso del examen impuesto a los jóvenes que quieren ingresar en la Escuela politécnica. A veces, por la tarde, iba a pasear por el puente de Tours, donde había encontrado a un teniente de navío puesto a medio sueldo; la cara varonil, la condecoración, el aire de aquel marino del Imperio habían actuado sobre su imaginación. Por su parte, el marino había cobrado afecto a aquel joven cuyos ojos destellaban energía. Luis, ávido de relatos militares y sintiendo una gran curiosidad, quería siempre hablar con el marino. El teniente tenía como amigo y compañero a un coronel de infantería, proscrito como él de los cuadros del ejército; Luis podía, pues, aprender sucesivamente la vida de los campamentos y la vida de los barcos. Así, abrumaba a preguntas a los dos militares. Luego, después de haberse identificado con sus desgracias y con su ruda existencia, pidió permiso a su madre para viajar por el cantón para distraerse. Ahora bien, como los maestros, asombrados, le decían a la señora Willemsens que su hijo trabajaba demasiado, ella acogió esta petición con un placer inmenso. El niño hacía entonces largas caminatas. Queriendo endurecerse contra la fatiga, trepaba a los árboles más altos con increíble agilidad; aprendía a nadar; velaba. Ya no era el mismo niño, era un joven en cuyo rostro el sol había impreso su color bronceado y en el que aparecía ya cierto pensamiento profundo.

Llegó el mes de octubre, la señora Willemsens ya no podía levantarse más que a mediodía, cuando los rayos del sol, reflejados por las aguas del Loira y concentrados en las terrazas, producían en la Granadière aquella temperatura igual a la de los cálidos y tibios días de la bahía de Nápoles, que hacen que los médicos de la región las recomienden a sus enfermos. Entonces iba a sentarse bajo uno de los verdes árboles, y sus hijos no se apartaban de ella. Cesaron los estudios, los maestros fueron despedidos. Los hijos y la madre quisieron vivir en el corazón los unos de los otros, sin preocupaciones, sin distracciones. Ya no había llanto ni gritos alegres. El mayor,

recostado sobre la hierba junto a su madre, permanecía bajo la mirada de ésta como un amante, y le besaba los pies. Mario, inquieto, iba a coger flores para ella, se las traía con aire triste, y se levantaba sobre la punta de sus pies para tomar en sus labios un beso de la joven. Aquella mujer blanca, de grandes ojos negros, abatida, lenta en sus movimientos, sin quejarse jamás, sonriendo a sus dos hijos, que gozaban de buena salud, formaba un cuadro sublime al que no faltaban ni las pompas melancólicas del otoño con sus hojas amarillentas y sus árboles medio desnudos, ni la claridad suavizada del sol y las blancas nubes del cielo de Turena.

Finalmente, la señora Willemsens fue condenada por un médico a permanecer en su habitación. Ésta, cada tarde, se embellecía con sus flores preferidas, y sus hijos permanecían en ella. En los primeros días de noviembre tocó el piano por última vez. Encima del piano había un paisaje de Suiza. Desde la ventana, sus dos hijos, juntos, le mostraron sus cabezas confundidas. Sus miradas iban entonces constantemente de sus hijos al paisaje y del paisaje a sus hijos. Su rostro se coloreó, sus dedos corrían con pasión sobre las teclas de marfil. Fue su última fiesta, fiesta desconocida, fiesta célebre en las profundidades de su alma por el genio de los recuerdos. Llegó el médico y le mandó que guardase cama. Esta sentencia terrible fue acogida con un silencio lleno de estupefacción por la madre y por los dos hijos.

■ Cuando el médico se fue:

—Luis —dijo la madre—, acompáñame a la terraza, quiero ver una vez más el paisaje.

Al oír estas palabras, dichas con sencillez y naturalidad, el niño dio el brazo a su madre y la llevó a la terraza. Los ojos se dirigieron, quizás involuntariamente, más hacia el cielo que hacia la tierra; pero habría sido difícil decidir en aquel momento dónde estaban los más hermosos paisajes, porque las nubes representaban vagamente los glaciares más majestuosos de los Alpes. Su frente se arrugó violentamente, sus ojos adquirieron una expresión de dolor y de remordimiento, cogió las dos manos de sus hijos y las apoyó sobre su corazón violentamente agitado:

—*¡Padre y madre desconocidos!* —exclamó lanzándoles una mirada profunda—. *¡Pobres ángeles! ¿Qué será de vosotros? Luego, a los veinte años, ¿qué severas cuentas no me pediréis de mi vida y de la vuestra?*

Apartó suavemente a sus hijos, puso ambos codos en la balaustrada, ocultó el rostro entre las manos y permaneció allí, sola consigo misma, temiendo dejarse ver. Cuando despertó de su dolor, encontró a Luis y a Mario arrodillados a su lado como dos ángeles; espiaban sus miradas y los dos le sonreían dulcemente.

—*¡Que no pueda llevarme esa sonrisa!* —dijo secándose las lágrimas.

Volvió a entrar para acostarse, y no habría de salir de la cama más que para ser colocada en el ataúd.

Transcurrieron ocho días, ocho días muy parecidos unos a otros. La vieja Anita y Luis permanecían, turnándose, durante la noche, al lado de la señora Willemsens, con sus ojos clavados en los de la enferma. A todas horas era ese drama profundamente

trágico, y que tiene lugar en todas las familias cuando se teme, a cada respiración demasiado fuerte de un enfermo adorado, que sea el último aliento. Al quinto día de esta fatal semana, el médico prohibió las flores. Las ilusiones de la vida iban esfumándose una tras otra.

A partir de aquel día, Mario y su hermano encontraron fuego en sus labios cuando iban a besar la frente de su madre. Finalmente, el sábado por la tarde, no pudiendo la señora Willemsens soportar ningún ruido, fue preciso dejar la habitación en desorden. Esta falta de cuidados fue un comienzo de agonía para aquella mujer elegante. Luis no quería separarse de su madre. Durante la noche del domingo, a la luz de una lámpara y en medio del silencio más profundo, Luis, que creía que su madre estaba amodorrada, vio cómo apartaba la cortina con una mano blanca y temblorosa.

—¡Hijo mío! —dijo.

El acento de la moribunda fue tan solemne, que su poder, procedente de un alma agitada, reaccionó violentamente en el ánimo del niño, el cual sintió un tremendo calor en la médula de los huesos.

—¿Qué quieres, madre?

—Escúchame bien. Mañana todo habrá terminado para mí. Ya no volveremos a vernos. Mañana tú serás un hombre, hijo mío. Estoy, pues, obligada a realizar algunas disposiciones que constituyan un secreto entre los dos. Toma la llave de mi mesita. Bien. Abre el cajón. Encontrarás a la izquierda dos papeles sellados. En uno verás escrito: LUIS; en el otro: MARIO.

—Aquí están, madre.

—Hijo querido, son las partidas de vuestro nacimiento; os serán necesarias. Se las darás a Anita para que las guarde, que os las devolverá cuando las necesitéis. Ahora —añadió—, ¿no hay en el mismo sitio un papel sobre el cual he escrito unas líneas?

—Sí, madre.

Y Luis, empezando a leer: *María Willemsens, nacida en...*

—Basta —dijo la madre vivamente—. No prosigas. Cuando haya muerto, hijo mío, entregarás también ese papel a Anita y dirás que vaya a depositarlo a la alcaldía de Saint-Cyr, donde debe servir para que se levante con exactitud mi acta de definición. Toma lo necesario para escribir lo que voy a dictarte.

Cuando vio a su hijo preparado para escribir y que volvía el rostro hacia ella para escuchar sus palabras, le dijo con voz sosegada:

“Señor conde, vuestra esposa, lady Brandon, ha muerto en Saint-Cyr, cerca de Tours, departamento de Indra-y-Loira. Os ha perdonado.”

—Firma...

Se detuvo, indecisa, agitada.

—¿Sufrís todavía más? —inquirió Luis.

Suspiró, y luego dijo:

—Cierra la carta y escribe en el sobre la siguiente dirección: *Lord Brandon, Brandon Square, Hyde Park. Londres. Inglaterra.* Bien —añadió—, el día de mi

muerte harás franquear esta carta en Tours. Y ahora —dijo después de una pausa— toma la pequeña cartera que conoces, y ven junto a mí, hijo querido... Ahí encontrarás —repuso cuando Luis estuvo otra vez sentado— doce mil francos. Os pertenecen. ¡Ay!, habríais sido ricos si vuestro padre...

—¡Mi padre! —exclamó el niño—. ¿Dónde está?

—Muerto —dijo la joven apoyando un dedo sobre sus labios—, muerto para salvarme la honra y la vida.

Levantó los ojos al cielo. Habría llorado, si hubiera tenido aún lágrimas para derramar.

—Luis —repuso—, juradme solemnemente que olvidaréis lo que habéis escrito y lo que os he dicho.

—Sí, madre.

—Dame un beso, ángel mío.

Hizo una pausa larga, como para cobrar valor y medir las palabras conforme a las fuerzas que le quedaban.

—Escucha. Esos doce mil francos son toda vuestra fortuna; es preciso que los guardes encima de ti, porque, cuando yo haya muerto, vendrán personas de la justicia y cerrarán todo, lo que hay aquí. Nada os pertenecerá entonces, ni siquiera vuestra madre. Y no tendréis más remedio, pobrecillos huérfanos, que marcharos, ¡Dios sabe adonde! He asegurado el porvenir de Anita. Tendrá cien escudos todos los años, y sin duda se quedará en Tours. Pero ¿qué haréis tú y tu hermano?

Se incorporó en su asiento y miró al niño, que, con la frente inundada de sudor, pálido de emoción, con los ojos medio velados por las lágrimas, permanecía de pie ante su lecho.

—Madre —repuso con voz profunda—, ya he pensado en ello. Llevaré a Mario al colegio de Tours. Daré diez mil francos a Anita diciéndole que los guarde y que vele por mi hermano. Luego, con los cien lises que me queden, ir a Brest y me embarcaré como soldado de marina. Mientras Mario estará estudiando, yo llegaré a ser teniente de navío. En fin, muere tranquila, madre mía. Yo regresaré rico, haré que mi hermano ingrese en la Escuela politécnica o bien lo guiaré de acuerdo con sus gustos.

Un brillo de alegría animó los ojos medio apagados de la madre, dos lágrimas brotaron de ellos, y rodaron por sus inflamadas mejillas; luego, un profundo suspiro se escapó de sus labios y estuvo a punto de morir de un acceso de alegría al encontrar el alma del padre en la de su hijo convertido en un hombre de improviso.

—Ángel del cielo —le dijo llorando—, has borrado con una palabra todos mis dolores. ¡Ah! ¡Soy capaz de sufrir! ¡Es mi hijo —añadió—, yo hice, yo he criado a ese hombre!

Y levantó las manos al cielo y las unió como para expresar una alegría sin límites; luego volvió a acostarse.

—¡Madre, palidecéis! —exclamó el niño.

—Hay que ir a buscar un sacerdote —respondió con voz moribunda.

Luis fue a despertar a la vieja Anita, la cual, asustada, corrió a la parroquia de Saint-Cyr.

Por la mañana, la señora Willemsens recibió los sacramentos en medio del más profundo fervor. Sus hijos, Anita y la familia del hortelano, gente sencilla que era ya como de la familia, estaban arrodillados. La cruz de plata, llevada por un monaguillo, un monaguillo de pueblo, se elevaba delante de la cama, y un anciano sacerdote administraba el viático a la madre moribunda. ¡El viático! Palabra sublime, idea aún más sublime que la palabra, y que solamente posee la religión apostólica de la Iglesia romana.

—¡Esa mujer ha sufrido mucho! —dijo el viejo cura en su lenguaje sencillo.

María Willemsens ya no oía, pero sus ojos permanecían clavados en sus dos hijos. Cada uno de ellos, presa de terror, escuchaba con el más profundo silencio la respiración de la moribunda, ya cada vez más lenta y fatigosa. Luego, a intervalos, un suspiro profundo anunciaba aún la vida revelando una lucha interior. Al fin, la madre dejó de respirar. Todos rompieron a llorar, menos Mario. El pobre niño todavía era demasiado pequeño para comprender la muerte. Anita y la hortelana cerraron los ojos de aquella adorable criatura, cuya belleza reapareció entonces con todo su esplendor. Despidieron a todo el mundo, quitaron los muebles de la habitación, pusieron a la muerta en su mortaja, la acostaron, encendieron cirios alrededor de la cama, dispusieron la pila del agua bendita, la rama de boj y el crucifijo, siguiendo la costumbre del país, cerraron los postigos, tendieron las cortinas; más tarde el vicario fue a pasar la noche rezando con Luis, que no quiso abandonar a su madre. El martes por la mañana tuvo efecto el entierro. La anciana, los dos niños, acompañados de la hortelana, fueron los únicos que siguieron al cadáver de una mujer cuya inteligencia, belleza y elegancia habían gozado de fama europea, y cuyo entierro en Londres habría constituido una noticia registrada en los periódicos, una especie de solemnidad aristocrática, si no hubiera cometido el más dulce de los crímenes, un crimen que todavía se castiga en este mundo, para que los ángeles perdonados entren en el cielo. Cuando fue echada la tierra sobre el ataúd de su madre, Mario lloró, comprendiendo entonces que no volvería a verla jamás.

Una sencilla cruz de madera, plantada en la tumba, lleva esta inscripción debida al cura de Saint-Cyr:

Aquí yace  
UNA MUJER DESVENTURADA  
fallecida a los treinta y seis años  
LLAMADA AUGUSTA EN LOS CIELOS  
¡Rogad por ella!

Cuando todo hubo terminado, los dos niños volvieron a la Granadière, lanzaron una última mirada a la casa, luego, cogidos de la mano, dispusieron a abandonarla con Anita, confiándolo todo a los cuidados del hortelano, y encargándole que

respondiese a la justicia.

Fue entonces cuando la vieja criada llamó a Luis, lo llevó aparte y le dijo:

—Señor Luis, ahí tenéis el anillo de la señora.

El niño se echó a llorar, emocionado al volver a encontrar un vivo recuerdo de su madre muerta. Dio un beso a la anciana. Luego, los tres se alejaron por el sendero, bajaron la rampa y dirigieron a Tours sin volver la cabeza.

—Mamá venía por allá —dijo Mario al llegar al puente.

Anita tenía una vieja prima, antigua costurera retirada en Tours, calle de la Guerche. Llevó a los dos niños a la casa de su parienta, con la cual pensaba vivir. Pero Luis le comunicó sus proyectos, le entregó el acta de nacimiento de Mario y los diez mil francos; al día siguiente, acompañado de la anciana sirvienta, llevó a su hermano al colegio. Puso al director al corriente de su situación, pero en forma muy sucinta, y salió llevando a su hermano hasta la puerta. Allí le hizo solemnemente las recomendaciones más cariñosas, anunciándole su soledad en el mundo; y después de haber contemplado al niño por espacio de un instante, lo besó, volvió a mirarlo, secose una lágrima y partió, volviéndose varias veces para contemplar hasta el último momento a su hermanito, que había permanecido en el umbral del colegio.

Un mes después, Luis se hallaba a bordo de un barco del Estado y partía de la rada de Rochefort. Apoyado en la borda de la corbeta *Iris*, contemplaba las costas de Francia, que huían rápidamente y se desvanecían en la línea azulada del horizonte. Pronto se encontró solo y perdido en la inmensidad del océano, solo y perdido como se hallaba en medio del mundo y de la vida.

—¡No hay que llorar, muchacho! Hay un Dios para todo el mundo —díjole un viejo marinero con voz ruda y agradable al mismo tiempo.

El niño dio las gracias a aquel hombre con una mirada llena de orgullo. Luego bajó la cabeza, resignándose a la vida de los marinos. Ahora podía considerar que se había convertido en el padre de su hermanito.

Angulema, agosto de 1832.





## **LA MUJER ABANDONADA**



## LA MUJER ABANDONADA

*A la señora duquesa de Abrantes.  
Su afectuoso servidor,*

Honorato de Balzac.  
París, agosto de 1835.

En 1822, al comenzar la primavera, los médicos de París enviaron a la baja Normandía a un joven convaleciente de una enfermedad inflamatoria causada por ciertos excesos en el estudio, o quizás en el vivir. Su convalecencia requería un absoluto reposo, una alimentación suave, un aire frío y la ausencia total de sensaciones extremas.

Los feraces campos del Bessin y la existencia gris de la provincia parecieron, pues, propicios a su restablecimiento. Fue a Bayeux, linda ciudad situada a dos leguas del mar, a la casa de una de sus primas, la cual lo acogió con aquella cordialidad propia de las personas acostumbradas a vivir retiradas, y para las cuales la llegada de un pariente o de un amigo se convierte en una dicha.

Todas las ciudades pequeñas, salvo en algunas costumbres, se parecen entre sí. Ahora bien, después de algunas veladas pasadas en casa de su sobrina, la señora de Sainte-Sevère, o en casa de las personas que componían su sociedad, aquel joven parisiense, llamado el señor barón Gastón de Nueil, hubo conocido en seguida a las personas que aquella sociedad exclusiva consideraban como si constituyesen la ciudad entera. Gastón de Nueil vio en ellas al personal inmutable que los observadores encuentran en las numerosas capitales de los antiguos Estados que formaban la Francia de antaño.

Se trataba ante todo de la familia cuya nobleza, desconocida más allá de cincuenta leguas, pasa, en el departamento, por incontestable y de la más alta antigüedad. Esta especie de *familia real* en tono menor roza por sus alianzas a los Navarreins, a los Grandlieu, a los Cadignan y a los Blamont-Chauvry. El jefe de esta raza ilustre es siempre un cazador determinado. Hombre desprovisto de maneras, abrumba a todo el mundo con su superioridad nominal; tolera al subprefecto de la misma manera que soporta los impuestos; no admite ninguno de los nuevos poderes creados por el siglo XIX y hace observar, como una monstruosidad política, que el primer ministro no es un gentilhomme. Su mujer tiene en la voz un tono lleno de acritud, habla en voz alta, tiene sus adoradores, pero es devota; educa mal a sus hijas y piensa que ellas tendrán siempre suficiente fortuna con su apellido. La mujer y el marido no tienen idea alguna del lujo actual: conservan las libreas de teatro, se aferran a las antiguas formas en lo que concierne a la vajilla de plata, los muebles, los coches, como las costumbres y el lenguaje. Este viejo fausto encaja, por otra parte,

bastante bien en la economía de las provincias. En fin, se trata de los nobles de antaño, menos el laudemio, menos la jauría y los trajes con galones; todos llenos de honor entre sí, todos adictos a los príncipes que sólo ven a distancia. Esta casa histórica “de incógnito” conserva la originalidad de una antigua tapicería de alto lizo. En la familia vegeta infaliblemente un tío o un hermano, teniente general, cordón rojo, hombre de corte, que fue a Hannover con el mariscal de Richelieu y al que encontráis allí como la hoja extraviada de un viejo panfleto de Luis XV.

A esta familia fósil se opone una familia más rica, pero de nobleza menos antigua. El marido y la mujer van a pasar dos meses de invierno a París, de donde traen el tono fugitivo y las pasiones efímeras. La señora es elegante, pero un poco afectada y siempre en retraso con respecto a las modas. Sin embargo, se burla de la ignorancia afectada por sus vecinos; su vajilla de plata es moderna; tiene botones, negros, un ayuda de cámara. Su hijo mayor tiene un tálburi, no hace nada, tiene un mayorazgo; el menor es auditor del Consejo de Estado. El padre, muy al corriente de las intrigas del Ministerio, cuenta anécdotas sobre Luis XVIII y sobre la señora du Cayla; invierte al cinco por ciento, evita la conversación sobre la sidra, pero a veces cae todavía en la manía de rectificar la cifra de las fortunas departamentales; es miembro del consejo general, se hace vestir en París y ostenta la cruz de la Legión de Honor. En fin, este gentilhomme ha comprendido la Restauración, y acuña moneda en la Cámara, pero su adhesión a la monarquía es menos pura que la de la familia rival. Recibe la *Gazette* y los *Débats*. La otra familia no lee más que la *Quotidienne*.

El señor obispo, antiguo vicario general, flota entre estos dos poderes que le tributan los honores debidos a la religión, pero haciéndole sentir a veces la moraleja que el bueno de Lafontaine puso al final de *El asno cargado de reliquias*. El buen hombre es plebeyo.

Luego vienen los astros secundarios, los gentileshombres que gozan de diez a doce mil libras de renta, y que han sido capitanes de navío o capitanes de caballería, o nada en absoluto. A caballo en los caminos, ocupan el término medio entre el cura que lleva los sacramentos y el inspector de las contribuciones. Casi todos acaban apaciblemente sus días más ocupados en la tala de bosques o en la sidra que en la monarquía. Sin embargo, hablan de la Carta y de los liberales entre dos *rubbers de whist* o durante una partida de tablas reales, después de haber calculado unas dotes y arreglado matrimonios de acuerdo con las genealogías que se saben de memoria. Sus mujeres se dan mucho tono y adoptan los aires de la corte en sus cabriolés de mimbre; creen estar muy elegantes cuando llevan un chal o un gorro; compran anualmente dos sombreros, pero después de muchas deliberaciones, y se los hacen traer de París ocasionalmente; en general son virtuosas y charlatanas. Alrededor de estos elementos principales de la gente aristocrática se agrupan dos o tres solteronas de calidad que han resuelto el problema de la inmovilización del ser humano. Parecen estar selladas en las casas donde las veis: sus rostros, sus *toilettes*, forman parte del inmueble, de la ciudad, de la provincia; ellas constituyen su tradición, la memoria, el

espíritu. Todas poseen algo de rígido y monumental; saben sonreír o menear la cabeza en el momento oportuno, y de vez en cuando dicen palabras que pasan por ingeniosas.

Algunos burgueses ricos se han introducido en ese pequeño barrio de San Germán gracias a sus opiniones aristocráticas o a su fortuna. Pero, a pesar de sus cuarenta años, cada cual dice de ellos: “¡Ese fulanito piensa bien!”. Y sirven para diputados. Generalmente son protegidos por las solteras, pero se murmura de ellos.

En fin, dos o tres eclesiásticos son recibidos en esta sociedad selecta, por su estola o por su ingenio y porque esas personas nobles, aburriéndose entre sí, introducen el elemento burgués en sus salones de la misma manera que el panadero pone la levadura en la masa.

La suma de inteligencia amasada en todas estas cabezas se compone de cierta cantidad de ideas antiguas a las que mezclan algunas ideas nuevas que fermentan en común todas las noches. Semejantes al agua de una pequeña ensenada, las frases que representan esas ideas tienen su flujo y su reflujo cotidianos, su perpetuo oleaje, exactamente igual: el que oye hoy su vacío sonido lo oirá mañana; dentro de un año, siempre. Sus sentencias inmutablemente formuladas sobre las cosas de aquí abajo forman una ciencia tradicional a la que nadie puede añadir una gota de ingenio. La vida de estas personas rutinarias gravita en una esfera de costumbres tan inmutables como sus opiniones religiosas, políticas, morales y literarias.

Cuando un extraño es admitido en esta sociedad, todos le dirán, no sin un dejo de ironía: “¡No encontraréis aquí el brillo de vuestro mundo parisiense!”, y cada cual condenará la existencia de sus vecinos tratando de hacer creer que él constituye una excepción en esta sociedad y que ha intentado sin éxito renovar. Pero si, por azar, el extraño corrobora por alguna observación la opinión que estas personas tienen recíprocamente de sí mismas, pasa en seguida por hombre malo, sin religión y sin ley, por un parisiense corrompido, *como son en general todos los parisienses*.

Cuando Gastón de Nueil hizo su aparición en este pequeño mundo en el que se observaba completamente la etiqueta, en que todas las cosas de la vida armonizaban entre sí, donde todo era observado a la luz del día, donde los valores nobiliarios y territoriales estaban cotizados como los capitales de la Bolsa en la última página de los periódicos, había sido pesado de antemano en las infalibles balanzas de la opinión bayeusense. Ya su prima, la señora de Sainte-Sevère, había dicho la cifra de su fortuna, la de sus esperanzas, exhibido su árbol genealógico, alabado sus conocimientos, su cortesía y su modestia. Fue acogido en la forma que era de esperar, fue aceptado como un buen gentilhomme, pero sin ceremonia, porque sólo contaba veintitrés años de edad; pero ciertas personas jóvenes y algunas madres le dirigieron tiernas miradas. Poseía dieciocho mil libras de renta en el valle del Auge, y su padre, tarde o temprano, había de dejarle en herencia el castillo de Manerville con todas sus dependencias. En cuanto a su instrucción, a su futuro político, a su valor personal, a su talento, no se habló de todo ello. Sus tierras eran buenas y sus arriendos bien

seguros; habíanse realizado en ellas excelentes plantaciones; las reparaciones y los impuestos corrían a cargo de los colonos; los manzanos tenían treinta y ocho años; en fin, su padre estaba haciendo tratos para comprar doscientos arpendes de bosque contiguos con su parque, que quería rodear de muros: ninguna esperanza ministerial, ninguna celebridad humana podía competir con tales ventajas. Sea por malicia, sea por cálculo, la señora de Sainte-Sevère no había hablado del hermano mayor de Gastón, y Gastón no dijo sobre él una palabra. Pero ese hermano estaba tuberculoso y parecía que pronto había de ser sepultado, llorado, olvidado. Gastón de Nueil comenzó por divertirse a costa de aquellos personajes; dibujó, por así decirlo, las caras en su álbum con la sávida verdad de sus facciones angulosas, ganchudas, arrugadas, con la graciosa originalidad de sus vestidos y de sus costumbres; complacióse en observar las variantes de su dialecto, el tono peculiar de sus ideas y de sus caracteres. Pero, después de haber aceptado mentalmente por un instante esa existencia parecida a la de las ardillas ocupadas en dar vueltas dentro de su jaula, advirtió la ausencia de oposiciones de una vida parada de antemano, como la de los religiosos en los conventos, e incurrió en una crisis que no es todavía ni tedio ni hastío, pero que comporta casi todos sus efectos. Después de los ligeros sufrimientos de esta transición, operose para el individuo el fenómeno de su trasplante a un terreno que le es adverso, donde debe atrofiarse y llevar una vida raquílica. En efecto, si nada lo saca de ese mundo, adopta insensiblemente sus costumbres, se adapta a su vacío que lo conquista y que lo anula. Ya los pulmones de Gastón iban acostumbrándose a esa atmósfera. Dispuesto a reconocer una especie de felicidad vegetal en esas jornadas pasadas sin preocupaciones y sin ideas, empezaba a perder el recuerdo de aquel movimiento de savia, de aquella fructificación constante de las inteligencias que tan ardientemente había compartido en la esfera parisiense, e iba a petrificarse en medio de aquellas petrificaciones, a permanecer allí para siempre, como los compañeros de Ulises, satisfecho de su pingüe envoltura. Una noche se hallaba Gastón de Nueil sentado entre una anciana señora y uno de los vicarios generales de la diócesis, en un salón pintado de gris, decorado con algunos retratos de familia, provisto de cuatro mesas de juego alrededor de las cuales dieciséis personas estaban charlando mientras jugaban al *whist*. Allí, sin pensar en nada, pero digiriendo una de aquellas cenas exquisitas, el porvenir de la jornada en provincias, sorprendióse al ver que justificaba las costumbres de la región. Concebía por qué aquella gente continuaba usando los naipes del día anterior, a barajarlos sobre tapetes gastados, y cómo llegaban a no vestirse para sí mismos ni para los demás. Adivinaba cierta filosofía en el movimiento uniforme de aquella vida circular, en la tranquilidad de aquellas costumbres lógicas y en la ignorancia de las cosas elegantes. Comprendía, en fin, la inutilidad del lujo. La ciudad de París, con sus pasiones, sus tempestades y sus placeres, ya no era en su mente más que una especie de recuerdo de la infancia. Admiraba de buena fe las manos rojas, el aire modesto y tímido de una persona joven cuyo rostro le había parecido al principio algo estúpido, sus maneras desprovistas de

gracia, el conjunto repelente y el porte extraordinariamente ridículo. Estaba perdido. Habiendo venido de la provincia a París, iba a caer de la existencia inflamatoria de París a la fría vida de la provincia, sin una frase que hiriese su oído y le trajese de pronto una emoción parecida a la que le habría ocasionado algún motivo original en medio de los acompañamientos de una ópera aburrida.

—¿No fuisteis ayer a ver a la señora de Beauséant? —dijo una señora anciana al jefe de la casa principal del país.

—He ido esta mañana —respondió el interpelado—. La encontré tan triste y afligida, que no he podido persuadirla para que viniese a comer con nosotros.

—¿Con la señora de Champignelles? —exclamó la vieja manifestando cierta sorpresa.

—Con mi mujer —dijo tranquilamente el gentilhombre—. ¿Acaso la señora de Beauséant no es de la casa de Borgoña? Por medio de las mujeres, es cierto; pero, después de todo, ese nombre lo blanquea todo. Mi mujer ama mucho a la vizcondesa, y la pobre señora se encuentra desde hace tiempo tan sola...

Al decir estas palabras, el marqués de Champignelles miró con aire sereno y frío a las personas que lo escuchaban examinándolo; pero fue casi imposible adivinar si hacía una concesión a la desgracia o a la nobleza de la señora de Beauséant, si se sentía halagado de recibirla, o si quería obligar por orgullo a los gentileshombres de la región y a sus mujeres a ver a aquella dama.

Todas las mujeres parecieron consultarse con una mirada; y entonces, habiendo reinado de pronto el más profundo silencio en el salón, su actitud fue interpretada como señal de desaprobación.

—¿Esa señora de Beauséant es por casualidad aquella cuya aventura con el señor de Ajuda-Pinto produjo tanto revuelo? —preguntó Gastón a la persona que estaba a su lado.

—La misma —le respondieron—. Desde la boda del marqués de Ajuda, ha venido a vivir a Courcelles; aquí nadie la recibe. Ella, por otra parte, es demasiado inteligente para no haberse dado cuenta de lo equívoco de su posición, por ello no ha intentado ver a nadie. El señor de Champignelles y algunos hombres se han presentado a su casa, pero ella sólo ha recibido al señor de Champignelles, quizás a causa de su parentesco, porque son aliados a través de los Beauséant. El marqués de Beauséant padre se casó con una Champignelles de la rama principal. Aunque la vizcondesa de Beauséant pase por descender de la casa de Borgoña, comprenderéis que aquí no podíamos admitir a una mujer separada de su marido. Se trata de viejas ideas a las cuales nos aferramos aún neciamente. La vizcondesa ha cometido un gran error en sus deslices, porque el señor de Beauséant es un hombre galante, un hombre de corte: se habría hecho cargo de las cosas. Pero su mujer es una cabeza loca...

El señor de Nueil, aunque oía la voz de su interlocutora, ya no la escuchaba. Hallábase absorbido por mil fantasías. ¿Existe otra palabra para expresar los atractivos de una aventura en el momento en que ésta sonrío a la imaginación, en el

momento en que el alma concibe vagas esperanzas, presiente dichas inefables, temores, acontecimientos, sin que nada alimente todavía ni fije los caprichos de ese espejismo? La mente revolotea entonces, alumbrando proyectos imposibles y produce en germen la felicidad de una pasión. Pero quizá contiene por entero el germen de la pasión, como una semilla contiene una flor con sus perfumes y sus hermosos colores. El señor de Nueil ignoraba que la señora de Beauséant se hubiese refugiado en Normandía después de un esplendor que la mayor parte de las mujeres envidian y condenan, sobre todo cuando las seducciones de la juventud y de la belleza casi justifican la falta que han ocasionado. Existe un prestigio inconcebible en toda especie de celebridad, sea ésta debida a lo que fuere. Parece ser que para las mujeres, como antaño para las familias, la gloria de un delito borra la vergüenza del mismo. De la misma manera que tal o cual casa se enorgullece de sus cabezas cortadas, una linda y joven mujer resulta más atractiva por la fama fatal de un amor dichoso o de una horrible traición. Cuanto más digna es de lástima, mayor es la simpatía que despierta. Solamente somos implacables para las cosas, para los sentimientos y aventuras vulgares. Al atraer las miradas, parecemos grandes. ¿No es preciso, en efecto, elevarse por encima de los demás para poder ser visto? Ahora bien, la gente experimenta involuntariamente un sentimiento de respeto para todo lo que ha aumentado de tamaño, sin preguntarse cómo lo ha hecho. En aquel momento, Gastón de Nueil sentíase impulsado hacia la señora de Beauséant por la secreta influencia de estas razones, o quizá por la curiosidad, por la necesidad de introducir un interés en su vida actual, en fin, por esta multitud de motivos imposibles de decir y que la palabra *fatalidad* sirve a menudo para expresar. La vizcondesa de Beauséant había surgido de pronto ante él, acompañada de un gran número de imágenes agradables: era para él un mundo nuevo; junto a ella había quizás algo que temer, esperar, combatir, vencer. Debía formar contraste con las personas que Gastón veía en aquel salón mezquino; en fin, era una mujer, y él no había encontrado aún ninguna mujer en aquel mundo frío en que el cálculo sustituía al sentimiento, en el que la cortesía no era más que deberes, y en el que las ideas más sencillas tenían algo que hería demasiado para que pudieran ser aceptadas o formuladas. La señora de Beauséant despertaba en su alma el recuerdo de sus sueños de joven y sus más vivas pasiones, por un momento adormecidas. Gastón de Nueil estuvo distraído el resto de la velada. Pensaba en el medio de poder introducirse en casa de la señora de Beauséant, y ciertamente apenas existía tal medio. Decían que era una mujer sumamente inteligente. Pero si bien las personas inteligentes pueden dejarse seducir por las cosas originales o atractivas, por otra parte son exigentes, saben adivinarlo todo; a su lado, hay, pues, tantas probabilidades de perder como de triunfar en la difícil empresa de agradar. Además, la vizcondesa debía unir al orgullo de su situación la dignidad que le ordenaba su apellido. La soledad profunda en que vivía parecía ser la menor de las barreras levantadas entre ella y el mundo. Era, pues, casi imposible para un desconocido, por muy buena que fuese su familia, hacerse admitir en su casa. Sin

embargo, al día siguiente por la mañana, el señor de Nueil dirigió sus pasos hacia el pabellón de Courcelles, y dio varias veces la vuelta al cercado que de él dependía. Presa de las ilusiones en las que es tan natural creer a su edad, miraba a través de las rendijas o por encima de las paredes, permanecía en contemplación ante las persianas cerradas o examinaba las que estaban abiertas. Esperaba un azar novelesco, combinaba sus efectos sin darse cuenta de su imposibilidad, para introducirse cerca de la desconocida. Durante varias mañanas dio por allí algunos paseos de un modo muy infructuoso; pero, a cada paseo que daba, aquella mujer colocada fuera del mundo, víctima del amor, sepultada en la soledad, crecía en su pensamiento y se alojaba en su alma. Así, el corazón de Gastón palpitaba de esperanza y de alegría si, por casualidad, al caminar a lo largo de los muros de Courcelles, acababa de oír los pasos de algún jardinero.

Pensaba escribir a la señora de Beauséant; pero, ¿qué decirle a una mujer a la que no se ha visto ni se conoce? Por otra parte, Gastón desconfiaba de sí mismo; además, como los jóvenes aún llenos de ilusiones, temía los terribles desdenes del silencio más que a la misma muerte, y estremecía al pensar en todas las probabilidades que su primera prosa amorosa podía tener de ser arrojada al fuego. Hallábase presa de mil ideas contrarias que pugnaban entre sí. Pero al fin, a fuerza de dar a luz muchas quimeras, de componer novelas y de devanarse los sesos, encontró una de aquellas felices estratagemas que acaban por aparecer y que revelan a la mujer la más inocente extensión de la pasión con que un hombre se ha ocupado de ella. A menudo, las incongruencias sociales crean tantos obstáculos reales entre una mujer y su amante, que los poetas orientales han expuesto algunos de ellos en las deliciosas ficciones de sus cuentos, y sus imágenes fantásticas raras veces son exageradas. Así, tanto en la naturaleza como en el mundo de las hadas, la mujer debe pertenecer siempre a aquel que sabe llegar hasta ella y librarla de la situación en que languidece. El más pobre de los derviches, al enamorarse de la hija de un califa, no se hallaba ciertamente separado de ella por una distancia mayor que la que encontraba entre Gastón y la señora de Beauséant. La vizcondesa vivía en una ignorancia absoluta de los afanosos paseos que daba por causa de ella el señor de Nueil, cuyo amor aumentaba cuanto mayores eran los obstáculos a superar, y que conferían a su amante improvisada los atractivos que posee cualquier cosa lejana.

Un día, confiando en su inspiración, lo esperó todo del amor que había de brotar de sus ojos. Creyendo que la palabra es más elocuente que la carta más apasionada, y especulando así con la curiosidad natural en la mujer, fue a la casa del señor de Champignelles proponiéndose emplearlo para el éxito de su empresa. Le dijo al gentilhombre que debía cumplir con una obligación importante y delicada cerca de la señora de Beauséant; pero, ignorando si ella leía las cartas de escritura desconocida, o si concedería su confianza a un extraño, le rogaba que le preguntase a la vizcondesa, con ocasión de su próxima visita, si se dignaría recibirlo. Invitando al marqués a guardar el secreto en caso de una negativa, lo comprometió de un modo muy



ingenioso a que no ocultase a la señora de Beauséant las razones que pudieran abrirle las puertas de su casa. ¿Acaso no era un hombre de honor, leal e incapaz de prestarse a una cosa de mal gusto o inadecuada? El altivo gentilhomme, cuya vanidad había sido lisonjeada, fue completamente engañado por la diplomacia del amor que presta a un joven el aplomo y el elevado grado de disimulo de un viejo embajador. Trató de penetrar en los secretos de Gastón; pero éste, sintiendo vergüenza de decírselo, opuso frases normandas a las hábiles interrogaciones del señor de Champignelles, el cual, como buen caballero francés, le cumplimentó sobre su discreción.

En seguida corrió el marqués a Courcelles, con la prisa que las personas de cierta edad ponen en prestar un servicio a las mujeres lindas. En la situación en que se encontraba la vizcondesa de Beauséant, un mensaje de esta índole era adecuado para intrigarla. Así, aunque no viese, al consultar su memoria, ninguna razón que pudiese llevar a su casa al señor de Nueil, no vio ningún inconveniente en recibirlo, después de haberse informado prudentemente, sin embargo, de cuál era su posición en el mundo. No obstante, al principio había rehusado; luego discutió este punto de conveniencia con el señor de Champignelles, interrogándolo para tratar de adivinar si sabía el motivo de aquella visita; luego había vuelto a su negativa. La discusión y la discreción del marqués habían excitado su curiosidad.

El señor de Champignelles, no queriendo parecer ridículo, pretendía, como hombre instruido pero discreto, que la vizcondesa debía conocer perfectamente el objeto de aquella visita, aunque ello lo buscara de muy buena fe sin encontrarlo. La señora de Beauséant creaba relaciones entre Gastón y algunas personas que no conocía, perdíase en absurdas conjeturas, y preguntábase a sí misma si jamás había visto al señor de Nueil. La carta de amor más verdadera y más hábil no habría ciertamente producido tanto efecto como aquella especie de enigma sin palabras que tanto intrigó a la señora de Beauséant.

Cuando Gastón se enteró de que podía visitar a la vizcondesa, viose a la vez inmerso en el entusiasmo de obtener tan pronto una felicidad ardientemente deseada y singularmente perplejo al tener que dar un desenlace a su ardid.

—¡Bah!, *verla* —repetíase mientras se vestía—, ¡esto es todo!

Luego esperaba, al franquear la puerta de Courcelles, encontrar un expediente para desatar aquel nudo gordiano que él mismo había estrechado. Gastón era de aquellos que, creyendo en la omnipotencia de la necesidad, avanzan siempre; y en el último instante, al llegar frente al peligro, se inspiran en él y hallan las fuerzas necesarias para vencerlo. Puso un cuidado especial en su *toilette*. Imaginaba, como todos los jóvenes, que de un rizo bien o mal colocado dependía su éxito, ignorando que en la juventud todo es encanto y atractivo. Por otra parte, las mujeres selectas que se parecen a la señora de Beauséant sólo se dejan seducir por las gracias de la inteligencia y la superioridad del carácter. Un gran carácter halaga su vanidad, les promete una gran pasión y parece deber admitir las exigencias de su corazón. La inteligencia les agrada, responde a la delicadeza de su naturaleza, y ellas se creen

comprendidas. Ahora bien, ¿qué es lo que quieren todas las mujeres, si no es el verse complacidas, comprendidas o adoradas? Pero es necesario haber reflexionado muy bien sobre las cosas de la vida para adivinar la alta coquetería que comportan la negligencia en el vestir y la reserva de la inteligencia en una primera entrevista. Cuando somos lo bastante astutos para resultar hábiles políticos, somos demasiado viejos para aprovecharnos de nuestra experiencia. Mientras Gastón desconfiaba lo bastante de su inteligencia como para tomar prestadas seducciones a su vestir, la señora de Beauséant, por su parte, esmerábase instintivamente a su *toilette* y decíase mientras se peinaba:

—No quiero causarle miedo.

El señor de Nueil poseía en su inteligencia, en su persona y en sus maneras, esa peculiaridad ingenuamente original que confiere una especie de sabor a los gestos y a las ideas ordinarias, permite decirlo todo y hacer que todo sea creído. Era instruido, penetrante, de fisionomía feliz y móvil como su alma flexible. Había pasión, ternura, en sus vivos ojos; y su corazón, esencialmente bueno, no les desmentía. Así, pues, la resolución que adoptó al entrar en Courcelles estuvo en armonía con la naturaleza de su carácter franco y de su imaginación ardiente. A pesar de la intrepidez del amor, no pudo, sin embargo, impedir una violenta palpitación cuando, después de haber cruzado un patio grande diseñado como jardín inglés, llegó a una sala en la que un ayuda de cámara, tras haberle preguntado su nombre, desapareció y regresó con la orden de introducirlo.

—El señor barón de Nueil.

Gastón entró lentamente, pero con elegancia, cosa más difícil aún en un salón donde hay una mujer que en el que hay veinte. En el ángulo de la chimenea, a pesar de la estación, ardía un gran fuego, y encima de ella se encontraban dos candelabros encendidos que proyectaban una suave luz, allí vio a una mujer joven sentada en una moderna poltrona de respaldo muy alto y cuyo bajo asiento le permitía dar a su cabeza actitudes llenas de elegancia y de gracia, inclinarla, levantarla lánguidamente, como si se tratase de un pesado fardo; luego, mostrar los pies o esconderlos bajo los largos pliegues de un vestido negro. La vizcondesa quiso colocar encima de una mesilla redonda el libro que leía; pero, al volver al mismo tiempo la cabeza hacia el señor de Nueil, el libro, mal colocado, cayó en el intervalo que separaba la mesa de la poltrona. Sin parecer sorprenderse de este incidente, se incorporó y se inclinó para responder al saludo del joven, pero de un modo imperceptible y casi sin levantarse de su asiento, en el que su cuerpo permaneció sumergido. Inclínose como para levantarse, atizó la lumbre; luego recogió un guante que con negligencia puso en su mano izquierda, mientras buscaba el otro con una mirada prontamente reprimida, ya que con su mano derecha, mano blanca, casi transparente, sin anillos, de dedos delgados y cuyas rosadas uñas formaban un óvalo perfecto, mostró una silla como para invitar a Gastón a sentarse en ella. Cuando su desconocido huésped hubo tomado asiento, ella volvió la cabeza hacia él con un movimiento interrogante y

coquetón cuya delicadeza es imposible describir; este movimiento pertenecía a aquellas intenciones benévolas, a aquellos gestos graciosos, aunque precisos, que confieren la educación primera y la costumbre constante de las cosas de buen gusto. Estos movimientos multiplicados se sucedieron rápidamente en un instante, sin sacudidas bruscas, y encantaron a Gastón por esta mezcla de cuidado y abandono que una mujer hermosa añade a las maneras aristocráticas de la alta sociedad. La señora de Beauséant contrastaba demasiado vivamente con los autómatas en medio de los cuales vivía desde sus dos meses de exilio al fondo de la Normandía, para que no personificase para él la poesía de sus sueños; así, él no podía comparar sus perfecciones con ninguna de las que en otro tiempo había admirado. Delante de aquella mujer, y delante de aquel salón amueblado como un salón del barrio de San Germán, lleno de aquellas fruslerías tan lujosas que se encuentran encima de las mesas, al ver libros y flores, encontrose de nuevo en París. Pisaba una verdadera alfombra de París, volvía a ver el tipo distinguido, las formas frágiles de la parisiense, su elegancia exquisita y su negligencia de los efectos rebuscados que tanto perjudican a las mujeres de las provincias.

La señora de Beauséant era rubia, blanca como son las rubias, y tenía los ojos pardos. Presentaba noblemente su frente, una frente de ángel caído, que se enorgullece de su falta y no quiere perdón. Sus cabellos, abundantes y recogidos por encima de dos cintas que describían sobre aquella frente amplias curvas, aumentaban aún la majestad de su cabeza. La imaginación encontraba, en las espirales de aquella dorada cabellera, la corona ducal de Borgoña; y en los ojos brillantes de aquella gran dama, todo el valor de su casa; el valor de una mujer fuerte solamente para rechazar los desprecios o la audacia, pero llena de ternura para los dulces sentimientos. Los contornos de su cabeza, admirablemente colocada sobre un cuello largo y blanco; los rasgos de su delicado rostro, sus labios finos y sus móviles facciones, guardaban una expresión de exquisita prudencia, un matiz de ironía afectada que se parecía a la astucia y a la impertinencia. Era difícil no perdonarle aquellos dos pecados femeninos pensando en sus desgracias, en la pasión que había estado a punto de costarle la vida, y que venía atestiguada por las arrugas que, al menor movimiento, surcaban su frente, o por la dolorosa elocuencia de sus bellos ojos a menudo levantados hacia el cielo. ¿No era acaso un espectáculo impresionante, aumentado aún por el pensamiento, ver en un inmenso salón silencioso a aquella mujer separada del mundo entero, y que, desde hacía tres años, permanecía al fondo de un pequeño valle, lejos de la ciudad, sola con los recuerdos de una juventud brillante, feliz, apasionada, en otro tiempo alegrada por fiestas, constantes homenajes, pero ahora entregada a los horrores del vacío? La sonrisa de aquella mujer anunciaba una elevada conciencia de su valor. No siendo ni madre ni esposa, rechazada por el mundo, privada del único corazón que pudiera hacer palpitar el suyo sin tener que avergonzarse, no extrayendo de ningún sentimiento los recursos necesarios para su alma vacilante, había de extraer su energía de ella misma, vivir de su propia vida y no tener más esperanza que la de la

mujer abandonada; aguardar la muerte, acelerar su lentitud a pesar de los hermosos días que le restaban aún. ¡Sentirse destinada a la felicidad, y tener que morir sin recibirla, sin poder darla...! ¡Una mujer! ¡Qué dolores! El señor de Nueil hízose estas reflexiones con la rapidez del relámpago y se halló muy avergonzado de su personaje en presencia de la más grande poesía de que pueda rodearse una mujer. Seducido por el triple esplendor de la belleza, de la desgracia y de la nobleza, permaneció casi boquiabierto, soñador, admirando a la vizcondesa, sin encontrar nada que decirle.

La señora de Beauséant, a quien sin duda esta sorpresa no desagradó, tendióle la mano con un gesto amable pero imperativo; luego, esbozando una sonrisa en sus labios pálidos, como para obedecer una vez más a las gracias de su sexo, le dijo:

—El señor de Champignelles me ha hablado, caballero, del mensaje que tan amablemente os habéis encargado de traerme. ¿Acaso es de parte de...?

Al oír esta terrible frase, Gastón comprendió aún mejor lo ridículo de su situación, el mal gusto, la deslealtad de su proceder para con una mujer tan noble y tan desdichada. Se sonrojó. Su mirada, marcada con mil pensamientos, se turbó; pero de pronto, con la fuerza que los jóvenes corazones saben extraer de los sentimientos de sus faltas, se tranquilizó; luego, interrumpiendo a la señora de Beauséant, no sin hacer un gesto lleno de sumisión, respondióle con voz conmovida:

—Señora, no merezco la dicha de veros; os he engañado indignamente. El sentimiento al cual he obedecido, por muy grande que fuese, no podría hacer excusar el miserable subterfugio que me ha servido para llegar hasta vos. Pero, señora, si tuvieseis la bondad de permitirme deciros...

La vizcondesa lanzó al señor de Nueil una mirada llena de altivez y desprecio, levantó la mano para tirar del cordón de la campanilla, y la hizo sonar; el ayuda de cámara acudió, y ella le dijo mirando con dignidad al joven:

—Jaime, acompañad al caballero.

Levantose con orgullo, saludó a Gastón y se agachó para recoger el libro que se le había caído. Sus movimientos fueron tan secos, tan fríos, como elegantes y graciosos habían sido aquellos con los que al principio lo había acogido. El señor de Nueil se había levantado, pero permanecía en pie. La señora de Beauséant dirigióle de nuevo una mirada como para decirle: “¿Bien, es que no vais a salir?”.

Esta mirada estuvo penetrada de una burla tan intensa, que Gastón palideció como una persona a punto de desfallecer. Algunas lágrimas humedecieron sus ojos, pero las retuvo, las secó en los fuegos de la vergüenza y de la desesperación, miró a la señora de Beauséant con una especie de orgullo que expresaba a la vez resignación y cierta conciencia de su valor: la vizcondesa tenía derecho a castigarlo, ¿pero debía hacerlo? Luego salió. Al cruzar la antesala, su perspicacia natural y su inteligencia aguzada por la pasión, hicieronle comprender todo el peligro de su situación.

Si abandono esta casa —se dijo—, nunca más podre volver a entrar en ella; seré siempre un necio a los ojos de la vizcondesa. Es imposible para una mujer, y ella es mujer, no adivinar el amor que me inspira; ella experimenta quizás un pesar vago e

involuntario por haberme despedido tan bruscamente, pero no debe, no puede revocar su decisión; es a mí a quien corresponde comprenderla.

Al hacer esta reflexión, Gastón se detiene en la escalinata, deja escapar una exclamación, se vuelve vivamente y dice:

—He olvidado algo:

Y vuelve al salón, seguido del ayuda de cámara, que lleno de respeto hacia un barón y hacia los derechos sagrados de la propiedad, fue completamente engañado por el tono inocente con que esta frase fue pronunciada. Gastón entró suavemente, sin ser anunciado. Cuando la vizcondesa, pensando quizá que el intruso era su ayuda de cámara, levantó la cabeza, encontró ante sí al señor de Nueil.

—Jaime me ha acompañado —dijo sonriendo.

Su sonrisa, impregnada de una gracia melancólica, quitaba a estas palabras todo lo que pudieran tener de irónico, y el acento con que fueron pronunciadas debía llegarle al alma.

La señora de Beauséant fue desarmada.

—Bien, sentaos —le dijo.

Gastón se apoderó de la silla con un movimiento ávido. Sus ojos, animados por la felicidad, arrojaron un brillo tan intenso, que la condesa no pudo sostener aquella mirada juvenil, bajó los ojos hacia su libro y saboreó el placer siempre renovado de ser para un hombre el principio de su dicha, sentimiento inextinguible en la mujer. Además, la señora de Beauséant había sido comprendida. ¡Agradece tanto la mujer el encontrar a un hombre que comprenda los caprichos tan lógicos de su corazón, los movimientos aparentemente contradictorios de su espíritu, los fugaces pudores de sus sensaciones, ora tímidas, ora audaces, sorprendente mezcla de coquetería e ingenuidad!

—Señora —exclamó suavemente Gastón—, vos conocéis mi falta, pero ignoráis mis crímenes. Si supieseis la felicidad que...

—¡Ah!, tened cuidado —dijo la joven levantando uno de sus dedos con aire misterioso a la altura de su nariz, que rozó con dicho dedo; luego, con la otra mano, hizo como si se dispusiera a tirar del cordón de la campanilla.

Este gracioso movimiento, esta graciosa amenaza provocaron sin duda un triste pensamiento, un recuerdo de su vida feliz, de la época en que podía ser todo encanto y todo amabilidad, en que la felicidad justificaba los caprichos de su espíritu como daba un mayor atractivo a los menores movimientos de su persona. Reunió las arrugas de su frente entre sus dos cejas; su rostro, tan suavemente alumbrado por las bujías, adquirió una expresión sombría; miró al señor de Nueil con una gravedad desprovista de frialdad, y le dijo como una mujer profundamente imbuida del sentido de sus palabras:

—Todo esto es muy ridículo. Hubo un tiempo, caballero, en el que yo tenía derecho a ser locamente alegre, en que habría podido reír con vos y recibirlos sin temor; pero hoy mi vida ha cambiado mucho, ya no soy dueña de mis acciones, y me

veo obligada a reflexionar. ¿A qué sentimiento debo vuestra visita? ¿Es curiosidad? Entonces pago bien caro un frágil instante de felicidad. ¿Acaso amaríais *apasionadamente* a una mujer infaliblemente calumniada y a quien jamás habéis visto? Si es así, vuestros sentimientos se basarían en el descrédito, en una falta a la que el azar ha dado celebridad.

Dicho esto, arrojó con despecho el libro sobre la mesa.

—¡Y qué! —repuso, tras haber lanzado una terrible mirada a Gastón—. ¿Porque he sido débil, quiere, entonces, el mundo que siga siéndolo siempre? Esto es horrible, degradante. ¿Venís a mi casa para compadecerme? Sois muy joven para simpatizar con las penas del corazón. Sabedlo, caballero, prefiero el desprecio a la compasión; no quiero que nadie me compadezca.

Hubo un instante de silencio.

—Bien, ya veis, caballero —repuso levantando la cabeza hacia él con aire triste y dulce—, sea cual fuese el sentimiento que os haya impulsado a lanzaros atolondradamente a mi casa, me estáis hiriendo. Sois demasiado joven para estar totalmente desprovisto de bondad, sentiréis, pues, la impertinencia de vuestra acción; os la perdono y os hablo ahora de ella sin amargura. No volveréis a esta casa, ¿verdad? Os lo suplico, cuando podría ordenároslo. Si me hicierais una visita, no estaría ni en vuestro poder ni en el mío impedir que toda la ciudad creyese que os habéis convertido en mi amante, y añadiríais a mis penas una pena muy grande. Supongo que no es esta vuestra voluntad.

Guardó silencio mirándole con una dignidad verdadera que lo dejó confuso.

—Hice mal, señora —respondió en tono emocionado—; pero el ardor, la irreflexión, un vivo deseo de felicidad, son para mi alma cualidades y defectos. Ahora —añadió— comprendo que no debí tratar de veros y, sin embargo, mi deseo era muy natural...

Trató de referir con más sentimiento que ingenio los sufrimientos a los que le había condenado su necesario exilio. Describió el estado de un joven cuyo fuego ardía sin alimento, haciendo pensar que era digno de ser amado tiernamente y, sin embargo, nunca había conocido las delicias de un amor inspirado por una mujer joven, bella, llena de buen gusto, de delicadeza. Explicó su falta de delicadeza sin querer justificarla. Aludió a la señora de Beauséant demostrándole que ella significaba para él el tipo de la amante incesante pero vanamente deseada por la mayoría de los jóvenes. Luego, hablando de sus paseos matutinos alrededor de Courcelles, y de las ideas vagabundas que se apoderaban de él al contemplar el pabellón en el que al fin se había introducido, suscitó aquella indefinible indulgencia que la mujer encuentra en su corazón para las locuras que inspira. El joven dejó oír una voz apasionada en aquella fría soledad, a la que traía las cálidas inspiraciones de la edad juvenil y las gracias de la inteligencia que revelan una educación esmerada. La señora de Beauséant se hallaba privada desde hacía mucho tiempo de las emociones que confieren los sentimientos verdaderos expresados bellamente para no

sentir, de manera viva, sus delicias. No pudo por menos de mirar el rostro expresivo del señor de Nueil y admirar en él aquella hermosa confianza del alma que no ha sido aún desgarrada por las crueles enseñanzas de la vida del mundo ni devorada por los perpetuos cálculos de la ambición o de la vanidad. Gastón era el joven en la flor de la edad y se comportaba como un hombre de carácter que desconoce aún sus altos destinos. Así, los dos hacían, sin saberlo el uno del otro, las reflexiones más peligrosas para su calma, y trataban de ocultarse mutuamente tales reflexiones. El señor de Nueil reconocía en la vizcondesa una de aquellas mujeres tan raras, siempre víctimas de su propia perfección y de su inextinguible ternura, cuya graciosa belleza constituye el menor encanto cuando han permitido una vez el acceso a su alma, en la que los sentimientos son infinitos, en la que todo es bueno, en la que el instinto de lo bello se une a las expresiones más variadas del amor para purificar los placeres y hacerlos casi santos: admirable secreto de la mujer, presente exquisito tan raras veces otorgado por la naturaleza. Por su parte, la vizcondesa, al escuchar el acento verdadero con que Gastón le hablaba de las desgracias de su juventud, adivinaba los sufrimientos impuestos por la timidez a los grandes niños de veinticinco años, cuando el estudio los ha preservado de la corrupción y del contacto con la gente del mundo, cuya experiencia corroe las bellas cualidades de la edad juvenil. La vizcondesa lo consideraba el sueño de todas las mujeres, un hombre en el cual no existía aún ni ese egoísmo de familia y de fortuna, ni ese sentimiento personal que acaba por matar, en su primer impulso, la abnegación, el honor, la estimación de sí mismos, flores del alma que se agostan con la misma rapidez con que al principio adornan la vida con emociones delicadas, aunque fuertes y reavivan en el hombre la probidad de su corazón. Una vez lanzados a los vastos espacios del sentimiento, llegaron muy lejos en teoría, sondearon el uno y el otro la profundidad de sus almas, informáronse de la verdad de sus expresiones. Este examen, involuntario en Gastón, era premeditado en la señora de Beauséant. Usando de su tacto natural o adquirido, expresaba sin perjudicarse a sí misma opiniones contrarias a las suyas para conocer las del señor de Nueil. Estuvo tan ingeniosa, tan graciosa, fue tan ella misma con un joven que no despertaba su desconfianza, creyendo que no habría de verlo más, que Gastón exclamó ingenuamente al oír unas palabras deliciosas pronunciadas por ella:

—¡Ah, señora! ¿Cómo ha podido un hombre abandonaros?

La vizcondesa permaneció silenciosa. Gastón se sonrojó, creyendo haberla ofendido. Pero aquella mujer estaba sorprendida por el primer placer profundo y verdadero que experimentaba desde el día de su desgracia. El pícaro más redomado no habría realizado, a fuerza de habilidad y de arte, los progresos que el señor de Nueil debió a aquel grito salido del corazón. Este juicio arrancado al candor de un hombre joven la hacía inocente a sus propios ojos, condenaba al mundo, acusaba al que la había abandonado y justificaba la soledad en que había venido a languidecer. La absolución mundana, las conmovedoras simpatías, la estima social, tan deseadas, tan cruelmente negadas, en fin, sus más secretos deseos habíanse realizado con

aquella exclamación que embellece aun los más dulces halagos del corazón y aquella admiración siempre ávidamente saboreada por las mujeres. Era, entonces, entendida y comprendida, el señor de Nueil le daba con toda naturalidad la ocasión de levantarse de su caída. La joven consultó el reloj de pared.

—¡Oh, señora! —exclamó Gastón—, no me castigáis por mi aturdimiento. Si no me concedéis más que una velada, dignaos no abreviarla.

La vizcondesa sonrió al oír este cumplido.

—Pero —dijo—, puesto que no hemos de volver a vernos, ¿qué importa un momento más o menos? Si yo os agradase, ello equivaldría a una desgracia.

—Una verdadera desgracia —respondió él tristemente.

—No me digáis eso —repuso gravemente la joven—. En cualquier otra situación, yo os recibiría con agrado. Voy a hablaros sin rodeos, comprenderéis por qué no quiero, porqué no debo volver a veros. Creo que vuestra alma es lo bastante grande para no sentir que, si la gente sospechara de mí una segunda falta, me convertiría a los ojos del mundo en una mujer despreciable y vulgar, pareceríame a las otras mujeres. Una vida pura y sin tacha, dará, pues, relieve a mi carácter. Soy demasiado orgullosa para no tratar de permanecer en medio de la sociedad como un ser aparte, víctima de los hombres por mi amor. Si no permaneciese fiel a mi posición, merecería toda la censura que me abrumba y perdería mi propia estima. No he tenido la alta virtud social de pertenecer a un hombre a quien no amaba. He quebrantado, a pesar de las leyes, los vínculos conyugales: era un error, un crimen, será todo lo que queráis; pero para mí este estado equivalía a la muerte. He querido vivir. Si hubiese sido madre, quizá habría encontrado fuerzas para soportar el suplicio de un matrimonio impuesto por las conveniencias. A los dieciocho años de edad, pobres jovencitas, no sabemos apenas lo que nos obligan a hacer. He violado las leyes del mundo, el mundo me ha castigado; éramos justos el uno y el otro. He buscado la felicidad. ¿No es acaso una ley de nuestra naturaleza el ser felices? Yo era joven, era hermosa... Creí encontrar un ser tan amante como apasionado parecía. ¡Fui muy amada durante un instante...!

Hizo una pausa.

—Pensaba que un hombre no debía abandonar a una mujer en la situación en que yo me encontraba —repuso la vizcondesa—. He sido abandonada, ya no agradaba a mi amante. Sí, sin duda falté a alguna ley de la naturaleza: habré sido demasiado amante, demasiado abnegada o demasiado exigente, lo ignoro. La desgracia me ha hecho ver claras las cosas. Después de haber sido mucho tiempo la acusadora, me he resignado a ser la única delincuente. He absuelto, pues, a mis expensas, a aquel de quien creía tener que quejarme. No he sido lo suficientemente hábil para conservarlo. Ya no sé qué amar: ¿Cómo pensar en sí mismo cuando se ama? Fui, pues, la esclava, cuando debí haber sido el tirano. Los que me conozcan podrán condenarme, pero me apreciarán. Mis sufrimientos me han enseñado a no volver a exponerme al abandono. No comprendo cómo todavía existo, después de haber soportado los dolores de los



ocho primeros días que han seguido a esta crisis, la más horrible en la vida de una mujer. Es preciso haber vivido durante tres años sola para haber adquirido la fuerza para hablar de este dolor como lo estoy haciendo en este momento. La agonía suele desembocar en la muerte. Pues, bien, caballero, era una agonía sin que tuviese la tumba como desenlace. ¡Oh, cuánto he sufrido!

La vizcondesa levantó sus bellos ojos hacia el techo, al que sin duda confió todo lo que no debía oír un extraño.

El techo es el confidente más amable y complaciente que puedan encontrar las mujeres en las ocasiones en que no se atreven a mirar a su interlocutor. ¿No es como un confesonario, salvo que en éste el confesor brilla por su ausencia? En aquellos momentos, la señora de Beauséant era elocuente y hermosa; habría que decir coqueta, si esta palabra no resultase demasiado fuerte. Al hacerse justicia, al poner entre ella y el amor las más altas barreras, agujoneaba todos los sentimientos del hombre; y cuanto más elevaba el objetivo, mejor lo ofrecía a las miradas. Finalmente bajó los ojos para posarlos en Gastón, después de haberlos hecho perder la expresión demasiado intensa que les había comunicado el recuerdo de sus penas.

—¿Confesáis que debo permanecer fría y solitaria? —díjole en tono tranquilo.

El señor de Nueil sentía violentos deseos de caer a los pies de aquella mujer, entonces sublime de razón y de locura, pero temió parecerle ridículo; reprimió, pues, su exaltación y sus sentimientos; experimentó a la vez el temor de no lograr expresarlos bien, y el miedo de alguna terrible negativa cuya aprensión es capaz de helar las almas más ardientes. La reacción de los sentimientos que reprimía en el momento en que brotaban de su corazón le causó aquel dolor profundo que conocen las personas tímidas y las ambiciosas, a menudo obligadas a devorar sus deseos. Sin embargo, no pudo impedir romper el silencio para decir con voz trémula:

—Permitidme, señora, que me entregue a una de las más grandes emociones de mi vida, confesándoos lo que me hacéis experimentar. ¡Me ensancháis el corazón! Siento en mí el deseo de emplear mi vida en haceros olvidar vuestras penas, en amaros por todos aquellos que os han odiado u ofendido. Pero se trata de una efusión del corazón muy súbita, que hoy nada justifica y que yo debería...

—Basta, caballero —dijo la señora de Beauséant—. Hemos ido demasiado lejos tanto el uno como el otro. He querido despejar de toda dureza la negativa que se me ha impuesto, explicaros las tristes razones que me inducen a ello, y no tratar de alcanzar cumplidos. La coquetería sólo sienta bien a la mujer que es feliz. Creedme, es mejor que sigamos siendo extraños el uno para el otro. Más tarde, sabréis que no hay que forjar lazos cuando éstos han de romperse necesariamente algún día.

Ella suspiró ligeramente, y su frente se arrugó para volver a adquirir en seguida la pureza de su forma.

—Qué sufrimientos para una mujer —dijo— no poder seguir al hombre que ama en todas las fases de su vida. Luego, ¿esta profunda pena no ha de repercutir horriblemente en el corazón de ese hombre, si ella es amada? ¿No es acaso una doble

desgracia?

Hubo un momento de silencio, tras el cual ella dijo sonriendo y levantándose para que su huésped también se levantara:

—¿Seguramente que al venir a Courcelles no esperabais oír un sermón?

Gastón se encontraba en aquel momento más lejos de aquella mujer extraordinaria que en el instante en que la había abordado. Atribuyendo el encanto de aquella hora deliciosa a la coquetería de un ama de casa celosa por desplegar los dotes de su inteligencia, saludó fríamente a la condesa y salió desesperado. Por el camino, el barón trataba de comprender el verdadero carácter de aquella criatura flexible y dura como un resorte; pero le había visto adoptar tantos matices, que le fue imposible emitir un juicio verdadero sobre ella. Además, las entonaciones de su voz resonaban en su oído, y el recuerdo prestaba tanto hechizo a los gestos, a los movimientos de su cabeza, a los de los ojos, que aún se sintió más enamorado. Para él, la belleza de la vizcondesa relucía aun en medio de las tinieblas, las impresiones que había recibido de ella se despertaban, atraídas la una por la otra, para seducirle de nuevo revelándole unas gracias de mujer y de inteligencia que él hasta entonces no había advertido. Cayó en una de esas meditaciones vagabundas durante las cuales los pensamientos más lúcidos se combaten, se rompen los unos contra los otros, y sumergen el alma en un breve acceso de locura. Hay que ser joven para revelar y para comprender los secretos de esta especie de ditirambos, en los que el corazón, asaltado por las ideas más justas, más locas, cede a la última que le ataca, a un pensamiento de esperanza o de desesperación, a merced de un poder desconocido. A la edad de veintitrés años, el hombre se halla casi siempre dominado por un sentimiento de modestia: la timidez, la turbación de la joven le agitan, teme expresar mal su amor, no ve más que dificultades y se asusta, teme no agradarle, sería atrevido si no amara tanto; cuanto más comprende el valor de la felicidad, tanto menos cree que su amante pueda fácilmente concedérselo; por otra parte, quizá se entrega demasiado enteramente a su placer, y cree no poder darlo; cuando, por desgracia, su ídolo es impresionante, lo adora en secreto y de lejos; si no es adivinado, su amor expira. A menudo, esta pasión presurosa, muerta en el joven corazón, permanece en él, brillante de ilusiones. ¿Qué hombre no tiene varios de estos recuerdos vírgenes, que, más tarde, despiertan, cada vez más agradables, trayendo la imagen de una felicidad perfecta? recuerdos parecidos a esos hijos perdidos en la flor de la edad, y de los cuales los padres no han conocido más que las sonrisas. El señor de Nueil regresó, pues, de Courcelles presa de un sentimiento preñado de resoluciones extremas. La señora de Beauséant habíase convertido ya para él en la condición de su existencia: prefería morir a vivir sin ella. Todavía bastante joven para experimentar aquellas crueles fascinaciones que la mujer perfecta ejerce sobre las almas nuevas y apasionadas, hubo de pasar una de esas noches tempestuosas durante las cuales los jóvenes van de la felicidad al suicidio, del suicidio a la felicidad, devoran toda una vida feliz y se duermen impotentes. Noches fatales en las que la mayor desgracia

consiste en despertar convertido en filósofo. Demasiado enamorado para poder dormir, el señor de Nueil se levantó, se puso a escribir cartas, ninguna de las cuales le satisfizo, y las quemó todas.

Al día siguiente fue a dar la vuelta al pequeño recinto de Courcelles, pero al caer la noche, porque tenía miedo de que lo viera la vizcondesa. El sentimiento al que entonces obedecía pertenece a una naturaleza de alma tan misteriosa, que es preciso ser joven aún o encontrarse en situación parecida, para comprender su silenciosa dicha y sus rarezas; cosas todas éstas que harían encogerse de hombros a las personas demasiado felices por ver siempre el lado *positivo* de la vida. Tras crueles vacilaciones, Gastón escribió a la señora de Beauséant la carta siguiente, que puede ser considerada como modelo de la fraseología particular a los enamorados, y compararse con los dibujos que los niños hacen a escondidas para felicitar a sus padres en el día de su santo; presentes detestables para todo el mundo, salvo para aquellos a quienes van destinados:

“Señora:

”Ejercéis tan grande imperio sobre mi corazón, sobre mi alma y mi persona, que hoy depende mi destino completamente de vos. No arrojéis mi carta al fuego. Sed lo bastante benévola para leerla. Quizá me perdonaréis esta primera frase al daros cuenta de que no se trata de una declaración vulgar ni interesada, sino de la expresión de un hecho natural. Quizás os sentiréis conmovida por la modestia de mis megos, por la resignación que me inspira el sentimiento de mi inferioridad, por la influencia de vuestra determinación sobre mi vida. A mi edad, señora, no sé qué amar, ignoro completamente lo que puede agradar a la mujer y lo que la seduce; pero experimento por ella embriagadoras adoraciones. Me siento irresistiblemente atraído hacia vos por el placer inmenso que me hacéis experimentar y pienso en vos con todo el egoísmo que nos arrastra hacia donde para nosotros existe el calor vital. No me creo digno de vos. No, me parece imposible, joven, ignorante, tímido, daros la milésima parte de la felicidad a que yo aspiraba al oírlos, al veros. Sois para mí la única mujer que hay en el mundo. No concibiendo la vida sin vos, he tomado la resolución de abandonar Francia e ir a jugarme la vida hasta que la pierda en alguna empresa imposible, en las Indias, en África, no sé dónde. ¿No es preciso que combata un amor sin límites con algo infinito? Pero, si queréis dejadme esperar, no el ser para vos, sino el obtener vuestra amistad, me quedo. Permitidme que pase junto a vos, raras veces, si queréis, algunas horas parecidas a las que os he robado. Esta frágil felicidad, cuyos vivos goces pueden serme vedados a la menor palabra ardiente que os diga, bastará para hacerme soportar el hervor de mi sangre. ¿He presumido acaso de vuestra generosidad al suplicaros sufrir un comercio en el que todo es provecho para mí solamente? Vos sabréis muy bien hacer ver a ese mundo al que tanto sacrificáis, que yo no soy nada para vos. ¡Sois tan inteligente y orgullosa! ¿Qué habéis de temer? Ahora yo quisiera poderos abrir mi corazón, para persuadiros de que mi humilde petición no esconde segundas intenciones. No os habría dicho que mi amor era sin

límites al rogaros que me concedieseis la amistad, si tuviese la esperanza de haceros compartir el sentimiento profundo sepultado en mi alma. No, yo seré a vuestro lado lo que queréis que yo sea, con tal que esté a vuestro lado. Si me rechazáis, y podéis hacerlo, no murmuraré ni una sola palabra, y partiré. Si más tarde, otra mujer que no seáis vos, entra para algo en mi vida, vos habréis tenido razón; ¡pero si muero fiel a mi amor, concebiréis cierto pesar, tal vez! La esperanza de ocasionaros una pena endulzará mis angustias, y será toda la venganza de mi corazón incomprendido...”.

Es preciso no haber ignorado ninguna de las excelentes desgracias de la juventud, es preciso haber trepado a todas las quimeras de dobles alas blancas que ofrecen su grupa femenina a ardientes imaginaciones, para comprender el suplicio de que fue presa Gastón de Nueil cuando supuso su primer *ultimátum* en manos de la señora de Beauséant. Veía a la vizcondesa fría, risueña y jugando con el amor como los seres que ya no creen en él. Habría querido rescatar su carta, la encontraba absurda. Acudían a su mente mil y una ideas infinitamente mejores, o que habrían sido más conmovedoras que sus palabras rígidas, sus malditas palabras alambicadas, sofisticadas, pretenciosas, pero felizmente mal puntuadas y escritas de través. Procuraba no pensar, no sentir nada; pero pensaba, sentía y sufría. Si hubiera tenido treinta años, habríase aturdido artificialmente; pero aquel joven ingenuo aún, no conocía ni los recursos del opio ni los expedientes de la extrema civilización. No tenía junto a él a ninguno de esos buenos amigos de París, que saben muy bien deciros: ¡POETE, NON DOLET! tendiéndoo una botella de vino de champaña o arrastrándoo a una orgía para suavizar los dolores de la soledad. ¡Excelentes amigos, siempre arruinados cuando vos sois ricos, siempre en apuros cuando vos los buscáis, habiendo perdido siempre su último luis en el juego cuando vais a pedirles uno, pero siempre teniendo un mal caballo para venderos; siempre dispuestos a embarcarse con vosotros para descender por una de esas rápidas pendientes en las que se gastan el tiempo, el alma y la vida!

Al fin el señor de Nueil recibió de manos de Jaime una carta con un sello de cera perfumada, con el escudo de Borgoña, escrita en un papel vitela y que desprendía el perfume de una mujer hermosa.

Corrió en seguida a encerrarse en su habitación para leer y volver a leer *su* carta.

“Me castigáis con mucha severidad, caballero, tanto por la amabilidad con que quise mitigar la rudeza de una negativa como por la seducción que la inteligencia ejerce siempre sobre mi ánimo. He tenido confianza en la nobleza de la juventud, y me habéis engañado. Sin embargo, os he hablado, si no con el corazón abierto, que habría sido completamente ridículo, por lo menos con franqueza, y os he dicho mi situación, con objeto de hacer que un alma joven pudiera hacerse cargo de mi frialdad. Cuanto más me habéis interesado, tanto más vivo ha sido el pesar que me habéis causado. Soy por naturaleza cariñosa y buena; pero las circunstancias hacen que sea mala. Otra mujer habría quemado vuestra carta sin leerla; yo la he leído y contesto a ella. Mis razonamientos os demostrarán que si no soy insensible a la

expresión de un sentimiento que he hecho nacer, incluso involuntariamente, estoy muy lejos de compartirlo, y mi conducta os demostrará aún mucho mejor la sinceridad de mi alma. Luego, he querido, para vuestro bien, utilizar la especie de autoridad que me concedéis sobre vuestra vida y deseo ejercerla una sola vez para hacer que caiga la venda que ahora cubre vuestros ojos.

”Pronto tendré treinta años, caballero, vos apenas contáis veintidós. Vos mismo ignoráis cuáles serán vuestros pensamientos cuando tengáis mi edad. Los juramentos que ahora juráis tan fácilmente podrán pareceros entonces demasiado pesados. Hoy, quiero creerlo, me daríais sin arrepentiros vuestra vida entera, sabríais incluso morir por un placer efímero; pero a los treinta años, la experiencia os quitaría la fuerza necesaria para hacer cada día sacrificios para mí, y yo, me sentiría humillada al aceptarlos. Un día, todo lo ordenará, la naturaleza misma os mandará que me abandonéis; ya os lo he dicho, prefiero la muerte al abandono. Ya lo veis, la desgracia me ha enseñado a calcular. Razono, ya no habla en mí la voz de la pasión. Vos me obligáis a deciros que no os amo, que no debo, ni puedo ni quiero amaros. He pasado ya por el momento de la vida en que las mujeres ceden a movimientos del corazón irreflexivos, y ya no podría ser la amante que vos ansiáis. Mis consuelos, señor, vienen de Dios, no de los hombres. Por otra parte, leo demasiado claramente en los corazones a la triste luz del amor burlado, para aceptar la amistad que me pedís, que vos me ofrecéis. Sois víctima de vuestro propio corazón, y esperáis mucho más de mi debilidad que de vuestra fuerza. Todo esto es efecto de los instintos. Os perdono ese ardor de niño, porque aún no sois cómplice de ello. Os ordeno, en nombre de este amor pasajero, en nombre de vuestra vida, en nombre de mi tranquilidad, que permanezcáis en vuestra región, que no dejéis de llevar en ella una vida honorable y hermosa por una ilusión que necesariamente habrá de extinguirse. Más tarde, cuando, al cumplir vuestro verdadero destino, habréis desarrollado todos los sentimientos que aguardan al hombre, apreciaréis mi respuesta, que quizás en estos momentos acusaréis de excesivamente rigurosa. Encontraréis entonces con placer a una mujer vieja cuya amistad será ciertamente para vos dulce y preciosa: no habrá sido sometida ni a las vicisitudes de la pasión ni a los desengaños de la vida; en fin, nobles ideas, ideas religiosas, la conservarán pura y santa. Adiós, caballero; obedecedme pensando que vuestros éxitos proyectarán algo de placer en mi soledad, y no penséis en mí más que de la forma en que se piensa en los que están ausentes”.

Después de haber leído esta carta, Gastón de Nueil escribió las siguientes palabras:

“Señora, si yo dejase de amaros aceptando las oportunidades que me ofrecéis de ser un hombre corriente, merecería mi suerte, ¡confesadlo! No, no os obedeceré, y os juro una fidelidad que sólo se romperá con la muerte. ¡Oh! tomad mi vida, a menos que temáis introducir remordimientos en vuestra vida...”.

Cuando el criado del señor de Nueil volvió a Courcelles, su amo le dijo:

—¿Entregaste mi billete?

—A la señora vizcondesa misma; se hallaba sentada en un coche y se disponía a partir...

—¿Para venir a la ciudad?

—No lo creo, señor. La berlina de la señora vizcondesa estaba enganchada con caballos de posta.

—¡Ah! entonces se va —dijo el barón.

—Sí, señor —dijo el ayuda de cámara.

En seguida hizo Gastón sus preparativos para seguir a la señora de Beauséant, y ella lo llevó hasta Ginebra sin saberse acompañada de él. Entre las mil reflexiones que le asaltaban durante este viaje, ésta era la que más especialmente le preocupaba: “¿Por qué se habrá ido?”. Estas palabras fueron el texto de un gran número de hipótesis, entre las cuales escogió, naturalmente, la más halagadora, la siguiente: “Si la vizcondesa quiere amarme, no hay duda de que prefiere, como mujer inteligente, Suiza, donde nadie nos conoce, a Francia, donde encontraría quien la criticase”.

Ciertos hombres apasionados no amarían a una mujer que fuese lo suficientemente hábil como para elegir su terreno, ya que esto es propio de gente refinada. Por otra parte, nada prueba que la suposición de Gastón fuese verdadera.

La vizcondesa alquiló una casita a orillas del lago. Cuando se hubo instalado en ella, Gastón se presentó una tarde, al caer la noche. Jaime, ayuda de cámara esencialmente aristocrático, no se asombró al ver al señor de Nueil y lo anunció en calidad de criado acostumbrado a hacerse cargo de todo. Al oír este nombre, al ver al joven, la señora de Beauséant dejó caer el libro que tenía en las manos; su sorpresa dio tiempo a Gastón para llegar hasta ella y decirle con una voz que le pareció deliciosa:

—¡Con qué placer he tomado los caballos que os habían conducido a vos!

¡Verse tan bien obedecida en sus secretos deseos! ¿Dónde está la mujer que no hubiese cedido a semejante felicidad? Una italiana, una de esas divinas criaturas cuya alma es el antípoda de la de las parisienses, y que, a este lado de los Alpes, sería considerada como profundamente inmoral, decía al leer las novelas francesas: “No comprendo porqué esos pobres enamorados pasan tanto tiempo arreglando lo que debe ser asunto de una mañana”. ¿Por qué el narrador, siguiendo el ejemplo de esa buena italiana, no habría de evitar el hacer languidecer a sus oyentes y al tema de su obra? Habría algunas escenas de coquetería que sería agradable dibujar, dulces esperas que la señora de Beauséant quería ofrecer a la felicidad de Gastón para caer con gracia, como las vírgenes de la antigüedad; quizá también para gozar de los placeres castos de un primer amor, y elevarlo a la más alta expresión de fuerza y de poder. El señor de Nueil se hallaba aún en la edad en que un hombre es víctima de esos caprichos, de esos juegos que tanto gustan a las mujeres, y que ellas prolongan, sea para estipular sus condiciones, sea para gozar más tiempo de su poder, cuya disminución adivinan instintivamente. Pero estos pequeños protocolos de gabinete, menos numerosos que los de la conferencia de Londres, ocupan demasiado poco

espacio en la historia de una pasión verdadera para que deban mencionarse.

La señora de Beauséant y el señor de Nueil vivieron durante tres años en la quinta situada junto al lago de Ginebra que la vizcondesa había alquilado. Permanecieron solos, sin ver a nadie, sin hacer que nadie hablase de ellos, paseando en barca, levantándose tarde, en fin, felices como todos soñamos llegar a ser. Esta casita era sencilla, de persianas verdes, rodeada de anchos balcones con marquesinas, una verdadera casa de amantes, casa de blancos canapés, alfombras mullidas y silenciosas, en la que todo irradiaba alegría y felicidad. En cada ventana, el lago aparecía bajo aspectos diferentes; a lo lejos, las montañas con sus fantasías de nubes, fugitivas; encima de ellos el hermoso cielo; luego, delante de ellos, un largo manto de agua caprichosa, cambiante. Las cosas parecían soñar para ellos y todo les sonreía.

Graves intereses llamaron al señor de Nueil a Francia: su padre y su hermano habían muerto; fue preciso abandonar Ginebra. Los dos amantes compraron aquella casa, habrían querido romper las montañas y hacer salir el agua del lago, a fin de llevárselo todo con ellos. La señora de Beauséant siguió al señor de Nueil. La vizcondesa compró cerca de Manerville una propiedad considerable que unió a las tierras de Gastón, y donde permanecieron juntos. El señor de Nueil abandonó muy gentilmente a su madre el usufructo de las tierras de Manerville, a cambio de la libertad que ella le dejó de vivir soltero. Las tierras de la señora de Beauséant estaban situadas cerca de una ciudad, en uno de los lugares más lindos del valle de Auge. Allí los dos amantes pusieron entre ellos y el mundo unas barreras que ni las ideas sociales ni las personas podían franquear, y volvieron a encontrar sus buenos momentos de Suiza. Durante nueve años enteros, saborearon la dicha que es inútil describir; el desenlace de esta historia hará sin duda que adivinen sus delicias aquellos cuya alma puede comprenderlo todo, bajo alguna de sus infinitas apariencias, la poesía y la oración.

Sin embargo, el marqués de Beauséant (cuyo padre y hermano mayor habían muerto), marido de la señora de Beauséant, gozaba de excelente salud. Nada nos ayuda mejor a vivir que la certeza de que nuestra muerte ocasionaría la felicidad de otros. El señor de Beauséant era una de esas personas irónicas y testarudas que, parecidas a rentistas vitalicios, encuentran un placer más en el hecho de levantarse cada mañana con buena salud. Por lo demás, era hombre galante, un poco metódico, ceremonioso, y calculador, capaz de declararle su amor a una mujer con la misma tranquilidad con que un lacayo dice: “La señora está servida”.

Esta pequeña nota biográfica sobre el marqués de Beauséant tiene por objeto hacer comprender al lector la imposibilidad en que se encontraba la señora marquesa de casarse con el señor de Nueil.

Ahora bien, después de estos nueve años de felicidad, el contrato más dulce que una mujer haya podido alguna vez firmar, el señor de Nueil y la señora de Beauséant se encontraron en una situación tan natural y tan falsa como aquella en que se encontraban desde que comenzó esta aventura; crisis fatal, sin embargo, de la que es

imposible dar una idea, pero cuyos términos pueden plantearse con exactitud matemática.

La señora condesa de Nueil, madre de Gastón, no había querido nunca ver a la señora de Beauséant. Era una persona rígida y virtuosa, que había realizado muy legalmente la felicidad del señor de Nueil padre. La señora de Beauséant comprendió que aquella honorable anciana había de ser su enemiga y que trataría de arrancar a Gastón de su vida inmoral y antirreligiosa. La marquesa había querido vender sus tierras y volver a Ginebra. Pero habría sido desafiar al señor de Nueil, y era incapaz de hacerlo. Por otra parte, él se había aficionado mucho a sus tierras de Valleroy, donde había hecho muchas plantaciones, muchos movimientos de terrenos. ¿No equivaldría a arrancarlo de una especie de felicidad mecánica que las mujeres desean siempre para sus maridos e incluso para sus amantes? Había llegado a la región una señorita de la Rodière, de edad de veintidós años y rica de cuarenta mil libras de renta. Gastón encontraba a esta heredera de Manerville cada vez que su deber lo llevaba allá. Colocados estos personajes de este modo como las cifras de una proporción matemática, la carta siguiente, escrita y entregada una mañana a Gastón, explicará ahora el terrible problema que, desde hacía un mes, la señora de Beauséant trataba de resolver:

“Mi ángel querido, escribirte cuando vivimos corazón a corazón, cuando nada nos separa, cuando nuestras caricias nos sirven tan a menudo de lenguaje, y las palabras son también caricias, ¿no es un contrasentido? Pues, no, amor mío. Hay ciertas cosas que una mujer no puede decir en presencia de un amante; el solo pensamiento de estas cosas le quita la voz, hace que la sangre refluya a su corazón; quédase sin fuerzas y sin aliento. Estar de tal modo a tu lado me hace sufrir; y a menudo me encuentro en este estado. Comprendo que mi corazón debe ser todo verdad para ti, no debe disimularte ninguno de mis pensamientos, ni siquiera los más fugaces; y me gusta demasiado esta holgura que tan bien me sienta, para permanecer mucho tiempo preocupada, cohibida. Por lo tanto, voy a confiarte mi angustia: sí, se trata de una angustia. ¡Escúchame! no hagas ese pequeño *ta ta ta...* con el que me haces callar con una impertinencia que yo quiero, porque todo lo que de ti viene me agrada. Querido esposo del cielo, déjame que te diga que tú has borrado todo recuerdo de los dolores bajo el peso de los cuales en otro tiempo mi vida estuvo a punto de sucumbir. No he conocido el amor más que a través de ti. Ha sido preciso el candor de tu hermosa juventud, la pureza de tu alma grande para satisfacer las exigencias de un corazón exigente. Amigo, muchas veces he palpitado de alegría al pensar que, durante estos nueve años, tan rápidos y tan largos, mis celos jamás se han despertado. He poseído todas las flores de tu alma, todos tus pensamientos. No ha habido la más leve nube en nuestro cielo, no hemos sabido lo que era un sacrificio, siempre hemos obedecido a las inspiraciones de nuestros corazones. He gozado de una felicidad sin límites para una mujer. ¡Las lágrimas que mojan esta página podrán decirte toda mi gratitud! Habría querido escribirla de rodillas. Pues, bien, esta felicidad me ha hecho



conocer un suplicio mucho más horrible que el del abandono. Querido, el corazón de una mujer tiene repliegues muy profundos: hasta ahora yo misma he ignorado la extensión del mío, como ignoraba la extensión del amor. Las miserias más grandes que puedan abrumarnos son aún fáciles de soportar en comparación con la única idea de la desgracia de aquel a quien amamos. Y si nosotras fuésemos las causantes de esta desgracia, ¿no habría motivos para morirnos?... Tal es la idea que me oprime. Pero ella arrastra todavía otra más pesada; aquélla disminuye la gloria del amor, lo mata, hace de él una humillación que enturbia para siempre la vida. Tú tienes treinta años y yo tengo cuarenta. ¡Cuántos terrores no inspira esta diferencia de edad a una mujer amante! Tú puedes haber sentido al principio involuntariamente, luego seriamente los sacrificios que por mí has hecho, renunciando por mí al mundo entero. Tú has pensado quizás en tu destino social, en esa boda que debe aumentar necesariamente tu fortuna, permitirte confesar tu felicidad, tus hijos, transmitir tus bienes, aparecer en el mundo y ocupar en él tu sitio con honor. Pero tú habrás reprimido estos pensamientos, dichoso de sacrificarme, sin que yo lo sepa, una heredera, una fortuna y un hermoso porvenir. En tu generosidad de hombre joven, tú habrás querido permanecer fiel a los juramentos que no nos atan más que a los ojos de Dios. Mis dolores pasados se te habrán aparecido, y yo habré sido protegida por la desgracia de la que tú me has sacado. ¡Deber tu amor a la compasión! Esta idea me resulta aún más horrible que el temor de hacer fracasar tu vida. Aquellos que saben apuñalar a sus amantes son muy caritativos cuando las matan felices, inocentes, y en la gloria de sus ilusiones... Sí, la muerte es preferible a los dulces pensamientos que, desde hace algunos días, entristecen secretamente mis horas. Ayer, cuando me preguntaste tan dulcemente: "¿Qué tienes?" tu voz me hizo estremecer. He creído que, según tu costumbre, estabas leyendo en mi alma, yo aguardaba tus confidencias, imaginando haber tenido justos presentimientos al adivinar los cálculos de tu razón. Entonces me acordé de algunas atenciones que te son habituales, pero en la que he creído advertir esta especie de afectación mediante la cual los hombres traicionan una lealtad difícil de sostener. En este momento, he pagado bien cara mi felicidad, he comprendido que la naturaleza nos vende siempre los tesoros del amor. En efecto, ¿acaso la suerte no nos ha separado? Tú te habrás dicho: "Tarde o temprano, debo abandonar a la pobre Clara, ¿por qué no separarme de ella a tiempo?". Esta frase estaba escrita en el fondo de tu mirada. Te he dejado para ir a llorar lejos de ti. ¡Evitar la vista de mis lágrimas!, he aquí las primeras que la pena me ha hecho derramar desde hace diez años, y me siento orgullosa de poder mostrártelas; pero no te he acusado. Sí, tienes razón, no debo tener el egoísmo de sujetar tu vida, brillante y larga, a la mía que pronto estará gastada. Pero, ¿y si me equivocase?... ¿si hubiese confundido una de tus melancolías de amor con un pensamiento de razón?... ¡Ah!, ángel mío, no me dejes en la incertidumbre, castiga a tu celosa mujer; pero devuélvele la conciencia de su amor y del tuyo: toda la mujer se halla en este sentimiento, que todo lo santifica. Desde la llegada de tu madre, y desde que tú has

visto en su casa a la señorita de la Rodière, estoy presa de una dudas que nos deshonran. Hazme sufrir, pero no me engañes: puedo saberlo todo, ¡tanto lo que te dice tu madre, como lo que tú piensas! Si tú has vacilado entre algo y yo, te devuelvo tu libertad... Yo te ocultaré mi destino, aprenderé a no llorar delante de ti; únicamente, que no quiero volverte a ver más... ¡Oh! tengo que detenerme, mi corazón se rompe...

”Me he quedado triste y como ausente durante unos instantes. Amigo mío, nada tengo contra ti, ¡tú que eres tan bueno, tan franco! tú no podrías ni herirme, ni engañarme; pero me dirás la verdad, por muy cruel que ésta fuese. ¿Quieres que te dé ánimos para que seas capaz de confesármelo todo? Bien, pues, corazón mío, yo quedaré consolada con un pensamiento de mujer. ¿No habré poseído acaso de ti el ser joven y púdico, todo gracia, todo belleza, todo delicadeza, un Gastón al que ninguna mujer podrá conocer ya y de quien yo he gozado de un modo tan delicioso?... No, tú no volverás a amar como me has amado a mí, como me amas todavía; no, yo no podría tener rival. Mis recuerdos carecerán de amargura al pensar en nuestro amor, que llena todos mis pensamientos. ¿No está fuera de tu poder el fascinar de ahora en adelante a una mujer con los rasgos infantiles, con las juveniles delicadezas de un corazón joven con esas coqueterías del alma, esas gracias del cuerpo y esos rápidos acuerdos de placer, en fin, por el adorable cortejo que sigue al amor adolescente? ¡Ah! ahora eres un hombre, obedecerás a tu destino calculándolo todo. Tendrás preocupaciones, inquietudes, ambiciones, cosas que impedirán que *ella* disfrute de esa sonrisa constante e inalterable por la cual tus labios estaban siempre embellecidos para mí. Tu voz, para mí siempre tan dulce, será a veces triste. Tus ojos, sin cesar iluminados por un resplandor celestial al verme, se enturbiarán a menudo para *ella*. Luego, como es imposible amarte como yo te amo, esa mujer no te agradará nunca tanto como yo te he agradado. Ella no tendrá nunca ese perpetuo cuidado que yo he tenido de mí misma y este estudio constante de tu felicidad, cuya inteligencia nunca me ha faltado. Sí, el hombre, el corazón, el alma que yo habré conocido, ya no existirán; yo lo sepultaré todo en mi recuerdo para gozar de ello aún, y vivir dichosa esta hermosa vida pasada, pero desconocida de todo aquello que no es nosotros mismos.

”Querido tesoro mío, si, a pesar de todo, tú no has concebido la más ligera idea de libertad, si mi amor no te pesa, si mis temores son quiméricos, si yo soy siempre para ti tu EVA, la única mujer que haya en el mundo, una vez leída esta carta, ven: ¡acude a mi lado! ¡Ah! en un instante te amaré más de lo que te he amado, creo, durante esos nueve años pasados. Después de haber soportado el suplicio inútil de esas sospechas de las que yo me acuso, cada día añadido a nuestro amor, sí, un solo día, será toda una vida de felicidad. Así, ¡habla! sé franco conmigo: no me engañes, serla un crimen. ¡Dime! ¿Quieres tu libertad? ¿Has reflexionado en tu vida de hombre? ¿Tienes algún pesar? ¡Yo, causarte una pena! Me moriría, si ello fuera cierto. Ya te lo he dicho: tengo bastante amor para preferir tu felicidad a la mía, tu vida a la mía.

Abandona, si puedes, el abundante recuerdo de nuestros nueve años de felicidad para no verte influido en tu decisión; ¡pero habla! te soy sumisa como a Dios, el único refugio que me queda si tú me abandonas”.

Cuando la señora de Beauséant supo que la carta estaba en poder del señor de Nueil, cayó en un abatimiento tan profundo y en una meditación tan intensa, debido a la excesiva abundancia de sus pensamientos, que permaneció como dormida. Ciertamente, sufrió aquellos dolores cuya intensidad no ha estado siempre proporcionada a las fuerzas de la mujer y que sólo las mujeres conocen. Mientras la desventurada marquesa aguardaba su suerte, el señor de Nueil, al leer su carta, habíase quedado muy desconcertado. Entonces había casi cedido a las instigaciones de su madre y a los atractivos de la señorita de la Rodière, joven bastante insignificante, recta como un chopo, blanca y rosa, casi muda, según el programa prescrito a todas las jóvenes casaderas; pero sus cuarenta mil libras de renta hablaban suficientemente por ella. La señora de Nueil, ayudada por su sincero afecto de madre, le hacía observar lo que había de halagador en el hecho de que fuese el preferido por la señorita de la Rodière, cuanto le habían salido tantos partidos ricos; había que pensar en su suerte, ya que tan buena ocasión no habría de volver a encontrarse; un día tendría ochenta mil libras de renta en bienes raíces; la fortuna consolaba de todo; si la señora de Beauséant lo amaba por él mismo, debía ser la primera en animarlo a que se casase; en fin, aquella buena madre no olvidaba ninguno de los medios de acción por los cuales una mujer puede influir en la razón de un hombre. Así, había hecho que su hijo vacilase. La carta de la señora de Beauséant llegó en un momento en que el amor luchaba contra todas las seducciones de una vida arreglada convenientemente y conforme a las ideas del mundo; pero aquella carta resolvió el combate. Decidió abandonar a la marquesa y casarse.

—Hay que ser hombre en la vida —se dijo.

Luego sospechó el dolor que su resolución ocasionaría a su amante. Su vanidad de hombre y su conciencia de amante hacían que ese dolor apareciera aún más grande a sus ojos, y por ello viose presa de una sincera piedad. Sintió de pronto aquella inmensa desgracia, y creyó necesario y caritativo el amortiguar tan mortal herida. Esperó poder llevar a la señora de Beauséant a un estado de calma y hacerse ordenar por ella aquella boda cruel acostumbándola gradualmente a la idea de una separación necesaria, dejando siempre entre ellos a la señorita de la Rodière, como un fantasma, y sacrificándola de momento para hacérsela imponer más tarde. Para triunfar en esta compasiva empresa, llegaba al extremo de contar con la nobleza, con el orgullo de la marquesa y con las bellas cualidades de su alma. Le respondió entonces para adormecer sus sospechas. ¡Responder! Para una mujer que unía a la intuición del amor verdadero las percepciones más delicadas del espíritu femenino, la carta era una sentencia. Así, cuando entró Jaime, cuando éste se dirigió hacia la señora de Beauséant para entregarle un papel doblado triangularmente, la pobre mujer se estremeció como una golondrina presa en una trampa. Un frío desconocido cayó

desde su cabeza a sus pies, envolviéndola en un sudario de hielo. Si no corría a su lado, si no venía llorando, pálido, amoroso, todo estaba ya dicho. ¡Sin embargo, hay tantas esperanzas en el corazón de las mujeres que aman! hacen falta muchas puñaladas para matarlas, aman y sangran hasta la última.

—¡La señora tiene necesidad de algo! —preguntó Jaime con voz dulce, retirándose.

—No —dijo.

—Pobre hombre —pensó, secándose una lágrima—, él, un ayuda de cámara, adivina lo que me ocurre.

Leyó lo siguiente: *Amada mía, tú te creas quimeras...* Al leer estas palabras, un espeso velo extendiose sobre los ojos de la marquesa. La voz secreta de su corazón le gritaba: “¡Miente!”. Luego, al abarcar su vista toda la primera página con aquella especie de avidez lúcida que comunica la pasión, había leído abajo estas palabras: *Nada ha sido decidido...* Al volver la página con una vivacidad convulsiva, vio claramente el espíritu que había dictado las frases rebuscadas de aquella carta en la que ya no encontró los impulsos impetuosos del amor; la estrujó, la rasgó, la mordió, la arrojó al fuego, exclamando:

—¡Oh!, ¡el infame!, ¡me ha poseído habiendo dejado de amarme!

Luego, medio muerta, fue a dejarse caer sobre un canapé.

El señor de Nueil salió después de haber escrito la carta. Cuando regresó, encontró a Jaime en el umbral de la puerta, quien le entregó una carta diciéndole:

—La señora marquesa ya no está en el castillo.

El señor de Nueil, sorprendido, rasgó el sobre y leyó: “Señora, si yo dejase de amaros aceptando las oportunidades que me ofrecéis de ser un hombre corriente, merecería mi suerte, ¡confesadlo! No, no os obedeceré y os juro una fidelidad que sólo se romperá con la muerte. ¡Oh!, tomad mi vida, a menos que temáis introducir remordimientos en vuestra vida...”.

Era el billete que había escrito a la marquesa en el momento en que ella partía para Ginebra. Debajo, Clara de Borgoña había añadido: *Señor, sois libre.*

El señor de Nueil regresó a la casa de su madre, en Manerville. Veinte días después, casó con la señorita Estefanía de la Rodière.

Si esta historia de una verdad vulgar terminase aquí, sería algo así como una burla. Casi todos los hombres tienen alguna más interesante para contar, ¿no es cierto? Pero la celebridad del desenlace, desgraciadamente verdadero; todo lo que podrá hacer nacer recuerdos en el corazón de aquellos que han conocido las celestiales delicias de una pasión infinita y la rompieron ellos mismos o la perdieron por alguna fatalidad cruel, pondrán quizás ese relato al abrigo de las críticas.

La señora marquesa de Beauséant no había abandonado su castillo de Valleroy cuando se separó del señor de Nueil. Por un gran número de razones que hay que dejar sepultadas en el corazón de las mujeres, y que, por otra parte, cada una de ellas adivinará las que les sean propias, Clara continuó viviendo allí después de la boda del

señor de Nueil. Vivió en un retiro tan profundo, que su servidumbre —con excepción de su doncella y de Jaime— no la veían nunca. Exigía en su casa un silencio profundo y sólo salía de su apartamento para ir a la capilla de Valleroy, donde un sacerdote de las cercanías iba a decirle misa todas las mañanas.

Algunos días después de su boda, el conde de Nueil cayó en una especie de apatía conyugal que podía suponer tanto la felicidad como la desgracia.

Su madre decía a todo el mundo:

—Mi hijo es completamente feliz.

La señora de Nueil, parecida a muchas jóvenes, era una mujer dulce, paciente; quedó embarazada después de un mes de matrimonio. Todo esto armonizaba con las ideas recibidas. El señor de Nueil se portaba muy bien con ella; únicamente que, dos meses después de haber abandonado a la marquesa, estuvo sumamente pensativo. “Pero siempre había sido un joven serio”, decía su madre.

Al cabo de siete meses de esta felicidad tibia, ocurrieron algunos acontecimientos ligeros en apariencia pero que comportan grandes desarrollos de pensamientos y que revelan demasiados trastornos del alma, para no ser referidos sencillamente y abandonados al capricho de las interpretaciones de cada cual. Un día, durante el cual el señor de Nueil había estado cazando en las tierras de Manerville y de Valleroy, regresó por el parque de la señora de Beauséant, preguntó por Jaime, lo esperó, y cuando hubo llegado el ayuda de cámara:

—¿A la señora marquesa sigue gustándole el producto de la caza? —le dijo.

Ante la respuesta afirmativa de Jaime, Gastón ofrecióle una suma bastante elevada, acompañada de razonamientos muy especiales con objeto de obtener de él el ligero favor de reservar para la marquesa el producto de su caza. Parecióle muy poco importante a Jaime el que su dueña comiese una perdiz muerta por su guarda o por el señor de Nueil, puesto que éste deseaba que la marquesa ignorase el origen de la pieza.

—Ha sido muerta en sus tierras —dijo el conde.

Jaime se prestó durante varios días a este inocente engaño. El señor de Nueil partía de mañana a la caza y no regresaba hasta la hora de comer, sin haber matado nunca nada. Una semana entera transcurrió de este modo. Gastón animose al extremo de escribir una larga carta a la marquesa y hacer que le fuese entregada. Esta carta le fue devuelta sin haber sido abierta. Era casi de noche cuando se la entregó el ayuda de cámara de la marquesa. De pronto el conde se lanzó fuera del salón, donde parecía estar escuchando un capricho de Herold destrozado al piano por su mujer, y corrió a la casa de la marquesa con la rapidez de un hombre que vuela hacia una cita. Saltó al parque por una brecha que él conocía, anduvo lentamente a través de las avenidas, deteniéndose de vez en cuando para tratar de reprimir los sonoros latidos de su corazón; luego, habiendo llegado cerca del castillo, escuchó ruidos sordos y supuso que todos los criados estaban sentados a la mesa. Llegó hasta el apartamento de la señora de Beauséant. La marquesa no abandonaba nunca su dormitorio, el señor de

Nueil pudo llegar a la puerta sin haber hecho el menor ruido. Allí vio, a la luz de dos bujías, a la marquesa, pálida y demacrada, sentada en un gran sillón, con la frente inclinada, las manos caídas, los ojos posados en un objeto que no parecía ver. Era el dolor en su expresión más completa. Había en aquella actitud una vaga esperanza, pero uno no sabía si Clara de Borgoña miraba hacia la tumba o hacia el pasado. Quizá las lágrimas del señor de Nueil brillaron en medio de la oscuridad, quizá su respiración tuvo una leve resonancia, quizás a Gastón se le escapó un estremecimiento involuntario, o tal vez su presencia era imposible sin el fenómeno de la +++ intususcepción, cuyo hábito es a la vez la gloria, la felicidad y la prueba del verdadero amor. La señora de Beauséant volvió lentamente la cabeza hacia la puerta y vio a su antiguo amante. El señor de Nueil dio entonces unos pasos.

—Si avanzáis, caballero —exclamó la marquesa palideciendo—, me arrojo por esa ventana.

Dicho esto, abrió la ventana e hizo ademán de querer arrojarse por ella, con la cabeza vuelta hacia Gastón.

—¡Salid! ¡Salid! —gritó— o me arrojo por la ventana.

Al oír este grito terrible, y que los criados acudían presurosos, el señor de Nueil huyó como un malhechor.

Cuando estuvo de nuevo en su casa, Gastón escribió una carta muy corta, y encargó a su ayuda de cámara que la llevase a la señora de Beauséant, recomendándole que le dijese a la marquesa que se trataba para él de un asunto de vida o de muerte. Una vez hubo partido el mensajero, el señor de Nueil volvió a entrar en el salón y encontró a su mujer que continuaba destrozando el capricho. Sentóse aguardando la contestación. Una hora más tarde, terminado el capricho, los dos esposos se hallaban uno delante de otro, silenciosos, cada uno a un lado de la chimenea, cuando el ayuda de cámara regresó de Vallery y devolvió a su dueño la carta, que no había sido abierta. El señor de Nueil pasó a un gabinete contiguo al salón, donde había dejado su fusil y se mató.

Este rápido y fatal desenlace, tan contrario a todas las costumbres de la joven Francia, es natural.

Las personas que han observado bien o experimentado deliciosamente los fenómenos a los que da lugar la unión perfecta de dos seres, comprenderán perfectamente este suicidio. El placer, como una flor rara, requiere los cuidados del cultivo más ingenioso; el tiempo, la armonía de las almas, es lo único que puede revelar todos sus recursos, hacer brotar aquellos goces tiernos, delicados, para los cuales nos hallamos imbuidos de mil supersticiones y que creemos inherentes a la persona cuyo corazón nos los prodiga. Esta admirable armonía, esta creencia religiosa, y la certeza fecunda de experimentar una dicha particular o excesiva al lado de la persona amada, constituyen en parte el secreto de las relaciones duraderas y de las largas pasiones. Junto a la mujer que posee el talento de su sexo, el amor no es nunca una costumbre: su adorable ternura sabe revestir formas tan variadas, es tan

ingeniosa y tan amante al mismo tiempo, pone tantos artificios en su naturaleza o naturalidad en sus artificios, que se hace tan poderosa por el recuerdo como ya lo es por su presencia. A su lado, todas las mujeres palidecen. Hay que haber sentido el miedo de perder un amor tan vasto, tan brillante, o haberlo perdido, para conocer todo el valor del mismo. Pero, si habiéndolo conocido, un hombre se ha privado de él para caer en algún matrimonio frío; si la mujer con la que ha esperado encontrar la misma felicidad le demuestra, por algunos de esos hechos sepultados en las tinieblas de la vida conyugal, que no volverán a nacer para él; si tienen aún en los labios el sabor de un amor celestial, y ha herido mortalmente, a su verdadera esposa en provecho de una quimera social, entonces hay que morir o tener esa filosofía material, egoísta, fría, que causa horror a las almas apasionadas.

En cuanto a la señora de Beauséant, no imaginó, sin duda, que la desesperación de su amigo llegase al suicidio, después de haberlo abrevado abundantemente con su amor por espacio de nueve años. Quizá pensaba que sería ella la única en sufrir. Por otra parte, tenía derecho a negarse a la participación más envilecedora que existe y que una esposa puede soportar por altas razones sociales, pero que debe ser odiada por una amante, porque en la pureza de su amor reside toda su justificación.

Angulema, septiembre de 1832.



# HONORINA





## HONORINA

A M. ACHILLE DEVÉRIA  
*Afectuoso recuerdo del autor*

Si los franceses tienen tanta repugnancia por los viajes como los ingleses sienten propensión por ellos, quizá franceses e ingleses tengan razón, bajo su particular punto de vista. En cualquier parte se encuentran lugares mejores que Inglaterra, mientras que es harto difícil encontrar los encantos de Francia lejos de ésta. Los demás países ofrecen paisajes admirables, presentan a menudo unas comodidades superiores a las de Francia, que realiza progresos lentísimos en este terreno. Despliegan a veces una magnificencia, una grandeza y un lujo que llegan a aturdir; no se hallan desprovistos de gracias ni de nobles maneras; pero la vida intelectual, la actividad de las ideas, el talento de la conversación y la sal ática tan familiares en París; esta súbita comprensión de lo que se piensa sin decirlo, este genio por lo sobreentendido, que forma la mitad de la lengua francesa, no se encuentra en ninguna otra parte. Y además el francés, cuya ironía ya goza de tan poca comprensión, no tarda en agostarse en el extranjero, como un árbol trasplantado. La emigración es un contrasentido en la nación francesa. Muchos franceses, de los que aquí se trata, manifiestan haber vuelto a ver con deleite a los aduaneros de su país natal, lo que acaso parezca una de las más atrevidas hipérboles del patriotismo.

El objeto de este pequeño preámbulo consiste en recordar a aquellos franceses que han viajado el placer excesivo que han experimentado al volver a encontrar, a veces, toda la patria, convertida en un oasis, en el salón de algún diplomático; placer que comprenderán difícilmente los que nunca han abandonado el asfalto del bulevar de los Italianos y para quienes la línea de los muelles de la orilla izquierda del Sena ya no es París. ¡Hallar de nuevo París! ¿Sabéis lo que es esto, ¡oh! parisienses? Es hallar de nuevo, no la cocina del *Rocher de Cancale*, como la cuida Borel para los sibaritas que saben apreciarla, pues esto únicamente es posible en la rue Montorgueil, sino un servicio que la recuerde. ¡Es hallar de nuevo los vinos de Francia, que son pura mitología fuera de Francia y raros como la mujer de la que vamos a ocuparnos! Es hallar de nuevo no el chiste de moda, pues éste, de París a la frontera, se mustia, sino aquel medio espiritual, comprensivo, crítico, en el que viven los franceses, desde el poeta al obrero, de la duquesa al golfillo.

En 1836, durante la estancia de la corte de Cerdeña en Génova, dos parisienses más o menos célebres pudieron creer que aún se encontraban en París al hallarse en un palacio alquilado por el cónsul general de Francia, en lo alto de la colina, último repliegue de los Apeninos entre la puerta de Santo Tomás y aquel famoso farol que, en los recuerdos, adorna todas las vistas de Génova. Este palacio es una de aquellas

magníficas villas en las que los nobles genoveses invirtieron millones en la época del poderío de la que fue república aristocrática. Si la medianoche es hermosa en alguna parte, lo es con toda seguridad en Génova, cuando ha llovido torrencialmente, como allí suele llover, durante toda la mañana; cuando la pureza del mar compite con la pureza del cielo; cuando el silencio reina sobre el muelle y en los bosquecillos de la villa, en sus mármoles por cuya boca entreabierta brota el agua con misterio; cuando brillan las estrellas, cuando las ondas del Mediterráneo se suceden como las confesiones de una mujer, que arrancamos palabra por palabra. Justo es reconocerlo: estos instantes en que el aire embalsamado perfuma los pulmones y los sueños, en que la voluptuosidad, visible y movediza como la atmósfera, nos domina en la butaca mientras, con una cucharilla en la mano, saboreamos helados o sorbetes, con una villa a nuestros pies y bellas mujeres ante nosotros; estas horas al estilo de Bocaccio sólo se encuentran en Italia y a la orilla del Mediterráneo. Imagínese el lector, sentados en torno de una mesa, al marqués de Negro, hermano hospitalario de todos los talentos viajeros, y el marqués Dámaso Pareto, dos franceses disfrazados de genoveses, un cónsul general rodeado de una mujer bella como una Mandona y dos niños silenciosos, dominados por el sueño, el embajador de Francia y su esposa, un primer secretario de embajada que se considera extinguido y malicioso, y en fin dos parisienses que van a despedirse de la esposa del diplomático en una cena espléndida, y tendrá el cuadro que ofrecía la terraza de la villa a mediados de mayo, cuadro dominado por un personaje, por una mujer célebre en quien se concentraban de vez en cuando las miradas de todos, y que era la heroína de aquella fiesta improvisada. Uno de los dos franceses era el famoso paisajista León de Lora, el otro el célebre crítico, Claude Vignon. Ambos acompañaban a aquella mujer, una de las más ilustres a la sazón del bello sexo, mademoiselle des Touches, conocida bajo el nombre de Camille Maupin en el mundo literario. Mademoiselle des Touches había ido a Florencia para resolver diversos asuntos. Por una de aquellas encantadoras complacencias de que era tan pródiga, llevaba consigo a León de Lora para enseñarle Italia, y continuó hasta Roma para enseñarle la campiña romana. Se fue por el Simplon y regresaba siguiendo la Corniche hasta Marsella. Siempre a causa del paisajista, hizo alto en Génova. Como es natural, el cónsul general de Francia quiso hacer, antes de la llegada de la corte, los honores de Génova a una persona cuya fortuna, cuyo nombre y cuya posición recomiendan tanto como su talento. Camille Maupin, que conocía Génova hasta sus últimas capillas, dejó a su paisajista en manos del diplomático y de los dos marqueses genoveses, y se dispuso a aprovechar los instantes libres. Aunque el embajador era un escritor muy distinguido, la célebre mujer no quiso prestarse a sus atenciones, temiendo lo que los ingleses llaman una *exhibition*; pero ya no pudo resistirse cuando se trató de efectuar una visita de despedida a la villa del cónsul. León de Lora dijo a Camille que su presencia en la villa era la única manera posible de dar las gracias al embajador y su esposa, a los dos marqueses genoveses, al cónsul y a la esposa de éste. Mademoiselle des Touches sacrificó entonces uno de aquellos

días de libertad completa que no siempre pueden encontrar en París los que son objeto de la atención del mundo.

Una vez explicada la reunión, ya será fácil suponer que la etiqueta se hallaba ausente de ella, lo mismo que muchas damas, y de las más elevadas, curiosas por saber si la virilidad del talento que poseía Camille Maupin redundaba en perjuicio de las gracias femeninas y si, en una palabra, los pantalones asomaban bajo la falda. Desde la cena hasta las nueve, hora en que fue servida la colación, si bien la conversación fue ora risueña ora grave, animada sin cesar por los rasgos de ingenio de León de Lora, que pasa por ser el hombre más malicioso del París actual, por un buen gusto que no resulta sorprendente teniendo en cuenta la selección de los invitados, apenas se habló de literatura; pero el mariposeo de aquel torneo francés tenía que desembocar finalmente en ella, aunque sólo fuese para arrojar este tema esencialmente nacional. Mas antes de llegar al momento de la conversación en que el cónsul general tomó la palabra, no estará de más decir algo sobre su familia y sobre él.

Este diplomático, que entonces frisaba en los treinta y cuatro años y llevaba seis de casado, era el retrato viviente de Lord Byron. La celebridad de esta fisonomía nos dispensará que describamos la del cónsul. Sin embargo, es preciso observar que en su aire soñador no había afectación alguna. Lord Byron era poeta y el diplomático era poético; las mujeres saben reconocer esta diferencia que explica, sin justificarlos, algunos de sus amoríos. Esta belleza, realzada por un carácter encantador, por las costumbres y una vida solitaria y laboriosa, consiguió seducir a una heredera genovesa. ¡Una heredera genovesa! Esta expresión podrá hacer sonreír en Génova, donde a consecuencia de la costumbre de desheredar a las hembras, hay muy pocas mujeres ricas; pero Honorina Pedrotti, hija única de un banquero sin herederos varones, constituía una excepción. Pese a lo lisonjera que resulta una pasión inspirada, el cónsul general de Francia no parecía muy deseoso de contraer matrimonio. Sin embargo, después de dos años de residencia, tras algunas gestiones del embajador durante las estancias de la corte en Génova, los esponsales se celebraron. El joven retiró sus primeras negativas, menos a causa del conmovedor afecto de Honorina Pedrotti que a causa de un suceso ignorado, de una de estas crisis de la vida íntima que quedan tan pronto encerradas bajo las corrientes cotidianas de los intereses que, después, las acciones más naturales parecen inexplicables. Esta coexistencia de las causas también afecta muy a menudo a los más graves acontecimientos de la historia. Tal fue al menos la opinión de la villa de Génova, donde varias damas sólo se explicaban la excesiva discreción, la melancolía del cónsul francés por la palabra *pasión*. Observemos de paso que las mujeres nunca se quejan de ser las víctimas de una preferencia, inmolándose muy a gusto en aras de la causa común. Honorina Pedrotti, que quizás hubiera odiado al cónsul de haberse visto igualmente desdeñada, tal vez aún amaba más al *suo sposo* al saber que estaba enamorado. Las mujeres admiten la preferencia en las cuestiones amorosas. Todo

queda a salvo si se trata del sexo. Ningún hombre es diplomático impunemente: el *sposo* fue discreto como una tumba, tan discreto, que los negociantes de Génova quisieron ver cierta premeditación en la actitud del joven cónsul, a quien quizá se le hubiera escapado la heredera de no haber representado aquel papel de Enfermo Imaginario del amor. Si la verdad era ésta, las mujeres la encontraron demasiado degradante para creer en ella. La hija de Pedrotti se consoló con su amor, acunando aquellos dolores desconocidos en un lecho de ternuras y caricias italianas. Por otra parte, *IL signor* Pedrotti no tuvo que quejarse de la elección que su amadísima hija le obligaba a efectuar. En París, varios protectores poderosos velaban por la fortuna del joven diplomático. De acuerdo con la promesa que hizo el embajador al suegro, el cónsul general recibió el título de barón y fue nombrado comendador de la Legión de Honor. Por último, *IL signor* Pedrotti fue nombrado conde por el rey de Cerdeña. La dote fue de un millón. En cuanto a la fortuna de la casa Pedrotti, evaluada en dos millones amasados en el comercio del trigo, correspondió a los recién casados seis meses después de su unión, pues el primero y el último conde Pedrotti murió en enero de 1831. Honorina Pedrotti es una bella genovesa y las genovesas son las criaturas más maravillosas de Italia, cuando son bellas. Miguel Ángel buscó a sus modelos en Génova, cuando tuvo que erigir la tumba de Juliano. De allí proviene esta amplitud, esta curiosa disposición del seno en las figuras del Día y la Noche, que tantos críticos tachan de exagerada, pero que es propia de las mujeres de la Liguria. La belleza sólo existe hoy en Génova bajo el *mezzaro*, como en Venecia sólo se encuentra bajo los *fazzioli*. Este fenómeno se observa en todas las naciones arruinadas. El tipo noble ya sólo se encuentra entre el pueblo, del mismo modo como, después del incendio de las villas, los medallones se ocultan entre las cenizas. Pero ya todo es una excepción por lo que se refiere a la fortuna. Honorina, además, es una excepción como belleza patricia. Imaginémonos, pues, la Noche que Miguel Ángel colocó bajo el *Penseroso*, vistámosla con ropas modernas, recojamos estos largos y bellos cabellos en torno a esta magnífica testa de tono un poco moreno, pongamos una brizna de fuego en estos ojos soñadores, envolvamos este pecho poderoso en un chal ceñido, veamos el largo ropaje blanco cubierto de flores bordadas, supongamos que la estatua incorporada se sienta y cruza los brazos, parecidos a los de mademoiselle Georges, y tendremos bajo nuestros ojos a la esposa del cónsul con un niño de seis años, bello como el deseo de una madre, y una niña de cuatro años en el regazo, hermosa como un tipo de niña trabajosamente buscado por el escultor David para adornar una tumba. Esta bella pareja fue objeto de la atención secreta de Camille. Mademoiselle des Touches encontraba que el cónsul tenía un aspecto excesivamente distraído para ser un hombre dichoso por completo.

Pese a que durante aquel día, la esposa y el marido le ofrecieron el espectáculo admirable de la más completa felicidad, Camille se preguntaba por qué uno de los hombres más distinguidos que ella había conocido, y que viera en los salones de París, continuaba ocupando el puesto de cónsul general en Génova, a pesar de que

poseía una fortuna que le daba una renta anual de más de cien mil francos. Pero ella también había observado, por esas naderías que las mujeres reúnen con la inteligencia del sabio árabe en *Zadig*, las pruebas de un afecto fidelísimo en el marido. Desde luego, aquellos dos seres tan bellos se querrían sin desengaños hasta el fin de sus días. Así, Camille se decía, alternativamente: “¿Qué pasa? No pasa nada”, según las engañosas apariencias que asumía el porte del cónsul general que, justo es decirlo, poseía la calma absoluta de los ingleses, los salvajes, los orientales y los diplomáticos consumados.

Al hablar de literatura, se aludió al eterno trasfondo de la república de las letras: ¡La culpa de la mujer! y las opiniones no tardaron en dividirse: ¿Quién era el responsable de las faltas cometidas por la mujer: ésta o el hombre? Las tres damas presentes, la embajadora, la esposa del cónsul y mademoiselle des Touches, que naturalmente se consideraban irreprochables, mostráronse implacables con las mujeres. Los hombres intentaron demostrar a aquellas tres bellas flores del sexo débil que una mujer culpable aún podía conservar ciertas virtudes.

—¿Por cuánto tiempo aún vamos a seguir jugando al escondite? —preguntó León de Lora.

—*Cara vita* id a acostar a vuestros hijos, y enviadme por Gina la carterita negra que está encima de mi mueble de Boule —dijo el cónsul a su esposa.

Ésta se levantó sin hacer la menor observación, lo cual demuestra que quería mucho a su marido, pues ya conocía suficiente francés para saber que su marido la despedía.

—Voy a referiros una historia en la que yo juego un papel y tras la cual podremos discutir, pues me parece pueril pasear el escalpelo sobre un muerto imaginario. Para efectuar una disección, buscad primero un cadáver.

Todos se dispusieron a escuchar con tanta mayor complacencia cuanto que cada uno de los presentes ya había hablado bastante; la conversación empezaba a languidecer y aquel era el momento que los narradores deben elegir. He aquí, pues, lo que contó el cónsul general:

”—A los veintidós años, cuando me doctoré en Derecho, mi anciano tío, el abate Loraux, que entonces tenía setenta y dos años, sintió la necesidad de buscarme un protector y de hacerme seguir una carrera determinada. Aquel hombre excelente, aunque no fuese un santo, consideraba cada nuevo año como un nuevo don del Señor. No es necesario que os diga cuán fácil resultaba al confesor de una alteza real buscar una buena situación para el joven criado por él, hijo único de su hermano. Un día, pues, a finales del año 1824, este venerable anciano, que desde hacía cinco años era cura de los Blancs-Manteaux de París, subió a la habitación que yo ocupaba en su presbiterio y me dijo:

”Aséate, hijo mío, que voy a presentarte a la persona que te tomará a su servicio en calidad de secretario. O mucho me equivoco, o dicha persona podrá sustituirme el día en que Dios me llame a su lado. A las nueve habré terminado la misa; así es que

dispones de tres cuartos de hora para arreglarte.

”—¡Ah, tío! ¿Así, debo despedirme de esta habitación donde he sido tan dichoso durante cuatro años?...

”—No tengo fortuna que legarte —me respondió.

”—¿Pero no me dejáis acaso la protección de vuestro nombre, el recuerdo de vuestras obras, y...?

”—De esa herencia no hablemos —respondió él sonriendo—. Tú aún no conoces lo bastante el mundo para saber que absolvería difícilmente un legado de esta naturaleza, mientras que llevándote esta mañana a casa del conde...

(”Permitidme —dijo el cónsul interrumpiéndose— que designe a mi protector solamente bajo el nombre de pila y que lo llame el conde Octavio...).

”—Por el contrario, llevándote a casa del conde Octavio, creo ofrecerte una protección que, si eres del agrado de este virtuoso hombre de Estado, cosa que no dudo, equivaldrá ciertamente a la fortuna que yo habría amasado para ti, si la ruina de mi cuñado y la muerte de mi hermana no me hubiesen sorprendido como un rayo en un día sereno.

”—¿Sois el confesor del señor conde?

”—¿Crees que si lo fuese, podría colocarte en su casa? ¿Qué sacerdote digno de este nombre es capaz de aprovecharse de los secretos que ha conocido en el tribunal de la penitencia? No; debes esta protección a Su Excelencia el ministro de Justicia. Mi querido Mauricio, te encontrarás allí como en casa de un padre. El señor conde te dará dos mil cuatrocientos francos de sueldo fijo, alojamiento en su hotel y unas dietas de mil doscientos francos para tu mantenimiento: no te admitirá a su mesa y no quiere que te sirvan aparte, para no entregarte en manos de subalternos. Sólo he aceptado el ofrecimiento que me han hecho cuando he tenido la seguridad de que el secretario del conde Octavio no será nunca un primer doméstico. Tendrás un trabajo abrumador, pues el conde es un trabajador infatigable; pero saldrás de su casa en disposición de ocupar los más altos puestos. No hace falta que te recomiende discreción, pues ésta es la virtud primera de los hombres destinados a las funciones públicas.

”¡Imaginad cuál sería mi curiosidad! El conde Octavio ocupaba a la sazón uno de los más altos puestos de la Magistratura, poseía la confianza de la señora Delfina, que acababa de nombrarlo Ministro de Estado; vivía de una manera muy parecida a la del conde de de Sérisy, a quien creo que todos conocéis, pero más oscura, pues habitaba en el Marais, en la rue Payenne y casi nunca recibía. Su vida privada escapaba a la curiosidad pública a causa de una molestia cenobítica y un trabajo continuado. Permitid que describa en pocas palabras mi situación. Después de encontrar un tutor en la persona del grave director del colegio de San Luis, a quien mi tío delegó sus poderes, terminé mis estudios a los dieciocho años. Salí de aquel colegio tan puro como un seminarista lleno de fe acabado de salir de San Sulpicio. En su lecho de muerte, mi madre obtuvo de mi tío la promesa de que no me haría abrazar el

sacerdocio; pero yo era tan piadoso como si tuviese que tomar las sagradas órdenes. Al salir del colegio, el abate Loraux me tomó a su cuidado y me hizo estudiar Derecho. Durante los cuatro años de estudios requeridos para aprobar todos los cursos, trabajé mucho y especialmente fuera del árido campo de la jurisprudencia. Iniciado en la literatura en el colegio, donde vivía en casa del director, deseaba calmar mi sed. Empecé por leer algunas obras maestras modernas, seguidas por las obras de todos los siglos precedentes. Me apasioné por el teatro; fui a él todos los días durante mucho tiempo, pese a que mi tío sólo me daba cien francos al mes. Esta parsimonia, a la que se veía reducido aquel buen anciano a causa de su afecto por los pobres, tuvo por resultado contener mi apetito juvenil dentro de límites justos. En el momento en que entré en casa del conde Octavio, yo ya no era un inocente, pero consideraba mis raras escapadas como otros tantos crímenes. Mi tío era tan angelical y yo temía tanto apenarlo, que nunca pasé una noche fuera de casa durante aquellos cuatro años, pues el buen hombre esperaba que yo hubiese vuelto para acostarse. Esta solicitud maternal tenía más fuerza para retenerme que todos los sermones y los reproches con que se esmalta la vida de los jóvenes en las familias puritanas. Extraño a los distintos mundos que componen la sociedad parisiense, yo sólo sabía de las mujeres decentes y de las burguesas lo que podía ver de ellas durante mis paseos, o en los palcos del teatro, y aun a la distancia que media entre ellas y la parte posterior de la platea, donde yo me encontraba. Si en aquel tiempo me hubiesen dicho: "Vais a ver a Canalis o Camille Maupin", me hubiera parecido tener brasas en la cabeza y en las entrañas. Las personas célebres eran para mí como dioses que no hablaban, no andaban y no comían como los demás hombres. ¡Cuántos cuentos de las *Mil y Una Noches* se tejen en la adolescencia!... ¡Cuántas *Lámparas maravillosas* hay que manejar antes de reconocer que la verdadera lámpara maravillosa es el hado, el trabajo o el genio! Para algunos hombres, estos sueños del espíritu en vigilia duran poco. ¡Los míos aún duran! En aquellos tiempos, yo me dormía siempre creyéndome el gran duque de la Toscana, un millonario, un hombre amado por una princesa, o mujer célebre. Así, entrar en casa del conde Octavio, disponer de cien luises anuales para mí solo, fue entrar en la vida independiente. Vislumbré algunas ocasiones de penetrar en la sociedad, de buscar en ella lo que mi corazón más anhelaba: una protectora que me apartase del peligroso camino que siguen necesariamente en París los jóvenes de veintidós años, por prudentes y bien educados que sean. Empezaba a tener miedo de mí mismo. El estudio obstinado del Derecho, en el que me había sumergido, no siempre bastaba para reprimir crueles fantasías. Sí, a veces me abandonaba en pensamiento a la vida del teatro; me creía capaz de ser un gran actor; soñaba con triunfos y amores sin fin, ignorando las decepciones ocultas detrás del telón, iguales a las que existen por doquier, pues todo escenario tiene sus bastidores. A veces salía con el corazón hirviente, dominado por el deseo de hacer una correría por París, de fijarme en una de las bellas mujeres que encontraría, siguiéndola hasta su puerta, espiándola, escribiéndole, confiándome a ella en cuerpo y alma, para

vencerla a fuerza de amor. Mi pobre tío, aquel corazón consumido por la caridad, aquel niño de setenta años, inteligente como Dios, ingenuo como un hombre genial, adivinaba sin duda el tumulto de mi alma, pues nunca dejó de decirme: ”¡Ve, Maurice, tú también eres un pobre! ¡Aquí tienes veinte francos; diviértete, que no eres un cura!”, cuando notaba que la correa por medio de la cual me retenía estaba demasiado tensa y a punto de romperse. Si hubieseis podido ver el fuego fatuo que entonces doraba sus ojos grises, la sonrisa que partía sus labios amables atrayéndolos hacia las comisuras de la boca, y la adorable expresión, en fin, de aquel semblante augusto cuya fealdad primitiva estaba rectificada por un espíritu apostólico, comprenderíais el sentimiento que, por toda respuesta, me impulsaba a abrazar al cura de los Blancs-Manteaux, como si de mi madre se hubiese tratado.

No tendrás un amo —me dijo mi tío cuando íbamos a la rue Payenne— sino un amigo en el conde Octavio; pero es desconfiado o, para decirlo con más exactitud, es prudente. La amistad de este hombre de Estado sólo puede adquirirse con el tiempo; pues, pese a su profunda perspicacia y a su costumbre de juzgar a los hombres, fue engañado por aquel a quien tú sucedes, estando a punto de ser víctima de un abuso de confianza. Esto te bastará para comprender cómo debes portarte en su casa.

”Al llamar al inmenso portal de un hotel tan vasto como el hotel Carnavalet, sito entre un patio y un jardín, el golpe resonó como en una soledad. Mientras mi tío pedía por el conde a un viejo suizo de librea, dirigí una de esas miradas que todo lo ven al patio cuyo adoquinado desaparecía entre la hierba, a los negros muros que ofrecían jardincitos encima de todas las decoraciones de una encantadora arquitectura, y a los techos elevados como los de las Tullerías. Las balaustradas de las galerías superiores estaban carcomidas. A través de una magnífica arcada, distinguí un segundo patio lateral en el que se hallaban las dependencias, de puertas medio podridas, y donde un viejo cochero lavaba un coche no menos viejo. Por el aire calmoso de aquel doméstico, era fácil presumir que las suntuosas caballerizas donde antaño relinchaban tantos caballos, sólo albergaban dos a lo sumo. La soberbia fachada del patio me pareció apagada, como la de un edificio perteneciente al Estado o a la corona, y entregado a cualquier servicio público. Resonó una campanada mientras mi tío y yo íbamos de la casita del suizo (sobre la puerta aún podía leerse: *Llamar al suizo*) a la escalinata, por la que salió un lacayo cuya librea se parecía a la que llevaban los Labranche del Teatro Francés, en el antiguo repertorio. Eran tan raras las visitas, que el criado acababa de ponerse la casaca mientras abría una puerta vidriera de pequeños cristales; a ambos lados de ella el humo de dos reverberos había dibujado estrellas sobre el muro. Un peristilo de una magnificencia digna de Versalles permitía ver una de esas escalinatas que ya no se construirán nunca más en Francia, y que ocupan tanto espacio como una casa moderna. Al subir por los peldaños de piedra, fríos como tumbas, y por los que ocho personas podían avanzar de frente, nuestros pasos resonaban bajo bóvedas sonoras. Parecía que nos encontrábamos en una catedral. Las barandillas eran una delicia para los ojos a causa de los milagros de



aquella orfebrería de cerrajero, en la que se desplegaban las fantasías de un artista del tiempo de Enrique III. Sobrecogidos por el manto helado que nos cayó sobre los hombros, atravesamos antecámaras y salones en sucesión, entarimados, sin alfombras, amueblados por aquellos soberbios trastos viejos que suelen acabar en las tiendas de los anticuarios, procedentes de las grandes mansiones. Llegamos por último a un gran gabinete situado en un pabellón en escuadra cuyas ventanas daban a un vasto jardín.

—El señor beneficiado de los Blancs-Manteaux, y su sobrino, el señor de L'Hostal —dijo el criado en cuyas manos nos había puesto el lacayo de teatro en la primera antecámara.

—El conde Octavio, que vestía pantalón largo y una levita de muletón gris, se levantó de un inmenso escritorio, se acercó a la chimenea y me indicó por señas que me sentase, mientras se acercaba a mi tío para tomarle las manos y estrechárselas.

—Aunque soy de la parroquia de San Pablo —le dijo—, sería difícil que no hubiera oído hablar del cura de los Blancs-Manteaux y estoy muy contento de conocerlo personalmente.

—Vucencia es muy amable —respondió mi tío—. Os traigo el único pariente que me queda. Si por una parte creo hacer un regalo a Vucencia, pienso también que doy un segundo padre a mi sobrino.

—Sólo podré responderos a esto, señor abate, cuando nos hayamos probado mutuamente, vuestro sobrino y yo —dijo el conde Octavio—. ¿Cómo os llamáis? —me preguntó.

—Mauricio.

—Es doctor en Derecho —observó mi tío.

—Bien, bien —dijo el conde, mirándome de pies a cabeza—. Señor abate, espero que, en primer lugar por vuestro sobrino y después por mí, me haréis el honor de venir a cenar aquí todos los lunes. Será nuestra cena, nuestra velada familiar.

—Mi tío y el conde se pusieron a hablar de religión bajo el punto de vista político, de obras de caridad, de represión de los delitos, y entonces pude examinar a mis anchas al hombre de quien iba a depender mi destino. El conde era de estatura media y me fue imposible estimar sus proporciones a causa de su vestido; pero me pareció flaco y enjuto de carnes. Tenía el rostro áspero y surcado por arrugas. Sus facciones poseían finura. La boca, un poco grande, expresaba ironía y bondad a la vez. La frente, quizá demasiado espaciosa, asustaba como si fuese la de un loco, tanto más cuanto que contrastaba con la parte inferior de la cara.

terminada bruscamente en un pequeño mentón muy próximo al labio inferior. Unos ojos de un azul turquesa, vivos e inteligentes como los del príncipe de Talleyrand que yo admiré más tarde y asimismo dotados, como los del príncipe, de la facultad de callarse hasta hacerse apagados, aumentaban el carácter extraño de aquel rostro, que no era pálido sino amarillento. Este color de la tez parecía indicar un carácter irritable y pasiones violentas. Los cabellos, ya plateados y peinados con

cuidado, surcaban la cabeza con sus colores alternados blanco y negro. La coquetería de aquel peinado perjudicaba el parecido que yo encontraba en el conde con aquel monje extraordinario que Lewis llevó a la escena inspirándose en el *Schedoni* del *Confesional de los Penitentes Negros* y que me parece una creación superior a la del *Monje*. Teniendo en cuenta que tenía que acudir temprano a Palacio, el conde ya se había rasurado. Dos candelabros de cuatro brazos provistos de pantalla, colocados en ambos extremos de la mesa y cuyas bujías aún ardían, indicaban de manera harto elocuente que el magistrado se levantaba mucho antes de que amaneciese. Sus manos, que vi cuando tomó el cordón de la campanilla para llamar a su ayuda de cámara, eran muy bellas y blancas como manos de mujer...

”Al contaros esta historia —dijo el cónsul general interrumpiéndose—, altero la posición social y los títulos de nuestro personaje, mostrándolo de todos modos en una situación análoga a la suya. Estado, dignidad, lujo, fortuna, tren de vida, todos estos detalles son verdaderos; pero no quiero faltar a mi bienhechor ni a mi acostumbrada discreción.

”En lugar de sentirme lo que era —prosiguió el cónsul general tras una pausa—, socialmente hablando, un insecto en presencia de un águila, experimenté no sé qué sentimiento indefinible ante el aspecto del conde, y que hoy soy capaz de explicar. Los artistas geniales... (se inclinó graciosamente ante el embajador, la mujer célebre y los dos parisienses), los verdaderos hombres de Estado, los poetas un general que ha mandado ejércitos y todas las personas realmente grandes, en una palabra, son sencillas; y su sencillez pone a todos a pie llano con ellas. Vosotros, que sois superiores por el pensamiento quizás habréis observado —agregó dirigiéndose a sus invitados— hasta qué punto el sentimiento acorta las distancias morales creadas por la sociedad. Aunque nosotros os seamos inferiores por el espíritu, podemos igualaros por el afecto de nuestra amistad. A la temperatura (permitidme esta expresión) que tenían nuestros corazones, yo me sentía tan cerca de mi protector como lejos estaba de él por el rango. El alma, en fin, posee su clarividencia; presiente el dolor, la pena, la alegría, la animadversión y el odio ajenos. Reconocí vagamente los síntomas de un misterio, al reconocer en el conde los mismos efectos fisonómicos que había observado en mi tío. El ejercicio de las virtudes, la serenidad de la conciencia, la pureza del pensamiento, transfiguraron a mi tío que, de feo, se convirtió en bellísimo. Percibí una metamorfosis inversa en el rostro del conde: a primera vista, le atribuí cincuenta y cinco años pero, tras un examen atento, reconocí una juventud sepultada bajo el hielo de un profundo pesar, bajo la fatiga de estudios obstinados, bajo los tintes cálidos de una pasión contrariada. Al oír una palabra de mi tío, los ojos del conde readquirieron por un momento el frescor de la brusela, lució una sonrisa de admiración que me lo mostró a una edad que consideré la verdadera: cuarenta años. Estas observaciones no las hice entonces sino más tarde, al recordar las circunstancias de esta visita.

”Entró el ayuda de cámara con una bandeja sobre la que había el desayuno de su

señor.

”—No he pedido el desayuno —dijo el conde—; pero dejadlo e id a mostrar sus habitaciones al señor.

”Seguí al ayuda de cámara, que me condujo a un lindo alojamiento completo, situado bajo una terraza, entre el patio de honor y las dependencias, debajo de una galería por la que las cocinas comunicaban con la gran escalinata de la mansión. Cuando regresé al gabinete del conde, antes de abrir la puerta, oí que mi tío pronunciaba esta frase sobre mí, en tono de sentencia:

”—Podrá cometer una falta, pues tiene mucho corazón y todos nos hallamos sujetos a honorables errores; pero no tiene ningún vicio.

”—Bien —me dijo el conde digiriéndome una mirada afectuosa—. ¿Os agrada vuestra residencia? Hay tantas habitaciones en este cuartel que, si no estuvieseis bien allí, os colocaría en otra parte.

”—En casa de mi tío sólo tenía una habitación —respondí.

”—Pues bien, podéis instalaros esta noche —me dijo el conde—, ya que si vuestros efectos personales se reducen a los que tienen todos los estudiantes, un simón bastará para transportarlos. Por hoy cenaremos juntos los tres —añadió, mirando a mi tío.

”Una magnífica biblioteca se hallaba situada contigua al gabinete del conde. Nos condujo a ella para mostrarme un pequeño y coquetón retiro adornado de pinturas, que en otro tiempo debió de servir de oratorio.

”—He aquí vuestra celda —me dijo—; permaneceréis en ella cuando tengáis que trabajar conmigo, pues no os tendré encadenado.

”Y me detalló el género y la duración de mis ocupaciones en su casa; escuchándolo, tuve que reconocer que era un gran preceptor político. Tardé aproximadamente un mes en familiarizarme con las personas y las cosas, en estudiar los deberes de mi nueva posición y en acostumbrarme a las maneras del conde. Un secretario observa necesariamente al hombre que utiliza sus servicios. Los gustos, las pasiones, el carácter y las manías de este hombre se convierten en objeto de un estudio involuntario. La unión de estos dos espíritus es simultáneamente más y menos que un matrimonio. Durante tres meses, el conde Octavio y yo nos espiamos mutuamente. Supe con asombro que el conde no tenía más que treinta y siete años. La paz puramente exterior de su vida y la cordura de su conducta no sólo procedían de un sentimiento profundo del deber y de una reflexión estoica; al tratar a aquel hombre, extraordinario para quienes lo conocían bien, intuí vastas profundidades bajo sus trabajos, bajo los actos de su cortesía, bajo su máscara de benevolencia y su actitud resignada, tan parecida a la calma que inducía a engaño. Del mismo modo como al atravesar un bosque, algunos terrenos permiten adivinar, por el sonido que producen bajo nuestros pasos, la presencia de grandes masas de piedra o el vacío, así el egoísmo en bloque oculto bajo las flores de la cortesía y los subterráneos minados por la desdicha suenan a hueco al contacto continuo de la vida íntima. El dolor y no

el desaliento habitaba en aquella alma auténticamente grande. El conde había comprendido que la acción, el hecho, es la ley suprema del hombre social. Así seguía su camino a pesar de secretas heridas, contemplando el porvenir con mirada serena, como un mártir lleno de fe. Su tristeza oculta, la amarga decepción que sufría, no lo llevaron a los páramos filosóficos de la incredulidad; aquel animoso hombre de Estado era religioso, pero sin ninguna ostentación: iba a la primera misa que se celebraba en San Pablo para los artesanos y los domésticos devotos. Ninguno de sus amigos ni nadie de la corte sabían que observaba tan escrupulosamente las prácticas de la religión. Cultivaba a Dios como algunas personas honradas cultivan un vicio, con un profundo misterio. Así fue que un día encontré al conde encaramado en una cúspide de desdichas mucho más elevadas que aquella sobre la que se alzan los que se consideran sometidos a más duras pruebas, que se ríen de las pasiones y las creencias ajenas porque han vencido las suyas, que hacen variaciones en todos los tonos sobre la ironía y el desdén. Entonces él no se burlaba ni de los que aún siguen la esperanza por las ciénagas a la que nos conduce, ni de los que escalan una cumbre para aislarse en ella, ni de los que persisten en su lucha enrojeciendo la arena con su sangre y cubriéndola con sus ilusiones esparcidas; veía el mundo en su totalidad, dominaban las creencias, escuchaba las quejas, dudaba de los afectos y sobre todo de la abnegación; pero aquel grande y severo magistrado se compadecía, los admiraba, no con un entusiasmo pasajero, sino por medio del silencio, del recogimiento, de la comunión del alma enternecida. Era una especie de Manfredo católico y sin crimen, que aportaba la curiosidad a su fe, que fundía las nieves con el calor de un volcán sin salida, conversando con una estrella que sólo él veía. Reconocí muchas oscuridades en su vida exterior. Se ocultaba a mis miradas no como el viajero que al seguir un camino, desaparece según los caprichos del terreno en los barrancos y los desfiladeros, sino como el tirador espiado que quiere esconderse +++ que busca reparos. Yo no me explicaba sus frecuentes ausencias, registradas en el momento en que más trabajaba y que él no me disimulaba, pues me decía: "Continuad por mí", confiándome su tarea. Aquel hombre, hundido tan profundamente en sus triples obligaciones de estadista, magistrado y orador, me agradó por el gusto que revelaba un alma hermosa y que casi todas las personas delicadas poseen: su amor por las flores. Su jardín y su gabinete estaban llenos de las plantas más curiosas, pero que él compraba siempre marchitas. ¡Quizá se complacía en aquella mala imagen de su destino!... Él estaba marchito como aquellas flores a punto de expirar y cuyos perfumes casi descompuestos le causaban extrañas embriagueces. El conde amaba a su país, se consagraba a los intereses públicos con la furia de un corazón que quiere engañar a otra pasión; pero el estudio, el trabajo en que se hundía, no le bastaban; en su interior se libraban posibles combates, de los que me alcanzaron algunos destellos. Por último, dejaba entender la existencia de una dolorosa aspiración a la felicidad, y me parecía que aun era dichoso; más, ¿cuál era el obstáculo? ¿Amaba a una mujer? Llegué a plantearme esta pregunta. Juzgad vosotros mismos la extensión de los

círculos de dolor que mi pensamiento tuvo que interrogar antes de plantearme una pregunta tan sencilla y tan temible. Pese a sus esfuerzos, mi patrón no conseguía ahogar la voz de su corazón. Bajo su pose austera, bajo el silencio del magistrado se agitaba una pasión contenida con tanta fuerza que nadie, excepto yo, su comensal, adivinó aquel secreto. Su divisa parecía ser: "sufre y calla". El cortejo de respeto y admiración que lo seguía, la amistad de trabajadores intrépidos como él, de los presidentes Grandville y Sérisy, no producían ningún efecto sobre el conde: o bien no les había confiado nada, o lo sabían todo. Impasible, con la cabeza erguida en público, el conde sólo dejaba ver al hombre en muy raros instantes cuando, sólo en su jardín, en su gabinete, no se creía observado; pero entonces se convertía en un niño, dejaba brotar las lágrimas ocultas bajo su toga, daba rienda suelta a la exaltación que, acaso mal interpretada, hubiera perjudicado su reputación de perspicaz estadista. Cuando todas estas cosas adquirieron estado de certidumbre para mí, el conde Octavio ejerció todo el atractivo de un problema, y obtuvo tanto afecto como si hubiese sido mi propio padre. ¿Comprendéis la curiosidad que sentía, reprimida por el respeto?... ¿Qué desgracia había fulminado a aquel sabio consagrado desde la edad de dieciocho años, como Pitt, a los estudios necesarios para el poder, y que no poseía ambiciones; aquel juez, que conocía el derecho diplomático, el derecho político, el derecho civil y el derecho criminal, y que podía hallar en ellos armas contra todas las inquietudes o contra todos los errores; aquel profundo legislador, aquel escritor serio, aquel religioso célibe cuya vida haría pregonar que no incurría en ningún reproche? ¡Un criminal no hubiera sido castigado más severamente por Dios que lo había sido mi protector: el pesar lo había despojado de la mitad de su sueño, pues sólo dormía cuatro horas! ¿Qué lucha existía en el fondo de aquellas horas que transcurrían tranquilas en apariencia, consagradas al estudio, sin rumor ni murmullo, y durante las cuales lo sorprendí a menudo con la pluma caída de los dedos, la cabeza apoyada en una mano, los ojos como dos estrellas fijas y a veces bañados en llanto? ¿Cómo era posible que el agua de aquel vivo manantial discurriese sobre una arena brillante sin que el fuego subterráneo la secase?... ¿Había, como bajo el mar, un lecho de granito entre el agua y el fuego del globo? ¿Estallaría por último el volcán?... El conde me miraba a veces con la curiosidad sagaz y penetrante, aunque rápida, con que un hombre examina a otro cuando busca un cómplice; después esquivaba mis miradas al verme abrir los ojos de un modo parecido a una boca que quiere una respuesta y que parece decir: "¡Hablad vos primero!". En otros momentos, el conde Octavio aparecía presa de una tristeza salvaje y uraña. Si los altibajos de su talante me herían, él sabía recuperar su ecuanimidad sin pedirme el menor perdón; pero sus modales se hacían entonces graciosos, hasta alcanzar la humildad del cristiano. Cuando terminé por sentir un apego filial a aquel hombre misterioso para mí, tan comprensible para el mundo, al que basta el epíteto *original* para explicar todos los enigmas del corazón, cambié el rostro de la casa. El abandono de sus intereses llegaba en el conde hasta la estupidez, en el modo como llevaba sus asuntos. Su fortuna le proporcionaba ciento

sesenta mil francos de renta, sin contar los emolumentos de sus cargos, tres de los cuales no estaban sujetos a la ley de la acumulación de empleos, y gastaba sesenta mil francos, la mitad de los cuales, al menos, iban a parar a manos de sus domésticos. Al término del primer año, despedí a todos aquellos bribones y rogué a Su Excelencia que utilizase su crédito para ayudarme a encontrar servidores honrados. Al terminar el segundo año, el conde, mejor tratado y mejor servido, disfrutaba de las comodidades modernas; tenía hermosos caballos pertenecientes a un cochero a quien yo daba un tanto al mes por cada caballo; sus cenas, sus días de recepción, cuyo servicio corría a cargo de Chevet por un precio convenido, le hacían honor; del mantenimiento se ocupaba una excelente cocinera que me procuró mi tío y a quien dos fámulas ayudaban; la despensa, sin contar las adquisiciones, no ascendía más que a treinta mil francos; teníamos otros dos domésticos, cuyos cuidados devolvieron toda su poesía a la mansión, pues aquel viejo palacio, tan bello en su moho, poseía una majestad que la incuria insultaba.

—No me sorprende —dijo, al enterarse de estos resultados— que las personas a mi servicio hiciesen tales fortunas. ¡En siete años, dos de mis cocineros se convirtieron en acaudalados fondistas!

—Habéis perdido trescientos mil francos en siete años —contesté—. Y vos, magistrado que en Palacio firmáis requisitorias contra el crimen, alentabais el robo en vuestra propia casa.

—A comienzos del año 1826, el conde terminó sin duda de observarme y ambos nos sentíamos tan unidos como pueden estarlo dos hombres, cuando Uno se halla subordinado al otro. No me habló de mi porvenir; pero se dedicó, como un padre y como un maestro, a instruirme. Me hacía reunir con frecuencia los materiales de sus más arduos trabajos, redactaba algunos de sus informes y él los corregía haciéndome ver las diferencias que había en sus interpretaciones de la ley, entre sus opiniones y las mías. Cuando por último redacté un trabajo que él hubiera podido considerar como suyo, tuvo tal alegría que esto fue mi mejor premio, lo cual no le pasó desapercibido. Aquel pequeño incidente momentáneo produjo en su alma, en apariencia severa, un efecto extraordinario. El conde me juzgó, para emplear el lenguaje jurídico, en última instancia y soberanamente: me tomó la cabeza para besarme en la frente.

—Mauricio —exclamó—. Ya no sois mi compañero; aún no sé lo que seréis para mí; pero si la vida no cambia, ocuparéis el lugar de un hijo.

—El conde Octavio me presentó en las mejores casas de París, a las que yo iba en su lugar, con sus servidores y su carruaje, en las ocasiones harto frecuentes en que, cuando se hallaba a punto de partir, cambiaba de idea y hacía venir un cabriolé de punto para ir... ¿adonde?... Este era el misterio. Por la acogida que se me dispensaba, adivinaba los sentimientos del conde hacia mí y lo serias que eran sus recomendaciones. Atento como un padre, atendía a todas mis necesidades con tanta más liberalidad cuanto que mi discreción le obligaba a pensar siempre en mí. A fines

del mes de enero de 1827, hallándome en casa de la condesa de Sérisy, tuve tan mala suerte en el juego, que perdí dos mil francos, y no quise pagarlos de mi caja de caudales. Al día siguiente, me dije:

”—¿Debo ir a pedirlos a mi tío o confiarme al conde?

”Tomé este último camino.

”—Ayer —le dije mientras desayunaba— perdí constantemente en el juego, me piqué, continué y debo dos mil francos. ¿Me permitís que tome estos dos mil francos a cuenta de mi sueldo anual?

”—No —me dijo él con una encantadora sonrisa—. Cuando se juega en sociedad, hay que tener una bolsa de juego. Tomad seis mil francos y pagad vuestras deudas; iremos a medias a partir de hoy, pues, si vos me representáis casi siempre, al menos que no sufra vuestro amor propio.

”No di las gracias al conde. Una expresión de agradecimiento hubiera estado de más entre nosotros. Este matiz os indicará el carácter de nuestras relaciones. Sin embargo, aún no reinaba una confianza ilimitada entre nosotros; él no me abrió aquellos inmensos subterráneos que yo había descubierto en su vida secreta, y en cuanto a mí, yo no le preguntaba: “¿Qué tenéis? ¿Qué mal os aqueja?”. ¿Qué hacía durante sus largas veladas? ¿A veces regresaba a pie o en un coche de punto, cuando yo, su secretario, regresaba en carruaje! ¿Era posible que un hombre tan piadoso fuese presa de vicios que ocultaba con hipocresía? ¿Empleaba todas las fuerzas de su espíritu para satisfacer unos celos más fuertes que los de Otelo? ¿Vivía con una mujer indigna de él? Una mañana, al regresar de no recuerdo qué proveedor adonde había ido a pagar una factura, entre San Pablo y el Ayuntamiento, sorprendí al conde Octavio enfrascado en una conversación tan animada con una anciana, que ni siquiera me vio. La fisonomía de aquella vieja me causó extrañas sospechas, tanto más fundadas cuanto que no sabía cómo el conde empleaba sus economías. ¿No resultaba horrible este pensamiento? Me había convertido en censor de mi protector. Sabía que entonces tenía más de seiscientos mil francos disponibles y, si los hubiese invertido en inscripciones de renta, su confianza en mí era tan completa en todo lo concerniente a sus intereses, que yo no lo hubiera ignorado. El conde paseaba a veces por el jardín, durante la mañana, dando vueltas como el hombre para quien el paseo es el hipogrifo montado por una soñadora melancolía. Parecía dichoso y se frotaba las manos hasta casi arrancarse la epidermis. Y cuando yo lo sorprendía para abordarlo a la vuelta de un paseo, veía su semblante iluminado. Sus ojos, en vez de tener la sequedad de una turquesa, adquirirían el tono aterciopelado de la brusela que tanto me impresionó durante mi primera visita, a causa del sorprendente contraste de aquellas dos miradas tan distintas: la mirada del hombre feliz, la mirada del hombre desgraciado. Dos o tres veces, en tales momentos, me asió por el brazo para arrastrarme y decirme luego: “¿Qué venís a preguntarme?”, en vez de verter su alegría en mi corazón, que se abría a él. Aunque era más frecuente que el desdichado, sobre todo desde que yo podía reemplazarlo en su trabajo y redactar sus informes, pasase horas enteras

contemplando los peces rojos que pululaban en una magnífica fuente de mármol situada en el centro del jardín, y a cuyo alrededor las flores más bellas formaban un anfiteatro. Aquel hombre de Estado parecía haberse apasionado por el placer matinal que proporciona tirar migas de pan a los peces.

”He aquí cómo se descubrió el drama de aquella existencia interior tan profundamente asolada, tan agitada y en la que, en un círculo que Dante olvidó poner en su *Infierno*, nacían horribles alegrías...

El cónsul general hizo una pausa.

”Cierta lunes —continuó—, quiso el azar que el presidente de Grandville y el señor de Sérisy, a la sazón vicepresidente del Consejo de Estado, acudiesen para celebrar una reunión con el conde Octavio. Los tres integraban una comisión de la que yo era el secretario. El conde ya me había hecho nombrar auditor en el Consejo de Estado. Todos los elementos necesarios para el examen de la cuestión política, sometida en secreto a la atención de aquellos caballeros, se encontraban sobre una de las largas mesas de nuestra biblioteca. Los señores de Grandville y de Sérisy habían confiado al conde Octavio la preparación de los documentos relativos a su labor. A fin de evitar que la documentación fuese transportada a casa del señor de Sérisy, presidente de la Comisión, convinieron en celebrar la primera reunión en la rue Payenne. El gabinete de las Tullerías consideraba muy importante esta labor, que pesó principalmente sobre mis espaldas y a la que debí, en el transcurso de aquel año, mi nombramiento de procurador de las peticiones. Aunque los condes de Grandville y de Sérisy, cuyas costumbres eran muy similares a las de mi protector, no cenaban nunca fuera de casa, seguíamos aún discutiendo a una hora tan avanzada, que el ayuda de cámara llamó para decirme:

”—Los curas de San Pablo y de los Blancs-Manteaux están en el salón desde hace dos horas.

” ¡Eran las nueve!

”—Lo siento, señores, pero no tendréis más remedio que cenar con curas —dijo riendo el conde Octavio a sus colegas—. No sé si Grandville podrá sobreponerse a la repugnancia que le inspiran las sotanas.

”—Esto depende de los curas.

”—¡Oh! Uno de ellos es mi tío y el otro el abate Gaudron —le respondí—. No temáis, el abate Fontanon ya no es vicario en San Pablo.

”—Bien, vamos a cenar —respondió el presidente de Grandville—. Los devotos me asustan; pero no conozco a nadie más alegre que un hombre verdaderamente piadoso.

”Y pasamos al salón. La cena fue encantadora. Los hombres realmente cultos, los políticos a quienes los asuntos públicos dan una experiencia consumada y facilidad de palabra son magníficos narradores, cuando saben narrar. Para ellos no hay término medio: o son pesados o son sublimes. El príncipe de Metternich sobresale tanto en este juego encantador como Charles Nodier. Tallada a facetas como el diamante, la



ironía de los hombres de Estado, neta, rutilante y llena de sentido. Seguro de que entre aquellos tres hombres superiores se observarían las conveniencias, mi tío permitió que su espíritu se desplegara, su espíritu delicado, de una dulzura penetrante, y fino como el de todas las personas acostumbradas a esconder sus pensamientos bajo un hábito. Como podéis suponer, aquella conversación no tuvo nada de vulgar ni de ociosa; yo compararía de buen grado su efecto sobre el alma con la música de Rossini. El abate Gaudron era, como dijo el señor de Grandville, un San Pedro más que un San Pablo, un campesino rebosante de fe, de base tan cuadrada como de altura, un buey sacerdotal cuya ignorancia, en lo tocante a la vida mundana y a la literatura, animó la conversación con sus asombros ingenuos y sus interrogaciones imprevistas. ¡Acabamos por hablar de una de las lacras inherentes a nuestro estado social y de la que acabamos de ocuparnos: del adulterio! Mi tío observó la contradicción que los legisladores del Código Napoleónico, aún bajo los efectos de las tempestades revolucionarias, habían establecido entre la ley civil y la ley religiosa, y de donde, en su opinión, provenía todo el mal.

“—Para la Iglesia —dijo— el adulterio es un crimen; para vuestros tribunales, no es más que un delito. La adúltera se dirige en carroza a la policía correccional, en lugar de ocupar el banquillo del tribunal de la audiencia de lo criminal. El Consejo de Estado de Napoleón, lleno de ternura para la hembra culpable, se ha mostrado también lleno de impericia. ¿No había que poner de acuerdo sobre este punto a la ley civil con la ley religiosa, enviando al convento para el resto de sus días, como se hacía antaño, a la esposa culpable?

”—¡Al convento! —replicó el señor de Sérisy—. Se hubiera tenido que empezar por crear los conventos, pues en aquella época, se convertía a los monasterios en cuarteles. Además, señor abate, ¿habéis pensado en lo que representa... dar a Dios lo que la sociedad no quiere...?

”—¡Oh! —exclamó el conde de Grandville—. Vos no conocéis Francia. Hemos tenido que dejar al marido el derecho de querellarse. Pues bien, no hay ni siquiera diez querellas por adulterio al año.

”—El señor abate predica por su santo, pues fue Jesucristo quien creó el adulterio —prosiguió el conde Octavio—. En Oriente, cuna de la humanidad, la mujer no era más que un objeto de placer; no se le exigían otras virtudes que la obediencia y la belleza. Al poner el alma por encima del cuerpo, la familia europea moderna, hija de Jesús, inventó el matrimonio indisoluble, que convirtió en sacramento.

”—¡Ah! La Iglesia, desde luego, reconoce todas las dificultades que esto presenta —exclamó el señor de Grandville.

”—Esta institución produjo un mundo nuevo —prosiguió el conde sonriendo—; pero las costumbres de este mundo no serán nunca las de aquellos climas en que la mujer es núbil a los siete años y más que vieja a los veinticinco. La Iglesia Católica ha olvidado las necesidades de una mitad del globo. Por lo tanto hablemos únicamente de Europa. ¿La mujer nos es inferior o superior? Esta es la verdadera

cuestión por lo que a nosotros se refiere. Si la mujer nos es inferior, al elevarla a la altura que la ha encumbrado la Iglesia, hacían falta terribles castigos para el adulterio. Así se procedía antaño. El claustro o la muerte, a estos dos extremos se reducía toda la antigua legislación. Pero después las costumbres modificaron las leyes, como siempre. El trono sirvió de lecho para el adulterio, y los progresos de este bello crimen señalaron el debilitamiento de los dogmas de la Iglesia Católica. Hoy día, mientras la Iglesia sólo pide un sincero arrepentimiento a la mujer que ha faltado, la sociedad se contenta con la deshonra en vez de un suplicio. La ley aún sigue condenando a los culpables, pero no los intimida. Por último, existen dos morales: la moral del mundo y la moral del Código. Si el Código es débil, lo reconozco con nuestro querido abate, el mundo es audaz y burlón. Se encontrarían pocos jueces que no desearan haber cometido el delito contra el que esgrimen el rayo harto bonachón de sus *considerandos*. El mundo, que da un mentís por sus fiestas, por sus costumbres y por sus placeres, es más severo que el Código y la Iglesia: el mundo castiga la torpeza después de haber alentado la hipocresía. En mi opinión, habría que renovar a fondo la economía de la ley sobre el matrimonio. Quizá la ley francesa sería perfecta, si declarase desheredadas a las hembras.

—Nosotros tres conocemos la cuestión a fondo —dijo riendo el conde Grandville—. Yo tengo una mujer con la que no puedo vivir. La de Sérisy no quiere vivir con él. Y en cuanto a la tuya, Octavio, te ha abandonado. Así, entre los tres resumimos todos los casos de conciencia conyugal; por lo tanto formaremos, sin duda, la comisión, si alguna vez hay que ocuparse del divorcio nuevamente.

El tenedor de Octavio cayó sobre su vaso, lo rompió y rompió el plato. El conde, pálido como un muerto, fulminó al presidente de Grandville con una mirada con la que le indicaba mi presencia, y que yo sorprendí.

—Perdón, amigo mío, no veía a Mauricio —prosiguió el presidente de Grandville—. Sérisy y yo hemos sido tus cómplices después de haberte servido de testigos; por lo tanto, no creía cometer una indiscreción en presencia de estos dos venerables eclesiásticos.

El señor de Sérisy cambió de conversación, contando todo cuanto había hecho para complacer a su esposa, sin conseguirlo nunca. El anciano llegó a la conclusión de que era imposible reglamentar las simpatías y las antipatías humanas, sosteniendo que la ley social sólo era perfecta cuando se acercaba a la ley natural. Pero la naturaleza no tenía para nada en cuenta la alianza de las almas, pues su objetivo se alcanzaba mediante la propagación de la especie. Así, pues, el Código actual demostró ser muy sabio al dejar una enorme latitud al azar. La desheredación de las hembras cuando existiesen herederos varones, era una excelente modificación, tanto para evitar el mestizaje de las razas, como para hacer más felices a los cónyuges suprimiendo uniones escandalosas, haciéndoles buscar únicamente las cualidades morales y la belleza.

—Pero —añadió, alzando la mano con disgusto—, el medio de perfeccionar una

legislación, cuando un país tiene la pretensión de reunir de setecientos a ochocientos legisladores... ¡Puah! Al fin y al cabo —agregó— si yo resulto sacrificado, tengo un hijo que me sucederá...

”—Dejando al margen toda cuestión religiosa —prosiguió mi tío— debo observar a Vucencia que la naturaleza sólo nos debe la vida, y que la sociedad nos debe la dicha. ¿Sois padre? —le preguntó mi tío.

”—¿Y yo, tengo hijos? —dijo el conde Octavio con una voz cavernosa cuyo acento produjo tal impresión, que ya no se habló más de mujeres ni del matrimonio.

”Después de tomar el café, los dos cónyuges y los dos curas se evadieron al ver al pobre Octavio sumido en un acceso de melancolía que on le permitió observar aquellas desapariciones sucesivas. Mi protector estaba sentado en una poltrona, junto al fuego, en la actitud de un hombre aniquilado.

”—Ya conocéis el secreto de mi vida —me dijo al darse cuenta de que nos hallábamos solos—. Después de tres años de matrimonio, una noche, al volver, me entregaron una misiva en la que la condesa me anunciaba su fuga. Aquella carta no estaba desprovista de nobleza, pues es propio de la naturaleza femenina conservar aún ciertas virtudes al cometer esta falta horrible... Hoy mi esposa murió oficialmente en un naufragio. ¡Vivo solo hace siete años...! Basta por esta noche, Mauricio. Hablaremos de mi situación cuando me haya acostumbrado a la idea de hacerlo. Los que sufrimos una enfermedad crónica, ¿no debemos acostumbrarnos a ella como sea? Hay que acostumbrarse a lo mejor y con frecuencia lo mejor parece ser otra cara de la enfermedad.

”Fui a acostarme conturbado, pues el misterio, lejos de aclararse, cada vez me parecía más oscuro. Presentí un drama extraño al comprender que no podía haber nada de vulgar entre una mujer elegida por el conde y un carácter como el suyo. Por último, los acontecimientos que impulsaron a la condesa a abandonar a un hombre tan noble, tan amable, tan perfecto y amante, tan digno de ser amado, debían de ser singulares, en el menor de los casos. La frase del señor de Grandville fue como una antorcha arrojada en los subterráneos sobre los cuales yo andaba desde hacía tanto tiempo; y aunque esta llama los iluminó de manera imperfecta, mis ojos pudieron comprobar su extensión. Me explicaba los sufrimientos del conde sin conocer ni su profundidad ni su amargura. Aquella máscara amarilla, aquellas sienas chupadas, aquellos gigantescos estudios, aquellos momentos de ensueño, los menores detalles de la vida del buen célibe casado adquirieron un relieve luminoso durante aquella hora de examen mental, que es como el crepúsculo del sueño y a la que cualquier hombre de corazón se habría entregado, como yo hice. ¡Oh, cuánto quería a mi pobre protector! Me pareció sublime. Leí un poema de melancolía, percibí una acción perpetua en aquel corazón que yo tildaba de inerte. ¿Un dolor supremo, no llega siempre a la inmovilidad? Aquel magistrado, que disponía de tanto poder, ¿se había vengado? ¿Alimentaba una larga agonía? ¿No era ya algo, en París, una cólera hirviendo sin cesar durante diez años? ¿Qué hacía Octavio desde aquella gran

desdicha, pues esta separación de dos esposos es la gran desdicha de nuestra época, en que la vida íntima se ha convertido en una cuestión social, a diferencia de lo que era antaño? Pasamos algunos días en observación, pues los grandes sufrimientos tienen su pudor; mas por último, una noche, el conde me dijo con voz grave:

”—¡Quedaos!

”Esto fue, poco más o menos lo que me relató:

”Mi padre tenía una pupila, rica, bella y cuya edad era de dieciséis años, en el momento en que yo volví del colegio a este viejo caserón. Educada por mi madre, Honorina despertaba entonces a la vida. Llena de gracias y de puerilidades, soñaba en la felicidad como hubiera podido soñar en un adorno; quizá la felicidad era para ella el adorno del alma. Su piedad estaba acompañada de alegrías pueriles, pues todo, incluso la religión, era una poesía para este corazón ingenuo. Entreveía su porvenir como una fiesta perpetua. Inocente y pura, ningún delirio había turbado su sueño. Jamás la vergüenza y el pecar alteraban sus mejillas o empañaron sus miradas. Ni siquiera buscaba el secreto de sus emociones involuntarias en un bello día de primavera. En fin, se sentía débil, destinada a la obediencia, y esperaba el matrimonio sin desearlo. Su risueña imaginación ignoraba la corrupción quizá necesaria, que la literatura inculca al pintar las pasiones; no sabía nada del mundo y no conocía ninguno de los peligros de la sociedad. La tierna niña había sufrido tan poco, que ni siquiera tuvo que apelar a su valor. En una palabra: su candor le hubiera permitido andar impávida entre serpientes, como la figura ideal de la inocencia, creada por un pintor. No hubo jamás frente más serena ni tampoco más risueña que la suya. Nunca se permitió a una boca despojar de su sentido con tanta ignorancia a interrogaciones precisas. Vivíamos como dos hermanos. Al cabo de un año yo le dije, en el jardín de esta casa, ante el estanque de los peces, mientras les tiraba pan:

”—¿Quieres que nos casemos? Conmigo harás todo lo que quieras, mientras que otro hombre te haría desgraciada.

”—Mamá —dijo ella a mi madre, que se acercó a nosotros—; Octavio y yo hemos acordado casarnos...

”—¿A los diecisiete años? —respondió mi madre—. No, esperaréis dieciocho meses; y si dentro de dieciocho meses os queréis, en tal caso, como sois de cuna distinguida y de igual fortuna, haréis un matrimonio de conveniencia y de inclinación a la vez.

”Cuando yo cumplí veintiséis años y Honorina diecinueve, nos casamos. Nuestro respeto por mi padre y mi madre, ancianos de la antigua corte, nos impidió poner a la moda este hotel, cambiar su mobiliario y aquí nos quedamos para seguir siendo dos niños, como en el pasado. Sin embargo, yo alternaba, inicié a mi esposa en la vida de sociedad y me asigné el deber de instruirla. Más tarde reconocí que los matrimonios contraídos en las condiciones del nuestro encierran un escollo contra el que terminan por despedazarse muchos afectos, muchas prudencias y muchas existencias. El marido se convierte en un pedagogo, en un profesor, si lo preferís así; y el amor

sucumbe bajo la férula que, tarde o temprano, hiere; pues una esposa joven y bella, prudente y risueña, no admite superioridades por encima de aquéllas con que la naturaleza la ha dotado. ¿Quizá cometí errores? ¿Quizás adquirí, en los difíciles principios de un matrimonio, un tono magistral? ¿Quizá, por el contrario, cometí el error de fiarme absolutamente de aquella cándida naturaleza, y no vigilé a la condesa, en quien me parecía imposible la rebelión? ¡Ay! Aún no sabemos, ni en política ni en la vida conyugal, si los imperios y las felicidades perecen por excesiva confianza o por excesiva severidad. ¿Y no pudiera ser acaso que el marido no hubiese sido para Honorina la realización de sus sueños de doncella? ¿Sabemos acaso, durante los días de dicha, qué preceptos dejamos de cumplir?...

(Sólo recuerdo en líneas generales los reproches que se dirigió el conde, con la buena fe del anatomista que busca las causas de una enfermedad, que no alcanzan a distinguir sus colegas; pero su clemente indulgencia me pareció entonces verdaderamente comparable a la de Jesucristo cuando salvó la mujer adúltera).

”Transcurridos dieciocho meses de la muerte de mi padre, que precedió por algunos meses a mi madre en la tumba —prosiguió después de una pausa—, llegó la noche terrible en que me sorprendió la carta con el adiós de Honorina. ¿Por qué poesía fue seducida mi esposa? ¿Fueron los sentidos? ¿Fueron los magnetismos de la desdicha o del genio? ¿Cuál de estas fuerzas la sorprendió o la arrastró? Yo nada quise saber. El golpe fue tan cruel, que quedé como aturdido durante un mes. Más tarde, la reflexión me aconsejó que siguiese en la ignorancia y las desdichas de Honorina me informaron en demasía sobre estos extremos. Hasta aquí, Mauricio, todo es muy vulgar; pero todo cambiará cuando os diga que amo a Honorina y que no he cesado de adorarla. Desde el día en que me abandonó, vivo de mis recuerdos, revivo uno a uno los placeres que sin duda dejaron insensible a Honorina.

”—¡Oh! —exclamó, viendo el asombro en mis ojos—. No me consideréis un héroe, no me creáis bastante necio, como diría un coronel del Imperio, para no haber buscado distracciones. ¡Ay, hijo mío!, yo era demasiado joven o estaba demasiado enamorado: no pude encontrar otra mujer en el mundo entero. Después de terribles luchas conmigo mismo, traté de aturdirme; fui, dinero en mano, hasta el umbral mismo de la infidelidad; pero allí se alzaba ante mí, como una blanca estatua, el recuerdo de Honorina. Al recordar la delicadeza infinita de aquella piel suave a través de la que se veía circular la sangre y palpar los nervios; al volver a ver aquella cabecita ingenua, tan candorosa la víspera de mi desdicha como el día en que le dije: “¿Quieres que nos casemos?”, al recordar un perfume celeste como el de la virtud; al hallar de nuevo la luz de su mirada, la gracia de sus gestos, huía como un hombre que fuese a violar una tumba y que viese salir de ella el alma de un muerto, transfigurada. En el consejo, en Palacio, en mis noches, sueño de manera tan constante con Honorina que necesito una fuerza anímica excesiva para atender a lo que hago y a lo que digo. He aquí el secreto de mis trabajos. Pues bien, no he sentido más cólera contra ella que la que sentiría un padre viendo a su hijo querido en el peligro al que se

ha precipitado por imprudencia. Comprendí que había hecho de mi esposa una poesía que disfrutaba con tanta embriaguez, que creía esta embriaguez compartida. ¡Ah, Mauricio, un amor sin discernimientos en un marido es una falta, un error que puede preparar todos los crímenes de una mujer! Sin duda dejé sin emplear las fuerzas de aquella niña, querida como una niña; quizá la fatigué con mi amor antes de que la hora del amor hubiese sonado para ella. Demasiado joven para entrever la abnegación de la madre en la constancia de la mujer, tomó aquella primera prueba del matrimonio por la propia vida, y la niña revoltosa maldijo la vida sin saberlo yo, sin atreverse a quejarse ante mí, quizá por pudor. En una situación tan cruel, ella se encontró indefensa frente a un hombre que debió de emocionarla violentamente. Y yo, sagaz magistrado según dicen, yo, hombre de buen corazón pero de espíritu ocupado, adiviné demasiado tarde aquellas negligidas leyes del código femenino, y las tuve que leer a la claridad del incendio que devoraba mi techo. Convertí entonces mi corazón en tribuna, en virtud de la ley, pues la ley Constituye un juez en un marido: absolví a mi mujer y me condené. Mas el amor adquirió entonces en mí la forma de la pasión, de aquella pasión cobarde y absoluta que domina a algunos ancianos. Hoy amo a Honorina ausente como se ama, a los sesenta años, a una mujer que se desea tener a cualquier precio, pero yo aún siento en mí las fuerzas de un hombre joven. Tengo la audacia del viejo y el pudor del adolescente. Amigo mío, la soledad sólo tiene mofas para esta terrible situación conyugal. Compadece a un amante pero ve en un marido yo no sé qué impotencias; se ríe de los que no saben conservar una mujer que han adquirido bajo el yugo de la Iglesia y ante la banda del alcalde. ¡Yo he tenido que callar! Sérisy es feliz. Debe a su indulgencia el placer de ver a su esposa; la protege, la defiende y, como la adora, conoce los goces excesivos del bienhechor que no se inquieta por nada, ni siquiera por el ridículo, pues con él bautiza sus goces paternos.

—¡Únicamente sigo casado a causa de mi mujer! —me decía un día Sérisy y saliendo del Consejo.

”Pero yo... yo no tengo nada, ni siquiera el ridículo que afrontar, y sólo me sostiene un amor sin alimento; yo que no sé qué decir a una mujer mundana; yo, a quien repelen los innobles devaneos, yo, fiel por sortilegio... Sin mi fe religiosa, ya me hubiera matado. He desafiado el abismo del trabajo, me he sumergido en él, para salir vivo, ardiente, quemándome, después de perder el sueño...

(No recuerdo qué siguió diciendo aquel hombre tan ya de por sí tan elocuente, y a quien la pasión infundía una elocuencia tan superior a la de la tribuna que, como él, al escucharlo, yo tenía las mejillas bañadas en llanto. Juzgad cuáles serían mis impresiones cuando, después de una pausa durante la cual ambos nos enjugamos las lágrimas, él terminó su relato con esta revelación: ).

”Éste es el drama de mi alma, pero no es el drama exterior que en estos momentos se representa en París. El drama interior no interesa a nadie. Lo sé, y vos lo reconoceréis algún día, vos que lloráis en estos momentos conmigo: nadie sobrepone

a su corazón ni a su epidermis el dolor ajeno. La medida del dolor está en nosotros mismos. Vos, por ejemplo, sólo comprendéis mis sufrimientos gracias a una analogía muy vaga. ¿Podéis verme calmando los accesos más violentos de desesperación mediante la contemplación de una miniatura en la que mi mirada vuelve a hallar su frente para besarla, la sonrisa de sus labios, el contorno de su rostro, mientras respiro la blancura de su piel, y me permite casi palpar y acariciar los negros bucles de sus cabellos ensortijados? ¿Me habéis sorprendido cuando brinco de esperanza, cuando me retuerzo bajo las mil flechas de la desesperación, cuando ando por el fango de París tratando de domar mi impaciencia con la fatiga? Me domina a veces una irritación comparable a la de los que se consumen, una hilaridad de loco, una aprensión propia del asesino que se encuentra con un brigadier de la gendarmería. Mi vida, en suma, es un continuado paroxismo de terrores y alegrías, de desesperaciones. En cuanto al drama, vedlo aquí: ¡Creéis que me ocupo del Consejo de Estado, de la Cámara, de Palacio, de la política!... ¡Dios mío! Siete horas de cada noche bastan para todo ello, pues la vida que llevo hasta tal punto ha sobreexcitado mis facultades. Honorina es mi gran ocupación. Reconquistar a mi esposa, éste es mi único estudio; vigilarla en la jaula donde la tengo, sin que ella sepa que está en mi poder; satisfacer sus necesidades, velar por los escasos placeres que se permite, estar incesantemente junto a ella, como un silfo, sin dejarme ver ni adivinar, so pena de echar a perder todo mi futuro. ¡He aquí mi vida, mi verdadera vida! Desde hace siete años, no me he acostado ni una sola noche sin antes haber ido a ver la luz de su lamparilla nocturna, o su sombra sobre los visillos de la ventana. Abandonó mi casa sin querer llevarse más que la ropa que aquel día tenía puesta. ¡La niña, por la nobleza de sus sentimientos, llegó hasta la necedad! ¡Pero dieciocho meses después de su fuga, fue abandonada por su amante, asustado por el rostro áspero y frío, siniestro y hediondo, de la miseria! ¡Cobarde! Aquel hombre se imaginaba sin duda llevar una existencia feliz y dorada en Suiza y en Italia, la existencia propia de las grandes damas que han abandonado a su esposo. Honorina tiene una dote que le proporciona sesenta mil francos de renta. ¡Aquel miserable dejó a mi querida criatura encinta y sin un céntimo! En 1820, en el mes de noviembre, conseguí que el mejor comadrón de París representase el papel de pequeño cirujano de barriada. Convencí al cura del distrito donde se encontraba la condesa para que subviniere a sus necesidades, como si hiciera una obra de caridad. Ocultar el nombre de mi mujer, asegurarle el incógnito, encontrarle un ama de llaves que me fuese fiel y, al propio tiempo, una confidente inteligente... ¡Bah!, esto fue un trabajo digno de Fígaro. Comprenderéis que, para descubrir el asilo de mi esposa, me bastaba con quererlo. Después de tres meses de desesperanza más que de desesperación, el pensamiento de consagrarme a la felicidad de Honorina, tomando a Dios por confidente de mi papel, fue uno de estos poemas que sólo brotan en el corazón de un amante. Todo amor absoluto quiere su pasto. ¿No debía proteger a esta niña, culpable únicamente por mi imprudencia, contra nuevos desastres, para realizar por fin mi papel de ángel de la guarda? Después de

amamantarlo durante siete meses, su hijo murió, afortunadamente para ella y para mí. Mi mujer estuvo entre la vida y la muerte durante nueve meses, abandonada en el momento en que más necesitaba el brazo de un hombre; pero este brazo —dijo, extendiendo el suyo con un movimiento de una energía angélica— se tendió sobre su cabeza. Honorina recibió las mismas atenciones y cuidados que hubiera recibido en su casa. Cuando, una vez restablecida, preguntó cómo y quién la había socorrido, le respondieron: «Las hermanas de la Caridad del barrio..., la Sociedad de maternidad..., el señor párroco, que se interesa por ella». Esta mujer, cuyo orgullo adquiere caracteres de vicio, mostró en la desdicha una fortaleza y una resistencia que, algunas noches, yo llamo una tozudez de mula. ¡Honorina quiso ganarse la vida! ¡Mi mujer trabaja!... La tengo desde hace cinco años en la rue Saint-Maur, en un lindo pabellón donde confecciona flores y modas. Cree vender los productos de su elegante trabajo a un comerciante, que se los paga a tan buen precio que la jornada de trabajo le vale veinte francos; durante seis años no ha sospechado absolutamente nada. Paga todas las cosas de la vida aproximadamente a una tercera parte menos de lo que valen, de manera que con seis mil francos anuales vive como si dispusiese de quince mil. Le gustan las flores y da cien escudos a un jardinero que a mí me cuesta mil doscientos francos de gajes, y que me presenta cuentas de dos mil francos cada trimestre. He prometido a este hombre una extensión de huertos y una casa de hortelano contigua a la caseta del portero de la rue Saint-Maur. Poseo esta propiedad bajo el nombre de un escribano de la corte. Una sola indiscreción le bastaría al jardinero para perderlo todo. Honorina tiene su pabellón, un jardín, un soberbio invernáculo, por quinientos francos de alquiler al año. Y allí vive, bajo el nombre de su ama de llaves, madame Gobain, una vieja de una discreción a toda prueba que conseguí encontrar, y que ha sabido conquistarse su afecto. Pero su celo, como el del jardinero, se mantiene gracias a la promesa de una recompensa cuando llegue el día del triunfo. El portero y su mujer me cuestan también un dineral por los mismos motivos. Honorina, en fin, es feliz desde hace tres años, cree que debe a su trabajo el lujo representado por sus flores, sus vestidos y su bienestar.

”—¡Oh!..., sé lo que queréis decirme —exclamó el conde al ver una interrogación en mis ojos y en mis labios—. Sí, sí, hice una tentativa. Mi mujer estaba antes en el arrabal de Saint-Antoine. Un día, cuando creí que existían probabilidades de reconciliación, según lo que me dijo la Gobain, le envié una carta por correo en la que intentaba ablandar a mi esposa, una carta escrita y recomenzada veinte veces. No quiero describiros mis angustias. Iba de la rue Payenne a la rue de Reuilly, como un condenado que va del Palacio al Ayuntamiento; ¡pero él iba en carreta y yo a pie!... Anochece, había niebla, me presenté ante madame Gobain, quien tenía que contarme lo que había hecho mi mujer. Cuando Honorina reconoció mi escritura, tiró la carta al fuego sin leerla.

”—¡Madame Gobain —dijo—, mañana ya no quiero estar aquí!...

”Estas palabras fueron como una puñalada para un hombre que hallaba alegrías



ilimitadas en la estratagema por medio de la cual procuraba a su esposa los más bellos terciopelos de Lyon a doce francos la vara, un faisán, un pescado, fruta a una décima parte de su valor, a una mujer lo bastante ignorante como para creer que pagaba lo suficiente, con doscientos cincuenta francos, a madame Gobain, que había sido cocinera de un obispo... A veces me habéis sorprendido restregándome las manos y presa de una especie de felicidad. Pues bien: acababa de tener éxito en una estratagema digna del teatro: acababa de engañar a mi mujer, enviándole por una vendedora un chal de las Indias que le fue presentado como procedente de una actriz que apenas lo había llevado pero en el que yo, el grave magistrado que conocéis, me había envuelto para dormir toda una noche entre sus pliegues. Y por último, hoy, mi vida puede resumirse en las dos palabras con las que se expresa el más violento de los suplicios: ¡Amo y espero! Tengo en madame Gobain una fiel espía de este corazón adorado. Voy todas las noches a hablar con esta vieja, para enterarme por ella de todo lo que Honorina ha hecho durante el día, las menores palabras que ha dicho, pues una sola exclamación puede librarme los secretos de un alma que se ha vuelto sorda y muda. Honorina es piadosa; va a misa, reza; pero nunca ha ido a confesarse y a tomar la comunión, previendo lo que le diría el sacerdote. No quiere escuchar el consejo, la orden de volver a mí. El horror que siente por mí me espanta y me confunde, pues nunca hice el menor mal a Honorina; siempre fui bueno con ella. Admitamos que tuviese ciertas vivacidades al instruirla, que mi ironía de hombre hubiese herido su legítimo orgullo de jovencita. ¿Es esto razón suficiente para perseverar en una resolución que sólo puede inspirar el odio más implacable? Honorina no ha dicho nunca a madame Gobain quién es, guarda un silencio absoluto sobre su matrimonio, de manera que esta digna y honrada mujer no puede decir ni una palabra en mi favor, pues es la única persona en la casa que conoce mi secreto. Los demás no saben nada; viven bajo el terror que inspira el nombre del prefecto de policía y en la veneración que sienten por el poder de un ministro. Por lo tanto, me es imposible penetrar en este corazón: la ciudadela es mía, pero no puedo entrar en ella. No dispongo de un solo medio de acción. ¡Si cometiese una violencia, me perdería para siempre! ¿Cómo combatir unas razones que se ignoran? ¿Escribir una carta, hacerla copiar por un amanuense público y ponerla bajo los ojos de Honorina?... He pensado en ello. ¿Pero no sería arriesgarse a un tercer traslado? El último me cuesta ciento cincuenta mil francos. Esta adquisición fue hecha bajo el nombre del secretario que vos habéis reemplazado. El desgraciado, que no sabía hasta qué punto tengo el sueño ligero, fue sorprendido por mí cuando abría con una llave falsa la caja donde guardaba la escritura de anulación; entonces tosí y el espanto se apoderó de él; al día siguiente le obligué a vender la finca a la persona que actualmente la tiene a su nombre y después lo despedí. ¡Ah!, si no sintiese en mí todas las facultades nobles del hombre satisfechas, dichosas, dilatadas; si los elementos de mi papel no perteneciesen a la paternidad divina, si yo no gozase por todos los poros, hay momentos en que creería en una monomanía. Algunas noches oigo los cascabeles de la locura, tengo miedo de

las transiciones violentas de una débil esperanza, que brilla a veces y se eleva para caer después en una desesperación completa que me hunde hasta lo más profundo donde puede hundirse un hombre. Medité gravemente, hace unos días, sobre el atroz desenlace de Lovelace con Clarisa, diciéndome:

—Si Honorina tuviese un hijo de mí, ¿no sería necesario que volviese a la mansión conyugal?

—En fin, tengo fe hasta tal punto en un futuro dichoso, que hace diez meses adquirí y pagué una de las más bellas mansiones del arrabal de Saint-Honoré. Si reconquisté a Honorina, no quiero que vuelva a ver esta casa, ni la habitación de donde huyó. Quiero poner a mi ídolo en un nuevo templo, para que pueda creer en una vida totalmente nueva. Están convirtiendo aquella mansión en una maravilla de gusto y elegancia. Me han hablado de un poeta que, medio loco de amor por una cantante, al principio de su pasión compró el más bello lecho del país, sin saber el resultado que la actriz reservaba a su pasión. Pues bien, esta anécdota ha removido todas las fibras del corazón al más frío de los magistrados, a un hombre que pasa por ser el más grave consejero de la Corona. El orador de la Cámara comprende a este poeta que alimentaba su ideal con una posibilidad material. Tres días antes de la llegada de María Luisa, Napoleón se revolcó en su lecho de bodas, en Compiègne... Todas las pasiones gigantescas se parecen. ¡Yo amo como un poeta y como un emperador!...

—Al oír estas últimas palabras, creí que acababan de realizarse los temores del conde Octavio: se había levantado, andaba, gesticulaba, pero de pronto se detuvo, como asustado ante la violencia de sus palabras.

—Soy muy ridículo —prosiguió tras una pausa larguísima, pidiéndome una mirada de compasión.

—No, señor, sois muy desgraciado...

—¡Oh, sí —dijo, reanudando el hilo de aquellas confidencias—, más de lo que creéis! La violencia de mis palabras puede y debe haceros creer en la pasión física más intensa, pues desde hace nueve años anula todas mis facultades; pero esto no es nada en comparación con la adoración que me inspiran el alma, el espíritu, los modales, el corazón, todo cuanto en la mujer no es la mujer; sino esas encantadoras divinidades del cortejo del Amor con las que transcurre nuestra vida y que son la poesía cotidiana de un placer fugitivo. Por un fenómeno retrospectivo, veo las prendas que adornan el corazón y el espíritu de Honorina, a las que ya prestaba poca atención en los días de mi dicha, como todas las personas felices. A cada nuevo día he sido más consciente de la magnitud de mi pérdida al reconocer las cualidades divinas de que estaba dotada aquella criatura caprichosa y rebelde, que se ha vuelto tan fuerte y altiva bajo la pesada mano de la miseria, bajo los golpes del más cobarde de los abandonos. ¡Y esta flor celeste se marchita solitaria y oculta! ¡Ah, la ley de la cual hablábamos —prosiguió con amarga ironía—, la ley es un piquete de gendarmes, es mi mujer detenida y conducida aquí a la fuerza!... ¿Y no es esto

conquistar un cadáver? La religión no tiene fuerza sobre ella, tiene ojeriza a la poesía, reza sin escuchar los Mandamientos de la Iglesia. Yo lo he agotado todo en cuanto a clemencia, bondad y amor... He llegado al último extremo. No existe más que un medio de triunfo: la astucia y la paciencia con que los pajareros terminan por apresar las aves más esquivas, más ágiles, más antojadizas y más raras. Así, Mauricio, cuando la indiscreción bien excusable del señor de Grandville os ha revelado el secreto de mi vida, he terminado por ver en este incidente una de aquellas órdenes del destino, una de aquellas paradas que escuchan y que mendigan los jugadores en medio de sus partidas más obstinadas... ¿Sentís por mí suficiente afecto para mostrarme una fidelidad novelesca?...

—Os veo venir, señor conde —respondí interrumpiéndole—; adivino vuestras intenciones. Vuestro primer secretario quiso forzar vuestra caja; conozco el corazón del segundo: podría amar a vuestra esposa. ¿Y queréis condenarlo a la desgracia enviándolo al fuego? ¿Es posible poner la mano en un brasero sin quemarse?

—Sois un niño —repuso el conde—. ¡Os enviaré con guantes! No es mi secretario quien irá a instalarse en la rue Saint-Maur, en la casita del hortelano que ha quedado libre, sino mi primo, el barón del Hostal, letrado informador del Consejo.

\* \* \*

Tras un momento de sorpresa, oí una campana y un coche avanzó hasta el pie de la escalinata. El ayuda de cámara no tardó en anunciar a madame de Courteville y su hija. El conde Octavio tenía una numerosísima parentela por línea materna. Madame de Courteville, su prima, era viuda de un juez del tribunal del Sena, que la dejó con una hija y sin medios de fortuna. ¿Qué podía ser una mujer de veintinueve años al lado de una joven de veinte años, tan bella como la imaginación podía desear que fuese la amante ideal?

—Barón, letrado informador del Consejo, contador del Ministerio entre tanto, y con este viejo caserón por dote, ¿aún no tendréis bastantes motivos para amar a la condesa? —me dijo al oído, tomándome de la mano para presentarme a madame de Courteville y a su hija.

Quedé deslumbrado, no tanto por las ventajas y prebendas en que ni siquiera me hubiera atrevido a soñar, sino al ver a Amelia de Courteville, cuyos encantos estaban realzados por uno de esos sabios atavíos con que las madres presentan a sus hijas cuando se trata de casarlas.

—No hablemos de mí —dijo el cónsul, haciendo una pausa...

Veinte días después —prosiguió— fui a vivir a la casa del hortelano, que habían limpiado, arreglado y amueblado con la celeridad que sólo puede explicarse con estas palabras: ¡París, el obrero francés, dinero! Yo estaba tan enamorado como el conde podía desear para su seguridad. La prudencia de un joven de veinticinco años, ¿bastaría para las astucias que yo iba a emprender y en las que estaba en juego la

felicidad de un amigo? Para resolver esta cuestión, os aseguro que contaba mucho con mi tío, pues el conde me autorizó para convertirlo en mi confidente en caso de que considerase necesaria su intervención. Tomé un jardinero, me convertí en floricultor hasta extremos de verdadera manía, me ocupé furiosamente, como un hombre a quien nada podía distraer, de roturar el terreno y hacerlo apto para el cultivo de las flores. A semejanza de los maniáticos de Holanda o de Inglaterra, me convertí en un monoflorista. Cultivé especialmente las dalias, reuniendo todas sus variedades. Como podéis suponer, mi línea de conducta, hasta sus más ligeras desviaciones, estaba trazada por el conde, que se consagró entonces con todas sus fuerzas intelectuales a los menores acontecimientos de la tragicomedia que iba a representarse en la rue Saint-Maur. Así que la condesa se acostaba, lo cual sucedía todas las noches entre las once y medianoche, Octavio, madame Gobain y yo celebrábamos consejo. Oía cómo la vieja refería a Octavio los menores movimientos de su mujer durante el día; él se informaba de todo, de las comidas, de las ocupaciones, de la actitud, del menú del día siguiente, de las flores que ella se proponía imitar. Comprendí lo que era un amor reducido a la desesperación, cuando se compone del triple amor que procede de la cabeza, del corazón y de los sentidos. Octavio sólo vivía durante aquella hora. Durante los dos meses que duraron los trabajos, yo no puse los ojos en el pabellón donde habitaba mi vecina. Ni siquiera había preguntado si tenía una vecina, pese a que el jardín de la condesa y el mío estaban separados por una empalizada a lo largo de la cual ella había hecho plantar cipreses que ya medían cuatro pies. Una hermosa mañana, madame Gobain anunció como una gran desdicha a su señora la intención, manifestada por un original que se había convertido en vecino suyo, de levantar una tapia entre ambos jardines, a fines de año. No os digo nada de la curiosidad que me devoraba. ¡Ver a la condesa!... Este deseo hacía palidecer mi amor naciente por Amelia de Courteville. Mi proyecto de levantar una tapia era una terrible amenaza. Quitaría el aire de Honorina, cuyo jardín se convertiría en una especie de pasillo angosto entre mi muro y su pabellón. Este pabellón, una antigua mansión de recreo, parecía un castillo de naipes: no tenía más de treinta pies de profundidad por una longitud de unos cien pies. La fachada, pintada a la alemana, figuraba un enrejado de flores hasta el primer piso, y ofrecía un encantador ejemplo de aquel estilo Pompadour tan bien llamado *Rococó*. Se llegaba a la casa por una larga avenida de tilos. El jardín del pabellón y los terrenos adjuntos tenían forma de hacha, cuyo mango estaba representado por dicha avenida. Mi tapia cortarían tres cuartas partes del hacha. La condesa estaba desolada y dijo, llevada por su desesperación:

—Mi pobre Gobain, ¿qué clase de hombre es este floricultor?

—A fe mía —dijo ella— no sé si será posible amansarlo, pues parece sentir horror por las mujeres. Es el sobrino de un cura de París. Sólo he visto a su tío una sola vez. Es un viejo agradable de setenta y cinco años, muy feo pero amable. Es posible que este cura mantenga, como se asegura en el barrio, a su sobrino

apasionado por las flores para evitarle mayores males...

”—¿Qué queréis decir?

”—Quiero decir que vuestro vecino es un atolondrado... —dijo la Gobain, bien aleccionada.

”Los únicos hombres que no inspiran ninguna desconfianza a las mujeres en lo que toca a los sentimientos son los locos tranquilos. Vais a ver por lo que voy a referiros cuánta fue la perspicacia del conde al darme este papel.

”—¿Pero qué tiene? —preguntó la condesa.

”—Exceso de estudio. El exceso de estudio —respondió la Gobain— le ha sorbido a medias los sesos, lo ha vuelto huraño y salvaje. En fin, tiene sus razones para no querer a las mujeres..., ya que deseáis saber todo cuanto se dice.

”—Pues bien —dijo Honorina—, los locos me asustan menos que los cuerdos. ¡Así es que hablaré con él! Decidle que le ruego que venga. Si no consigo nada de él, veré al cura.

”Al día siguiente de esta conversación, mientras paseaba por los senderos que yo mismo había trazado, entreví, en el primer piso del pabellón, los visillos apartados de una ventana y el rostro de una mujer que atisbaba con expresión curiosa. La Gobain me abordó. Miré de pronto al pabellón e hice un gesto brutal, como si dijese: «¡Vuestra señora me importa un comino!».

”—Señora —dijo la Gobain, que fue a dar cuenta de su embajada—, ese loco me ha rogado que lo dejéis tranquilo, arguyendo que el carbonero es señor de su casa, sobre todo cuando está sin mujer.

”—Tiene dos veces razón —respondió la condesa.

”—Sí, pero ha terminado por responderme: «¡Iré!»», cuando le he dicho que causaría la desgracia de una persona que vivía retirada del mundo y que hallaba gran solaz en el cultivo de las flores.

”Al día siguiente supe por una seña que me hizo la Gobain que esperaban mi visita. Cuando la condesa terminó de almorzar y mientras paseaba ante su pabellón, rompí la empalizada y me acerqué a ella. Vestía a la guisa de los campesinos: viejos pantalones largos de muletón gris, enormes zuecos, una vieja chaqueta de caza, gorra, un pañuelo al cuello, las manos sucias de tierra y un plantador en la mano.

”—¡Señora, es el señor vecino vuestro! —gritó la Gobain.

”La condesa no estaba asustada. Por último pude ver a aquella mujer cuya conducta y las confidencias del conde habían despertado tanto mi curiosidad. Estábamos en los primeros días del mes de mayo. El aire puro, el cielo azul, el verdor de las primeras hojas, la fragancia de la primavera, formaban un cuadro para esta creación del dolor. Al ver a Honorina, comprendí la pasión de Octavio y la verdad de esta expresión: ¡Una flor celeste! Su blancura fue lo primero que me sorprendió, por su albura particular, pues hay tantos blancos como rojos y azules distintos. Al mirar a la condesa, los ojos acariciaban aquella piel suave por la que la sangre circulaba en hilillos azulados. A la menor emoción, la sangre se extendía bajo los tejidos como un

vapor, en oleadas rosadas. Cuando nos encontramos, los rayos del sol pasando a través del delgado follaje de las acacias, rodeaban a Honorina de aquel nimbo amarillo y fluido que solamente Rafael y Ticiano, entre todos los pintores, han sabido pintar en torno de la Virgen. Sus ojos castaños expresaban ternura y alegría a la vez; su brillo se reflejaba en la cara, a través de sus largas pestañas entornadas. Con el movimiento de sus sedosos párpados, Honorina hechizaba a quien la contemplaba, pues su manera de alzar o de bajar aquel velo del alma estaba lleno de sentimiento, de majestad, de terror o de desdén. Podía helar o animar con una simple mirada. Sus cabellos cenicientos, atados con negligencia sobre la cabeza, dibujaban una frente de poetisa, amplia, poderosa, soñadora. La boca era totalmente voluptuosa. Y por último, privilegio raro en Francia pero común en Italia, todas las líneas y los contornos de aquella cabeza poseían un carácter de nobleza que detendría los ultrajes del tiempo. Aunque esbelta, Honorina no era delgada y sus formas me parecieron propias para despertar aún el amor cuando ya se cree agotado. Merecía muy bien el epíteto de linda, pues pertenecía a esa clase de mujercitas gráciles que se dejan abrazar, acariciar, abandonar y tomar de nuevo como gatitas. Oí que sus pequeños pies producían un leve rumor sobre la grava, un rumor que les era propio y que armonizaba con el susurro de sus ropas; de ello resultaba una música femenina que se grababa en el corazón y seguramente debía distinguirse entre el andar de un millar de mujeres. Su porte recordaba con tanta altivez sus blasones que, en la calle, los proletarios más atrevidos debían apartarse a su paso. Risueña, tierna, altiva e imponente, sólo podía comprendérsela dotada de estas cualidades opuestas en apariencia y que sin embargo la dejaban convertida en un enigma. Pero la niña podía adquirir la fortaleza del ángel; y, como el ángel, una vez herida en su naturaleza, debía ser implacable. La frialdad de aquel rostro era sin duda la muerte para los que habían conocido la sonrisa de sus ojos, para quienes sus labios se habían desplegado, para las almas que habían acogido la melodía de aquella voz que infundía a la palabra la poesía del canto mediante acentos particulares. Al aspirar el perfume de violeta que exhalaba, comprendí por qué el recuerdo de aquella mujer había detenido al conde en el umbral del libertinaje, y por qué era imposible olvidar a quien de verdad era una flor para el tacto, una flor para la mirada, una flor para el olfato y una flor celeste para el alma... Honorina inspiraba afecto, un amor caballeresco y sin recompensas. Quien la veía se decía: «Pensad, que adivinaré; hablad, que obedeceré. Si mi vida, perdida en un suplicio, puede procuraros un día de felicidad, tomadla, vuestra es: sonreiré como los mártires en la hoguera, pues llevaré este día a Dios como prenda por la que un padre reconoce una fiesta dada a su hija». Son muchas las mujeres que se componen una fisonomía y llegan a producir efectos parecidos a los que cualquiera sentiría ante el aspecto de la condesa; pero en ella todo procedía de un delicioso natural, y este delicioso natural inimitable iba derecho al corazón. Si os hablo así de ella, es porque se trata únicamente de su alma, de sus pensamientos, de la delicadeza de su corazón, y porque me habríais reprochado que no os la bosquejase. Estuve a

punto de olvidarme de mi papel de hombre medio loco, brutal y poco caballeresco.

—Me han dicho, señora, que amáis las flores.

—Soy obrera florista, señor —respondió—. Después de cultivar las flores, las copio, como una madre que fuese lo bastante artista para darse el gusto de pintar a sus hijos... ¿No bastará con decirnos que soy pobre y no me hallo en estado de pagar la concesión que deseo obtener de vos?

—¿Cómo es posible —repuse con la gravedad de un magistrado— que una persona de aspecto tan distinguido como vos ejerza semejante oficio? ¿Acaso tenéis, como yo, motivos para ocupar vuestros dedos a fin de no dejar que trabaje vuestra cabeza?

—Permanezcamos sobre el muro medianero —respondió ella sonriendo.

—Pero si estamos en los cimientos —dije—. ¿No queréis que sepa cuál de nuestros dos dolores, o, si lo preferís, de nuestras dos manías, debe ceder el paso al del otro?... ¡Ah, qué lindo ramo de narcisos! ¡Están tan frescos como esta mañana!

—Debéis saber que había creado como un museo de flores y arbustos, donde únicamente el sol penetraba, cuyo arreglo estaba dictado por un genio de artista y que el más insensible de los propietarios hubiera respetado. Las masas de flores, dispuestas con un arte de florista o reunidas en ramilletes, producían efectos dulces en el alma. Aquel jardín recogido, solitario, exhalaba aromas consoladores y sólo inspiraba dulces pensamientos, imágenes graciosas, incluso voluptuosas. Se reconocía en él aquella inefable signatura que nuestro auténtico carácter imprime en todas las cosas, cuando nada nos obliga a obedecer las diversas hipocresías, por otra parte necesarias, que exige la sociedad. Yo miraba alternativamente el ramo de narcisos y la condesa, mostrando más amor por las flores que por ella, para estar en mi papel.

—¿Así, os gustan mucho las flores? —me preguntó.

—Son los únicos seres que agradecen nuestros cuidados y nuestra ternura.

—Me enzarqué en una perorata tan violenta para establecer un paralelo entre la botánica y el mundo, que nos hallamos a mil leguas del muro medianero y la condesa debió de tomarme por un ser doliente, herido, digno de compasión. Pero al cabo de media hora, mi vecina me llevó de manera natural a la cuestión que le interesaba; pues las mujeres, cuando no aman, tienen toda la sangre fría de un viejo abogado.

—Si queréis que deje en pie la empalizada —le dije— aprenderéis todos los secretos de cultivo que yo deseo ocultar, pues trato de obtener la dalia azul y la rosa azul, ya que las flores azules me enloquecen. ¿No es el azul el color favorito de las almas bellas? Ni vos ni yo estamos en nuestra casa: sería preferible poner una puertecita de tablas cruzadas que reuniese nuestros jardines... Vos amáis las flores y así veríais las mías y yo vería las vuestras. Si vos no recibís a nadie, a mí sólo me visita mi tío, el cura de los Blancs-Manteaux.

—No —dijo ella—, no quiero que nadie tenga derecho a entrar en mi jardín y en mi casa a todas horas. Podéis venir, siempre seréis recibido como un vecino con

quien deseo vivir en buenas relaciones; pero amo demasiado mi soledad para gravarla con una dependencia cualquiera.

”—¡Cómo queráis! —dije.

”Y salté por encima de la empalizada.

”—¿De qué sirve una puerta? —grité cuando estuve en mi terreno, volviéndome hacia la condesa con un gesto burlón y una mueca de loco.

”Estuve quince días simulando no preocuparme de mi vecina. A finales del mes de mayo ambos nos hallamos, un bello atardecer, en nuestros respectivos lados de la empalizada, paseándonos lentamente. Cuando llegamos al extremo, tuvimos que cambiar algunas palabras de cortesía; ella me encontró tan abrumado, tan profundamente sumido en un doloroso ensimismamiento, que me habló de esperanzas dirigiéndome frases parecidas a esas canciones con que las nodrizas hacen dormir a los niños. Entonces franquéé la cerca y me encontré por segunda vez a su lado. La condesa me hizo entrar en su casa con el deseo de amansar mi dolor. Así, penetré finalmente en aquel santuario, donde todo armonizaba con la mujer que he tratado de describiros. Reinaba allí una simplicidad exquisita. En su interior, aquel pabellón era en verdad la bombonera inventada por el arte del siglo XVIII para las alegres orgías de un gran señor. El comedor, situado en la planta baja, estaba recubierto de pinturas al fresco que representaban enrejados de flores de una ejecución admirable y maravillosa. El hueco de la escalera presentaba encantadores decorados en forma de camafeo. El saloncito, que comunicaba con el comedor, estaba prodigiosamente deteriorado; pero la condesa había tendido sobre sus paredes unos tapices llenos de fantasía y provenientes de antiguos biombos. Había un cuarto de baño contiguo. En el primer piso sólo se veían un dormitorio con su tocador adjunto y una biblioteca metamorfoseada en taller. La cocina estaba oculta en el sótano, sobre el que se alzaba el pabellón y al que había que subir por una escalera de varios peldaños. Las balaustradas de la galería y sus guirnaldas de flores a la Pompadour disimulaban el techo, del que sólo se veían los ramilletes de plomo. En aquella morada se tenía la sensación de encontrarse a cien leguas de París. Sin la sonrisa amarga que a veces se dibujaba en los bellos labios rojos de aquella mujer pálida, hubiera podido creerse en la felicidad de la violeta encerrada en su bosque de flores.

”Llegamos en pocos días a una confianza engendrada por la vecindad y por la certidumbre que tuvo la condesa de mi completa indiferencia hacia las mujeres. ¡Una mirada lo hubiera comprometido todo y nunca traslucí en mis ojos que pensaba en ella! Honorina quiso ver en mí una especie de viejo amigo. Sus modales conmigo estaban dictados por una especie de compasión. Sus miradas, su voz, sus discursos, todo decía que estaba a mil leguas de las coqueterías que incluso la mujer más severa quizá se hubiera permitido en caso semejante. No tardó en autorizarme a entrar en el encantador taller donde confeccionaba sus flores: un retiro lleno de libros y de curiosidades, engalanado como un tocador, y cuya riqueza ponía de relieve la vulgaridad de los instrumentos de su oficio. La condesa había terminado por poetizar,



digámoslo así, lo que es el antípoda de la poesía: una fábrica. Quizá de todas las tareas a que pueden entregarse las mujeres, la fabricación de flores artificiales sea la que les permite desplegar mayor número de gracias, a causa de sus detalles. Para iluminar, una mujer debe permanecer inclinada sobre una mesa entregándose con cierta atención a esta pintura a medias. La tapicería, tal como la practican las obreras que trabajan en las fábricas de tapices, es causante de pulmonías o de una desviación de la espina dorsal. El grabado de las planchas de música es uno de los trabajos más tiránicos por lo minucioso, por el cuidado que requiere y la atención que exige. La costura y el bordado no dan siquiera treinta sueldos diarios. Pero la fabricación de flores y de modas requiere una multitud de movimientos, de gestos e incluso de ideas, que dejan a las mujeres bonitas en su esfera, donde pueden seguir siendo ellas mismas, charlando, riendo, cantando o pensando. Desde luego, era un sentimiento del arte el que hacía disponer a la condesa, sobre una larga mesa de pino amarillo, las miríadas de pétalos coloreados que servían para componer las flores que ella había escogido. Los pequeños recipientes para desleír los colores eran de porcelana blanca y estaban siempre limpios y dispuestos de manera que con una simple ojeada se pudiese encontrar el matiz deseado en la gama de tonos. Así la noble artista ahorra tiempo. Un bonito mueble de ébano con incrustaciones de marfil, de cien cajones venecianos, contenía las matrices de acero con las que ella recortaba las hojas o algunos pétalos. Un magnífico bol japonés contenía la cola, que ella no dejaba nunca que se agriase, y al que había adaptado una tapa de bisagra tan ligera, tan móvil, que la alzaba con la punta del dedo. Guardaba el alambre de latón y el latón en un cajoncito de su mesa de trabajo, para tenerlos delante. Bajo sus ojos se elevaba, en un vaso de Venecia, desplegado como un cáliz sobre su tallo, el modelo viviente de la flor con la que iba a medir sus fuerzas. Se apasionaba por las obras maestras, abordaba las obras más difíciles, los racimos, las más menudas corolas, los brezos, los nectarios de matices más caprichosos. Sus manos, tan ágiles como su pensamiento, iban de la mesa a la flor, como las de un artista sobre las teclas de un piano. Sus dedos parecían ser *hadass*, para servirme de una expresión de Perrault, pues a tal extremo ocultaban, bajo la gracia del gesto, las diferentes fuerzas de torsión, de aplicación, de pesadez necesarias para aquella obra, midiendo con la lucidez del instinto todos los movimientos para que produjesen el resultado apetecido. Yo no me cansaba de admirarla mientras montaba una flor, a partir de los elementos reunidos ante ella, que luego revestía de algodón, perfeccionaba un tallo y le prendía las hojas. Hacía gala del genio propio de los pintores en sus audaces empresas, copiaba hojas marchitas, hojas amarillentas; luchaba con las flores de los campos, las más ingenuas de todas y las más complicadas en su simplicidad.

—Este arte —me decía— está en su infancia. Si las parisienses poseyesen un poco del genio que la esclavitud del harén exige a las mujeres de Oriente, prestarían todo un lenguaje a las flores que se ponen en la cabeza. Para mi satisfacción de artista, he hecho flores marchitas con las hojas color de bronce florentino, como las

que se encuentran antes o después del invierno... ¿Se halla acaso desprovista de poesía esta corona, puesta sobre la cabeza de una joven cuya vida está frustrada, o que devora un secreto pesar? ¿Cuántas cosas podría decir de una mujer con su tocado? ¿No hay flores para las bacantes embriagadas, flores para las sombrías y rígidas devotas, flores solícitas para las mujeres aburridas? ¡Creo que la botánica expresa todas las sensaciones y todos los pensamientos del alma, incluso los más delicados!

”Me utilizaba para que recortase sus hojas con las matrices, para que preparase el alambre para los tallos. Mi fingido deseo de distracción me confirió pronto una gran habilidad. Hablábamos mientras trabajábamos. Cuando no tenía nada que hacer, le leía las últimas novedades, pues no debía perder de vista mi papel y representaba el del hombre fatigado de la vida, agotado a fuerza de pesares, taciturno, escéptico, áspero. Este personaje me valía adorables bromas sobre el parecido puramente físico, salvo el pie zopo, existente entre Lord Byron y yo. De manera constante, sus propias desdichas, sobre las que ella quería guardar el más profundo silencio, borraban las mías, pese a que las causas de mi misantropía hubieran podido satisfacer cumplidamente a Yong y Job reunidos. No os hablaré de los sentimientos de vergüenza que me torturaban al ponerme en el corazón, como los pobres de la calle, unas falsas llagas para despertar la compasión de aquella joven adorable. No tardé en comprender la extensión de mi afecto al percatarme de cuál era la vileza de todos los espías. Las pruebas de simpatía que yo entonces coseché, hubieran consolado los mayores infortunios. Aquella encantadora criatura, privada del mundo, sola desde hacía tantos años, que además del amor podía prodigar verdaderos tesoros de afecto, me los ofreció con efusión infantil, con una piedad que, ciertamente, hubiera llenado de amargura al vil que la hubiese amado; pues era todo caridad, todo compasión. Su renuncia al amor, el espanto que le causaba lo que suele llamarse la felicidad femenina, estallaban con tanta fuerza como ingenuidad. Aquellos días de dicha me demostraron que la amistad de las mujeres es muy superior a su amor. Yo me había hecho arrancar las confidencias de mis pesares con tantos melindres como los que se permiten a las jóvenes antes de sentarse al piano, tan convencidas se hallan del aburrimiento que van a producir. Como ya adivináis, la necesidad de vencer mi repugnancia de hablar obligó a la condesa a estrechar aún más los vínculos de nuestra intimidad; pero encontraba hasta tal punto en mí su propia antipatía contra el amor, que me pareció contenta de la casualidad que le envió aquella especie de *Viernes* a su isla desierta. Quizá la soledad empezaba a pesarle. Sin embargo, se hallaba desprovista de la menor coquetería, ya no tenía nada de mujer, únicamente sentía que tenía un corazón, solía decirme, en el mundo ideal donde se refugiaba. Yo comparaba involuntariamente aquellas dos existencias: la del conde, todo acción, todo agitación, todo emoción, y la de la condesa, todo pasividad, todo inactividad, todo inmovilidad. Tanto la mujer como el hombre obedecían admirablemente a su naturaleza. Mi misantropía autorizaba cínicas arremetidas contra los hombres y contra las mujeres,

que yo me permitía mientras esperaba llevar a Honorina al terreno de las confesiones; pero ella no caía en ninguna trampa y yo empezaba a comprender aquella *terquedad de mula*, más común de lo que se cree en las mujeres.

—Los orientales tienen razón —le dije una noche— al encerraros considerándoos sólo como instrumento de sus placeres. Europa ha tenido su bien merecido castigo por haberos admitido a formar parte del mundo, aceptándoos en pie de igualdad. En mi opinión, la mujer es el ser más ímprobo y cobarde que pueda existir. Y de ahí precisamente proceden sus encantos: ¡Del bello placer que produce cazar un animal doméstico! Cuando una mujer inspira una pasión a un hombre, él la considera siempre sagrada; a sus ojos, ella está revestida de un privilegio imprescriptible. El reconocimiento que siente el hombre por los placeres pasados es eterno. Aunque encuentre que su amante es vieja o indigna de él, aquella mujer seguirá teniendo derechos sobre su corazón; mas para vosotras, el hombre que habéis amado ya no es nada; menos que eso, comete la falta imperdonable de seguir viviendo... No os atrevéis a declararlo, pero en el fondo del corazón todas pensáis lo que la calumnia popular, llamada tradición, atribuye a la dama de la torre de Nesle: «¡Qué lástima que no podamos alimentarnos de amor como nos alimentamos de frutas y que, una vez terminada la colación, no nos reste únicamente más que el sentimiento del placer...!».

—Dios —dijo ella— ha reservado sin duda esta dicha perfecta para el paraíso... Pero aunque vuestra argumentación os pueda parecer muy inteligente —prosiguió— tiene para mí la desdicha de ser falsa. ¿Qué nombre dais a estas mujeres que se entregan a múltiples amores? —me preguntó mirándome como la Virgen de Ingres contempla a Luis XIII cuando éste le ofrece su reino.

—Sois una comediente de buena fe —le respondí—, pues acabáis de dirigirme unas miradas que harían la gloria de una actriz. Pero, al ser tan bella, habéis amado; por lo tanto olvidáis.

—Yo —respondió Honorina eludiendo mi pregunta— no soy una mujer; soy una religiosa que ha cumplido setenta y dos años.

—¿Cómo podéis afirmar entonces con tanta autoridad que sentís más vivamente que yo? La desdicha tiene una sola forma para las mujeres, que sólo consideran infortunios las decepciones del corazón.

—Ella me dirigió una dulce mirada e hizo como todas las mujeres que, estrechadas entre las dos puertas de un dilema, o sujetas por las garras de la verdad, continúan sin querer dar su brazo a torcer. Díjome entonces:

—Yo soy religiosa y vos me habláis de un mundo donde ya no puedo volver a poner los pies.

—¿Ni siquiera en pensamiento? —le pregunté.

—¿Tan digno de envidia es el mundo? —me preguntó ella a su vez—. ¡Oh, cuando mi pensamiento se extravía, va más arriba...! El ángel de la perfección, el bello Gabriel, canta a menudo en mi corazón. Aunque fuese rica, igualmente seguiría

trabajando para no subir con demasiada frecuencia sobre las alas irisadas del ángel e irme al reino de la fantasía. ¡Hay contemplaciones que nos pierden, a nosotras las mujeres! Debo mucha tranquilidad a mis flores, aunque no siempre consigan mantenerme ocupada. En algunos días, invade mi alma una espera sin objeto; no puedo apartar un pensamiento que se apodera de mi mente y que parece hacer más pesados mis dedos. Creo que se prepara un gran acontecimiento, que mi vida va a cambiar; escucho sonos vagos, miro a las tinieblas, pierdo el deseo de trabajar y, después de mil fatigas, encuentro de nuevo la vida... la vida ordinaria. ¿Es un presentimiento del cielo? Esto es lo que yo me pregunto...

”Al cabo de tres meses de forcejeo entre dos diplomáticos ocultos bajo la piel de una melancolía juvenil, y una mujer a quien la repugnancia hacía invencible, dije al conde que parecía imposible hacer salir a la tortuga de su caparazón. Había que romper la concha. La víspera, durante una última discusión por completo amistosa, la condesa exclamó ante mí:

”—Lucrecia escribió con un puñal y su sangre la primera palabra de la carta de las mujeres: ¡*Libertad!*

”A partir de entonces el conde me dio carta blanca.

”—¡He vendido por cien francos las flores y los sombreros que he hecho esta semana! —me dijo gozosa Honorina un sábado por la noche, cuando fui a visitarla al saloncito de la planta baja, cuyos dorados habían sido restaurados por el falso propietario.

”Eran las diez. Un crepúsculo de julio y una luna magnífica derramaban su neblinosa claridad. Ventoleras de perfumes mezclados acariciaban el alma, la condesa hacía tintinear en la mano las cinco monedas de oro de un falso comisionista de modas, otro compinche de Octavio que un juez, M. Popinot, le había encontrado.

”—¡Ganarse la vida divirtiéndose —dijo ella—, ser libre, cuando los hombres, armados con sus leyes, han querido hacer de nosotras unas esclavas! ¡Oh, todos los sábados tengo accesos de orgullo! En fin, quiero las monedas de oro de M. Gaudissart tanto como Lord Byron, vuestro sosia, quería las de Murray.

”—Pero este no es papel propio de una mujer —objeté.

”—¡Bah! ¿Soy acaso una mujer? Soy un muchacho dotado de un alma tierna, esto es todo; un muchacho que ninguna mujer puede atormentar...

”—Vuestra vida es una negación de todo vuestro ser —respondí—. ¿Cómo es posible que vos, sobre quien Dios derramó sus más escogidos tesoros de amor y belleza, no deseéis a veces...?

”—¿Cómo? —dijo ella, bastante inquieta ante una frase que, por primera vez, contradecía mi papel.

”—Un hermoso niño de cabellos ensortijados, yendo y viniendo entre estas flores, como una flor de vida y de amor, llamándoos: «¡Mamá...!».

”En vano esperé una respuesta. Un silencio excesivamente prolongado me hizo comprender el terrible efecto de mis palabras que la oscuridad me ocultaba. Inclineda

sobre el diván, la condesa no se había desvanecido, pero estaba yerta a consecuencia de un ataque nervioso cuyo primer estremecimiento, dulce como todo lo que de ella emanaba, le pareció, según reveló más tarde, el efecto producido por un sutilísimo veneno. Llamé a madame Gobain, quien vino para llevarse a su señora, tenderla sobre el lecho, aflojarle sus vestiduras para quitárselas y devolverla, no a la vida, sino al sentimiento de un horrible dolor. Yo me paseaba llorando por la avenida que bordeaba el pabellón, poniendo en duda el éxito. Quería renunciar a mi papel de pajarero, aceptado de manera tan imprudente. Madame Gobain, que descendió para encontrarme con el rostro bañado en llanto, volvió a subir al instante para decir a la condesa:

”—¿Qué ha sucedido, señora? El señor Mauricio derrama abundantes lágrimas, como si fuese un niño.

”Estimulada por la peligrosa interpretación que podía darse a nuestra mutua actitud, Honorina sacó fuerzas de flaqueza y, envolviéndose en un peinador, descendió y vino a mi encuentro.

”—Vos no sabéis la causa de esta crisis —me dijo—; suelo ser víctima de espasmos, una especie de calambres en el corazón...

”—¿Y vos queréis ocultarme vuestras penas...? —le pregunté, secando mis lágrimas y con una voz no fingida—. ¿No acabáis de revelarme que habéis sido madre y que habéis sufrido el dolor de perder a vuestro hijo?

”—¡María! —gritó ella de pronto, agitando la campanilla.

”La Gobain se presentó.

”—Traed luz y preparad el té —le dijo con la sangre fría de una lady dotada de orgullo por la atroz educación británica que todos conocéis.

”Cuando la Gobain hubo encendido las bujías y cerrado las persianas, la condesa me ofreció un semblante mudo; su indomable altivez, su gravedad de salvaje, habían vuelto a dominarla. Me dijo entonces:

”—¿Sabéis por qué me gusta tanto Lord Byron...? Porque sufrió como sufren los animales. ¿De qué sirven las quejas cuando no son una elegía como la de Manfredo, una burla amarga como la de don Juan, un ensueño como el de Childe Harold? ¡Nadie sabrá nada de mí...! ¡Mi corazón es un poema que entrego a Dios!

”—Si yo quisiera... —dije.

”—¿Sí? —repitió ella.

”—No me interesa nada —respondí— y no puedo ser curioso; pero, si quisiera, mañana mismo conocería todos vuestros secretos.

”—¡Os reto a que lo hagáis! —me dijo Honorina con ansiedad mal disimilada.

”—¿Lo decís en serio?

”—Ciertamente —repuso inclinando la cabeza—. Debo saber si es posible semejante crimen.

”—Ante todo, señora —respondí indicándole sus manos—, estos lindos dedos, que dicen de manera harto elocuente que ya no sois una muchacha, ¿han sido hechos

para el trabajo? Además os dais el nombre de madame Gobain sin tener en cuenta que el otro día, ante mí, dijisteis a María, al recibir una carta: «Toma, es para ti». María es la verdadera madame Gobain. Luego ocultáis vuestro nombre bajo el de vuestra ama. ¡Oh, señora, no temáis nada de mí! En mí tenéis el amigo más fiel que tendréis jamás. *Amigo*, entendedlo bien. Doy a esta palabra su acepción más santa y conmovedora, tan profanada en Francia, donde bautizamos con ella a nuestros enemigos. Este amigo, que os defenderá contra todo, quiere que seáis tan dichosa como corresponde a una mujer como vos. ¿Quién sabe si el dolor que os he causado involuntariamente no es una acción voluntaria?

”—Sí —repuso Honorina con audacia amenazadora—, quiero que seáis curioso y que me digáis todo lo que podáis saber sobre mí; pero... —añadió alzando el dedo— me diréis también por qué medios habéis conseguido tales informes. La conservación de la escasa dicha de que aquí disfruto depende de vuestras gestiones.

”—Esto quiere decir que huiréis...

”—¡Volando! —exclamó—. Y al Nuevo Mundo...

”—Donde os encontraréis —añadí interrumpiéndola— a la merced de la brutalidad de las pasiones que inspiraréis. ¿No es propio de la misma esencia del genio y de la belleza brillar, atraer las miradas, excitar los apetitos y las maldades ajenas? París es el desierto sin los beduinos; París es el único lugar del mundo donde quien desea vivir de su trabajo puede ocultar su vida. ¿De qué os quejáis? ¿Qué soy yo? Un doméstico más, monsieur Gobain, en definitiva. Si tenéis que sostener un duelo, un testigo puede haceros falta.

”—No importa, sabed quien soy. Ya he dicho que lo deseo. Ahora, os lo ruego —prosiguió con gracia—, ya podéis actuar.

”—Pues bien; mañana, a esta misma hora, os diré lo que he descubierto —le respondí—. ¡Pero no me odiéis por ello! ¿Obraréis como las demás mujeres?

”—¿Qué hacen las demás mujeres?

”—Nos imponen inmensos sacrificios y, cuando los hemos cumplido, nos los echan en cara poco tiempo después como una injuria.

”—Tienen razón al hacerlo, si lo que han exigido os parece un *sacrificio*... —contestó con malicia.

”—Sustituid la palabra sacrificio por la palabra esfuerzo y...

”—Será una impertinencia —dijo Honorina, completando la frase.

”—Perdonadme —le dije—; olvidaba que la mujer y el Papa son infalibles.

”—Dios mío —dijo ella tras una larga pausa—, tan sólo dos palabras podrían turbar esta paz que me ha costado tanto adquirir y de la que disfruto como de un fraude...

”—Se levantó y dejó de prestarme atención.

”—¿Qué hacer? —dijo—. ¿Qué será de mí...? ¿Tendré que abandonar este dulce retiro, dispuesto con tanto cuidado para acabar en él mis días?

”—¿Para acabar en él vuestros días? —le dije con visible espanto—. ¿No habéis

pensado alguna vez que llegará un momento en que ya no podréis trabajar, en que el precio de las flores y de las modas bajará a causa de la competencia...?

—Ya tengo mil escudos de economías —repuso.

—¡Dios mío! ¿Cuántas privaciones representa esta suma? —exclamé.

—Hasta mañana —me dijo Honorina—. Dejadme. Esta noche no me siento yo misma; quiero estar sola. No debo desperdiciar mis fuerzas en caso de desgracia. Pues si vos sabéis algo, otros que no son vos también lo sabrán y entonces... Adiós —me dijo con tono breve y gesto imperioso.

—El combate se aplaza hasta mañana —respondí sonriendo, a fin de no perder el carácter de despreocupación que trataba de infundir a esta escena.

—Pero, al salir por la larga avenida, repetía:

—¡El combate se aplaza hasta mañana!

—Y el conde, con quien me encontraba en el bulevar, como todas las noches, exclamó también:

—¡El combate se aplaza hasta mañana!

—La ansiedad de Octavio igualaba a la de Honorina. El conde y yo paseamos hasta las dos de la madrugada frente a los fosos de la Bastilla, como dos generales que, a la víspera de la batalla, evalúan todas las posibilidades, examinan el terreno y reconocen que, en medio de la lucha, la victoria puede depender de un azar del que hay que saber aprovecharse. Aquellos dos seres separados de manera violenta iban a pasar la noche en vela, uno sumido en la esperanza y el otro en la angustia de una reunión. Los dramas de la vida no se encuentran en las circunstancias, sino en los sentimientos; se representan en el corazón, o, si lo preferís, en ese mundo inmenso que solemos llamar el *mundo espiritual*. Octavio y Honorina actuaban y vivían únicamente en este mundo de los grandes espíritus.

—Llegué puntualmente. A las diez de la noche fui admitido por primera vez en una encantadora habitación, blanca y azul; en el nido de aquella paloma herida. La condesa me miró, quiso hablarme y quedó aterrada ante mi aspecto respetuoso.

—Señora condesa... —le dije, sonriendo gravemente.

—La pobre joven, que se había levantado, volvió a caer en su butaca y permaneció hundida en ella en una actitud de dolor que yo hubiera querido ver representada por un gran pintor.

—Sois —dije, prosiguiendo— la esposa del más noble y considerado de los hombres, de un hombre que todos tienen por grande, pero que lo es mucho más por su conducta hacia vos que por su imagen ante los ojos del mundo. Vos y él sois dos grandes caracteres. ¿Dónde creéis estar, aquí? —le pregunté.

—En mi casa —respondió ella, abriendo unos ojos que me miraban fijamente a causa del asombro que sentía.

—¡En casa del conde Octavio! —respondí—. Todo es una comedia. M. Lenormand, el escribano de la corte, no es el verdadero propietario, sino el hombre de paja de vuestro marido. La admirable tranquilidad de que gozáis es obra del conde, el

dinero que ganáis proviene asimismo del conde, cuya protección se extiende a los más pequeños detalles de vuestra existencia. Vuestro marido os ha salvado a los ojos del mundo, ha prestado motivos plausibles a vuestra ausencia y espera ostensiblemente no haberos perdido en el naufragio del *Cecilia*, buque en el que os embarcasteis para ir a La Habana a fin de recoger una sucesión de una antigua parienta que habría podido olvidaros; efectuasteis el viaje en compañía de dos señoras de su familia y de un viejo intendente. El conde manifiesta haber enviado agentes al lugar del siniestro y haber recibido cartas que le infunden muchas esperanzas... Adopta tantas precauciones para ocultaros a todas las miradas, como las que vos misma adoptáis... En fin, os obedece...

”—Basta —respondió Honorina—. Sólo quiero saber otra cosa. ¿Quién os ha dado todos estos detalles?

”—¡Por Dios, señora! Mi tío colocó a un joven sin fortuna en el despacho del comisario de policía del barrio, en calidad de secretario. Es este joven quien me lo ha revelado todo. Si esta noche abandonaseis furtivamente este pabellón, vuestro marido seguiría vuestros pasos y su protección os alcanzaría adondequiera que fueseis. ¿Cómo es posible que una mujer inteligente haya podido creer que existen comerciantes capaces de comprar flores y sombreros al mismo precio por el que los venden? ¡Pedid mil escudos por un ramillete y los tendréis! Jamás ternura de madre fue más ingeniosa que la de vuestro marido. He sabido, por el portero de vuestra casa, que el conde viene con frecuencia para apostarse detrás del seto, cuando todo duerme, para ver la lucecita de vuestra lamparilla de noche. Vuestro gran chal de Cachemira vale seis mil francos... Vuestra proveedora de artículos de tocador os vende cosas *viejas* que proceden de las mejores fábricas... En fin, sois como Venus en las redes de Vulcano; pero estáis aprisionada sola y por las maquinaciones de una generosidad sublime, que ha sido sublime durante siete años y a todas horas.

”La condesa temblaba como una golondrina apresada que, desde la mano que la sujeta, tiende el cuello y mira a su alrededor con ojos descoloridos. Estaba agitada por una convulsión nerviosa y le examinaba con mirada retadora. De sus ojos secos brotaba un resplandor casi cálido. Pero era mujer, por lo que llegó un momento en que las lágrimas aparecieron y lloró, no porque se sintiese conmovida, sino a causa de su impotencia. Lloró de desesperación. Se creía independiente y libre y el matrimonio pesaba sobre ella como la prisión sobre el cautivo.

”—Me iré —decía a través de sus lágrimas—. Me obliga a hacerlo; me iré adonde nadie pueda seguirme...

”—¡Ah! —exclamé—. Queréis mataros... Debéis de tener razones muy poderosas, señora, para no desear volver al lado del conde Octavio.

”—¡Oh, ciertamente!

”—Pues bien, decídmelas, decidlas a mi tío; tendréis en nosotros dos fieles consejeros. Aunque mi tío es sacerdote en el confesonario, no lo ha sido nunca, ni lo será, en un salón. Os escucharemos, trataremos de hallar una solución a los



problemas que nos plantearéis; y, si os han engañado o sois víctima de un malentendido, quizá podremos hacerlo cesar. Vuestra alma me parece pura; pero, si habéis cometido una falta, ya está más que expiada... En fin, pensad que tenéis en mí el amigo más sincero. Si queréis sustraeros a la tiranía del conde, yo os facilitaré los medios y él no os encontrará jamás.

”—¡Oh, siempre hay el convento! —observó ella.

”—Sí; pero el conde, en su calidad de ministro de Estado, os cerraría las puertas de todos los conventos del mundo. Aunque es un hombre muy poderoso, yo puedo salvaros de él... pero... cuando me hayáis demostrado que no podéis ni debéis volver a su lado. ¡Oh, no creáis que huiréis de su poderío para caer bajo el mío! —proseguí, al recibir su mirada horrible, de reto y llena de una nobleza exagerada—. Tendréis la paz, la soledad y la independencia; seréis tan libre y tan respetada, en fin, como si fueseis una solterona fea y antipática. Ni siquiera yo podré veros sin vuestro consentimiento.

”—¿Y cómo? ¿Por qué medios?

”—Esto, señora, es mi secreto. No os engaño, estad segura. Demostradme que esta vida es la única que podéis llevar, que es preferible a la de la condesa que erais, rica, honrada, en una de las más bellas mansiones de París, amada por su marido, madre dichosa... y vuestra causa habrá triunfado...

”—Pero —objetó Honorina—. ¿Existe un hombre capaz de comprenderme...?

”—No —respondí—. Por lo tanto, he apelado a la religión para que os juzgue. El cura de los Blancs-Manteaux es un santo de setenta y cinco años. Mi tío no es el gran inquisidor, sino San Juan; mas para vos se convertirá en un Fénelon, en el Fénelon que decía al duque de Borgoña: «¡Comed ternera el viernes, pero sed cristiano, monseñor!».

”—Id, señor, el convento es mi último recurso y mi único asilo. Únicamente Dios puede comprenderme. Ningún hombre, ni siquiera el mismo San Agustín, el más tierno de los Padres de la Iglesia, podría entrar en los escrúpulos de mi conciencia, que para mí son los círculos infranqueables del Infierno del Dante. ¡Otro que no es mi marido, otro, aunque indigno de esta ofrenda, recibió todo mi amor! No lo tuvo, porque no lo tomó; yo se lo di como una madre da a su hijo un juguete maravilloso que el niño rompe. Para mí no había dos amores. El amor, para algunas almas, no se ensaya: existe o no existe. Cuando se muestra, cuando surge, es completo. Pues bien, esta vida de dieciocho meses ha sido para mí una vida de dieciocho años; he puesto en ella todas las facultades de mi ser, sin que se empobrecieran por su efusión; en cambio, se han agotado en esta intimidad engañosa en la que sólo yo era franca. Para mí, la copa de la felicidad no se ha vaciado ni está vacía; nada puede volver a llenarla, pues se ha roto. Estoy fuera de combate, ya no tengo armas... Después de haberme entregado así, completamente, ¿qué soy? El desecho de una fiesta. Sólo me han prestado un nombre, Honorina, como si no tuviese más que un corazón. Mi marido tuvo la doncella, un amante indigno tuvo la mujer. ¡Nada queda ahora!

¿Dejarme amar? Esta es la gran proposición que vais a hacerme. ¡Oh, aún soy algo, y me subleva la idea de ser una prostituta! Sí, he visto claro a la luz del incendio; y, ved... concebiría la idea de ceder al amor de otro; ¿pero a Octavio...? No, jamás.

”—Y vos lo amáis —le dije.

”—Lo estimo, lo respeto, lo venero, no me ha hecho el menor daño. Es bueno, es tierno, pero ahora ya no puedo amar... Pero no hablemos más de esto —dijo—. La discusión todo lo empequeñece. Os expondré por escrito mis ideas sobre la cuestión; pues, en este momento, me ahogan, tengo fiebre y estoy con los pies en las cenizas de mi Paráclito. Todo cuanto veo, estas cosas que creía haber conquistado con mi trabajo, me recuerdan ahora lo que quería olvidar. ¡Ah, tengo que huir de aquí, como me marché de mi casa!

”—¿Para ir adonde? —dijo—. ¿Puede existir una mujer sin protector? ¿A los treinta años, con toda la gloria de la belleza, pletórica de fuerzas que no sospecháis, llena de ternuras para dar, os iréis a vivir al desierto donde yo pueda ocultaros...? Estad tranquila. El conde, que durante cinco años no se ha dejado ver por aquí, sólo penetraría en esta casa con vuestro consentimiento. Su vida durante estos nueve años sublimes es garantía de vuestra tranquilidad. Por lo tanto, podéis deliberar con toda seguridad acerca de vuestro porvenir, con mi tío y conmigo. Mi tío es tan poderoso como un ministro de Estado. Calmaos, pues, no aumentéis vuestra desgracia. Un sacerdote cuya cabeza ha encanecido en el ejercicio de su sagrado ministerio no es un niño; quien es confidente de todas las pasiones desde hace cincuenta años y que sostiene en sus manos el corazón tan pesado de reyes y príncipes, os comprenderá. Aunque bajo la estola se muestre severo, mi tío será ante vuestras flores tan dulce como ellas, e indulgente como su divino maestro.

”—Me separé de la condesa a medianoche, dejándola tranquila en apariencia, pero de talante sombrío, y en unas disposiciones secretas que ninguna perspicacia podía adivinar. Encontré al conde a algunos pasos, en la rue Saint Maur, pues había abandonado el lugar convenido del bulevar, atraído hacia mí por una fuerza invencible.

”—¿Qué noche pasará la pobre niña? —exclamó cuando terminé de contarle la escena que acababa de tener lugar—. ¿Y si me presentase allí? —dijo—. ¿Si ella me viese de pronto?

”—En estos momentos, sería capaz de tirarse por la ventana —le respondí—. La condesa es de la madera de una Lucrecia, incapaz de sobrevivir a una violación, aunque proviniese de un hombre a quien ella se entregaría.

”—Sois joven —me respondió—. No sabéis que la voluntad, en un alma agitada por tan crueles deliberaciones, es como las olas de un lago cruzado por una tempestad: el viento cambia a cada minuto y la corriente va tan pronto hacia una orilla como hacia la otra. Durante esta noche, hay tantas probabilidades de que al verme Honorina se arroje en mis brazos, como de verla saltar por la ventana.

”—¿Y vos aceptaríais esta alternativa? —le dije.

”—Vamos —me respondió él—. En casa tengo para poder esperar hasta mañana por la noche, una dosis de opio que Desplein me ha preparado, a fin de hacerme dormir sin peligro.

”A1 día siguiente, a mediodía, la Gobain me trajo una carta, diciéndome que la condesa, agotada por la fatiga, se había acostado a las seis y que dormía gracias a un *almendrado* que le había preparado el farmacéutico.

”He aquí esta carta. He guardado copia de ella pues, mademoiselle —dijo el cónsul dirigiéndose a Camille Maupin— vos conocéis los recursos del arte, las argucias del estilo y los esfuerzos que hacen muchos escritores no desprovistos ciertamente de habilidad en sus composiciones; pero reconoceréis que la literatura no sabría hallar semejantes escritos en sus entrañas postizas; no hay nada más terrible que lo verdadero. He aquí lo que escribió esta mujer, o más bien esta alma apenada:

”Señor Mauricio:

”Sé todo cuanto vuestro tío podría decirme, pues no es más instruido que mi conciencia. En el hombre, la conciencia es el intérprete de Dios, Sé que si no me reconcilio con Octavio, estaré condenada: así lo decreta la ley religiosa. La ley civil, a pesar de todo, me ordena obediencia. Si mi marido no me rechaza, todo está dicho, el mundo me tendrá por pura y virtuosa, a pesar de lo que haya hecho. Sí, el matrimonio tiene de sublime esto: que la sociedad ratifica el perdón del marido; pero olvida que el perdón tiene que ser aceptado. Por lo que toca a la ley, a la religión y al mundo, debo volver junto a Octavio. Ateniéndonos únicamente a la cuestión humana, ¿no tiene algo de cruel el hecho de negarle la felicidad, privarle de hijos, borrar su familia del libro de oro de la nobleza? Mis dolores, mis repugnancias, mis sentimientos, todo mi egoísmo (pues sé que soy egoísta), deben inmolarse en aras de la familia. ¡Seré madre y las caricias de mis hijos secarán mi llanto! ¡Seré muy dichosa, seré ciertamente honrada, pasearé altiva y opulenta en una brillante carroza! Tendré criados, un hotel, una mansión; seré la reina de tantas fiestas como semanas tiene el año. El mundo me acogerá bien. Ni siquiera tendré necesidad de ascender al cielo de la nobleza, porque ni tan sólo habré bajado de él. Así, Dios, la ley y la sociedad están todos de acuerdo. ¿Contra quién os rebeláis?, me preguntan desde lo alto del Cielo, desde el púlpito, desde el tribunal y desde el trono, cuya augusta intervención sería invocada por el conde, si hiciese falta. En caso necesario, vuestro tío incluso me hablará de cierta gracia terrestre que inundará mi corazón cuando experimente el placer del deber cumplido. Dios, la ley, el mundo y Octavio quieren que viva, ¿no es verdad? Pues bien, si no existe otra dificultad, mi respuesta zanja la cuestión: ¡No viviré! Volveré a ser muy blanca, muy inocente, pues estaré en mi mortaja, adornada con la palidez irreprochable de la muerte. No hay en esto la menor *terquedad de mula*. Esa terquedad de mula de la que me habéis acusado riendo es, en la mujer, el efecto de una certidumbre, una visión del futuro. Si mi marido, por amor, tiene la sublime generosidad de olvidarlo todo, yo no olvidaré nada. ¿El olvido depende acaso de nosotros? Cuando una viuda se casa, el amor hace de ella una jovencita y

contrae matrimonio con el hombre amado; pero yo no puedo amar a los hombres. Esto es todo. Cada vez que mi mirada se cruzase con la suya, vería mi falta en sus ojos, aunque los ojos de mi marido estuviesen llenos de amor. La magnitud de su generosidad me demostraría la magnitud de mi delito. Mi mirada, eternamente inquieta, leería siempre una sentencia invisible. Mi corazón abrigaría recuerdos confusos que lucharían entre sí. El matrimonio no despertaría jamás en mi ser las crueles delicias, el delirio mortal de la pasión; mataría a mi marido con mi frialdad, mediante comparaciones que se adivinarían, pese a hallarse ocultas en el fondo de mi conciencia. ¡Oh! El día en que notase algún reproche involuntario, aunque fuese contenido, en una arruga de la frente, en una mirada entristecida, en un gesto imperceptible, nada me contendría: me partiría la cabeza sobre un pavimento que encontraría más clemente que mi marido. Mi susceptibilidad pagaría quizá los gastos de esta muerte horrible y dulce. Acaso moriría víctima de una impaciencia causada a Octavio por un asunto de Estado, o equivocada por una injusta sospecha. ¡Ay! ¡Quizá tomaría una prueba de amor por una prueba de desdén! ¡Qué doble suplicio! Octavio dudaría siempre de mí y yo dudaría siempre de él. Aunque de manera bien involuntaria lo opondría a un rival indigno de él, un hombre que desprecio pero que me ha hecho conocer voluptuosidades grabadas con rasgos de fuego, de las que me avergüenzo pero de las que me acuerdo irresistiblemente. ¿No tenéis bastante con que os abra mi corazón? Nadie, señor, puede demostrarme que el amor recomienza, pues no puedo ni quiero aceptar el amor de nadie. Una doncella es como una flor recién cogida; pero la mujer culpable es una flor pisoteada. Vos sois floricultor y debéis saber si es posible enderezar este tallo, reavivar estos colores marchitos, llevar de nuevo la savia a estos tubos tan delicados, cuya potencia vegetativa proviene en su totalidad de su perfecta rectitud... Si algún botánico se librase a esta operación, ¿borraría los pliegues de la túnica arrugada, este hombre genial? ¡Si rehiciese una flor, sería Dios! ¡Sólo Dios puede rehacerme! Bebo el amargo cáliz de la expiación; pero, al beberlo, me he repetido una y otra vez esta frase: *Expiar no es borrar*. Sola en mi pabellón, como un pan mojado por mis lágrimas; pero nadie me ve comerlo, nadie me ve llorando. Si volviese con Octavio, tendría que renunciar a las lágrimas, pues mis lágrimas lo ofenderían. ¡Oh, señor! ¿Cuántas virtudes hay que pisotear, no para entregarse, sino para volver junto a un marido que una ha engañado? ¿Y quién puede contarlo? Únicamente Dios, pues sólo Él es el confidente y el promotor de estas horribles delicadezas, que sin duda hacen palidecer a sus ángeles. Ved, iré más lejos aún. Una mujer tiene valor ante un marido que no sabe nada; muestra entonces en su hipocresía una fuerza salvaje; engaña para dar una doble felicidad. ¿Pero no es envilecedora una certidumbre mutua? ¿Cambiaría humillaciones por éxtasis? ¿No terminaría Octavio por hallar depravación en mi consentimiento? El matrimonio se funda en la estima, en los sacrificios hechos por ambas partes; pero ni Octavio ni yo podemos estimarnos al día siguiente de habernos reunido de nuevo: él me deshonorará con un amor de anciano por una cortesana; y yo, tendré la vergüenza perpetua de ser

una cosa en lugar de una dama. No seré la virtud, sino el placer en su casa. Estos son los frutos amargos de una falta. He convertido el lecho conyugal en lecho de brasas, en el que sólo puedo dar vueltas sin dormir. Aquí tengo horas de tranquilidad, horas durante las cuales olvido; pero, en mi casa, todo me recordaría la mancha que deshonor mi vestido de desposada. Cuando aquí sufro, bendigo mi sufrimiento y digo a Dios: ¡*Gracias!* Pero en su casa, me sentiría llena de espanto y disfrutaría de unos goces que no merezco. Todo esto, señor, no son razonamientos, sino el sentimiento de un alma muy vasta, pues ha sido socavada durante siete años por el dolor. Y por último... ¿debo hacer esta espantosa confesión? Me siento constantemente el seno mordido por un hijo concebido en la embriaguez y la alegría, cuando creía en la felicidad, por un niño que amamanté durante siete meses, y de quien estaré encinta toda la vida. Si unos nuevos hijos buscasen en mí su alimento, beberían lágrimas que, mezcladas con mi leche, la volverían agria. Poseo la apariencia de la ligereza y os parezco una niña... ¡Oh, sí, tengo la memoria de una niña, esa memoria que vuelve a encontrarse en las proximidades de la tumba! Así, como veis, no existe situación en esta bella vida a la que el mundo y el amor de un marido quieren conducirme de nuevo, que no sea falsa, que no oculte añagazas, que no abra a mis pies precipicios por los que me despeñaría, desgarrada por despiadadas aristas. Hace ya cinco años que viajo por los páramos de mi futuro, sin encontrar en ellos un lugar acogedor para entregarme al arrepentimiento, pues mi alma se halla invadida por un verdadero arrepentimiento. La religión tiene respuesta para todo esto y yo la sé de memoria. Estos sufrimientos, estas dificultades son mi castigo, me dice, y Dios me dará fuerzas para soportarlos. Esto, señor, es una razón para algunas almas piadosas, dotadas de una energía que me falta. Entre el infierno donde Dios no me impedirá bendecir su nombre, y el infierno que me espera en casa del conde Octavio, mi elección ya está hecha.

”Una última palabra. Si fuese una doncella y tuviese mi experiencia actual, sería yo quien elegiría a mi esposo. Y ésta es precisamente la razón de mi negativa: no quiero tener que sonrojarme en presencia de este hombre. ¡Comprendedlo! ¡Yo estaría siempre de rodillas a sus pies! Y si cambiásemos de postura, la encontraría despreciable. No quiero que me trate mejor a causa de mi falta. ¡El ángel que se atreviese a mostrar ciertas brutalidades, las que se permiten por ambas partes cuando ambas partes son mutuamente irreprochables, este ángel no existe en la tierra, sino que está en el cielo! Octavio es todo delicadeza, lo sé; pero en su alma (por grande que sea, no deja de ser un alma de hombre) no existen garantías para la nueva vida que llevaría en su casa. Así, pues, venid a decirme dónde puedo hallar esta soledad, esta paz, este silencio amigos de las irreparables desdichas, y que vos me habéis prometido”.

“Después de haber sacado de esta carta la copia que aquí veis, para conservar íntegro este monumento, me fui a la rue Payenne. La inquietud había vencido el poder del opio. Octavio se paseaba como un demente por su jardín.

”—Responded a esto —le dije, entregándole la carta de su mujer—. Tratad de tranquilizar al pudor instruido. Es un poco más difícil que sorprender al pudor que se ignora y que la curiosidad os entrega.

”—¡Es mía!... —exclamó el conde, cuyo semblante expresaba la dicha a medida que leía la carta.

”Me indicó por señas que lo dejase solo, al sentirse observado en su alegría. Comprendí que la excesiva felicidad, como el dolor excesivo, obedecen a las mismas leyes; fui a recibir a madame de Courteville y Amelia, que aquel día cenaban en casa del conde. Por bella que fuese mademoiselle de Courteville, al volver a verla comprendí que el amor tiene tres caras y que las mujeres que nos inspiran un amor completo son rarísimas. Al comparar involuntariamente a Amelia con Honorina, hallé mayor encanto en la mujer culpable que en la joven pura. Para Honorina, la fidelidad no era un deber, sino la fatalidad del corazón, mientras que Amelia iba a pronunciar con aire sereno unas promesas solemnes, cuyo alcance y obligaciones ignoraba. La mujer agotada, medio muerta, la pecadora que había que alzar del lodo me parecía sublime, despertaba la generosidad natural del hombre, exigía todos sus tesoros al corazón, todos sus recursos al poder; llenaba la vida, ponía en ello una lucha, una lucha por la felicidad; mientras que Amelia, casta y confiada, iba a encerrarse en la esfera de una apacible maternidad, cuya poesía sería lo cotidiano y prosaico, en la que mi espíritu no encontraría ni combate ni victoria.

”¿Qué joven puede elegir la yesosa y apacible extensión que hay entre la llanura de la Champaña y los Alpes nevados, tempestuosos pero sublimes? No, semejantes comparaciones son fatales y malas en el umbral de la vicaría. ¡Ay! Es necesario haber experimentado la vida para saber que el matrimonio excluye a la pasión, que la familia no podría tener por base las tempestades del amor. Después de haber soñado el amor imposible con sus innumerables fantasías, después de haber saboreado las crueles delicias de lo ideal, tenía ante mis ojos una modesta realidad. ¡Qué queréis, compadecedme! A mis veinticinco años, dudaba de mí; pero adopté una resolución viril. Fui a ver al conde so pretexto de comunicarle la llegada de sus primas, y vi que se había rejuvenecido bajo el reflejo de sus esperanzas.

”—¿Qué tenéis, Mauricio? —me dijo, sorprendido ante mis facciones alteradas.

”—Señor conde...

”—¿Ya no me llamás Octavio? ¿Vos a quien deberé la vida, la felicidad?...

”—Mi querido Octavio, si conseguís volver la condesa a sus deberes, la he estudiado bien... (me miró como Otelo debió mirar a Yago, cuando éste consiguió despertar la primera sospecha en el cerebro del moro); jamás debe de volver a verme, debe ignorar que habéis tenido a Mauricio por secretario; no pronunciéis jamás mi nombre, que nadie se lo recuerde, pues, de lo contrario, todo estaría perdido... Habéis dispuesto que me nombrasen procurador del Consejo... Pues bien: obtenedme algún puesto diplomático en el extranjero, un consulado por ejemplo, y abandonad toda idea de casarme con Amelia... ¡Oh, desechad toda inquietud! —proseguí al ver que

se enderezaba—. Llevaré mi papel hasta el fin...

”—¡Pobre amigo! —me dijo estrechándome la mano mientras se esforzaba por reprimir las lágrimas que le humedecían los ojos.

”—Me disteis guantes —contesté riendo— pero yo no me los puse.

”Combinamos entonces lo que yo debía hacer aquella noche en el pabellón, a donde volvería al atardecer. Corría el mes de agosto, el día fue cálido y borrascoso, pero la tormenta permanecía suspendida en el aire, el cielo parecía de cobre, los perfumes de las flores tenían una pesada fragancia, yo me sentía dentro de un invernadero y de pronto deseé que la condesa hubiese partido hacia las Indias; pero estaba vestida con una levita de muselina blanca abrochada con nudos de cinta azul, recién peinada y con sus bucles acariciando sus mejillas, sentada en un banco de madera en forma de canapé, bajo un bosquecillo, con los pies sobre un pequeño escabel de madera, asomando bajo su falda. Sin levantarse, me indicó que me sentara a su lado, diciéndome:

”—¿No es verdad que la vida no tiene solución para mí?

”—La vida que os habéis creado, no —le contesté— pero la que yo quiero que sigáis, sí; pues, si queréis, aún podréis ser muy dichosa...

”—¿Y cómo? —me preguntó.

”—Toda su persona me interrogaba.

”—Vuestra carta está en manos del conde.

”Honorina se irguió como una cierva sorprendida, dio tres pasos con vivacidad, se puso a andar y dar vueltas por el jardín, permaneció de pie durante unos momentos y terminó yéndose a sentar sola en su salón, donde la encontré después de darle tiempo para que se acostumbrase al dolor causado por aquella puñalada.

”—¡Vos! ¡Un amigo!... Decid más bien un traidor, un espía de mi marido, quizás.

”—El instinto, en las mujeres, equivale a la perspicacia de los grandes hombres.

”—Vuestra carta requería una respuesta, ¿no es cierto?, y sólo existe un hombre en el mundo capaz de escribirla... Así, pues, leeréis la respuesta, mi querida condesa y, si después de esta lectura seguís sin encontrar solución a la vida, el espía os demostrará que es un amigo, pues os haré ingresar en un convento del que todo el poder del conde no podrá arrancaros; pero, antes de ir a él, escuchemos la parte contraria. Existe una ley divina y humana a la que incluso el odio finge obedecer, y que ordena no condenar sin oír antes la defensa. Hasta el momento habéis condenado, como hacen los niños, tapándoos los oídos. Una fidelidad de siete años tiene sus derechos. Así, pues, leeréis la respuesta de vuestro esposo. Le he transmitido, por mediación de mi tío, la copia de vuestra carta, y mi tío le ha preguntado qué respondería si su esposa le escribiese una carta concebida en semejantes términos. De este modo vos no quedáis comprometida. Este santo varón traerá personalmente la carta del conde. Ante el bueno de mi tío y ante mí, por dignidad y por vuestra propia estima, debéis leer esta misiva, si no queréis pasar por una niña díscola y encolerizada. Debéis este sacrificio al mundo, a la ley y a Dios.

”Como ella no veía ningún menoscabo para su voluntad de mujer en esta condescendencia, consintió en ello. Todo aquel trabajo de cuatro o cinco meses se había realizado para llegar a aquel momento. ¿Mas no es cierto que las pirámides terminan en una puta sobre la que puede posarse un pájaro?... El conde ponía todas sus esperanzas en esta hora suprema y por último había llegado a ella. No encuentro nada, en los recuerdos de toda mi vida, que sea más formidable que la entrada de mi tío en aquel saloncito Pompadour a las diez de la noche. Aquella cabeza, cuyos cabellos plateados estaban realzados por sus vestiduras de un negro riguroso, y aquel semblante de una calma divina produjeron un efecto mágico sobre la condesa; Honorina experimentó el frescor de un bálsamo sobre sus heridas y quedó iluminada sin saberlo por un reflejo de aquella radiante virtud.

”—¿El señor cura de los Blancs-Manteaux! —anunció la Gobain.

”—¿Traéis un mensaje de paz y felicidad, mi querido tío? —le pregunté.

”—Quien sigue los Mandamientos de la Iglesia encontrará siempre la felicidad y la paz —respondió mi tío, tendiendo a la condesa la misiva siguiente:

”Mi querida Honorina:

“Si me hubieseis hecho la merced de no dudar de mí, si hubieseis leído la carta que os escribí hace cinco años, os hubieseis ahorrado cinco años de trabajo inútil y de privaciones que me tienen desolado. En ella os proponía un pacto cuyas cláusulas destruían todos vuestros temores y hacían posible nuestra vida interior. Tengo que hacerme grandes reproches y en siete años de dolor he adivinado todas mis faltas. Había comprendido mal el matrimonio. No supe adivinar el peligro cuando éste os amenazaba. Tenía un ángel en mi casa y el Señor me había dicho: *¡Guárdalo bien!*, el Señor que castigó la temeridad de mi confianza. No podéis asestaros un solo golpe que no repercuta en mí. ¡Tened compasión de mí, mi querida Honorina! Comprendí tan bien vuestra susceptibilidad, que no quise devolveros a la vieja mansión de la rue Payenne, donde puedo vivir sin vos, pero no soportaría de nuevo en vuestra compañía. Estoy decorando con gozo otra casa en el arrabal Saint-Honoré, a la que espero conducir no una mujer castigada por su ignorancia de la vida y adquirida por la ley, sino una hermana que me permitirá depositar en su frente el ósculo que un padre da a una hija amada todos los días. ¿Me privaréis del derecho que he sabido conquistar sobre vuestra desesperación, el derecho de velar de cerca por vuestras necesidades, vuestros placeres, vuestra propia vida? Las mujeres tienen un corazón particular, siempre lleno de excusas: el de su madre. Vos no habéis conocido más madre que la mía, que os hubiera hecho volver a mi lado. ¿Pero cómo no habéis adivinado que yo tenía para vos el corazón de mi madre y el de la vuestra juntos? Sí, querida, mi afecto no es pequeño ni usa de argucias; es de los que no permiten que la contrariedad arrugue las facciones de una criatura adorada. ¿Por quién tomáis al compañero de vuestra infancia, Honorina, al creerlo capaz de aceptar besos temblorosos, de dividirse entre la alegría y la inquietud? No temáis tener que sufrir las lamentaciones de una pasión mendicante; sólo he querido que vinieseis después



de asegurarme de que podría dejaros en entera libertad. Vuestra altivez solitaria os ha hecho exagerar las dificultades; podréis asistir a la vida de un hermano o de un padre sin sufrimientos ni alegrías si así lo deseáis; pero no encontraréis a vuestro alrededor mofa ni indiferencia, ni dudas sobre las intenciones. El calor de la atmósfera en que viviréis será siempre igual y dulce, sin tempestades, sin ninguna tempestad. Si más adelante, después de adquirir la seguridad de que estáis en vuestra casa como ahora estáis en vuestro pabellón, deseáis introducir en ella otros elementos de felicidad, pasatiempos, distracciones, podréis ampliar su círculo a vuestro antojo. La ternura de una madre no contiene desdén ni piedad. ¿Qué es? El amor sin el deseo. Pues bien, junto a mí, la admiración ocultará todos los sentimientos en que quisierais ver ofensas. Así, ambos podremos encontrarnos nobles, viviendo juntos. En vos, la benevolencia de una hermana, el espíritu afectuoso de una amiga, podrán satisfacer todo cuanto ambiciona quien quiere ser vuestro compañero, y podréis medir su ternura por los esfuerzos que hará para ocultárosla. Ni vos ni yo sentiremos celos por nuestro pasado, pues ambos reconocemos tener bastante inteligencia para mirar únicamente hacia adelante. Imaginaos, pues, ya en vuestra casa, en vuestra mansión, siendo todo lo que erais en la rue Saint-Maur: inviolable, solitaria, ocupada a vuestro antojo, rigiéndoos por vuestras propias leyes; pero contaréis además con una protección legítima que en este momento os obliga a los trabajos del amor más caballeresco, y la consideración que da tanto lustre a las mujeres, y una fortuna, que os permitirá realizar tantas buenas obras. Honorina, cuando queráis una absolución inútil, la vendréis a pedir; no os será impuesta por la Iglesia ni por el Código; dependerá de vuestro orgullo, de vuestro propio impulso. Mi mujer quizá podía temer todo lo que os espanta, pero no la amiga ni la hermana ante la que estoy obligado a mostrar los modales y las consideraciones de la cortesía. Me bastará con veros dichosa para ser feliz; lo he demostrado durante estos siete años. ¡Ah!, las garantías de la palabra que os doy, Honorina, están en todas las flores que habéis hecho, preciosamente guardadas, regadas con mis lágrimas, y que son, como los quipu de los peruanos, la historia de nuestros dolores. Si este pacto secreto no os conviniese, mi niña, he rogado al santo varón portador de esta carta que no pronuncie ni una sola palabra en mi favor. No quiero deber vuestro regreso a los terrores con que os impresionaría la Iglesia ni a las órdenes de la ley. Sólo de vos misma quiero recibir la sencilla y modesta felicidad que pido. Si insistís en seguir imponiéndome la vida sombría y falta de sonrisas fraternales que llevo desde hace nueve años, si permanecéis en vuestro desierto, sola e inmóvil, mi voluntad se inclinará ante la vuestra. Sabedlo bien: no conoceréis mayor turbación que la que habéis conocido hasta hoy. Haré despedir al loco que se ha entrometido en vuestra vida y que quizás os ha apenado...”

”—Señor —dijo Honorina dejando de leer y guardando la carta en su escote, mientras miraba a mi tío— os doy las gracias y aprovecharé el permiso que me da el señor conde para seguir aquí...”

”—¡Ah! —grité.

”Esta exclamación me valió una inquieta mirada de mi tío, y de la condesa un guiño malicioso que me iluminó, haciéndome comprender sus motivos. Honorina quiso saber si yo era un comediante, un pajarero, y tuve la triste satisfacción de engañarla con aquella exclamación, que era uno de esos gritos surgidos del corazón que las mujeres conocen tan bien.

”—¡Ah, Mauricio! —me dijo—. ¡Vos sabéis amar!

”El destello que brilló en mis ojos era otra respuesta que hubiera disipado la inquietud de la condesa, si aún le quedase alguna. De este modo el conde se servía de mí hasta el último instante. Honorina volvió a tomar entonces la carta del conde para terminar su lectura. Mi tío me hizo una seña y me levanté.

”—Dejemos a la señora —me dijo.

”—¿Os vais ya, Mauricio? —me preguntó ella sin mirarme.

”Se levantó para seguirnos sin dejar de leer y, al llegar al umbral del pabellón, me tomó la mano, me la estrechó muy afectuosamente y me dijo:

”—Volveremos a vernos...

”—No —respondí, apretándole la mano hasta hacerle daño—. ¡Vos amáis a vuestro marido! Partiré mañana.

”Y me fui precipitadamente, dejando a mi tío con ella. Honorina le preguntó:

”—¿Qué le sucede a vuestro sobrino?

”El pobre abate completó mi obra señalándose la cabeza y el corazón como para decir: «¡Disculpadlo, señora, porque no está en su sano juicio!», lo cual era más cierto de lo que él suponía.

”Seis días después, partí con un nombramiento de vicedónsul para España, a una gran ciudad mercantil donde en poco tiempo podía prepararme para escalar los más altos puestos de la carrera consular, a la que mis ambiciones se hallaban limitadas.

”Poco tiempo después de mi toma de posesión, recibí la siguiente carta del conde:

”Mi querido Mauricio:

”Si fuese feliz no os escribiría; pero he recommenzado otra vida de dolor: vuelvo a ser joven por el deseo, con todas las impaciencias de un hombre que pasa ya de los cuarenta años y con la prudencia del diplomático que sabe refrenar su pasión. Cuando partisteis, ella aún no me admitía en el pabellón de la rue Saint-Maur; pero en una carta me prometió que pronto me daría permiso para ir; era la carta dulce y melancólica de una mujer que temía las emociones de una entrevista. Después de esperar más de un mes, me atreví a presentarme, haciendo preguntar por la Gobain si podía recibirme. Tomé asiento en una silla, en la avenida y cerca del quiosco del portero, y allí permanecí casi una hora con la cabeza entre las manos.

”—La señora ha querido vestirse —me dijo la Gobain con el fin de ocultar bajo una coquetería honorable para mí la irresolución de Honorina.

”Durante un buen cuarto de hora, ambos nos vimos afectados por un temblor nervioso involuntario, tan fuerte como el que se apodera de los oradores en la tribuna,

y cambiamos frases medrosas, como las de las personas sorprendidas que simulan una conversación.

”—Ved, Honorina —le dije con los ojos llenos de lágrimas— cómo se ha roto el hielo; tiemblo hasta tal punto de dicha, que os ruego que perdonéis la incoherencia de mi lenguaje. Durante mucho tiempo no sabré hablar de otro modo.

”—No es ningún crimen que un hombre esté enamorado de su mujer —me respondió ella con una sonrisa forzada.

”—Os pido, por favor, que no continuéis trabajando como hasta ahora. Sé por madame Gobain que vivís desde hace veinte días de vuestros ahorros; tenéis una renta de sesenta mil francos y, si no queréis entregarme vuestro corazón, al menos no me dejéis vuestra fortuna.

”—Conozco vuestra bondad desde hace mucho tiempo —dijo ella.

”—Si os agrada continuar aquí —le respondí yo— y conservar vuestra independencia; si el amor más ardiente no halla merced a vuestros ojos, al menos no sigáis trabajando...

”Le ofrecí tres documentos por cada uno de los cuales le pasaba doce mil francos de renta; ella los tomó, los abrió con indiferencia y, después de leerlos, Mauricio, por toda respuesta sólo me dirigió una mirada. ¡Ah, comprendió bien que no era dinero lo que le daba, sino la libertad!

”—Me habéis vencido —me dijo, tendiéndome una mano que yo besé—. Venid a verme siempre que os plazca.

”Así, ella me había recibido haciéndose una verdadera violencia. Al día siguiente la encontré mostrando una falsa alegría y fue necesario que me acostumbrase durante dos meses para conocer su verdadero carácter. Pero entonces fue como un mayo delicioso, una primavera de amor que me proporcionó inefables alegrías; libre al fin de temor, ella se dedicaba a estudiarme. Mas, por desgracia, cuando le propuse que fuese a Inglaterra para reunirse ostensiblemente conmigo, a fin de volver a su casa, a su antiguo rango, a habitar su nueva mansión, el espanto la dominó.

”—¿Por qué no vivir siempre así? —me dijo.

”Yo me resigné, sin responder palabra.

”—¿Se trata de una experiencia? —me pregunté al dejarla.

”Al ir de mi casa a la rue Saint-Maur, me animaba, los pensamientos de amor henchían mi corazón y me decía, como un adolescente:

”—Esta noche cederá...

”Toda aquella fuerza ficticia o real se disipaba ante una sonrisa, ante una orden de sus ojos altivos y tranquilos, no alterados por la pasión. Aquella terrible frase repetida por vos: *Lucrecia escribió con su sangre y un puñal la primera palabra de la carta de las mujeres: ¡LIBERTAD!*, volvía a mí, me helaba. Sentía de manera imperiosa hasta qué punto era necesario el consentimiento de Honorina, y cómo era imposible arrancárselo. ¿Adivinaba las tempestades que me agitaban tanto a la vuelta como a la ida? Terminé por pintarle mi situación en una carta, renunciando a exponérsela de

palabra. Honorina no me respondió; se apoderó de ella tal tristeza, que hice como si no le hubiese escrito. Sentí una pena violenta al pensar que había podido afligirla; ella leyó en mi corazón y me perdonó. Vais a saber cómo: Hace tres días, me recibió por primera vez en su habitación azul y blanca. La estancia estaba llena de flores, adornada e iluminada. Honorina estaba encantadora con su atavío. El rostro que vos conocéis estaba enmarcado por ligeros bucles; se adornaba el peinado con brezos de El Cabo; llevaba un vestido de muselina blanca, con cinturón blanco de largos extremos flotantes. Sabéis cómo es en su simplicidad; pero, aquel día, era una recién casada, era la Honorina de los primeros días. Sin embargo mi alegría no tardó en helarse, pues su fisonomía mostraba una terrible gravedad; había fuego bajo aquel hielo.

”—Octavio —me dijo—. Seré vuestra mujer cuando lo deseéis, pero sabedlo bien: esta sumisión tiene sus peligros, puedo resignarme...

”Hice un ademán.

”—Sí —dijo ella—, os comprendo, la resignación os ofende y queréis lo que no puedo daros: el amor. ¡La religión, la piedad, me han obligado a renunciar a mi voto de soledad y vos estáis aquí!

”Hizo una pausa.

”—De momento —prosiguió— no habéis pedido más; ahora, queréis a vuestra esposa. Pues bien, os devuelvo a Honorina tal como es, y sin engañaros acerca de lo que será. ¿Qué seré? ¡Madre! Lo deseo. ¡Sí, creedme, lo deseo vivamente! Tratad de transformarme, consiento en ello; pero, si muero, amigo mío, no maldigáis mi memoria ni acuséis de terquedad lo que yo llamaría el culto del ideal, si no fuese más natural llamar al sentimiento indefinible que me matará, el culto de lo divino. El porvenir ya no me concierne, pues vos os ocuparéis de él. ¿Qué pensáis hacer?...

”Tomó entonces asiento, en aquella pose serena que vos habéis sabido admirar, y me miró, palideciendo bajo los efectos del dolor que me había causado. Sentí frío en la sangre. Al ver el efecto que producían sus palabras, me tomó las manos para estrecharlas y decirme:

”—Octavio, te amo, pero de manera distinta a como tú quieres ser amado: amo a tu alma... Pero tienes que saber que te amo lo suficiente para morir a tu servicio, como una esclava de Oriente, y sin pesar alguno. Ésta será mi expiación.

”Hizo más aún: se postró de hinojos sobre un cojín, ante mí, y, en un acceso de caridad sublime, me dijo...

”—Después de todo, quizá no moriré...

”Hace ya dos meses que combato. ¿Qué hacer?... Mi corazón rebosa y busco el de un amigo para derramar en él este grito: ¿Qué hacer?”

“Nada respondí a esta carta. Dos meses después, los periódicos anunciaron la llegada, a bordo de un paquebote inglés, de la condesa Honorina que volvía a reunirse con su familia después de unos acontecimientos de viaje inventados con tanta habilidad, que nadie los puso en duda. A mi llegada a Génova, recibí una carta

dándome cuenta de que la condesa había dado felizmente a luz un hijo. Sostuve la carta entre mis manos durante dos horas, en esta misma terraza y sentado en este banco. Dos meses después, hostigado por Octavio, por los señores de Granville y de Sérisy, mis protectores, abrumado por la reciente pérdida de mi tío, consentí en contraer matrimonio.

”Seis meses después de la revolución de julio, recibí la siguiente carta, que pone punto final a la historia de esta pareja:

”Señor Mauricio:

”Me muero, pese a ser madre y quizá porque soy madre. He representado muy bien mi papel de mujer: engañé a mi marido, tuve alegrías tan auténticas como las lágrimas que las actrices vierten en el teatro. Muero por la sociedad, por la familia y por el matrimonio, como los primeros cristianos morían por Dios. No sé de qué muero y trato de averiguarlo con buena fe, pues no soy obstinada; pero deseo explicaros mi mal, explicároslo a vos, que trajisteis a mi vera al cirujano celeste, vuestro tío, fiada en cuya palabra me entregué. Él fue mi confesor, lo cuidé en su última enfermedad e indicándome el cielo, me ordenó que continuase cumpliendo mi deber. Y lo he cumplido. No censuro a las que olvidan; las admiro como naturalezas fuertes, necesarias, pero yo tengo la enfermedad del recuerdo. Este amor del corazón que nos identifica con el hombre amado, no he podido sentirlo dos veces. Hasta el último instante, bien lo sabéis, grité a vuestro corazón, al confesionario, a mi marido: *¡Tened piedad de mí!...* No ha habido piedad, pues bien, me muero. Me muero haciendo gala de un valor inaudito. No hubo jamás cortesana más risueña que yo. Mi pobre Octavio es feliz y dejó que su amor se alimente de los espejismos de mi corazón. Prodigó mis fuerzas en este juego terrible; la actriz recibe aplausos es festejada y colmada de flores; pero el rival invisible viene todos los días a buscar su presa, que es un trozo de mi vida. ¡Desgarrada, aún sonrío! ¡Sonrío a dos niños, pero el mayor, el muerto, triunfa! Ya os lo he dicho: el niño muerto me llama y voy a él. La intimidación sin amor es una situación en la que mi alma se deshonor a cada instante. Únicamente puedo llorar y abandonarme a mis ensueños cuando estoy sola. Las exigencias del mundo y de mi casa, el cuidado de mi hijo, mi obligación de velar por la felicidad de Octavio, no me dejan ni un instante para adquirir nuevo temple, para reunir las fuerzas que hallaba en mi soledad. El quien vive perpetuo sorprende constantemente a mi corazón sobresaltado. No he sabido montar en mi alma aquella vigilancia de oído ágil, de palabras mentirosas, de ojo de lince. No es una boca amada quien bebe mis lágrimas y bendice mis párpados, sino un pañuelo que las enjuaga; el agua refresca mis ojos inflamados y no unos labios queridos. ¡Hago comedia con mi alma y acaso por esto muero! Encierro la pena con tanto cuidado, que nada de ella se muestra al exterior; pero tiene que roer algo y entonces destruye mi vida. He dicho a los médicos que han descubierto mi secreto:

”—Hacedme morir de una enfermedad plausible; de lo contrario, arrastraré a mi marido a la tumba.

”Así, pues, hemos convenido, entre los doctores Desplein, Bianchon y yo, que muero de un reblandecimiento de no sé qué hueso que la ciencia ha descrito perfectamente. ¡Octavio se cree adorado! ¿Me comprendéis bien? Tengo miedo que me siga. Os escribo para rogaros que, llegado el caso, os convirtáis en el tutor del joven conde. Os incluyo una memoria donde manifiesto este deseo: sólo lo utilizaréis en el momento en que sea necesario, pues tal vez soy demasiado fatua y mi oculto sacrificio dejará quizás a Octavio inconsolable, pero vivo. ¡Pobre Octavio! Le deseo una esposa mejor que yo, pues merece mucho que lo amen. Ya que mi espía espiritual se ha casado, recuerde bien la enseñanza que le lega la florista de la rue Saint-Maur: ¡Que vuestra esposa sea pronto madre! Lanzadla a las materialidades más vulgares del matrimonio; impedidle que cultive en su corazón la misteriosa flor del ideal, aquella perfección celeste en la que yo creí, aquella flor encantada de colores ardientes, y cuyo perfume hace aborrecer la realidad. Soy una santa Teresa que no pudo alimentarse de éxtasis en el fondo de un convento con el divino Jesús, con un ángel irreprochable, al lado, que iba a visitarla. Me habéis visto dichosa entre mis flores bienamadas. No os lo he dicho todo: veía florecer el amor bajo vuestra falsa demencia; os oculté mis pensamientos, mis poesías; no os hice entrar en mi bello reino. Sé, en fin, que amaréis a mi hijo por amor hacia mí, si un día se encontrase sin su pobre padre. Guardad mis secretos como la tumba me guardará. No me lloréis: hace ya mucho tiempo que he muerto, si san Bernardo tuvo razón al decir que no hay vida sin amor”.

—Y la condesa murió —dijo el cónsul recogiendo las cartas y cerrando la cartera con llave.

—¿Vive aún el conde? —preguntó el embajador—. Desde la revolución de julio, ha desaparecido de la escena política.

—¿Os acordáis, señor de Lora —dijo el cónsul general— de haberme visto acompañando al vapor...?

—¿A un hombre de cabellos blancos, a un anciano? —preguntó el pintor.

—Un anciano de cuarenta y cinco años que iba en busca de la salud y de distracciones al sur de Italia. Este anciano era mi pobre amigo, mi protector, que pasaba por Génova para despedirse de mí, para confiarme su testamento... Me nombra tutor de su hijo. No ha sido necesario que le mencionase la última voluntad de Honorina.

—¿Llegó a percatarse de su posición de asesino? —preguntó mademoiselle des Touches al barón del Hostal.

—Sospecha la verdad —respondió el cónsul— y esto es lo que lo mata. Lo acompañé en el vapor que lo condujo a Nápoles, hasta más allá de la rada; tomé una barca para regresar. Durante algún tiempo nos hicimos gestos de adiós. Un adiós que temo será eterno. ¡Sólo Dios sabe cuánto se ama al confidente de nuestro amor, cuando aquella que lo inspiraba ya no existe! “Este hombre posee, me decía Octavio, un hechizo, se halla rodeado de una aureola”. Llegado a la proa, el conde contempló

el Mediterráneo; hacía buen tiempo por ventura y sin duda conmovido por aquel espectáculo, me legó estas últimas palabras: “En interés de la naturaleza humana, acaso habría que averiguar cuál es este poder irresistible que nos sacrifica al más efímero de todos los placeres y, pese a nuestra razón, una criatura divina... En mi conciencia he oído gritos y lamentos. Honorina no se lamentó sola. ¡Y yo quise!... ¡Los remordimientos me devoran! En la rue Payenne moría a causa de los placeres que no tenía; en Italia moriré de los placeres que he saboreado... ¿De dónde procede el desacuerdo entre dos naturalezas igualmente nobles, pregunto?”.

Un profundo silencio reinó en la terraza durante unos instantes.

—¿Era virtuosa Honorina? —preguntó el cónsul a las dos damas.

Mademoiselle des Touches se levantó, tomó al cónsul por el brazo, se alejó con él unos pasos y dijo:

—¿No son también culpables los hombres de venir a nosotras, de hacer su mujer de una joven, conservando en el fondo de su corazón imágenes angelicales, comparándonos con rivales desconocidas, con perfecciones tomadas con frecuencia de algún recuerdo, para encontrarnos siempre inferiores?

—Mademoiselle, tendríais razón si el matrimonio se fundase sobre la pasión; tal fue el error de estos dos seres que pronto ya no existirán. El matrimonio con un amor surgido del corazón entre ambos esposos, sería el paraíso.

Mademoiselle des Touches se separó del cónsul y Claude Vignon se acercó a ella para decirle al oído:

—El señor del Hostal es un poco fatuo.

—No —respondió ella, deslizándose esta palabra al oído de Claude—. Aún no ha adivinado que Honorina lo habría amado. ¡Oh! —exclamó al ver acercarse a la esposa del cónsul—. ¡Su mujer ha escuchado al desgraciado!...

Dieron las once en los relojes y todos los invitados regresaron a pie, por la orilla del mar.

—Esto no es la vida —dijo mademoiselle des Touches—. ¡Esta mujer es una excepción rarísima, acaso la más monstruosa, de la inteligencia... una perla! La vida se compone de accidentes variados, de dolores y placeres alternados. El Paraíso del Dante, esta sublime expresión del ideal, este azul constante, sólo se encuentra en el alma, y exigirlo a las cosas de la vida es una voluptuosidad contra la que la naturaleza protesta constantemente. A las almas de este temple les basta con los seis pies que mide una celda y un reclinatorio.

—Tenéis razón —dijo León de Lora—. Pero aunque yo soy algo calavera, no puedo por menos de admirar a una mujer de esta clase, capaz de vivir al lado de un taller, bajo el techo de un pintor, sin salir nunca de él, ni ver el mundo, ni embarrarse en la calle.

—Esto se vio durante varios meses —dijo Claude Vignon con punzante ironía.

—La condesa Honorina no es la única de su especie —respondió el embajador a mademoiselle des Touches—. Un hombre, un político por más señas, un acerbo

escritor, fue objeto de un amor de esta clase, y el pistoletazo que le quitó la vida sólo lo alcanzó a él: la que amaba se enclaustró, aunque no en el convento.

—¡Aún existen pues grandes almas en este siglo! —dijo Camille Maupin, que permaneció pensativa, apoyada en el malecón, durante unos instantes.

París, enero de 1843.





# GOBSECK



## GOBSECK

A la una de la madrugada, durante el invierno de 1829 a 1830, encontrábanse aún en el salón de la vizcondesa de Grandlieu dos personas ajenas a su familia. Un hombre joven y apuesto salió al oír que el reloj de pared daba la hora. Cuando el ruido del carruaje resonó en el patio, la vizcondesa, no viendo más que a su hermano y a un amigo de la familia que terminaban su partida de naipes, acercóse a su hija, quien, de pie ante la chimenea, parecía contemplar una pantalla en litofanía y escuchaba el ruido del cabriolé en una actitud como para justificar los temores de su madre.

—Camila, si seguís adoptando en el joven conde de Restaud la conducta que habéis observado esta noche, me obligaréis a no volver a recibirlo. Escuchadme, hija mía, si tenéis confianza en mi cariño, dejadme que os guíe en el *camino* de la vida. A los diecisiete años de edad no se sabe juzgar ni el futuro ni el pasado, ni ciertas consideraciones sociales. Sólo voy a haceros una observación. El señor de Restaud tiene una madre que es *capaz* de devorar millones, una mujer mal nacida, una tal señorita Goriot que en otro tiempo dio mucho que hablar. Se ha portado tan mal con su padre que en realidad no merece tener tan buen hijo. El joven conde la adora y la trata con una piedad filial digna del mayor encomio; sobre todo cuida de su hermano y de su hermana con una extraordinaria solicitud. Por muy admirable que sea tal conducta —añadió la condesa con acento irónico—, mientras exista su madre, todas las familias tendrán miedo de confiar a ese joven Restaud el porvenir y la fortuna de una muchacha.

—He oído unas palabras que me dan ganas de intervenir entre vos y la señorita de Grandlieu —exclamó el amigo de la familia—. He ganado, señor conde —dijo dirigiéndose a su adversario—. Os dejo para correr en auxilio de vuestra sobrina.

—A eso le llaman tener oído de abogado —exclamó la vizcondesa—. Mi querido Derville, ¿cómo habéis podido oír lo que en voz baja le estaba diciendo a Camila?

—He comprendido lo que decían vuestras miradas —respondió Derville, sentándose en una poltrona, en el rincón de la chimenea.

—El tío fue a colocarse al lado de su sobrina, y la señora de Grandlieu acomodóse en una silla baja, entre su hija y Derville.

—Ya es hora, señora vizcondesa, que os cuente una historia que os hará modificar la forma en que juzgáis la fortuna del conde Ernesto de Restaud.

—¡Una historia! —exclamó Camilo—. Empezad, pues, en seguida, caballero.

Derville lanzó a la señora de Grandlieu una mirada que le hizo comprender que el relato había de interesarle. La vizcondesa de Grandlieu era por su fortuna y por la antigüedad de su apellido una de las mujeres más notables del barrio de San Germán; y si es que no parece natural que un abogado de París pudiera hablarle con tanta

familiaridad y se portara con ella de un modo tan caballeresco, este fenómeno, sin embargo, tiene fácil explicación. La señora de Grandlieu, que había regresado a Francia con la familia real, había venido a vivir a París, donde al principio sólo contaba con la ayuda que Luis XVIII le prestó a base del capital de la Lista Civil, situación insoportable. El abogado había tenido ocasión de comprobar ciertos defectos de forma en la venta que la república había realizado en otro tiempo del hotel de Grandlieu, y pretendió que éste había de ser devuelto a la vizcondesa. Empezó un proceso y lo ganó. Animado por este éxito, logró más tarde la restitución del bosque de Liceney. Luego hizo que se recuperasen algunas acciones sobre el canal de Orleans y ciertos inmuebles bastante importantes que el Emperador había otorgado como dote a algunos establecimientos públicos. Restablecida de tal modo, por la habilidad del joven abogado, la fortuna de la señora de Grandlieu habíase elevado a una renta de unos sesenta mil francos aproximadamente en tiempos de la ley sobre la indemnización que le había dado sumas enormes. Hombre de una gran probidad, prudente, modesto y amable, aquel abogado convirtióse entonces en el amigo de la familia. Aunque su conducta para con la señora de Grandlieu le hubiera merecido el aprecio y la clientela de las mejores casas del barrio de San Germán, no se aprovechaba de este favor como se hubiera aprovechado un hombre ambicioso. Oponía resistencia a los ofrecimientos de la vizcondesa, la cual quería hacer que vendiera su cargo y se lanzara a la carrera de la magistratura, en la que, con su protección, habría obtenido el más rápido progreso. Con excepción del hotel de Grandlieu, donde a veces pasaba la velada, sólo acudía a las reuniones de sociedad para conservar las relaciones que en ella poseía. Sentíase muy dichoso de que su talento se hubiera revelado con sus atenciones para con la señora de Grandlieu, ya que había corrido el peligro de malograr sus estudios. Derville no tenía alma de abogado. Desde que el conde Ernesto de Restaud se había introducido en casa de la vizcondesa, y que Derville hubo descubierto la simpatía que Camila experimentaba por aquel joven, habíase convertido en casa de la señora de Grandlieu en un contertulio tan asiduo como hubiera podido serlo un *dandy* de la Chaussée-d'Antin recién admitido en los círculos del noble barrio. Unos días antes habíase encontrado en un baile junto a Camila y dijo a ésta señalándole el joven conde: "Es una lástima que ese muchacho no tenga dos o tres millones, verdad?". "¿Es una desgracia acaso? No lo creo yo así", había respondido la joven. "El señor de Restaud tiene mucho talento, es instruido y está bien considerado por el ministro junto al cual desempeña su labor. No dudo de que algún día llegue a ser un hombre muy notable. *Ese muchacho* tendrá la fortuna que quiera, el día en que llegue al poder". Sí, pero ¿y si fuese ya rico ahora?" "Si fuese rico —dijo Camila ruborizándose—, entonces todas las jóvenes que están aquí se lo disputarían", añadió señalando las cuadrillas. "Y entonces —dijo el abogado—, la señorita de Grandlieu ya no sería la única hacia la cual dirigiría él sus miradas. Veo que os ruborizáis. Os gusta ese joven, ¿no es cierto? Vamos confesádmelo". Camila se había levantado bruscamente. "Lo quiere", pensó

Derville. Desde aquel día, Camila tuvo para con el abogado unas atenciones que antes no tenía al darse cuenta de que éste aprobaba su inclinación por el joven Ernesto de Restaud. Hasta entonces, aunque la joven no ignorase ninguno de los favores que su familia le debía a Derville, había tenido para con él más consideraciones que amistad verdadera, más cortesía que sentimiento; sus maneras, al igual que el tono de su voz, habíanle hecho sentir siempre la distancia que la etiqueta ponía entre los dos. El agradecimiento es una deuda de los padres que los hijos no aceptan así como así.

—Esa aventura —dijo Derville tras una pausa— me recuerda las únicas circunstancias novelescas de mi vida. ¡Ya veo que os reís! —repuso, oyéndole a un abogado hablar de la novela de su vida—. Pero yo tuve veinticinco años como todo el mundo y a esa edad había visto cosas muy extrañas. Debo empezar por hablaros de un personaje que no podéis reconocer. Se trata de un usurero. ¿Os imagináis ese rostro pálido y abotargado, al que yo quisiera que la academia me permitiese dar el nombre de rostro *lunar*? Parecía bermellón desdorado. Los cabellos de mi usurero estaban aplastados, cuidadosamente peinados y eran de un gris ceniciento. Los rasgos de su fisonomía, impasible como la de Talleyrand, parecían haber sido fundidos en bronce. Amarillos como los de una garduña, sus ojillos casi no tenían pestañas y temían la luz; pero la visera de una vieja gorra los protegían de las molestias de ella. Tenía los labios delgados de aquellos alquimistas y vejetes pintados por Rembrandt o por Metzú. Aquel hombre hablaba en voz baja y nunca perdía la calma. Su edad constituía un problema: no era posible saber si era viejo antes de tiempo o si había ahorrado su juventud para poder disponer siempre de ella. Todo estaba limpio en su habitación, parecida, desde la tela verde del escritorio hasta la colcha de la cama, al frío santuario de aquellas solteronas que se pasan el día fregando los muebles. En invierno, los tizones de su chimenea, siempre enterrados bajo un montón de cenizas, humeaban sin emitir llama alguna. Sus acciones, desde la hora de levantarse hasta sus accesos de tos por la noche, estaban sometidas a la regularidad de un reloj de pared. Si tocáis a una cochinilla mientras está caminando sobre una hoja de papel, se detiene y se hace la muerta; de igual manera, aquel hombre se interrumpía en medio de su conversación y se callaba al ver pasar un coche, con objeto de no tener que forzar la voz. A imitación de Fontenelle, economizaba el movimiento vital y concentraba todos los sentimientos humanos en el yo. Así su vida transcurría sin producir más ruido que la arena de un reloj antiguo. A veces sus víctimas gritaban mucho, se indignaban; luego se hacía un largo silencio, como en una cocina en la que se está degollando un pato. Al atardecer, el hombre-moneda convertíase en un hombre corriente, y sus metales se metamorfoseaban en un corazón humano. Si estaba satisfecho de su jornada, se frotaba las manos dejando escapar por las arrugas de su rostro un vaho de alegría, ya que es imposible expresar de otro modo el juego mudo de sus músculos, en los que se reflejaba una sensación comparable a la risa vacía de *Media de Cuero*. En fin, en sus mayores accesos de ira, su conversación seguía siendo monosilábica, y su actitud era siempre negativa.

”Tal es el vecino que me deparó el destino en la casa que habitaba en la calle de Gres, cuando aún no era yo más que segundo pasante y terminaba mi tercer año de Derecho. Esa casa, que carece de patio, es húmeda y sombría. Los apartamentos sólo quedan iluminados por la luz que viene de la calle. La distribución claustral que divide el edificio en aposentos del mismo espacio, dejando solamente como salida un largo corredor iluminado por una luz difusa, anuncia que la casa, en otro tiempo, formó parte de un convento. Ante tan triste aspecto, la alegría de un hijo de familia se disipaba antes de que penetrase en la casa de mi vecino: su casa y él se parecían. Habría dicho que se trataba de la ostra y de su roca. El único ser con quien se comunicaba, socialmente hablando, era yo; venía a pedirme lumbre, me pedía que le prestara un libro, un periódico, y por la noche me permitía entrar en su celda, donde charlábamos cuando él estaba de buen humor. Estas muestras de confianza eran el fruto de una vecindad de cuatro años y de mi prudente conducta, que por falta de dinero, se parecía mucho a la suya. ¿Tenía padres, amigos? ¿Era rico o pobre? Nadie habría podido responder a estas preguntas. Yo nunca veía dinero en su casa. Su fortuna se hallaba sin duda en los sótanos del Banco. Él mismo cobraba sus billetes corriendo por París con la agilidad de un ciervo. Por otra parte, era mártir de su prudencia. Un día, por casualidad, llevaba oro encima; un doble napoleón, no se sabe cómo, se le cayó del bolsillo del pantalón; un inquilino que lo seguía por la escalera recogió la moneda y se la entregó. “No me pertenece” respondió con gesto de sorpresa. “¿Que yo tengo oro?”. “¿Acaso viviría de este modo si fuera rico?” Por la mañana él mismo se preparaba el café en los rescoldos de la chimenea; del restaurante le traían la comida. Nuestra vieja portera subía a una hora determinada para efectuar el aseo de la habitación. En fin, por una singularidad que Sterne llamaría predestinación, aquel hombre se llamaba Gobseck. Cuando más tarde me encargué de sus asuntos, me enteré de que en el momento en que nos conocimos él contaba unos setenta y seis años. Había nacido hacia el año 1740, en los suburbios de Amberes, hijo de una judía y de un holandés, y se llamaba Juan Ester Van Gobseck. ¿Sabéis cuánto se ocupó París del asesinato de una mujer llamada *la bella holandesa*? Cuando casualmente hablé de ello con mi anciano vecino, me dijo, sin manifestar el menor interés ni la más leve sorpresa: “Era mi sobrina”. Estas palabras fueron todo cuanto logró arrancarle la muerte de su única heredera, la nieta de su hermana. Por los debates me enteré de que la bella holandesa se llamaba, en efecto, Sara Van Gobseck. Cuando le pregunté por qué su sobrino llevaba el mismo apellido que él: “Las mujeres de nuestra familia”, me respondió sonriendo “nunca se casaron”. Aquel hombre singular jamás había querido ver a ninguna persona de las cuatro generaciones femeninas en las que se encontraban sus padres. Detestaba a sus herederos y no concebía que su fortuna pudiera ser poseída jamás por otros que no fueran él mismo, incluso después de su muerte. Su madre lo había embarcado, a los diez años de edad, en calidad de grumete para las posesiones holandesas en las Indias, donde había rodado de un lado para otro por espacio de veinte años. Así, las

arrugas de su frente amarillenta conservaban los secretos de acontecimientos horribles, súbitos terrores, azares inesperados, novelescas travesías, alegrías infinitas: el hambre soportado, el amor pisoteado, la fortuna comprometida, perdida, recuperada, la vida puesta en peligro varias veces y salvada quizá por aquellas determinaciones cuya rápida urgencia excusa la crueldad. Había conocido al almirante Simeuse, al señor de Lally, al señor de Kergarouët, al señor d'Estaing, a Suffren, al señor de Portenduère, a lord Cornwallis, a lord Hastings, al padre de Tipposaeb y al propio Tipposaeb. Este saboyano, que sirvió a Madhadjy-Sindiah, el rey de Delhi y contribuyó tanto a fundar el poderío de Mahrattes, había hecho negocios con él. Había tenido relaciones con Víctor Hughes y con varios famosos corsarios, ya que había estado mucho tiempo en Santo Tomás. Lo había intentado todo para hacer fortuna, hasta el extremo de que había tratado de descubrir el oro de aquella tribu de salvajes tan famosos que vivían en los alrededores de Buenos Aires. En fin, que no era ajeno a ninguno de los acontecimientos de la guerra de la independencia americana. Pero cuando hablaba de las Indias o de América, lo que no le sucedía con nadie y muy raras veces conmigo, parecía como si cometiese una indiscreción, parecía arrepentirse de ello. Si la humanidad, si la sociabilidad constituyen una religión, entonces él podía ser considerado como un ateo. Aunque me hubiese propuesto examinarlo, debo confesar, para vergüenza mía, que hasta el último instante su corazón fue impenetrable. A veces me pregunté a qué sexo pertenecía. Si los usureros pertenecen a aquél, creo que todos son del género neutro. ¿Había permanecido fiel a la religión de su madre y consideraba a los cristianos como su presa? ¿Habíase hecho católico, mahometano, erasmista o luterano? Jamás pude saber nada de sus opiniones religiosas. Me parecía más indiferente que incrédulo. Una noche entré en la casa de aquel hombre que se había enriquecido y al que por antífrasis o por burla, sus víctimas, a las que él llamaba sus clientes, daban el nombre de papá Gobseck. Lo encontré sentado en su butaca, inmóvil como una estatua, con la mirada fija en el palio de la chimenea, donde parecía repasar el estado de efectos presentados a descuento. Una lámpara humeante, cuyo pie había sido verde, proyectaba un resplandor, que lejos de dar color a aquel rostro, hacía resaltar aún más la palidez del mismo. Miróme en silencio y me indicó mi silla, que me estaba aguardando. “En qué estará pensando ese hombre” dije para mis adentros. “¿Sabe acaso que existe un Dios, un sentimiento, mujeres, una felicidad?”. Yo lo compadecía como había podido compadecer a un enfermo. Pero también comprendía que si él tenía millones en el Banco, podía poseer con el pensamiento la tierra que había recorrido, explorado, sopesado, evaluado, explotado.

“—Buenos días, papá Gobseck —le dije.

”Volvió la cabeza hacia mí, y sus grandes cejas negras se aproximaron ligeramente una a otra. En él, este gesto característico equivalía a la más alegre sonrisa de un meridional.

”—Estáis tan triste como el día en que vinieron a anunciaros la quiebra de aquel

librero cuya habilidad tanto habíais admirado, aunque hubierais sido su víctima.

”—¿Víctima? —dijo él con aire de asombro.

”—Para poder obtener un convenio con vos, os había arreglado vuestro crédito en letras firmadas por la casa de comercio en quiebra, ¿no? y cuando se hubo restablecido, os lo sometió a la reducción que constaba en el convenio, ¿no es eso?

”—Fue muy listo —respondió—, pero yo lo fui más que él.

”—¿Tenéis, pues, algunas letras para protestar? Estamos a treinta, creo.

”—Yo le hablaba de dinero por primera vez. Levantó hacia mí sus ojos en un gesto de burla; luego, con su voz suave, dijo:

”—Yo me divierto.

”—¿Os divertís, entonces, alguna vez?

”—¿Acaso creéis que no hay más poetas que aquellos que imprimen versos? —preguntome encogiéndose de hombros y lanzándome una mirada compasiva.

”—Poesía en esa cabeza, pensé yo, puesto que nada sabía aún de la vida de aquel hombre.

”—¿Qué existencia podría haber más brillante que la mía? —prosiguió, y sus ojos se animaron—. Vos sois joven, tenéis las ideas que provienen de vuestra sangre, veis figuras de mujer en vuestros tizones, pero yo sólo percibo carbones en los míos. Vos creéis en todo, pero yo no creo en nada. Conservad vuestras ilusiones, si podéis. Voy a hablaros de lo que es la vida. Tanto si viajáis como si permanecéis en el rincón de vuestra chimenea y al lado de vuestra mujer, llega siempre una edad en la que la vida ya no es más que una costumbre que se practica en cierto ambiente preferido. La felicidad consiste entonces en el ejercicio de nuestras facultades aplicadas a realidades. Fuera de estos dos preceptos, todo es falso. Mis principios han variado como los de los hombres, he debido cambiar de principios a cada latitud. Lo que Europa admira, Asia lo castiga. Lo que es un vicio en París, es una necesidad cuando se han pasado las Azores. Nada hay fijo aquí abajo, solamente hay convencionalismos que se modifican según los climas. Para aquel que se ha entregado a todos los moldes sociales, las convicciones y las morales no son más que palabras sin valor. Sólo nos queda el único sentimiento verdadero que la naturaleza ha puesto en nosotros: nuestro instinto de conservación. En vuestras sociedades europeas, este instinto se llama *interés personal*. Si hubieseis vivido tanto como yo sabrías que no hay más que una sola cosa material cuyo valor sea bastante seguro para que un hombre se ocupe de ella. Esta cosa es... el ORO. El oro representa todas las fuerzas humanas. He viajado, he visto que había en todas partes llanuras o montañas: las llanuras aburren, las montañas cansan; los lugares, pues, no significan nada. En cuanto a las costumbres, el hombre es el mismo en todas partes: en todas partes se halla establecido el combate entre el pobre y el rico, en todas partes se encuentran personas musculosas que trabajan y personas linfáticas que se atormentan; en todas partes los placeres son los mismos, ya que en todas partes los sentidos se agotan, solamente les sobrevive un sentimiento, ¡la vanidad! La vanidad es siempre el

yo. La vanidad sólo se satisface con la abundancia del oro. Nuestras fantasías quieren tiempo, medios físicos o preocupaciones. Pues, bien, el oro lo contiene todo en germen y lo da todo en realidad. Sólo los locos o enfermos pueden hallar la dicha jugando a los naipes cada noche para saber si ganarán unos centavos. Sólo los tontos pueden perder el tiempo preguntándose lo que ocurre, si tal o cual señora se ha acostado en su canapé sola o en compañía, si hay más sangre que linfa, más temperamento que virtud. Sólo los necios pueden creerse útiles a sus semejantes ocupándose en trazar principios políticos para gobernar unos acontecimientos siempre imprevistos. Sólo los estúpidos pueden hallar placer hablando de los actores y repitiendo sus palabras; efectuar todos los días, pero en un mayor espacio, el paseo que efectúa un animal en su guarida; vestirse para los demás, comer para los demás, vanagloriarse de un caballo o de un coche que el vecino no podrá tener hasta tres días más tarde. ¿Acaso la vida de vuestros parisienses no se halla condensada en algunas frases? Veamos la existencia desde más arriba que ellos. La felicidad consiste en emociones fuertes que consumen la vida o en ocupaciones reguladas que hacen de ella una mecánica inglesa que funciona por tiempos regulares. Por encima de estas felicidades existe una curiosidad, que pretenden noble, por conocer los secretos de la naturaleza u obtener cierta imitación de sus efectos. ¿No se trata, dicho en pocas palabras, del Arte o de la Ciencia, la Pasión o la Serenidad? Pues bien, todas las pasiones humanas, ampliadas por el juego de vuestros intereses sociales, vienen a desfilar ante mí, que vivo en medio de la serenidad. Luego, vuestra curiosidad científica, especie de lucha en la que el hombre lleva siempre las de perder, yo la sustituyo por la penetración de todos los resortes que hacen mover a la Humanidad. En una palabra, yo poseo el mundo sin fatiga, en tanto que el mundo no tiene poder alguno sobre mí. Escuchadme —añadió—, y por el relato de los acontecimientos de la mañana adivinaréis mis placeres.

”Se levantó, fue a echar el cerrojo de la puerta, corrió una vieja cortina, cuyos anillos chirriaron, y volvió a sentarse.

”—Esta mañana —dijo— sólo tenía dos efectos por cobrar. La primera letra, por valor de mil francos, presentada por un joven guapo, que usaba tálburi, caballo inglés, etcétera, estaba firmada por una de las mujeres más bellas de París, casada con algún rico propietario, un conde. ¿Por qué aquella condesa había suscrito una letra de cambio, nula de derecho, pero excelente de hecho, ya que esas pobres mujeres temen el escándalo que produciría un protesto en su hogar y se entregarían en pago antes que no pagar? Yo quería conocer el valor secreto de esa letra de cambio. ¿Era tontería, imprudencia, amor o caridad? La segunda letra, de la misma cantidad, firmada por Fanny Malvaut, me había sido presentada por un comerciante de tejidos a punto de arruinarse. Ninguna persona que tenga algún crédito en la Banca viene a mi tienda, donde el primer paso que se da hacia mi despacho revela una desesperación, una quiebra a punto de producirse, y sobre todo un rehuso de dinero por parte de todos los banqueros. Así, no veo más que ciervos acosados por la jauría de sus



acreedores. La condesa vivía en la calle de Helder y mi Fanny en la de Montmartre. ¡Cuántas conjeturas no hice al salir de aquí esta mañana! Si esas dos mujeres no tenían los asuntos en regla, iban a recibirme con más respeto que si yo hubiera sido su propio padre. ¿Cuántas monedas no me haría la condesa por mil francos? Asumiría un aire afectuoso, me hablaría con aquella voz cuyo cariñoso acento está reservado al endosador de la letra, a prodigarme palabras acariciadoras, a suplicarme quizá, y yo...

”En esto, el viejo me lanzó una de sus miradas vagas.

”—¡Y yo, inflexible! —prosiguió—. Yo estoy allí como un vengador, aparezco como un remordimiento. Dejémosnos de hipótesis. He aquí que llego. La señora condesa se ha acostado, me dice una doncella. ¿Cuándo estará visible? A mediodía. ¿Acaso la condesa está enferma? No, señor, pero ha regresado del baile a las tres. Me llamo Gobseck, decidle mi nombre, estaré aquí a mediodía. Y me marché dejando una marca de mi presencia en la alfombra que cubría las baldosas de la escalera. Me gusta enlodar las alfombras del hombre rico, no por bajeza, sino para hacer sentir la garra de la necesidad. Una vez he llegado a la calle de Montmartre, a una casa de poca apariencia, abro una puerta cochera y veo uno de esos patios oscuros en los que el sol no penetra jamás. La portería estaba sucia, el portero era un hombre gordo, moreno, de rostro arrugado.

”—¿La señorita Fanny Malvaut?

”—Ha salido, pero si venís por una letra, el dinero está ahí.

”—Ya volveré —le dije.

”Puesto que el portero tenía el dinero, yo quería conocer a la joven; me imaginaba que sería linda. Pasé la mañana viendo los grabados expuestos en el bulevar; luego, a mediodía, atravesé el salón que precede a la habitación de la condesa.

”—No creo que la señora esté visible —díjome la doncella.

”—Esperaré —respondí acomodándome en una butaca.

”Se abren las persianas, la doncella viene y mi dice:

”—Entrad, señor.

”Por la suavidad de la voz comprendí que los asuntos de su señora no estaban en regla. ¡Qué bella era la mujer que vi entonces! Habíase echado sobre los desnudos hombros un chal de cachemira en el cual se envolvía tan bien que sus formas podían adivinarse en su desnudez. Llevaba un peinador adornado con bandas de encajes blancas como la nieve y que revelaba que gastaba unos dos mil francos anuales en casa de la lavandera de ropa fina. Sus negros cabellos se escapaban en grandes bucles de un lindo madrás negligentemente anudado sobre su cabeza al modo de las criollas. Su lecho presentaba el cuadro de un desorden producido sin duda por un sueño agitado. Un pintor habría pagado algo para poder estar unos momentos en medio de aquella escena. Bajo una colcha voluptuosamente desordenada, una almohada hundida en un edredón de seda azul y cuyos adornos de encaje se destacaban vivamente de este fondo de azul, ofrecía la huella de unas formas indecisas que

excitaban la imaginación. Sobre una gran piel de oso, extendida a los pies de los leones cincelados en la caoba de la cama, brillaban dos zapatos de raso blanco, arrojados con la incuria que produce el cansancio de un baile. Encima de una silla veíase un vestido arrugado, cuyas mangas tocaban el suelo. Unas medias que el menor soplo de aire habría hecho volar, se hallaban enrolladas a un pie de un sillón. Encima de un confidente veíanse unas ligas blancas. Un abanico de gran valor, medio desplegado, brillaba encima de la chimenea. Los cajones de la cómoda estaban abiertos. Aquí y allá se veían flores esparcidas, diamantes, guantes, un ramillete, un cinturón. Yo respiraba un vago conjunto de perfumes. Todo era lujo y desorden, belleza sin armonía. Pero, para ella o para su amante, la miseria, escondida allí, erguía la cabeza y les hacía sentir el mordisco de sus agudos dientes. El rostro fatigado de la condesa parecíase a aquella habitación sembrada de los restos de una fiesta. Aquellas baratijas esparcidas me daban pena; en cambio, el día antes, reunidas, habrían ocasionado algún delirio. Aquellos vestigios de un amor fulminado por los remordimientos, aquella imagen de una vida de disipación, de lujo y de ruido, traicionaban los esfuerzos de Tántalo por abrazar efímeros placeres. La tez de aquella mujer era muy fina, pero el círculo marrón que se dibujaba bajo sus ojos parecía más marcado que de costumbre. Sin embargo, la naturaleza era lo bastante fuerte en ella para que aquellos indicios de disipación no alterasen su hermosura. Sus ojos relucían intensamente. Parecida a una de esas Herodiadas debidas al pincel de Leonardo de Vinci (también he revendido cuadros), estaba magnífica de vida y de vigor; nada de mezquino había en sus contornos ni en sus rasgos; inspiraba amor, y creo que era ella misma más fuerte que el amor. Me agradó. Hacía mucho tiempo que mi corazón no había palpitado. Así, pues, ¡ya estaba pagado!, yo daría mil francos por una sensación que hiciera acordarme de mi juventud.

”—Caballero —me dijo ofreciéndome una silla—, ¿tendríais la bondad de aguardar?

”—Hasta mañana por la mañana —respondí, volviendo a doblar la letra que le había presentado—, sólo a esa hora tendré el derecho de protestar.

”Luego, para mis adentros, dije: Paga tu lujo, paga tú apellido, paga tu felicidad, paga el monopolio del cual gozas. Para asegurar sus bienes, los ricos han inventado tribunales, jueces, y esa guillotina, especie de bujía a la que vienen a quemarse los ignorantes. Pero para vosotros, que os acostáis sobre la seda y bajo la seda, hay remordimientos, rechinar de dientes oculto bajo una sonrisa, y fauces de leones fantásticos que os dan una dentellada en el corazón.

”—¿Un protesto? ¿Acaso pensáis en ello? —exclamó la hermosa mirándome—. ¿Tendríais tan poca consideración conmigo?

”—Si el rey me debiera dinero, señora, y no me pagase, lo citaría aún con mayor urgencia que a cualquier otro deudor.

”En aquel momento oímos que llamaban suavemente a la puerta de la habitación.

”—¡No estoy! —dijo con acento autoritario la joven.

”—Anastasia, sin embargo, quisiera veros.

”—No en este momento, cariño —respondió ella con voz menos dura, pero sin dulzura.

”—¡Estáis de broma! Veo que habláis con alguien —dijo al entrar en el aposento un hombre que no podía ser otro más que el conde.

”—La condesa me miró, la comprendí y convirtiose en mi esclava. Hubo una época, cuando yo era joven, en que quizá habría sido lo bastante estúpido para no protestar la letra. En 1763, en Pondichery, tuve lástima de una mujer que se burló lindamente de mí. Lo merecía, ¿por qué había de fiarme de ella?

”—¿Qué desea el señor? —preguntome el conde.

”—Vi cómo la mujer temblaba de pies a cabeza, la piel blanca y satinada de su cuello se puso áspera. Tenía, como suele decirse, carne de gallina. Yo me reía, sin que ninguno de mis músculos temblase.

”—El caballero es uno de mis proveedores —dijo la mujer.

”—El conde me volvió la espalda y yo saqué a medias la letra de mi bolsillo. Al ver este movimiento inexorable, la joven acercóse a mí, me ofreció un diamante y me dijo:

”—Tomad y marchaos.

”—Cambiamos los dos valores y yo salí saludándola. El diamante bien valía para mí unos mil doscientos francos. Encontré en el patio una nube de criados cepillando sus libreas y limpiando un magnífico carruaje. He aquí, me dije, lo que trae esas gentes a mi casa. He aquí lo que las induce a robar decentemente millones, a traicionar a su patria. ¡Para no ensuciarse de barro yendo a pie, el gran señor o el que quiere imitarlo, se toma antes un buen baño de lodo! En aquel momento abriose la puerta cochera y apareció en un cabriolé el joven que me había presentado la letra de cambio.

”—Caballero —le dije cuando vi que se había apeado—, aquí tenéis doscientos francos que os ruego entreguéis a la señora condesa y le digáis que tendré a su disposición durante ocho días la prenda que me ha dado esta mañana.

”—Tomó los doscientos francos y dejó escapar una sonrisa burlona, como si hubiera dicho: ¡Vamos, ha pagado! ¡A fe mía, tanto mejor!

”—En aquel rostro leí el porvenir de la condesa. Aquel lindo caballereite rubio, frío, jugador sin alma, se arruinará, la arruinará a ella, arruinará al marido, arruinará a los hijos, devorará sus dotes y causará más estragos a través de los salones que los que una batería de obuses podría ocasionar en un regimiento. Me dirigí a la calle de Montmartre, a la casa de la señorita Fanny. Subí una pequeña escalera muy empinada. Cuando estuve en el quinto piso, fui introducido en un apartamento compuesto de dos habitaciones en las que todo era limpio como un ducado nuevo y reluciente. No advertí el menor rastro de polvo en los muebles de la primera pieza en la que me recibió la señorita Fanny, joven parisiense vestida de un modo sencillo: una cabeza elegante y de aspecto lozano y agradable, cabellos castaños bien peinados, los

cuales, recogidos formando dos arcos sobre las sienes, armonizaban extraordinariamente con unos ojos azules, puros como el cristal. La luz de la calle, al pasar a través de unos visillos, proyectaba una suave claridad en su rostro lleno de modestia. A su alrededor, numerosos trozos de tela cortada me revelaron su ocupación habitual. Trabajaba con ropa blanca. Parecía el genio de la soledad. Cuando le presenté la letra de cambio, le dije que por la mañana no la había encontrado en casa.

”—Pero —dijo ella—, el dinero estaba en la portería.

”Yo fingí no entenderla.

”—La señorita sale muy temprano, ¿verdad?

”—Raras veces salgo de casa, pero cuando se trabaja por la noche, es preciso bañarse algunas veces.

”La miré. Con una mirada lo adiviné todo. Era una muchacha condenada al trabajo por la desgracia y que pertenecía a una familia de honrados campesinos, ya que presentaba en el rostro algunas de esas manchas rojas que son peculiares de las personas que han nacido en el campo. No sé qué aire de virtud respiraba en su fisonomía. Pareciome como si yo habitara en una atmósfera de sinceridad, de candor, en la que los pulmones se refrescaban. ¡Pobre inocente!, creía en algo: su cama sencilla de madera pintada estaba rematada por un crucifijo adornado con dos ramas de boj. Casi me sentí conmovido. Me sentía dispuesto a ofrecerle dinero al doce por ciento solamente, con objeto de facilitarle la adquisición de algún buen establecimiento. Pero, me dije, quizá tengo un primo que se aprovecharía del dinero y atormentaría a la pobre joven. Así, pues, me marché, poniéndome en guardia contra mis ideas generosas, ya que a menudo he tenido ocasión de observar que cuando la beneficencia no perjudica al bienhechor mata a la persona que ha sido ayudada. Cuando habéis entrado, yo estaba pensando que Fanny Malvaut pudiera ser una buena muchacha; ¡oponía su vida pura y solitaria a la de aquella condesa que, caída ya en la letra de cambio, va a rodar hasta el fondo de los abismos del vicio!

”—Bien —prosiguió Gobseck tras un instante de silencio profundo durante el cual yo lo examinaba—, ¿creéis que no significa nada el penetrar de este modo los más secretos repliegues del corazón humano, de familiarizarse con la vida de los demás y verla al desnudo? Espectáculos constantemente variados: llagas repulsivas, mortales pesares, escenas de amor, miserias que las aguas del Sena esperan, alegrías de hombre joven que llevan al patíbulo, risas de desesperación y fiestas suntuosas. Ayer, una tragedia: un buen padre de familia que se asfixia porque ya no puede dar de comer a sus hijos. Mañana, una comedia: un joven que tratará de representar ante mí la escena del señor Dimanche con las variantes de nuestra época. Habéis oído alabar la elocuencia de los últimos predicadores, a veces he ido a perder el tiempo a escucharlos, me han hecho variar de opinión, pero de conducta, como decía no sé quién, jamás. Pues, bien esos buenos curas, vuestro Mirabeau, Vergniaud y los demás, sólo son unos tartamudos al lado de mis oradores. A menudo una joven

enamorada, un viejo negociante en camino de su quiebra, una madre que quiere ocultar la falta de su hijo, un artista sin pan, un personaje importante que se encuentra en el declive del favor de que hasta entonces venía disfrutando, y que, a falta de dinero, va a perder el fruto de sus esfuerzos, me han hecho estremecer por el poder de su palabra. Estos sublimes actores representaban para mí sólo y sin poder engañarme. Mi mirada es como la de Dios, que ve el interior de los corazones. Nada me queda oculto. No se le niega nada a aquel que ata y desata los cordones de la bolsa. Soy lo bastante rico para comprar las conciencias de aquellos que hacen mover a los ministros, desde sus empleados de oficina hasta sus queridas: ¿no es acaso esto el placer? ¿El poder y el placer por ventura no resumen todo vuestro orden social? En París somos así unos diez, y todos somos reyes silenciosos y desconocidos, los árbitros de vuestros destinos. ¿No es la vida una máquina a la que el dinero imprime el movimiento? Sabedlo bien, los medios se confunden siempre con los resultados: jamás lograréis separar el alma de los sentidos, el espíritu de la materia. El oro es el espiritualismo de vuestras sociedades actuales. Ligados por el mismo interés, nos reunimos ciertos días de la semana en el café Thémis, cerca del Puente Nuevo. Allí nos revelamos mutuamente los misterios de las finanzas. Ninguna fortuna puede mentirnos, poseemos los secretos de todas las familias. Tenemos una especie de *libro negro* en el que se inscriben las notas más importantes sobre el crédito público, sobre la Banca, sobre el Comercio. Casuistas de la Bolsa, formamos un Santo Oficio en el que se juzgan y analizan las acciones más indiferentes de todas las personas que poseen una fortuna cualquiera, y siempre acertamos. Éste vigila la masa judicial, aquél la masa financiera; el uno la masa administrativa, el otro la masa comercial. Yo tengo el ojo puesto sobre los hijos de familia, los artistas, la gente de mundo, y sobre los jugadores, la parte más emocionante de París. Cada uno nos dice los secretos del vecino. Las pasiones burladas, las vanidades heridas hablan en exceso. Los vicios, las contrariedades, las venganzas, son los mejores agentes de policía. Como yo, todos mis compañeros han gozado de todo, y han llegado a no amar el poder y el dinero más que por el poder y el dinero mismos. ¡Aquí —dijo señalándome su habitación desnuda y fría—, el amante más fogoso que, por otra parte, se irrita con una sola palabra y saca la espada, ruega con las manos juntas! Aquí el negociante más orgulloso, aquí la mujer más envanecida de su belleza, aquí el militar más ufano, todos ruegan, con los ojos humedecidos por las lágrimas, ya sea de rabia o de dolor. Aquí suplican el artista más afamado y el escritor cuyos nombres están prometidos a la posteridad. Aquí, en fin —añadió llevándose la mano a la frente— se encuentra una balanza en la que se pesan las sucesiones y los intereses de todo París. ¿Creéis ahora que no haya goces bajo esta máscara blanca cuya inmovilidad tantas veces os ha admirado? —dijo tendiendo hacia mí su cara pálida, que olía a dinero”.

“Volví a mi casa, estupefacto. Aquel vejete flaco y bajito había crecido ante mis ojos. Habíase convertido en una imagen fantástica en la que se personificaba el poder del oro. La vida, los hombres, me causaban horror. ¿Todo debe, pues, resolverse por

medio del dinero? me preguntaba a mí mismo. Recuerdo que no pude conciliar el sueño hasta muy tarde. Veía montones de oro a mi alrededor. La bella condesa ocupaba mi imaginación. Para vergüenza mía debo confesar que eclipsaba por completo la imagen de la sencilla y casta criatura consagrada al trabajo y a la vida oscura. Pero a la mañana siguiente, a través de las brumas de mi despertar, la dulce Fanny se me apareció en toda su belleza y ya no pensé más que en ella”.

—¿Queréis un vaso de agua con azúcar? —dijo la vizcondesa interrumpiendo a Derville.

—Con mucho gusto —respondió éste.

—Pero no veo en todo ello nada que pueda afectarnos —dijo la señora de Grandlieu.

—¡Sardanápalo! —exclamó Derville profiriendo su interjección predilecta— voy a despertar a Camila diciéndole que su felicidad dependía hasta hace poco de papá Gobseck, pero como el buen hombre ha muerto a la edad de ochenta y nueve años, el señor de Restaud entrará pronto en posesión de su bonita fortuna. En cuanto a Fanny Malvaut, ya la conocéis: ¡es mi mujer!

—Pobre muchacho —repuso la vizcondesa—, confesaría eso en presencia de veinte personas, con su franqueza acostumbrada.

—Lo proclamaría al universo entero —dijo el abogado.

—Bebed, bebed, mi pobre Derville. Nunca seréis nada más que el más feliz y el mejor de los hombres.

—Os he dejado en la calle de Helder, en casa de una condesa —exclamó el tío, levantando la cabeza ligeramente amodorrada—. ¿Qué habéis hecho de ella?

—Unos días después de la conversación que tuve con el viejo holandés, presenté mi tesis —respondió Derville—. Me licencié en derecho y fui abogado. La confianza que en mí tenía el viejo avaro, fue en aumento. Me consultaba gratuitamente sobre los asuntos difíciles en los cuales se embarcaba basándose en datos seguros y que habrían parecido malos a todos los demás. Aquel hombre, sobre el cual nadie habría podido tener el menor dominio, escuchaba mis consejos con una especie de respeto. Es verdad que siempre tenía éxito al hacerlo. En fin, el día en que yo fui nombrado pasante principal del despacho en que trabajaba desde hacía tres años, abandoné la casa de la calle de Gres y me fui a vivir con mi jefe, que me dio mesa, alojamiento y ciento cincuenta francos mensuales. ¡Fue aquél un día muy hermoso! Cuando me despedí del usurero, no me atestiguó ni amistad ni disgusto, no me dijo que volviera a verlo; solamente me lanzó una de aquellas miradas que en él parecían en cierto modo revelar el don de la segunda vista. Al cabo de ocho días recibí la visita de mi antiguo vecino. Me traía un asunto bastante difícil, una expropiación; prosiguió con sus consultas gratuitas con la misma libertad como si me pagase. Al fin del segundo año, de 1818 a 1819, mi jefe, hombre aficionado a los placeres y muy gastador, encontrose en considerable apuro y viose obligado a vender su cargo. Aunque en aquel momento los bufetes no hubiesen adquirido el valor exorbitante a que han ascendido

actualmente, mi jefe daba el suyo por ciento cincuenta mil francos. Un hombre activo, instruido, inteligente, podía vivir honorablemente, pagar los intereses de esa suma y librarse de ella en diez años por poca confianza que inspirara. Yo, el séptimo hijo de un pequeño burgués de Noyon, no poseía un óbolo, y no conocía en el mundo a otro capitalista más que a papá Gobseck. Una idea ambiciosa y no sé qué rayo de esperanza me confirieron el valor suficiente para ir a su encuentro. Una noche, pues, anduve lentamente hasta la calle de los Gres. El corazón me palpitaba aceleradamente cuando llamé a la casa sombría. Me acordaba de todo cuanto me había dicho en otro tiempo el viejo avaro, en una época en que yo estaba muy lejos de sospechar la violencia de las angustias que comenzaban en el umbral de aquella puerta. Yo iba, en efecto, a pedirle como tantos otros. No, me dije, un hombre honrado debe conservar siempre su dignidad. La fortuna no vale una cobardía, mostrémonos tan positivos como él mismo. Desde mi partida, papá Gobseck había alquilado mi habitación para no tener vecino; también había mandado poner una mirilla en medio de su puerta y no abrió hasta después de haber reconocido mi rostro.

”—Bien —me dijo con su vocecita aflautada—, ya sé que vuestro jefe vende su bufete.

”—¿Cómo lo sabéis? Hasta ahora, sólo ha hablado de ello conmigo.

”—Los labios del anciano se contrajeron hacia las comisuras como si fueran cortinas y aquella muda sonrisa fue acompañada de una fría mirada.

”—Era preciso eso para que yo os viese en mi casa —añadió en un tono seco y después de una pausa durante la cual permanecí confuso.

”—Escuchadme, señor Gobseck —le dije con toda la calma que pude fingir delante de aquel viejo que clavaba en mí unos ojos impassibles y cuyo fuego me turbaba. Hizo un gesto como para decirme: Hablad.

”—Ya sé que es muy difícil conmoveiros. Así, no voy a perder mi elocuencia tratando de pintaros la situación de un pasante sin un céntimo, que sólo confía en vos y no tiene en el mundo otro corazón más que el vuestro en el cual pueda encontrar la comprensión de su futuro. Dejemos el corazón. Los negocios se hacen como negocios, y no como las novelas, con sensiblería. He aquí lo que ocurre. El bufete de mi jefe produce anualmente en sus manos una veintena de miles de francos, pero creo que en las mías valdrá cuarenta. Quiere venderlo por cincuenta mil escudos. Siento aquí —dije dándome un golpe en la frente— que si vos pudieseis prestarme la suma necesaria para tal adquisición, quedaría liberado en diez años.

”—Eso es hablar bien —me dijo papá Gobseck, quien me tendió la mano y estrechó la mía—. Nunca, desde que ando en los negocios —añadió—, hubo nadie que me declarase tan claramente los motivos de su visita. ¿Garantías? —dijo mirándome de la cabeza a los pies—. Nada —agregó tras una pausa—. ¿Qué edad tenéis?

”—Dentro de diez días cumpliré veinticinco años —le respondí—; sin ello no podría actuar.

—Exacto.

—¿Y bien?

—Es posible.

—A fe mía, que hay que ir de prisa; de lo contrario, tendré quien ofrezca más.

—Traedme mañana por la mañana vuestra partida de nacimiento y hablaremos de vuestro asunto: pensaré en él.

Al día siguiente, a las ocho, ya estaba en casa del viejo. Cogió papel del Estado, se puso las gafas, tosió, escupió, envolvióse en una especie de gabán amplio y negro y leyó el extracto de los registros de la alcaldía por entero. Luego lo volvió, lo volvió otra vez, me miró, tosió de nuevo, meneose en la silla y me dijo:

—Es un asunto que vamos a tratar de arreglar.

—Me estremecí.

—Yo saco el cincuenta por ciento de mis inversiones —repuso—; a veces ciento, doscientos, quinientos por ciento.

—Al oír estas palabras, palidecí.

—Pero, a causa de nuestra amistad, me contentaré con el doce y medio por ciento de interés por... —vaciló— bien, sí, tratándose de vos, me contentaré con el trece por ciento anual. ¿Os conviene?

—Sí —le respondí.

—Pero si es demasiado, ¡defendeos, Grocio! —Me llamaba Grocio en son de chanza—. Al pedir os el trece por ciento, obro conforme a mi oficio; ved si podéis pagarlo. ¿Es demasiado?

—No —le dije.

—¡Pardiez! —dijo lanzándome su maliciosa mirada oblicua— vuestros clientes serán quienes paguen.

—¡No —exclamé—, por todos los diablos! seré yo quien pague. ¡Antes me dejaría cortar la mano que despellejar a mis clientes!

—Como queráis —dijo papá Gobseck.

—Es que los honorarios dependen de un tarifa —repuse yo.

—No lo son —dijo él— para las transacciones, para las moratorias, para las conciliaciones. Podéis cobrar entonces mil francos, incluso seis mil francos, según la importancia de vuestros intereses, para vuestras conferencias, vuestros proyectos de actas, vuestras memorias y vuestra palabrería. Hay que saber buscar tal clase de asuntos. Yo os recomendaré como el más sabio y el más hábil de los abogados, os enviaré tantos procesos de ese género que haréis que vuestros colegas revienten de celos y envidia. Werbrust, Palma, Gigonnet, compañeros míos, os darán sus expropiaciones; ¡y Dios sabe si tienen o no! De este modo tendréis dos clientelas, la que compráis y la que os procuraré. Casi deberíais darme el quince por ciento de mis ciento cincuenta mil francos.

—Sea, pero nada más —dije yo con la firmeza de un hombre que no quería conceder más allá de esto.



”Papá Gobseck se ablandó un poco y pareció estar contento de mí.

”—Pagaré yo mismo —repuso— el cargo de vuestro jefe, de modo que pueda crearme un privilegio bien sólido sobre el precio y la garantía.

”—¡Oh! todo cuanto queráis por lo que a las garantías se refiere.

”—Luego me firmaréis quince letras de cambio aceptadas en blanco, cada una por la suma de diez mil francos.

”—Con tal de que este doble valor quede comprobado.

”—No —exclamó Gobseck interrumpiéndome—. ¿Por qué queréis que yo tenga más confianza en vos de la que vos tenéis en mí?

”Yo guardé silencio.

”—Y además —dijo prosiguiendo con un acento bondadoso—, defenderéis mis asuntos sin exigir honorarios mientras yo viva, ¿no es cierto?

”—Sea, con tal de que no haya anticipos de fondos.

”—Exacto —dijo—. ¡Ah! otra cosa —añadió el viejo, cuyo rostro se esforzaba por asumir un aire bondadoso—, ¿me permitiréis que vaya a veros?

”—Será para mí un placer.

”—Sí, pero por la mañana será difícil. Vos tendréis vuestros asuntos y yo los míos.

”—Venid por la noche.

”—¡Oh!, no —repuso vivamente— debéis ir a ver a vuestros clientes. Por mi parte, yo tengo mis amigos en el café.

”—Sus amigos, pensé yo.

”—Bien —dije—, ¿por qué no vernos a la hora de comer?

”—Eso es —dijo Gobseck—. Después de la Bolsa, a las cinco. Bien, me veréis todos los miércoles y los sábados. Hablaremos de nuestros asuntos como dos amigos. ¡Ja!, ¡ja!, a veces estoy contento. Dadme una ala de perdiz y una copa de vino de Champaña, y conversaremos. Sé muchas cosas que hoy pueden decirse y que os enseñarán a conocer a los hombres y sobre todo a las mujeres.

”—Vaya por la perdiz y la copa de vino de Champaña.

”—No hagáis locuras, de lo contrario, perderías mi confianza. No adoptéis un gran tren de vida. Tened una vieja criada, una sola. Yo iré a visitaros para asegurarme de vuestra salud. Tendré un capital colocado sobre vuestra cabeza, ¡je!, ¡je! y debo informarme de cómo marchan vuestros asuntos. Vamos, venid esta noche con vuestro jefe.

”—Podrías decirme, si no es indiscreción el preguntároslo —le dije al vejete, cuando llegamos al umbral de su puerta—, ¿qué importancia tenía mi partida de nacimiento en este asunto?

”—Juan Ester Van Gobseck se encogió de hombros, sonrió maliciosamente y me respondió:

”—¡Qué tontos son los jóvenes! Debéis saber, señor abogado, ya que os es preciso, que antes de los treinta años la honradez y el talento son todavía una especie

de hipoteca. Pasada esta edad, ya no se puede confiar en un hombre.

”Y dicho esto, cerró la puerta.

”Tres meses más tarde, yo era abogado. Pronto tuve la satisfacción, señora, de poder encargarme de los asuntos referentes a la restitución de vuestras propiedades. Mi éxito en estos procesos me dio a conocer. A pesar de los intereses enormes que tenía que pagar a Gobseck, en menos de cinco años me encontré libre. Me casé con Fanny Malvaut, a quien amaba sinceramente. La conformidad de nuestros destinos, de nuestros trabajos, de nuestros éxitos aumentaba la fuerza de nuestros sentimientos. Uno de sus tíos, granjero que se había enriquecido, falleció dejándole setenta mil francos que me ayudaron a pagar mis deudas. A partir de aquel día, mi vida sólo fue felicidad y prosperidad. No hablemos, pues, de mí, nada hay más insoportable que un hombre feliz. Volvamos a nuestros personajes. Un año después de haber adquirido mi bufete, fui arrastrado, casi a pesar mío, a un desayuno de soltero. Esta comida era la consecuencia de una apuesta perdida por uno de mis compañeros contra un joven entonces muy de moda en el mundo elegante. El señor de Trailles, la flor del dandismo de aquella época, gozaba de inmensa reputación...”

—Y aún goza de ella —dijo el conde de Born interrumpiendo al abogado—. Nadie lleva mejor un traje, nadie conduce un *tándem* mejor que él. Máximo posee el talento de jugar, de comer y de beber con más gracia que nadie en el mundo. Entiende de caballos, sombreros, cuadros. Todas las mujeres están locas por él. Gasta siempre unos cien mil francos anuales sin que se le conozca una sola propiedad, ni un solo cupón de renta. Tipo de la caballería andante de nuestros salones, de nuestros gabinetes, de nuestros bulevares, especie de anfibio que tiene tanto de hombre como de mujer, el conde Máximo de Trailles es un ser singular, bueno para todo que no sirve para nada, temido y despreciado, sabio e ignorante a un tiempo, tan capaz de hacer un bien como de resolver un crimen, tan pronto cobarde como noble, antes cubierto de barro que manchado de sangre, teniendo más preocupaciones que remordimientos, más ocupado en digerir bien que en pensar, fingiendo pasiones y no sintiendo nada. Máximo de Trailles es un hombre que pertenece a esa clase eminentemente inteligente de la que salen a veces un Mirabeau, un Pitt, un Richelieu, pero que con mayor frecuencia produce un conde de Horn, un Fournier-Tinville y un Coignard.

—Bien —repuso Derville, después de haber oído lo que decía el hermano de la vizcondesa—, yo había oído hablar mucho de ese personaje al pobre padre Goriot, uno de mis clientes, pero evité varias veces el peligroso honor de conocerlo cuando lo encontraba. Sin embargo, mi compañero insistió tanto, que tuve que acudir a dicho desayuno. Os resultaría difícil concebir un desayuno de soltero, señora. Se trata de una magnificencia y un rebuscamiento raros, el lujo de un avaro que por vanidad se vuelve fastuoso por un día. Al entrar, uno se queda sorprendido al observar el lujo que reina en una mesa deslumbrante de plata, cristal, lino bordado. La vida florece allí en todo su esplendor: los jóvenes son graciosos, sonrían, hablan en voz baja y

parecen recién casados, alrededor de ellos todo es virginal. Dos horas más tarde, diríais que se trata de un campo de batalla después de la refriega: por todas partes vidrios rotos, servilletas pisoteadas, sucias; montones de comida que causan repugnancia; luego, todo son gritos ensordecedores, brindis ingeniosos, una descarga de epigramas y de bromas de mal gusto, rostros de grana, ojos inflamados que ya no dicen nada, confidencias involuntarias que lo dicen todo. En medio de un ruido infernal, los unos rompen botellas, los otros entonan canciones; hay desafíos, los jóvenes se abrazan o pelean; se eleva un perfume detestable compuesto de cien olores y gritos compuestos de cien voces; ya nadie sabe lo que come, lo que bebe ni lo que dice; los unos están tristes, los otros charlan por los codos; éste es un monómano y repite la misma palabra como una campana; aquél quiere dominar el tumulto; el más prudente propone una orgía. Si algún hombre en estado normal y sereno llegase a entrar, creería hallarse en una bacanal. Fue en medio de uno de tales tumultos donde el señor de Trailles trató de granjearse mi amistad. Yo había conservado casi mi razón y estaba en guardia. En cuanto a él, aunque fingiera hallarse decentemente borracho, conservaba su sangre fría y pensaba en sus negocios. En efecto, no sé cómo fue, pero el caso es que al salir de los salones de Grignon, hacia las nueve de la noche, me había embrujado por completo, yo le había prometido llevarlo al día siguiente a la casa de nuestro papá Gobseck. Las palabras: honor, virtud, condesa, mujer honrada, desgracia, aparecieron, gracias a su dorada lengua, como por arte de magia, en su conversación. A la mañana siguiente, al despertar, quise acordarme de lo que había hecho el día antes y tuve una gran dificultad en relacionar algunas ideas. En fin, pareciome que la hija de uno de mis clientes se hallaba en peligro de perder su reputación, el aprecio y el amor de su marido, si aquella misma mañana no encontraba unos cincuenta mil francos. Había deudas de juego, memorias de carrocero, dinero perdido no sé dónde. Mi prestigioso comensal me había asegurado que ella era lo suficientemente rica para reparar en unos años de economías la mella que iba a hacer en su fortuna. Sólo entonces empecé a adivinar la causa de la insistencia de mi compañero de mesa. Confieso, con vergüenza, que no sospechaba en modo alguno la importancia que podía tener para papá Gobseck el mantener relaciones de amistad con aquel *dandy*. En el momento en que me levantaba, entró el señor de Trailles.

—Señor conde —le dije después de los saludos de rigor—; no veo que tengáis necesidad de mí para presentaros en casa de Van Gobseck, el más cortés de los capitalistas. Él os dará dinero, si lo tiene, o mejor aún si le presentáis garantías suficientes.

—Caballero —respondió—, no tengo intención alguna de obligaros a que me hagáis un favor, aun cuando me lo hubieseis prometido. ¡Sardanápalo! me dije, ¿dejaría que ese hombre creyera que faltó a mi palabra?

—Ayer tuve el honor de deciros que había discutido con papá Gobseck —prosiguió—. Ahora bien, como en París él es el único que al día siguiente de un fin de

mes, puede escupir de una sola vez un centenar de miles de francos, yo os había rogado que intervinieseis para que hiciera las paces con él. Pero no hablemos más de ello...

”El señor de Trailles me miró con aire cortésmente insultante y se dispuso a partir.

”—Estoy dispuesto a acompañaros —le dije.

”Cuando llegamos a la calle de Gres, el *dandy* miraba en derredor con una atención y una inquietud que me sorprendieron. Su rostro se volvía lívido, enrojecía, poníase amarillo sucesivamente y unas gotas de sudor perlaron su frente en el momento en que vio la puerta de la casa de Gobseck. Cuando bajamos del cabriolé, un coche de alquiler entró en la calle de Gres. Los ojos de halcón de aquel joven le permitieron distinguir a una mujer en el interior de aquel vehículo. Una expresión de alegría casi salvaje animó su semblante, llamó a un chiquillo que pasaba por allí y le dijo que le guardara el caballo. Subimos a la casa del viejo usurero.

”—Señor Gobseck —le dije—, os traigo a uno de mis amigos más íntimos (de quien desconfío tanto como del diablo, añadí hablándome al oído). Por consideración hacia mí, tratadlo lo mejor que podáis (con los intereses acostumbrados) y lo sacaréis de apuros (si es que os conviene).

”El señor de Trailles se inclinó ante el usurero, se sentó, y asumió para escucharle una de aquellas actitudes cortesananas cuya graciosa bajeza os habría seducido; pero mi Gobseck permaneció en su silla, junto a la lumbre, inmóvil, impasible. Gobseck parecía la estatua de Voltaire vista de noche bajo el peristilo del Teatro Francés; levantó levemente, como para saludar, la gorra raída que cubría su cabeza, y la escasa porción de cráneo amarillento que dejó ver completaba el parecido con el mármol.

”—Sólo tengo dinero para mis clientes habituales —dijo.

”—Entonces, ¿de veras os sentís ofendido porque haya ido a arruinarme a otra casa que no sea la vuestra? —repuso riendo el conde.

”—¡Arruinar! —dijo Gobseck con ironía.

”—¿Vais a decir que no se puede arruinar a un hombre que no posee nada? Pero yo os desafío a que encontréis en París mejor *capital* que éste —exclamó el elegante levantándose y girando sobre sus talones. Esta bufonada casi seria no tuvo el don de conmover a Gobseck—. ¿Acaso no soy el amigo íntimo de los Ronquerolles, de los De Marsal, de los Franchessini, de los dos Vandenesse, de los Ajuda-Pinto, en fin, de todos los jóvenes de moda de París? En el juego soy el aliado de un príncipe y de un embajador que vos conocéis. Tengo mis rentas en Londres, en Carlsbad, en Baden, en Bath. ¿No es la más brillante de las industrias?

”—Es cierto.

”—Me convertís en una esponja, ¡pardiez! y me animáis a que me hinche en medio de la gente, para exprimirme en los momentos de crisis; pero también vosotros sois esponjas, y la muerte os exprimirá.

”—Es posible.

”—Sin los disipadores, ¿qué sería de vos? Los dos juntos somos como el alma y el cuerpo.

”—Exacto.

”—Vamos, dadme la mano, mi viejo papá Gobseck, y mostraos magnánimo, si esto es cierto, exacto y posible.

”—Venís a mí —repuso fríamente el usurero—, porque Girard, Palma, Wesbrust y Gigonnet tienen el vientre lleno de vuestras letras de cambio, que ofrecen en todas partes con el cincuenta por ciento de pérdida; ahora bien, como probablemente no han procurado más que la mitad del valor, no valen ni siquiera veinticinco. ¿Acaso puedo honradamente —prosiguió Gobseck— prestar un solo óbolo a un hombre que debe treinta mil francos y no posee un centavo? Anteayer perdisteis diez mil francos en el baile del barón de Nucingen.

”—Caballero —respondió el conde con una rara desvergüenza—, mis asuntos no os incumben.

”—Es cierto.

”—Mis letras de cambio serán pagadas.

”—Es posible.

”—Y en este momento, la cuestión entre nosotros se reduce a saber si os presento garantías suficientes para la suma que vengo a pedir prestada.

”—Exacto.

”El ruido que producía el coche de alquiler al detenerse junto a la puerta resonó en la habitación.

—Voy a buscar algo que quizás os satisfaga —exclamó el joven.

”—¡Oh, hijo mío! —exclamó Gobseck levantándose de su asiento y tendiéndome los brazos, cuando el conde hubo desaparecido— si tiene buenas prendas, ¡tú me habrás salvado la vida! De lo contrario, me moriría. Werbrust y Gigonnet han creído engañarme. Gracias a ti, esta noche voy a reírme a gusto a sus expensas.

”La alegría del viejo tenía algo de siniestro. Fue el único momento de expansión que tuvo conmigo. A pesar de la fugacidad de aquella alegría, jamás se borrará de mi memoria.

”—Hacedme el favor de quedaros aquí —añadió—. Aunque estoy armado, seguro de mi puntería, como un hombre que en otro tiempo cazó tigres, desconfío de ese elegante bribón.

”Fue a sentarse en una butaca, delante de su escritorio. Su rostro adquirió su habitual lividez.

”—¡Oh!, ¡oh! —repuso, volviéndose hacia mí— sin duda vais a ver la bella criatura de quien os hablé en otro tiempo. Ya oigo en el pasillo su paso aristocrático.

”En efecto, el joven conde volvió a entrar en el aposento dando la mano a una mujer en quien reconocí a aquella condesa que en otro tiempo me había sido descrita por Gobseck, una de las dos hijas del padre Goriot. La condesa no me vio de momento. Yo estaba junto al alféizar de la ventana, con el rostro vuelto hacia los

crisales. Al entrar en la habitación húmeda y sombría del usurero, la mujer lanzó a Máximo una mirada de desconfianza. Era tan hermosa, que, a pesar de sus faltas, la compadecí. Cierta terrible angustia agitaba su corazón, sus rasgos nobles y orgullosos tenían una expresión convulsiva, mal disimulada. Aquel joven había sido para ella un genio maligno. Yo admiré a Gobseck, quien, cuatro años antes, había comprendido el destino de aquellos dos seres en una primera letra de cambio. Probablemente, me dije, ese monstruo con cara de ángel la domina con todos los resortes posibles: la vanidad, los celos, el placer”.

—Pero —exclamó la vizcondesa—, las virtudes mismas de esa mujer ha sido armas para él; él ha hecho que derramara lágrimas de abnegación, ha sabido exaltar en ella la generosidad natural en nuestro sexo, y ha abusado de su ternura para venderle bien caros sus criminales placeres.

—Os confieso —dijo Derville, que no comprendió las señas que le hacía la señora de Grandlieu—, que no lloré por la suerte de aquella desgraciada criatura, tan brillante a los ojos del mundo y tan espantosa para el que leía en su corazón; no, yo me estremecía de horror al contemplar a su asesino, a aquel joven cuya frente era tan pura, la boca tan fresca, la sonrisa tan graciosa, los dientes tan blancos, y que parecía un ángel. Ambos se hallaban en aquel momento delante de su juez, que los examinaba como un viejo dominico del siglo XVI debía espiar las torturas de dos moros en el fondo de los subterráneos del Santo Oficio.

”—Señor, hay un medio de saber el precio de estos diamantes, pero reservándome el derecho de rescatarlos —dijo la mujer con voz temblorosa, mostrándole un estuche.

”—Sí, señora —respondí interviniendo y dejándome ver. Ella me miró, reconocióme, se estremeció y me dirigió una mirada que en todos los países significa: ¡Callad!

”—Esto —continué diciendo— constituye un acto al que llamamos retroventa, consistente en ceder y transportar una propiedad mueble o inmueble por un tiempo determinado, al expirar el cual puede recuperarse el objeto en litigio mediante una suma fijada de antemano.

”La joven respiró con mayor holgura. El conde Máximo frunció el entrecejo, temiendo que el usurero diera entonces una suma más baja por los diamantes, valor sujeto a bajas.

”Gobseck, inmóvil, había cogido su lupa y contemplaba en silencio el estuche. Aunque viviera cien años, no podría yo olvidar el cuadro que nos ofrecía su rostro. Sus pálidas mejillas estaban encendidas, sus ojos, en los que el centelleo de las piedras parecía reproducirse, brillaban con fuego sobrenatural. Se levantó, fue hacia la ventana, colocó los diamantes cerca de su desdentada boca cual si hubiera de devorarlos. Murmuraba vagas palabras, levantando sucesivamente los brazaletes, los collares, las diademas, que colocaba frente a la luz para juzgar de los reflejos, de la blancura, de la talla; los sacaba del estuche, volvía a colocarlos en él, los cogía de

nuevo, los movía de un lado a otro, con actitud más de niño que de viejo, o quizá de ambas cosas a la vez.

—¡Hermosos diamantes! Esto habría valido trescientos mil francos antes de la revolución. ¡Qué aguas! ¡He aquí verdaderos diamantes de Asia, procedentes de Golconda o de Visapur! ¿Sabéis su precio? No, no, en París sólo Gobseck sabe apreciarlos. Bajo el Imperio aún habrían sido precisos más de doscientos mil francos para hacer un aderezo como éste. Hizo un gesto de disgusto y añadió:

—Ahora el diamante pierde valor de día en día; el Brasil nos llena de diamantes desde la paz, y ofrece diamantes menos blancos que los de la India. Las mujeres sólo llevan diamantes en la corte. ¿La señora va a ella?

—Mientras lanzaba estas terribles palabras, examinaba con gozo indescriptible las piedras una tras otra:

—Son perfectas —decía—. He aquí una mancha. Hermoso diamante.

—Su rostro lívido se hallaba tan bien iluminado por los reflejos de aquellas pedrerías, que yo lo comparaba con ciertos espejos verduzcos propios de algunas fondas de provincia, que admiten los reflejos luminosos sin devolverlos y dan el rostro de un hombre atacado de apoplejía al viajero lo suficientemente osado para mirarse en ellos.

—¿Y bien? —dijo el conde dando un golpecito a Gobseck en el hombro. El niño anciano se estremeció. Dejó las gafas, las puso encima de su escritorio, sentóse y convirtiose de nuevo en usurero, duro, frío e inmóvil como una columna de mármol:

—¿Cuánto necesitáis?

—Cien mil francos, por tres años —dijo el conde.

—Es posible —dijo Gobseck sacando de una caja de caoba unas balanzas inapreciables por su precisión. ¡Aquél era su estuche! Pesó las piedras evaluando (¡Dios sabe cómo!) el peso de las monturas. Durante esta operación, el semblante del prestamista luchaba entre la alegría y la severidad. La condesa se hallaba sumida en un estupor que yo observaba con atención, y pareciome que estaba midiendo la profundidad del precipicio en el que estaba cayendo. Había aún remordimientos en aquella alma de mujer; quizá sólo hacía falta un esfuerzo, una mano caritativamente tendida para salvarla, yo traté de hacerlo.

—¿Esos diamantes os pertenecen, señora? —le pregunté con voz clara.

—Sí, señor —respondió ella lanzándome una mirada llena de orgullo.

—Haced la retroventa —me dijo Gobseck levantándose y mostrándome su asiento en el escritorio.

—¿La señora sin duda estará casada? —volví a preguntar.

—La joven inclinó vivamente la cabeza.

—No voy a hacer la escritura —exclamé.

—¿Y por qué no? —dijo Gobseck.

—¿Por qué no? —repuse, llevando al anciano hacia la ventana para hablarle en voz baja. Estando esa mujer bajo la autoridad de su marido, el negocio será nulo, ya

que no podríais alegar ignorancia de un hecho comprobado por la escritura misma. Se consideraría, pues, que representáis los diamantes que tenéis en depósito y cuyo peso, valores o talla serán descritos.

”Gobseck me interrumpió con un movimiento de su cabeza y volvióse hacia los dos culpables:

”—Tiene razón —dijo—, todo ha cambiado. Ochenta mil francos y me dejáis los diamantes —añadió con voz sorda y aflautada.

”—Pero... —replicó el joven.

”—Lo tomáis o lo dejáis —dijo Gobseck entregando el estuche a la condesa—. Son demasiados los riesgos que tendría yo que correr.

”—Lo mejor que podríais hacer sería arrojaros a los pies de vuestro marido —le dije al oído inclinándome hacia ella.

”El usurero comprendió sin duda mis palabras por el movimiento de mis labios y me lanzó una mirada fría. El rostro del joven volvióse lívido. La vacilación de la condesa era evidente. El conde se acercó a ella, y aunque hablase muy bajo, oí que le decía:

”—Adiós, querida Anastasia, ¡que seas feliz! En cuanto a mí, mañana se habrán terminado las preocupaciones.

”—Señor —exclamó la joven dirigiéndose a Gobseck—, acepto vuestra oferta.

”—¡Vamos, pues! —respondió el anciano— sois difícil de confesar, señora mía.

”Firmó un bono de cincuenta mil francos contra el Banco y lo entregó a la condesa.

”—Ahora —dijo con una sonrisa que parecía bastante la sonrisa de Voltaire—, voy a completar vuestra suma con treinta mil francos en letras de cambio cuya bondad no me será discutida. Es oro en barras. El señor acaba de decirme: *Mis letras de cambio serán pagadas* —añadió presentando unas letras firmadas por el conde, protestadas todas ellas el día anterior a petición de aquel de sus colegas que probablemente se las había vendido a bajo precio. El joven emitió un rugido en medio del cual dominaron las palabras: “¡Viejo bribón!”. Papá Gobseck no pestañeó, sacó de una caja un par de pistolas y dijo fríamente:

”—En mi calidad de insultado, yo tiraré primero.

”—Máximo, debéis excusas al señor —exclamó la condesa, temblando.

”—No tuve intención de ofenderos —balbució el joven.

”—Ya lo sé —respondió tranquilamente Gobseck—, vuestra intención era únicamente no pagar vuestras letras de cambio.

”La condesa se levantó, saludó y desapareció, llena sin duda de un profundo espanto. El señor de Trailles viose obligado a seguirla, pero antes de salir:

”—Si se os escapa una indiscreción, caballeros —dijo—, yo tendré vuestra sangre o vosotros tendréis la mía.

”—*Amén* —respondióle Gobseck volviendo a guardar las pistolas—. Para jugaros la sangre, pequeño, deberíais tenerla, y no tenéis más que barro en las venas.



”Cuando la puerta estuvo cerrada y los dos carruajes hubieron partido, Gobseck se puso en pie, comenzó a bailar repitiendo:

”—¡Ya tengo los diamantes! ¡ya tanto los diamantes! ¡Qué hermosos diamantes! ¡Y no han sido caros! ¡Ah!, ¡ah! Werbrust y Gigonnet, habéis creído atrapar al viejo papá Gobseck ¡*Ego sum papa!*, ¡yo soy vuestro dueño! ¡Qué cara pondrán esta noche cuando les cuente el asunto, entre dos partidas de dominó!

”Aquella alegría siniestra, aquella ferocidad propia de salvaje, excitadas por la posesión de unos guijarros blancos, hiciéronme estremecer. Yo estaba mudo y estupefacto.

”—¡Ah, ah! ¡Estáis ahí, muchacho! —dijo— comeremos juntos. Nos divertiremos en tu casa. Todos estos fondistas, con sus salsas, sus vinos, serían capaces de envenenar al mismo diablo.

”La expresión de mi rostro devolviole inmediatamente su impassibilidad.

”—Vos no concebís esto, ¿no es cierto? —me dijo sentándose junto a la lumbre, donde puso un pote de leche sobre los rescoldos.

”—¿Queréis desayunar conmigo? —añadió—, quizás habrá para los dos.

”—Gracias —le respondí—, no desayuno hasta el mediodía.

”En aquel instante unos pasos precipitados resonaron en el pasillo. El desconocido se detuvo en el rellano de Gobseck y dio varios golpes furiosos en la puerta.

”El usurero fue a mirar por la mirilla y abrió a un hombre de unos treinta y cinco años, que sin duda le pareció, inofensivo, a pesar de su cólera.

”El recién llegado, vestido de un modo sencillo, parecía al difunto duque de Richelieu: era el conde que habéis debido de encontrar y que poseía, perdonadme la expresión, el aire aristocrático de los hombres de Estado de vuestro barrio.

”—Caballero —dijo dirigiéndose a Gobseck, que había recobrado su calma—, ¿mi mujer ha salido de esta casa?

”—Es posible.

”—Bueno, señor, ¿es que no me comprendéis?

”—No tengo el honor de conocer a vuestra señora esposa —respondió el usurero—. He recibido a mucha gente esta mañana: mujeres, hombres, señoritas que parecían hombres jóvenes y hombres jóvenes que parecían señoritas. Me sería muy difícil...

”—Basta de broma, señor, yo estoy hablando de la mujer que acaba de salir de vuestra casa.

”—¿Cómo puedo saber si se trata de vuestra mujer —preguntó el usurero—, puesto que no había tenido el gusto de veros?

”—Estáis equivocado, señor Gobseck —dijo el conde con un profundo acento de ironía—. Nos habíamos encontrado en el dormitorio de mi mujer, una mañana. Ibais a presentar una letra firmada por ella, una letra que ella no debía.

”—No era asunto mío el investigar de qué modo ella había recibido el valor de la letra —replicó Gobseck lanzando una mirada maliciosa al conde—. Yo había recibido

la letra de uno de mis colegas. Por otra parte, caballero—dijo el capitalista sin inmutarse, mientras añadía café a su taza de leche—, me permitiréis que os haga observar que no se me ha demostrado que tengáis derecho a venir a reprenderme en mi casa: soy mayor de edad desde el año sesenta y uno del siglo pasado.

”—Caballero, acabáis de comprar a vil precio unos diamantes de familia que no pertenecen a mi mujer.

”—Sin que por ello me crea obligado a iniciaros en el secreto de mis negocios, os diré, señor conde, que si vuestros diamantes han sido robados por vuestra esposa, hubierais tenido que prevenir a los joyeros, mediante una circular, para que no los comprasen, ya que ella podía venderlos al por menor.

”—¡Caballero! —exclamó el conde—, ¡vos conocíais a mi mujer!

”—¿De veras?

”—Se encuentra bajo la autoridad de su marido.

”—Es posible.

”—No tenía derecho a disponer de esos diamantes...

”—Exacto.

”—¿Y bien, caballero?

”—Y bien, caballero, conozco a vuestra mujer, ella está bajo la autoridad del marido, de acuerdo, está bajo muchas autoridades; pero... yo... no... conozco vuestros diamantes. Si la señora condesa firma letras de cambio, puede sin duda dedicarse al comercio, comprar diamantes, recibir diamantes para venderlos, esto está claro.

”—¡Adiós, señor! —exclamó el conde, lívido de cólera— hay tribunales.

”—Exacto.

”—Ese caballero —dijo señalándome a mí—, ha sido testigo de la venta.

”—Es posible.

”—El conde salió. De pronto, comprendiendo la importancia del asunto, yo me interpuse entre las partes beligerantes.

”—Señor conde —dijo—, vos tenéis razón, pero el señor Gobseck también la tiene. No podríais perseguir judicialmente al que ha adquirido los diamantes sin comprometer a vuestra esposa, y lo odioso de este asunto no recaería en ella solamente. Soy abogado, me debo a mí mismo más aún que a mi carácter oficial al declararos que los diamantes de que habláis han sido comprados por el señor Gobseck en mi presencia; pero creo que haríais mal en discutir la legalidad de esta venta cuyos objetos son, por otra parte, difíciles de reconocer. En equidad, tendríais razón; en justicia, perderíais. El señor Gobseck es un hombre demasiado honrado para negar que esta venta se haya realizado en su provecho, sobre todo cuando mi conciencia y mi deber me obligan a confesarlo. Pero si intentaseis un proceso, señor conde, el resultado del mismo sería dudoso. Os aconsejo, pues, que transijáis con el señor Gobseck, que podrá alegar buena fe, pero a quien vos tendréis que pagar el precio de la venta. Consentid a una retroventa de siete a ocho meses, incluso de un

año, lapso de tiempo que os permitirá devolver la suma tomada en préstamo por la señora condesa, a menos que prefirieseis rescatar los diamantes hoy mismo dando garantías para el pago.

”El usurero mojaba el pan en la taza y comía con la más completa indiferencia, pero al oír que yo hablaba de transacción, me miró como si dijera: El muy pícaro, ¡cómo se aprovecha de mis lecciones! Por mi parte, yo le respondí con una mirada que él comprendió perfectamente. El asunto era muy dudoso, innoble; hacía urgente el transigir. Gobseck no habría tenido el recurso de negar los hechos, porque yo habría dicho la verdad. El conde me dio las gracias con una sonrisa llena de benevolencia. Después de una discusión en la que habilidad y la codicia de Gobseck habrían hecho fracasar toda la diplomacia de un congreso, preparé un acta mediante la cual el conde reconoció haber recibido del usurero una suma de ochenta y cinco mil francos, comprendidos los intereses, y mediante la devolución de la cual se comprometía Gobseck a entregar al conde los diamantes.

”—¡Qué derroche! —exclamó el marido al estampar su firma—. ¿Cómo tender un puente sobre este abismo?

”—Señor —dijo gravemente Gobseck—, ¿tenéis muchos hijos?

”Esta pregunta hizo temblar al conde, como si, parecido a un sabio médico, el usurero hubiera puesto de pronto el dedo en la llaga.

”El marido no contestó.

”—Bien —repuso Gobseck, comprendiendo el doloroso silencio del conde—, me sé de memoria vuestra historia. Esa mujer es un demonio al que quizá todavía amáis. Lo creo, ella me ha emocionado. Quizá querríais salvar vuestra fortuna, reservarla para uno de los hijos vuestros. Bien, arrojaos al torbellino del mundo, jugad, perded esa fortuna, venid a ver a menudo a Gobseck. ¡La gente dirá que soy judío, un árabe, un usurero, un corsario, que yo os he arruinado! ¡Me burlo de todo ello! Si me insultan, saco la pistola o la espada, que nadie como yo sabe manejar. Luego, procurad tener un amigo, si podéis encontrarlo, a quien simularéis vender vuestros bienes.

”—¿No le llamáis a eso un fideicomiso? —me pregunta volviéndose hacia mí.

”El conde parecía completamente absorto en sus pensamientos y nos dejó, diciendo:

”—Mañana tendréis vuestro dinero, caballero, tened preparados los diamantes.

”—Me parece que es estúpido como un hombre honrado —díjome fríamente Gobseck cuando el conde estuvo fuera.

”—Decid más bien estúpido como un hombre apasionado.

”—El conde os debe los honorarios del acta —exclamó, al ver que me despedía.

”Unos días después de esta escena que me había iniciado en los terribles misterios de la vida de una mujer de moda, vi entrar al conde, una mañana, en mi gabinete.

”—Señor —dijo—, vengo a consultaros acerca de unos intereses graves, declarándoos que tengo en vos la mayor confianza, y espero poder daros pruebas de

ello. Vuestra conducta para con la señora de Grandlieu —añadió el conde— se halla por encima de todo elogio.

—Ya veis, señora —dijo el abogado a la vizcondesa— que he recibido de vos mil veces el premio de una acción muy sencilla. Me incliné profundamente y respondí que no había hecho más que cumplir con un deber de hombre honrado.

—Bien, caballero, me he informado muy bien acerca del singular personaje a quien debéis vuestra posición —me dijo el conde—. Por todo lo que he sabido, reconozco en Gobseck un filósofo de la escuela cínica. ¿Qué opináis de su honradez?

—Señor conde —le respondí—, Gobseck es mi bienhechor... al quince por ciento —añadí riendo—. Pero su avaricia no me autoriza a describirlo de un modo que redunde en provecho de un desconocido.

—Hablad, caballero, vuestra franqueza no puede perjudicar ni a Gobseck ni a vos. No espero encontrar a un ángel en la persona de un prestamista.

—Papá Gobseck —repuse— se halla íntimamente convencido de un principio que rige su conducta. Según él, el dinero es una mercancía que, con plena tranquilidad de conciencia, puede venderse cara o barata, según los casos. Un capitalista es a sus ojos un hombre que, al reclamar su dinero, entra como asociado por anticipación en las empresas y en las especulaciones lucrativas. Aparte sus principios financieros y sus observaciones filosóficas sobre la naturaleza humana que le permiten conducirse en apariencia como un usurero, estoy profundamente persuadido de que, fuera de sus negocios, es el hombre más delicado y el más probo que se encuentra en París. Hay dos hombres en él: es avaro y filósofo, pequeño y grande. Si yo muriese dejando hijos, él sería su tutor. He aquí, señor, bajo qué aspecto la experiencia me ha revelado a Gobseck. Nada conozco de su vida pasada. Puede haber sido corsario, puede haber atravesado el mundo entero traficando con diamantes o con hombres, mujeres o secretos de Estado; pero juro que ningún alma humana ha sido más fuertemente templada y probada que la suya. El día en que le llevé la suma mediante la cual liquidaba mi deuda con él, le pregunté, no sin ciertas precauciones oratorias, qué sentimiento le había impulsado a hacerme pagar tan enormes intereses, y por qué motivo, queriendo hacerme un favor, a mí, su amigo, no me lo había hecho completo. «Hijo mío, me dijo, te he dispensado del agradecimiento al darte el derecho de creer que no me debías nada, así somos los mejores amigos del mundo». Esta respuesta, caballero, os explicará al hombre mejor que todas las palabras posibles.

—Mi resolución ha sido irrevocablemente abrazada —díjome el conde—. Preparad las actas necesarias para transferir a Gobseck la propiedad de mis bienes. Sólo confío en vos para la redacción de la contra-letra mediante la cual él declarará que esta venta es simulada, y se comprometerá a entregar mi fortuna por él administrada como él sabe hacerlo a mi hijo mayor, cuando éste llegue a su mayoría de edad. Ahora, caballero, es preciso que os lo diga: yo tendría miedo de guardar en mi casa ese precioso documento. El afecto que mi hijo profesa a su madre me hace

temer el confiarle esa contra-letra. ¿Me atrevería a pedirlos que fuerais vos el depositario de la misma? En caso de fallecimiento, Gobseck os instituiría en legatario de mis bienes. Así, todo está previsto.

”El conde guardó silencio unos instantes y pareció muy agitado.

”—Mil perdones, caballero —me dijo tras una pausa— sufro mucho, y mi salud me inspira los más vivos temores. Unos recientes disgustos han turbado de tal modo mi vida, que debo tomar precauciones.

”—Caballero —le dije—, permitidme ante todo que os dé las gracias por la confianza que en mí habéis depositado. Pero debo justificarla haciéndoos observar que con tales medidas desheredáis completamente a vuestros... otros hijos. Ellos llevan vuestro apellido. Aunque no fuesen más que los hijos de una esposa en otro tiempo amada, y ahora caída, tienen derecho a cierto grado de existencia. Os declaro que no acepto la misión con que queréis honrarme, si la suerte de ellos no queda determinada.

”Estas palabras turbaron profundamente al conde. Unas lágrimas asomaron a sus ojos y me estrechó la mano diciendo:

”—Todavía no os conozco del todo. Acabáis de causarme a la vez alegría y pesar. Fijaremos la parte de estos niños por medio de las disposiciones de la contra-letra.

”Lo acompañé hasta la puerta de mi despacho y pareciome ver sus rasgos iluminados por el sentimiento de satisfacción que le ocasionaba aquel acto de justicia.

”—Ahí tenéis, Camila, cómo ciertas jóvenes se embarcan en aventuras que llevan a un abismo. A veces es suficiente una contradanza, una canción acompañada al piano, una excursión, para decidir acerca de espantosas desgracias. ¿Se corre hacia ellas a la voz presuntuosa de la vanidad, del orgullo, por la fe de una sonrisa, por locura o aturdimiento? La Vergüenza, el Remordimiento y la Miseria son tres Furias en manos de las cuales va a parar infaliblemente la mujer tan pronto como rebasa los límites...”.

—Mi pobre Camila se está muriendo de sueño —dijo la vizcondesa interrumpiendo al abogado—. Vamos, hijita, a dormir. Tu corazón no tiene necesidad de cuadros horribles para permanecer puro y virtuoso.

Camila de Grandlieu comprendió a su madre y salió.

—Habéis ido algo demasiado lejos, querido señor Derville —dijo la vizcondesa—, los abogados no son ni madres de familia ni predicadores.

—Pero las gacetas son mil veces más...

—¡Pobre Derville! —dijo la vizcondesa interrumpiendo al abogado—, no os reconozco. ¿Creéis, acaso, que mi hija lee los periódicos? Proseguid —añadió tras una pausa.

—Tres meses después de la ratificación de las ventas consentidas por el conde en beneficio de Gobseck...

—Ya podéis nombrar al conde de Restaud, puesto que mi hija ya no está aquí —dijo la vizcondesa.

—¡Sea! —repuso el abogado—. Mucho tiempo después de esta escena, yo no había recibido aún la contra-letra que había de quedar en mis manos. En París, los abogados son arrastrados por una corriente que no les permite llevar a los asuntos de sus clientes más que el grado de interés que llevan ellos mismos, salvo las excepciones que nosotros sabemos hacer. Sin embargo, un día en que el usurero comía en mi casa, le pregunté al levantarnos de la mesa, si sabía por qué yo no había vuelto a oír hablar del señor de Restaud.

—Hay excelente motivos para ello —respondiome—. Ese noble se encuentra a las puertas de la muerte. Es una de esas almas delicadas que no conocen el modo de matar las penas y dejan siempre que las penas los maten a ellos. La vida es un trabajo, un oficio, que hay que tomarse la molestia de aprender. Cuando un hombre ha conocido la vida, a fuerza de haber experimentado sus dolores, su fibra se endurece y adquiere cierta flexibilidad que le permite dominar su sensibilidad hace de sus nervios una especie de resortes de acero que se doblan sin romperse; si el estómago es bueno, un hombre de tal modo preparado debe vivir tanto tiempo como los cedros del Líbano, que son árboles famosos.

—¿De veras que el conde se está muriendo? —le pregunté.

—Es posible —dijo Gobseck—. En su sucesión tendréis un asunto difícil.

—Yo miré a mi interlocutor y le dije para sondear su pensamiento:

—Explicadme, entonces, por qué el conde y yo somos las únicas personas por las cuales os hayáis interesado.

—Porque vosotros sois los únicos que os fiasteis de mí sin hacer remilgos —me respondió.

—Aunque esta contestación me permitiera creer que Gobseck no abusaría de su posición, si las contra-letras se perdían, decidí ir a ver al conde. Pretexté unos asuntos y salimos. Llegué en seguida a la calle de Helder. Me hicieron entrar en una habitación en la que la condesa estaba jugando con sus hijos. Al oír que me anunciaban, se levantó con un movimiento brusco, vino a mi encuentro y sentóse sin pronunciar una palabra, indicándome con la mano un sillón vacío que estaba junto a la chimenea. Puso sobre su rostro aquella máscara impenetrable en la que las mujeres de mundo saben esconder tan bien sus pasiones. Las penas habían marchitado ya aquel rostro; sólo las líneas maravillosas que en otro tiempo constituían el mérito del mismo permanecían para testimoniar su hermosura.

—Es muy importante, señora, que pueda hablar con el señor conde...

—En tal caso, tendríais más suerte que yo —respondió ella interrumpiéndome—. El señor de Restaud no quiere ver a nadie, apenas consiente que su médico venga a verlo, y rehusa todos los cuidados, incluso los míos. ¡Los enfermos tienen caprichos tan raros! Son como niños, no saben lo que quieren.

—Quizá, como los niños, saben muy bien lo que quieren.

—La condesa se sonrojó. Casi me arrepentí de haber hecho este comentario digno de Gobseck.

”—Pero —dije para cambiar de conversación—, es imposible, señora, que el señor de Restaud permanezca constantemente solo.

”—Tiene, a su hijo mayor a su lado —dijo.

”Por más que yo miré a la condesa, esta vez no se sonrojó, y me pareció que se había afianzado en su decisión de no dejar traslucir sus secretos.

”—Habéis de comprender, señora, que mi visita no se basa en la indiscreción —repuse—, sino que se basa en poderosos intereses...

”Me mordí los labios comprendiendo que me metía en un mal camino. Así, la condesa se aprovechó de este momento de debilidad mía.

”—Mis intereses no están en modo alguno separados de los de mi marido, caballero —dijo—, nada se opone a que habléis conmigo...

”—El asunto que me ha traído solamente concierne al señor conde —respondí con firmeza.

”—Haré que le digan el deseo que tenéis de verlo.

”El tono cortés, el aire que asumió para pronunciar esta frase, no me engañaron, y adiviné que ella nunca me dejaría llegar junto a su marido. Hablé durante un rato de cosas intrascendentes, con objeto de poder observar a la condesa; pero como todas las mujeres que se han trazado un plan de antemano, sabía disimular con esa rara perfección que, en las personas de vuestro sexo, constituye el último grado de la perfidia. Me atreveré a decir que todo lo temía de ella, incluso un crimen. Esta sensación procedía de una visión del porvenir que se revelaba en sus gestos, en sus miradas, en sus maneras, e incluso en las entonaciones de la voz. Me marché. Ahora voy a referiros las escenas que ponen fin a esta aventura, añadiendo las circunstancias que el tiempo me ha revelado y los detalles que la perspicacia de Gobseck o la mía me han hecho adivinar. Desde el momento en que el conde pareció sumergirse en un torbellino de placeres y querer disipar su fortuna, ocurrieron entre ambos cónyuges escenas cuyo secreto ha sido impenetrable y que permitieron al conde juzgar a su mujer aún más desfavorablemente de lo que lo había hecho hasta entonces. Tan pronto como cayó enfermo y viose obligado a guardar cama, manifestose su aversión hacia la condesa y hacia sus dos hijos menores; les prohibió la entrada en su habitación, y cuando trataron de eludir esta consigna, su desobediencia acarreó tan graves crisis para el señor de Restaud, que el médico conjuró a la condesa para que no infringiese las órdenes de su marido. Habiendo visto la señora de Restaud pasar sucesivamente las tierras, los bienes de la familia e incluso el hotel donde ella residía, a manos de Gobseck, que parecía personificar, por lo que a su fortuna se refiere, la figura fantástica de un ogro, comprendió sin duda las intenciones de su marido. El señor de Trailles, acosado por sus acreedores, estaba entonces viajando por Inglaterra. Sólo él habría podido decirle a la condesa las precauciones secretas que Gobseck había sugerido al señor de Restaud contra su mujer. Dícese que ella se resistió mucho tiempo a dar su firma, indispensable a los términos de nuestras leyes para dar valor a la venta de los bienes, y sin embargo, el conde la obtuvo. La condesa creía que su

marido estaba capitalizando su fortuna y que el pequeño número de letras que la representaba se encontraría escondido, en casa de un notario, o quizás en el Banco.

Según sus cálculos, el señor de Restaud debía poseer necesariamente un documento para dar a su hijo mayor la posibilidad de recobrar los bienes que le habían sido asignados. Decidió, pues, establecer alrededor de la habitación de su marido la más estrecha vigilancia. Reinó despóticamente en su casa, que se vio sometida a su espionaje femenino. Permanecía todo el día sentada en el salón contiguo a la habitación de su marido, y desde donde podía oír las más mínimas palabras y sus más ligeros movimientos. Por la noche mandaba disponer una cama en aquella pieza, y la mayor parte del tiempo no dormía. Aquella abnegación parecía admirable. Sabía, con la astucia connatural a las personas pérfidas, disimular la repugnancia que el señor de Restaud manifestaba por ella y fingía tan admirablemente un dolor que no sentía, que alcanzó una especie de celebridad. Algunas personas mojigatas opinaron incluso que, de este modo, expiaba sus pasados errores. Pero ella tenía siempre presente la miseria que le aguardaba al morir el conde, si perdía su serenidad y aplomo. Así, esta mujer, rechazada por su marido del lecho del dolor, había trazado alrededor de él un círculo mágico. Lejos de él y cerca de él, caída en desgracia o todopoderosa, esposa abnegada en apariencia, espiaba la muerte y la fortuna, como aquel insecto de los campos que, al fondo del precipicio de arena que él mismo ha sabido realizar en espiral, aguarda a su inevitable presa, escuchando el ruido producido por cualquier grano de arena al caer en su interior. El más severo censor no podía dejar de reconocer que la condesa llevaba lejos el sentimiento de la maternidad. La muerte de su padre, según se dijo, fue una gran lección para ella. Amando a sus hijos hasta la idolatría, les había evitado la vista de sus desórdenes, su edad le había permitido alcanzar su meta y hacerse amar por ellos, y les dio la mejor y más brillante educación. Reconozco que no puedo evitar el sentir por esa mujer una cierta admiración y una compasión por la cual soy aún víctima de las burlas de Gobseck. En aquella época, la condesa, que reconocía la vileza de Máximo, expiaba con lágrimas de sangre las faltas de su vida pasada. Lo creo. Por muy odiosas que fuesen las medidas que ella tomaba para reconquistar la fortuna de su marido, ¿no le estaban dictadas por su amor maternal y por el deseo de reparar sus yerros para con sus hijos? Luego, como varias mujeres que han experimentado las tempestades de la pasión, quizás experimentase la necesidad de volver a ser virtuosa. Quizá no conoció el precio de la virtud hasta el momento en que recogió la triste cosecha sembrada por sus errores. Cada vez que el joven Ernesto salía de la habitación de su padre, sufría un interrogatorio inquisitorial sobre todo lo que el conde había hecho o había dicho. El niño se prestaba complaciente a los deseos de su madre que atribuía a un tierno sentimiento y satisfacía todas las preguntas que ella le hacía. Mi visita fue un rayo de luz para la condesa, que quiso ver en mí el ministro de las venganzas del conde, y decidió no permitir que yo llegase al lado del moribundo. Impulsado por un siniestro presentimiento, yo deseaba vivamente procurarme una



conversación con el señor de Restaud, ya que me inquietaba el destino de las contraletras; si caían en manos de la condesa, ésta podía utilizarlas y entonces se suscitarían interminables procesos entre ella y Gobseck. Yo conocía bastante al usurero para saber que él jamás restituiría los bienes a la condesa, y había numerosos elementos de trampa legal en la contextura de aquellos títulos cuya acción sólo podía ser ejercida por mí. Queriendo prevenir tantas desgracias, fui a la casa de la condesa por segunda vez.

”—He observado, señora —dijo Derville a la vizcondesa de Grandlieu asumiendo el tono de una confidencia—, que existen ciertos fenómenos morales a los que no prestamos la debida atención. Observador por naturaleza, en los asuntos de interés que yo trato y en los que las pasiones se hallan en juego de un modo tan intenso, he aportado un espíritu de análisis involuntario. Ahora bien, siempre he comprobado con sorpresa que las intenciones secretas y las ideas que abrigan dos adversarios son casi siempre recíprocamente adivinadas. A veces se encuentra entre dos enemigos la misma lucidez de razón, el mismo poder de vista intelectual que entre dos amantes que leen el uno en el alma del otro. Así, cuando la condesa y yo nos hallamos frente a frente, comprendí de pronto la antipatía que ella sentía por mí, por más que disfrazase sus sentimientos bajo las formas más graciosas de la cortesía y de la amabilidad. Yo era un confidente impuesto a la fuerza, y es imposible que una mujer no odie a un hombre ante el cual se ve obligada a sonrojarse. En cuanto a ella, adiviné que si yo era el hombre en quien su marido depositaba su confianza, aún no me había entregado su fortuna. Nuestra conversación, que no voy a referiros, ha quedado en mi recuerdo como una de las luchas más peligrosas que yo haya jamás experimentado. La condesa, dotada por la naturaleza de las cualidades necesarias para ejercer irresistibles seducciones, mostróse sucesivamente flexible, orgullosa, acariciadora, confiada; llegó incluso a tratar de suscitar mi curiosidad, de despertar el amor en mi corazón, con el fin de dominarme. Pero fracasó. Cuando me despedí de ella, sorprendí en sus ojos una expresión de odio y de rabia que me hizo estremecer. Nos separamos siendo enemigos uno del otro. Ella habría querido aniquilarme y yo sentía piedad por ella, sentimiento que, para ciertos caracteres, equivale a la más cruel injuria. Este sentimiento penetró en las últimas consideraciones que le hice. Dejé en su ánimo, según creo, un profundo terror al declararle que, hiciera lo que hiciese, quedaría forzosamente arruinada.

”—Si yo pudiese ver al señor conde, por lo menos el bienestar de vuestros hijos...

”—Yo quedaría a vuestra merced —dijo ella interrumpiéndome con un gesto de contrariedad.

”—Habiendo llegado entre nosotros a términos de tal franqueza, decidí salvar a esa familia de la miseria que la aguardaba. Resuelto a cometer ilegalidades judiciales, si fueran necesarias para llegar a mi objetivo, he aquí cuáles fueron mis preparativos. Hice perseguir judicialmente al señor conde de Restaud por una suma debida ficticiamente a Gobseck, y obtuve las correspondientes condenas. La condesa ocultó

necesariamente este procedimiento, pero yo adquiriría así el derecho de mandar poner los sellos a la muerte del conde. Soborné entonces a un criado de la casa y obtuve de él la promesa de que en el preciso instante en que su dueño estuviera a punto de expirar vendría a avisarme, aunque fuera en medio de la noche, con objeto de que yo pudiera intervenir repentinamente, asustar a la condesa amenazándola con poner súbitamente los sellos y de este modo salvar las contra-letras. Más tarde me enteré de que aquella mujer estudiaba el código mientras oía las quejas de su esposo moribundo. ¿Qué cuadros tan espantosos no ofrecerían las almas de aquellos que rodean los lechos fúnebres, si pudieran pintarse sus ideas? ¡Y siempre es la fortuna el móvil de las intrigas que se elaboran, de los planes que se forjan, de las tramas que se urden! Dejemos ahora estos detalles hartamente enojosos por su naturaleza, pero que han podido hacer que adivinaseis los dolores de esa mujer, los de su marido, y que os revelan los secretos de algunos hogares semejantes a éste. Desde hacía dos meses, el conde de Restaud, resignado a su suerte, permanecía en cama, solo en su habitación. Una enfermedad mortal había debilitado lentamente su cuerpo y su mente. Presa de esos caprichos de enfermo cuya singularidad parece inexplicable, negábase a que hicieran la limpieza de su dormitorio, rehusaba toda clase de cuidados, incluso no quería que le hiciesen la cama. Esta extraordinaria apatía manifestábase a su alrededor: los muebles de su aposento estaban en desorden. El polvo, las telarañas cubrían los objetos más delicados. Rico en otro tiempo y de gustos refinados, complacíase entonces en el triste espectáculo que le ofrecía aquella pieza en la que la chimenea, el secreter y las sillas estaban llenos de los objetos necesarios a una enfermedad: frascos vacíos o llenos, casi todos sucios; prendas de ropa esparcidas, platos rotos, un calentador abierto delante del fuego, una bañera aún llena de agua mineral. El sentimiento de la destrucción reflejábase en cada detalle de aquel caos. La muerte aparecía en las cosas antes de enseñorearse de la persona. El conde sentía horror a la luz del día, las persianas de las ventanas estaban cerradas y la oscuridad añadía aún una nota tétrica a la sombría apariencia de aquel lugar. El enfermo había adelgazado considerablemente. Sus ojos, en los que la vida parecía haberse refugiado, seguían siendo muy brillantes. La lívida blancura de su rostro tenía algo de horrible, aumentado aun por la longitud extraordinaria de sus cabellos, que nunca dejó que le cortasen, y que descendían en largos mechones por sus mejillas. Parecía uno de aquellos fanáticos del desierto. El pesar estaba apagando todos los sentimientos humanos en aquel hombre que apenas contaba cincuenta años de edad, a quien París había conocido tan radiante y dichoso. A principios del mes de diciembre del año 1824, una mañana, miró a su hijo Ernesto que se hallaba sentado al pie de su lecho y que lo contemplaba con semblante dolorido.

—¿Sufrís? —habíale preguntado el joven vizconde.

—¡No! —dijo con espantosa sonrisa—. *¡Todo está aquí y alrededor del corazón!* —Y después de haber mostrado la cabeza, apretó sus descarnados dedos contra su pecho hundido, con un gesto que hizo a Ernesto romper en llanto.

”—¿Por qué no viene a verme el señor Derville? —preguntó a su ayuda de cámara que creía muy adicto, pero que servía por completo los intereses de la condesa.

”—¿Cómo, Mauricio —exclamó el moribundo, que se incorporó en la cama y pareció recobrar toda su presencia de ánimo—, he aquí que siete u ocho veces os envío a la casa de mi abogado, desde hace quince días, y no ha venido? Id inmediatamente a buscarlo. Si no ejecutáis mis órdenes, me levantaré e iré yo mismo...

”—Señora —dijo el ayuda de cámara al salir—, ya habéis oído al señor conde, ¿qué debo hacer?

”—Fingiréis que vais a buscar al abogado y regresaréis para decir al señor que el señor Derville se ha ido a cuarenta leguas de aquí para un proceso importante. Añadiréis que se espera su regreso para fines de semana.

”—Los enfermos se engañan siempre en lo que se refiere a su suerte, pensó la condesa, y aguardará el regreso de ese hombre. El médico había declarado el día antes que era difícil que el conde pasara de aquella jornada. Cuando, dos horas más tarde, el ayuda de cámara fue a dar a su amo aquella respuesta desesperante, el moribundo pareció muy agitado.

”—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitió varias veces—. Sólo en vos tengo confianza.

”—Miró a su hijo durante un rato y luego le dijo con voz débil:

”—Ernesto, hijo mío, eres muy joven; pero tienes buen corazón y comprendes sin duda la santidad de una promesa hecha a un moribundo, a un padre. ¿Te sientes capaz de guardar un secreto, de sepultarlo dentro de ti mismo de suerte que ni tu madre misma llegue a sospecharlo? Hoy, hijo mío, sólo quedas tú en esta casa en quien pueda confiar. ¿No traicionarás mi confianza?

”—No, padre.

”—Bien, Ernesto, dentro de unos instantes te entregaré un paquete sellado que pertenece al señor Derville, lo conservarás de modo que nadie sepa que tú lo tienes, saldrás a escondidas del hotel y lo depositarás en el pequeño buzón que hay al extremo de la calle.

”—Sí, padre.

”—¿Puedo confiar en ti?

”—Sí, padre.

”—Ven a darme un beso. De este modo haces que mi muerte sea menos amarga, hijo mío. Dentro de seis o siete años comprenderás la importancia de este secreto, y serás recompensado por tu habilidad y tu fidelidad, entonces sabrás lo mucho que te amo. Déjame a solas un instante y no permitas que entre nadie, sea quien fuere.

”—Ernesto salió y vio a su madre de pie en el salón.

”—Ernesto —le dijo—, ven acá.

”—La condesa se sentó tomando a su hijo entre sus dos rodillas, y estrechándole con fuerza contra su corazón, lo besó.

”—Ernesto, tu padre acaba de hablar contigo.

”—Sí, mamá.

”—¿Qué te ha dicho?

”—No puedo repetírtelo, mamá.

”—¡Oh, hijo de mi alma! —exclamó la condesa besándolo con entusiasmo—. ¡Cuánta alegría me causa tu discreción! No mentir jamás y mantenerse fiel a la palabra son dos principios que no hay que olvidar nunca.

”—¡Oh, qué buena eres, mamá! Tú nunca has mentido, estoy seguro.

”—Algunas veces, querido Ernesto, he mentido. Sí, he faltado a mi palabra en circunstancias ante las cuales ceden todas las leyes. Escucha, Ernesto, tú eres lo bastante mayor, lo bastante razonable para darte cuenta de que tu padre me rechaza, no quiere mis cuidados, y esto no es natural, ya que tú sabes cuánto lo amo.

”—Sí, mamá.

”—Pobre hijo mío —dijo la condesa llorando—, esta desgracia es el resultado de pérfidas insinuaciones. Malas personas han tratado de separarme de tu padre, con el fin de satisfacer su codicia. Quieren privarnos de nuestra fortuna y quedarse con ella. Si tu padre gozase de buena salud, la división que existe entre nosotros desaparecería en seguida, y él me escucharía; y como es bueno, amoroso, reconocería su error; pero su razón se ha alterado, y las prevenciones que tenía contra mí se han convertido en una idea fija, una especie de locura, el efecto de su enfermedad. La predilección que tu padre manifiesta por ti constituye otra prueba de que sus facultades se hallan perturbadas. Antes de su enfermedad, nunca te diste cuenta de que amara a Paulina y a Jorge menos que a ti. Todo en él es arbitrario. El cariño que te profesa podría sugerirle la idea de darte órdenes a ejecutar. Si no quieres arruinar a tu familia, ángel mío, y no ver a tu madre mendigando el pan algún día como una pordiosera, hay que decírselo todo...

”—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el conde, que, habiendo abierto la puerta, mostróse de pronto casi desnudo, ya casi tan seco y descarnado como un esqueleto. Este grito sordo produjo un efecto terrible en el ánimo de la condesa, que permaneció inmóvil y como herida por un rayo. Su marido estaba tan delgado y pálido que parecía como si acabase de salir de la tumba.

”—Habéis llenado mi vida de amarguras, y queréis turbar mi muerte, pervertir la razón de mi hijo, hacer de él un hombre vicioso —exclamó con voz ronca.

”—La condesa fue a arrojarse a los pies del moribundo, cuyas últimas emociones de la vida lo hacían casi repulsivo, y derramó un torrente de lágrimas.

”—¡Perdón! ¡Perdón! —exclamó.

”—¿Acaso vos os habéis compadecido de mí? —preguntó el conde—. ¡He dejado que devoraseis vuestra fortuna, queréis ahora devorar la mía, arruinar a mi hijo!

”—¡Bien, sí, no os compadezcáis de mí, sed inflexible —dijo ella—, pero tened piedad de los niños! ¡Condenad a vuestra esposa a vivir en un convento, y obedeceré; para expiar mis culpas para con vos, haré todo cuanto os sirváis ordenarme; pero que

los hijos sean dichosos! ¡Oh! ¡Los hijos! ¡Los hijos!

”—Sólo tengo un hijo —respondió el conde extendiendo con un gesto desesperado su descarnado brazo hacia su hijo.

”—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Me arrepiento de todo!... —exclamó la condesa, besando los húmedos pies de su marido. Los sollozos brotaban de su ardiente garganta y le impedían hablar.

”—¡Después de lo que le estabais diciendo a Ernesto aún os atrevéis a hablar de arrepentimiento! —dijo el moribundo, que hizo rodar por el suelo a la condesa agitando el pie—. ¡Me estáis dejando helado! —añadió con una indiferencia que tenía algo de siniestro—. Habéis sido mala hija, habéis sido mala esposa, seréis mala madre.

”La pobre mujer cayó desvanecida.

”El moribundo volvió a la cama, se acostó y unas horas más tarde perdía el conocimiento. Llegaron los sacerdotes para administrarle los sacramentos. Era medianoche cuando expiró. La escena de aquella mañana había agotado las escasas fuerzas que le quedaban. Yo llegué a medianoche con papá Gobseck. A favor del desorden que reinaba, nos introdujimos hasta el saloncito que precedía a la estancia mortuoria y en el que encontramos a los tres hijos deshechos en llanto, entre dos sacerdotes que habían de pasar la noche junto al cadáver. Ernesto vino a mi encuentro y me dijo que su madre quería estar sola en la habitación del conde.

”—¡No entréis —dijo, con una expresión admirable en el acento y en el gesto—, está rezando!

”Gobseck se echó a reír, con aquella risa silenciosa que le era peculiar. Yo me sentía demasiado conmovido por el sentimiento que reflejaba el rostro del muchacho, para que pudiera compartir la ironía del viejo avaro. Cuando Ernesto vio que avanzábamos hacia la puerta, corrió hacia ella gritando:

”—¡Mamá, aquí hay unos señores negros que te buscan!

”Gobseck levantó al niño como si se tratase de una pluma y abrió la puerta. ¡Qué espectáculo se ofreció a nuestra vista! Un horrible desorden reinaba en aquella estancia. Desesperada, con los ojos relucientes, la condesa permaneció en pie, desconcertada, en medio de aquella estancia, llena de papeles y trapos esparcidos por el suelo. Confusión horrible, en presencia de aquel difunto. Apenas el conde hubo expirado, cuando su mujer había forzado todos los cajones y el escritorio; a su alrededor estaba la alfombra cubierta de trozos de madera, algunos muebles y varias carteras habían sido rotos, todo ostentaba las huellas de manos audaces. Si al principio su búsqueda había sido infructuosa, su actitud y su agitación hicieronme suponer que había terminado por descubrir los misteriosos documentos. Lancé una mirada hacia la cama, y con el instinto que nos confiere la costumbre de los negocios, adiviné lo que había sucedido. El cadáver del conde se hallaba casi de través en el lecho, con la nariz vuelta hacia los colchones, desdeñosamente echado como uno de los sobres de papel que yacían en el suelo; puesto que él mismo sólo era un

envoltorio. Sus miembros rígidos e inflexibles le daban algo de grotescamente horrible. Sin duda el moribundo había escondido la contra-letra bajo su almohada, como para preservarla de toda tentativa de hurto hasta el momento de su muerte. La condesa había adivinado el pensamiento de su marido, que, por otra parte, parecía estar escrito en el último gesto, en la convulsión de los dedos apretados. La almohada había sido arrojada al suelo, el pie de la condesa se hallaba aún impreso en ella; a sus pies, ante ella, vi un papel sellado en varios lugares con las armas del conde, me apresuré a recogerlo y leí unas palabras que indicaban que el contenido tenía que serme entregado a mí. Miré fijamente a la condesa con la perspicaz severidad de un juez que interroga a un culpable. La llama del hogar estaba devorando los papeles. Al oír que llegábamos, la condesa los había arrojado al fuego, creyendo, al leer las primeras disposiciones que yo había suscitado en favor de sus hijos, destruir un testamento que les privaba de su fortuna. Una conciencia atormentada y el espanto involuntario inspirado por un crimen a aquellos que lo cometen, habíale quitado el uso de la reflexión. Al verse sorprendida, veía quizás el cadalso y sentía el hierro candente del verdugo. Aquella mujer aguardaba jadeante nuestras primeras palabras y nos miraba con ojos extraviados.

”—¡Ah, señora —le dije retirando de la chimenea un fragmento que el fuego no había alcanzado—, habéis arruinado a vuestros hijos! Esos documentos eran sus títulos de propiedad.

”Su boca se movió como si fuera a darle un ataque de parálisis.

”—¡Je, je! —soltó Gobseck, cuya exclamación nos produjo el efecto de una lámpara de cobre el rozar el mármol. Tras una pausa, díjome el anciano con voz tranquila:

”—¿Acaso querriáis hacerle creer a la señora condesa que no soy yo el legítimo propietario de los bienes que me ha vendido el señor conde? Esta casa me pertenece desde hace un instante.

”Un mazazo en la cabeza habríame causado menos dolor que estas palabras.

”La condesa observó la mirada indecisa que yo lancé al usurero.

”—¡Señor, señor! —le dijo, no pudiendo hallar otras palabras.

”—¿Tenéis un fideicomiso? —le pregunté.

”—Es posible.

”—¿Abusaríais, pues, del delito cometido por la señora?

”—Exacto.

”Salí, dejando a la condesa sentada junto a la cama de su marido, llorando a lágrima viva. Gobseck me siguió. Cuando estuvimos en la calle, me separé de él; pero él vino hacia mí, dirigiome una de aquellas miradas profundas con las cuales sondea los corazones y me dijo con su voz aflautada que adquirió tonos agudos:

”—¿Acaso me estáis juzgando?

”Desde hace algún tiempo, apenas nos hemos visto. Gobseck ha alquilado el hotel del conde, va a pasar los veranos en sus tierras, vive como un gran señor, construye

las granjas, repara los molinos, los caminos, y planta árboles. Un día lo encontré en un paseo de las Tullerías.

”—La condesa lleva una vida heroica —le dije—. Se ha consagrado a la educación de sus hijos. El mayor es un muchacho muy simpático...

”—Es posible.

”—Pero —le dije—, ¿no deberíais ayudar a Ernesto?

”—¡Ayudar a Ernesto! —exclamó Gobseck—. No, no. La desgracia es nuestra gran maestra, la desgracia le enseñará el valor del dinero, el valor de los hombres y el de las mujeres. ¡Que navegue por el mar de París! Cuando sea un buen piloto, le daremos una nave.

”Me separé de él sin querer explicarme el sentido de sus palabras. Aunque el señor de Restaud, a quien su madre ha inspirado cierta aversión hacia mí, esté muy lejos de aceptar mis consejos, yo fui la semana pasada a ver a Gobseck para informarle del amor que Ernesto profesaba a la señorita Camila, urgiéndole para que cumpla su mandato, puesto que el joven conde está llegando a la mayoría de edad. El viejo prestamista yacía hacía tiempo en cama, de resultas de la enfermedad que había de llevarlo al sepulcro. Aplazó la respuesta para el momento en que pudiese levantarse y ocuparse de sus negocios; sin duda no quería desprenderse de nada en tanto le quedase un hálito de vida; su respuesta dilatoriana no indicaba otra cosa. Hallándolo más enfermo de lo que él mismo creía, permanecí a su lado el tiempo suficiente para darme cuenta de los progresos de una pasión que la edad había convertido en una especie de locura. Con objeto de no tener a nadie en la casa en que habitaba, habíase convertido en el inquilino principal de la misma, dejando sin ocupar todas las habitaciones. No había cambiado nada en la que él vivía. Los muebles, que yo conocía tan bien desde hacía dieciséis años, parecían haber sido conservados en una vitrina, porque eran exactamente los mismos. Su anciana y fiel portera, casada con un inválido que guardaba la portería cuando ella subía al lado del dueño, seguía siendo su ama de llaves, su mujer de confianza, el introductor de cualquier persona que iba a verlo, y cumplía para con él las funciones de enfermera. A pesar de su estado de debilidad, Gobseck cobraba aún él mismo sus rentas, y había simplificado de tal modo sus asuntos, que le bastaba con hacer realizar algunos recados por su inválido para solucionarlos. Cuando el tratado mediante el cual Francia reconoció la República de Haití, los conocimientos que Gobseck poseía sobre el estado de las antiguas fortunas en Santo Domingo y sobre los colonos o aquellos a quienes les eran devueltas las indemnizaciones, hicieron que fuera nombrado miembro de la comisión instituida para liquidar sus derechos y repartir entregas de fondos hechas por Haití. El genio de Gobseck le hizo inventar una agencia para descontar los créditos de los colonos o de sus herederos, bajo los nombres de Werbrust y Gigonnet, con quienes compartía los beneficios sin tener necesidad de adelantar su dinero, ya que su inteligencia constituía su capital. Esta agencia era como una destilería en la que se exprimían los créditos de los ignorantes, de los incrédulos, o de aquellos cuyos

derechos podían ser discutidos. Como liquidador, Gobseck sabía parlamentar con los grandes propietarios, quienes, ya sea para hacer evaluar sus derechos a un interés elevado, ya sea para hacerlos admitir rápidamente, ofrecíanle presentes proporcionados a la cuantía de sus fortunas. Así, los regalos constituían una especie de descuento sobre las sumas de las que le era imposible adueñarse; además, su agencia le entregaba a bajo precio las pequeñas, las dudosas y las de aquellas personas que preferían un pago inmediato, por pequeño que fuese, a las inseguridades de las inversiones inciertas de la República. Gobseck fue, pues, la boa insaciable de aquel gran negocio. Cada mañana recibía sus tributos y los miraba con el impertinente como habría hecho el ministro de un *nabab* antes de decidirse a firmar una gracia. Gobseck lo tomaba todo, desde la cesta del pobre diablo y la vajilla del rico hasta las petacas de oro de los especuladores. Nadie sabía cuál era el destino de estos regalos hechos al viejo usurero. Todo entraba en su casa, nada salía de ella.

—Palabra de mujer honrada —decíame la portera, antigua conocida mía—, creo que todo lo devora sin que por ello esté más gordo, ya que está flaco y delgado como el pájaro de mi reloj.

—En fin, el pasado lunes Gobseck me envió a buscar por medio de su inválido, quien, al entrar en mi despacho, me dijo:

—Venid en seguida, señor Derville, el patrón va a rendir sus últimas cuentas; se ha puesto amarillo como un limón, está impaciente por hablaros, la muerte lo consume y en su garganta se oye su último estertor.

—Cuando entré en el cuarto del moribundo, lo sorprendí de rodillas delante de la chimenea, donde, si no había lumbre, se encontraba un gran montón de cenizas. Gobseck habíase arrastrado hasta allá, pero le habían faltado las fuerzas para volver a la cama, así como la voz para lamentarse.

—Mi viejo amigo —le dije levantándolo y ayudándole a volver a la cama—, teníais frío, ¿cómo es que no habéis encendido fuego?

—Yo no tengo frío —dijo—, ¡y no quiero fuego, no quiero fuego! No sé a dónde voy, muchacho —repuso lanzándome una última mirada vaga y sin calor—, pero sé que me voy de aquí! Tengo *carfología* —dijo valiéndose de un término que indicaba hasta qué grado se mantenía aún su inteligencia clara y precisa—. He creído ver mi habitación llena de oro vivo y me he levantado para tomar puñados de él. ¿A qué manos irá a parar todo el que tengo? No se lo doy al gobierno, he hecho un testamento, procura encontrarlo, Grocio. La Bella Holandesa tenía una hija que he visto no sé donde, en la calle Vivienne, una noche. Creo que tiene por apodo *La Torpedo*, es muy linda, ve en busca de ella, Grocio. Tú eres mi albacea testamentario, toma lo que quieras, come: hay pasteles de *foie-gras*, café, azúcar, cucharas de oro. Dale a tu mujer el servicio de Odiot. Pero ¿a quién los diamantes? ¿Quieres un poco de tabaco, muchacho? Tengo tabaco, véndelo a Hamburgo. ¡En fin, tengo de todo y todo debo dejarlo! Vamos, papá Gobseck —se dijo—, fuera debilidades, sigue siendo tú mismo.



”Incorporose en su asiento, su rostro se dibujó nítidamente sobre su almohada como si hubiera sido de bronce, extendió su brazo descarnado y su mano huesuda sobre la colcha, que agarró como para sostenerse, miró el hogar, tan frío como sus ojos metálicos, y murió con toda su razón, ofreciendo a la portera, al inválido y a mí la imagen de aquellos viejos romanos atentos que Lethière ha pintado detrás de los cónsules en su cuadro de la muerte de los Hijos de Bruto. Yo escuchaba aún la fantástica enumeración que el moribundo había hecho de sus riquezas, y mi mirada, que había seguido la suya, permanecía sobre el montón de cenizas cuyo volumen llamó mi atención. Cogí las tenazas, y cuando las hundí en las cenizas, tropecé con un montón de oro y plata, que sin duda constituía los últimos cobros efectuados durante su enfermedad y que su debilidad le había impedido esconder o su desconfianza no le había permitido enviar al Banco.

”—Corred al juez de paz —dije al viejo inválido— para que ponga aquí en seguida los sellos.

”Sorprendido por las últimas palabras de Gobseck y por lo que recientemente me había dicho la portera, cogí las llaves de las habitaciones situadas en el piso primero y en el segundo para ir a visitarlos. En la primera pieza que abrí encontré la explicación de los discursos que yo consideraba insensatos, viendo los efectos de una avaricia de la que sólo quedaba aquel instinto ilógico del que tantos ejemplos nos han ofrecido los avaros de provincias. En la habitación contigua a aquella en que Gobseck había expirado, encontrábase pasteles podridos, una gran cantidad de comestibles de todas clases e incluso conchas y pescado cuyo hedor estuvo a punto de asfixiarme. Por todas partes pululaban gusanos y sabandijas. Estos regalos hechos recientemente hallábase mezclados con cajas de todas, las formas, cajas de té, paquetes de café. Encima de la chimenea, en una sopera de plata, hallábase notificaciones de llegada de mercancías consignadas a su nombre en El Havre, balas de algodón, azúcar, toneles de ron, café, índigo, tabaco, ¡todo un bazar de artículos coloniales! Aquella estancia hallábase repleta de muebles, objetos de plata, lámparas, cuadros, jarrones, libros, hermosos grabados, enrollados, sin marco, y curiosidades diversas. Quizás aquella inmensa cantidad de valores no procedía enteramente de regalos y constituía prendas que habían quedado en su casa por falta de pago. Al abrir un libro que me parecía que había quedado fuera de su sitio, encontré dentro de él billetes de mil francos. Me prometí inspeccionar los menores objetos, sondear el suelo, el techo, las cornisas y las paredes, con objeto de encontrar todo aquel oro del que tan apasionadamente ávido era este holandés digno del pincel de Rembrandt. En el transcurso de mi vida judicial jamás había visto semejantes efectos de avaricia y originalidad. Al volver a su habitación, encontré encima de su escritorio la razón del desorden progresivo y del amontonamiento de sus riquezas. Había debajo de un pisapapeles una correspondencia entre Gobseck y los comerciantes a los cuales sin duda vendía habitualmente sus regalos. Ahora bien, sea que aquellas personas hubieran sido víctimas de la habilidad de Gobseck, sea que Gobseck hubiera querido

un precio demasiado elevado por sus artículos o sus valores manufacturados, cada mercado se hallaba en suspenso. No había vendido los comestibles a Chevet, porque Chevet no quería tomarlos más que con el treinta por ciento de pérdida. Gobseck regateaba por algunos francos de diferencia, y mientras duraba la discusión, las mercancías se estropeaban. Para su platería, negábase a pagar los gastos de entrega. Para sus cafés, no quería garantizar sus pérdidas. En fin, cada objeto daba lugar a disputas que denotaban en Gobseck los primeros síntomas de aquel infantilismo, de aquella obstinación incomprensible a la que llegan todos los viejos cuando una fuerte pasión sobrevive a la inteligencia. Yo me dije, tal como él se había dicho a sí mismo: ¿A qué manos irán a parar todas estas riquezas?... Al pensar en la extraña información que me había dado sobre su única heredera, me veo obligado a hacer pesquisas en todas las casas sospechosas de París para arrojar en manos de una mala mujer una inmensa fortuna. Ante todo, sabed que, por medio de actas en buena forma, el conde Ernesto de Restaud entrará en posesión, dentro de pocos días, de una fortuna que le permitirá casarse con la señorita Camila, constituyendo a la condesa de Restaud, su madre, a sus hermano y a su hermana, dotes y partes suficientes”.

—Bien, señor Derville, ya lo pensaremos —respondió la señora de Grandlieu—. El señor Ernesto debe ser muy rico para hacer que su madre sea aceptada por una familia como la nuestra. Pensad que mi hijo será algún día duque de Grandlieu, reunirá la fortuna de las dos casas de Grandlieu, y quiero que tenga un cuñado a su gusto.

—Pero —dijo el conde de Born—, Restaud *lleva gules con traviesa de plata acompañada de cuatro escudos de oro coronados cada uno con una cruz de sable*, y se trata de un blasón muy antiguo.

—Es verdad —dijo la vizcondesa—, por otra parte, quizá Camila no vea nunca a su suegra, que ha hecho desmentir la divisa de RES TUTA.

—La señora de Beauséant recibía a la señora de Restaud —dijo el anciano tío.

—¡Pero no en la intimidad de su hogar! —replicó la vizcondesa.

París, enero 1830.